

CIC

SERMONES

Y

ANEGIRICO

BT660

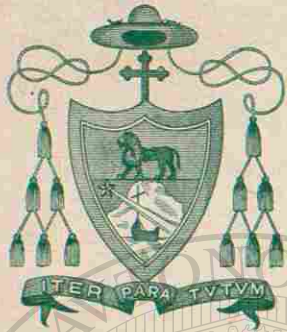
.G8

S41

41741

004569



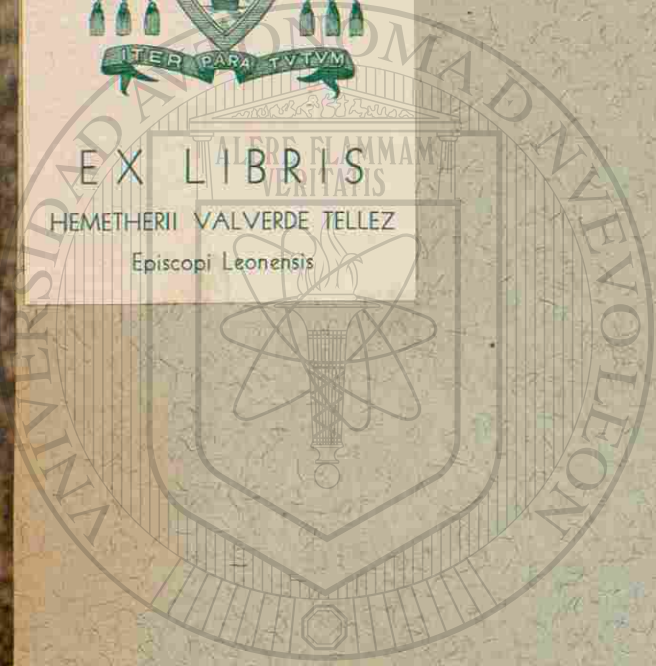


1080015028

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



UANI

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS



BT560  
Q8  
541

Ilmo. Sr:

Tengo el honor de remitir á V. S. I. el sermón que prediqué el 16 del presente mes en esta Insigne Colegiata.—¿A quien podría dedicarlo mejor que á V. S. I. con quien me ligan lazos indisolubles de compañerismo, de amistad sincera, de cariño bien añejo y que hoy gobierna con exquisita prudencia esa Diócesi para mí de indelebles recuerdos, donde fuí iniciado y di algunos pasos en la milicia de Cristo S. N.? Al fin de mi carrera, justo es que haya consagrado á ella las postrimerías de mi predición comenzada en la fiesta de los Dolores de 1867, en la hacienda de Zimpizahua.

Esta pieza oratoria no tiene ciertamente otro mérito, que la haga grata al erímio poeta y al distinguido académico, sino por la compilación de datos históricos que he hecho en obsequio de V. S. I. para corresponder así en algo á las inmerecidas atenciones que siempre le ha guardado á su antiguo compañero, Amigo é Hijo Q. B. R. S. P.

EL AUTOR,

Colegiata Parroquial de Santa María Guadalupe, Diciembre 23 de 1903.



Al Ilmo. y Rmo. Sr. Dr. D. Joaquín Arcadio Pagaza y Ordoñez, Obispo de Veracruz.— Jalapa.  
**Capilla Alfonsina**  
**Biblioteca Universitaria**

41741  
VALLEDE Y TORREJAN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA





FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ



Ab ortu solis usque ad occasum  
magnum est nomen meum in gen-  
tibus. MALACH. CAP. I. V. II

Ilmo. y Venerable Cabildo:

Hermanos míos:

Hoy que la diócesis de Veracruz consagra esta función á la Santísima Virgen, como lo hace anualmente, me ha honrado en gran manera al escogerme, no sólo para que la represente, sino para que en su nombre ensalce las glorias de la misma Santísima Señora desde este sagrado lugar.

He tomado por texto de mi humilde oración las palabras, que acabáis de oír, del profeta Malaquías; porque, aunque en su sentido literal se refieren á Dios Nuestro Señor, podemos también atribuir las, en el sentido que los teólogos llaman acomodaticio, á la Sma. Virgen; de quien podemos decir igualmente que su nombre es grande en los pueblos desde el orto del sol hasta su ocaso.

Al evocar este pensamiento, viene á mi memoria la parábola evangélica del grano de mostaza; (S. Mateo XIII, 32) semilla tan pequeña, pero que, puesta en la tierra, crece á tal grado que llega á ser árbol hermoso, á cuyas frondosas ramas se acogen los pajarillos. Bien sabido es que bajo ese símbolo los Padres de la Iglesia, entre estos S. Hilario S. y S. Gregorio (V. Cadena de oro pag. 273 tom. II,) ven ante todo á Nuestro Divino Salvador. Pequeñito, humilde en los principios de su vida, una vez sepultado, crecieron desde aquel momen-



to su nombre y su doctrina, hasta el punto de que llenaron todo el Universo. (S. J. Crisóstomo íd.) Ese grano de mostaza simboliza también á la Iglesia que, pequeña durante los tres primeros siglos de su vida, enterrada en las catacumbas, perseguida á fuego y sangre y combatida por las herejías, creció á pesar de todo eso, y se ha extendido por todas las partes del mundo.

Simboliza, en tercer lugar, según algún autor (el Comentarista á las letanías lauretanas, Michoviense) y esto cuadra á mi propósito, á la Santísima Virgen la criatura más humilde y obscura durante su vida, pero que después ha sido y es un árbol grande y frondoso, en cuyas ramas, se han acogido y bajo cuya sombra viven todos los hijos de Dios.

Para dilucidar mi proposición, esto es, que el nombre, respeto y veneración, ó sea, el culto de la santísima Virgen se ha extendido desde el Norte hasta el Sur y desde el Oriente hasta el Ocaso, particularmente en nuestra Patria, ya comprenderéis que antes necesito me favorezcáis con vuestras súplicas para lograr los favores de lo alto. Invoquemos ese auxilio, pidiéndolo por la poderosísima intercesión de la Virgen Madre. AVE MARIA.

Debo ante todo decir lo que la Iglesia entiende por culto. Es el acto de respeto y de veneración que se debe á alguna persona. El que en primer lugar debe ser no sólo respetado y venerado, sino el único adorado, es el Señor Nuestro Dios, nuestro Padre, nuestro Criador. En seguida colocamos á la Santa Madre de Dios á quien debemos respetar, venerar y amar cuanto podamos, por que esta es la voluntad del Señor, que la escogió para su Madre, y pocos días ha, leíamos en la bula en que el Señor Pío IX declaró dogma de fe la Concepción Imaculada de María, que todo cuanto hagamos en honra y alabanza de Ella, redundará en gloria de Dios Hijo, Jesucristo Señor Nuestro (Noct. Lect. v., al fin, del día

de la octava;) y también porque es nuestra madre; y así como no merece el título de buen hijo el que no respeta, reverencia y ama á su madre, tampoco merece llamarse buen católico el que no ama, reverencia y venera á la Santísima Virgen; y finalmente porque Ella es el canal, según nos enseñan los Padres de la Iglesia, por donde Dios ha determinado dispensarnos sus gracias y favores. Por último debemos tributar culto á los amigos de Dios, esto es á los santos. Para indicar estas graduaciones del culto, la Iglesia nos enseña que el de laetría es exclusivo de Dios; el de hiperludía de la Santísima Virgen y el de dulía de los santos. Los protestantes nos acusan de idólatras por el culto que tributamos á la Santísima Virgen y á los santos representados en sus imágenes. Nada más injusto, pues ningún católico hay que adore á estas y si las veneramos, es por lo que nos representan.

El primero que tributó culto á la Santísima Virgen fué Nuestro Sr. Jesucristo quien tanto la amó, respetó y veneró. Tras ejemplo tan elocuente, vinieron los santos Apóstoles que reunidos en el Concilio de Jerusalem tuvieron á su frente á esta Santísima Señora, para que los presidiera. Entre los apóstoles, sobresalieron por lo tocante al culto de la Santísima Virgen, San Pedro que le consagró un templo en Trípoli; (1) el privilegiado San Juan, que tuvo la dicha de que Nuestro Señor Jesucristo le encomendara al morir el cuidado de su Santísima Madre; Santiago que fué quizá el primero en propagar el culto de la Santísima Señora en España. De los demás, fundadamente suponemos que por todas partes donde predicaban la feliz nueva, daban también á conocer á la Madre del Divino Salvador. Respetables autoridades á las que doy mi asenso, aseguran que Sto. Tomás vino á la América, y fué el que dejó la semilla de mostaza del culto á la Santísima Virgen, que después de muchos siglos crecería y se desarrollaría hasta for-



mar el árbol á cuyas ramas nos acogemos y cuya benéfica sombra ahora nos cubre.

A imitación de esos santísimos varones, los Padres de la Iglesia fueron devotísimos de la Virgen Madre, y por ende celosos propagadores de su culto. No puedo omitir el testimonio de San Dionisio Areopagita que, al ver á la Santísima Virgen, dijo que, si no tuviera tan arraigada su fé, la creería una diosa. Tan santa, tan hermosa y tan llena de gracias y carismas la contempló. Bien sabéis cuánto propagaron el culto de la Santísima Señora San Bernardo, San Buenaventura, San Ligorio, San Ildefonso y otros muchos santos.

Tratemos ahora de cómo vino á nuestra patria, predestinada para ser Mariana, el culto de la Santísima Virgen.

Todos han leído que Cristobal Colón se embarcó en una carabela que llevaba el nombre de María y que á la isla de las Antillas que descubrió, la Turuqueira, la llamó Guadalupe, donde se levantó un templo que, siglos después, el Señor Pío IX en 17 de agosto de 1877, condecoró con el título de Basílica menor.

En nuestra patria ved cómo se extendió el culto de la Santísima Virgen.

Debemos dar infinitas gracias al Señor, porque nuestros conquistadores hubiesen sido españoles: nos trajeron lo más grande que tenían: la verdadera religión.

El primer altar que se levantó en honor de la Santísima Virgen fué en Tabasco, á nuestra Señora de la Victoria. Os es bien sabido que Hernán Cortés en el máximo templo de México, donde se adoraba á Huitzilopochtli, colocó la imagen de la Santísima Señora en su advocación de los Remedios, y que bajo esta titular se erigió nuestro primer obispado. No debe causarnos extrañeza que los franciscanos, tan acérrimos defensores de la Concepción Inmaculada de la Santísima Virgen, propagasen entre nosotros su culto en este misterio;

como tampoco que los Domínicos difundieran la devoción del Rosario estableciendo en 1526, en México, Fr. Tomás de San Juan la archicofradía que después aprobó el Señor Paulo IV. No inculparéis á los Carmelitas porque se empeñaran en extender, bajo la advocación del Carmen, el culto de su santa Madre y por propagar tanto el bendito escapulario, como lo hicieron con el suyo los Mercedarios en todos los lugares donde se establecían. Los padres jesuitas fueron en esa época quienes dieron á conocer, amar y venerar á la Santísima Virgen bajo el título de Loreto. Propagada así la devoción de María, no es de extrañar que tuviese en Guanajuato gran veneración la imagen de Nuestra Señora, ya fuese Carlos V. ó Felipe II. quien la haya enviado; en Pátzcuaro, la de Nuestra Sra. de la Salud, que su santo primer obispo Don Vasco de Quiroga les dió; en Zacatecas, la de la Bufo, y la de Zapopam en Guadalupe.

Mas tratemos ya del culto de nuestra amadísima Madre Santa María de Guadalupe.

Del siglo XVI sólo os diré que la primera ermitilla, sin que me ponga á sostener ó refutar si fué construída por los franciscanos, como quiere el padre Florencia, (Estrella del Norte cap. XII) quien no podía concebir que se hiciera en los 14 días que corren del 12 al 26 de diciembre de 1531, vino á ser como la mostaza pequeña que ha crecido hasta convertirse en este suntuoso templo donde nos hallamos, y que pronto será basílica. Esa ermitilla fué ampliada en 1555 por el Sr. arzobispo Montañar. A poco tiempo en 1575, tenía ya una cofradía que contaba cuatrocientos individuos (Carta del Virrey Enriquez á su rey.) En 1567 un inglés, Mr. Haukin visitó esta ermita y escribe que tenía tantas lámparas como días el año. [Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística página. 616, Tomo I. 2ª época) Será un hipérbole, así como que se veneraba en



ella una imagen de plata de la Santísima Señora de estatura natural. En nuestro archivo consta que en 1562, efectivamente se colocó esa imagen; donativo del piadosísimo Alonso de Villaseca, y á esta fiesta vino en Septiembre 15, tanto el Sr. Arzobispo como el virrey; y hubo sumo regocijo. [Anales de Juan Bautista Ms. en el archivo de la Colegiata é Historia de la compañía de Jesús por el P. Florencia núm. 316, cap. II. Lib. V.]

En el siglo XVII vemos que el Sr. Arzobispo García Guerra, quien antes de tomar posesión del cargo pasó en este lugar quince días con el fin de impetrar los divinos auxilios para acertar en su gobierno, colocó en 1609 la primera piedra del templo que su sucesor vino á dedicar en noviembre de 1622. (Escudo de armas núm. 708 y 710 cap. XVII. Libro III.)

Lo que hizo en este siglo aumentar el culto de nuestra Madre Santísima de Guadalupe fué lo ocurrido á causa de un castigo divino. Sabéis que en 1629, el 21 de Septiembre, comenzó una terrible inundación. A cierta alma justa, Sor. Petronila de la Concepción, le reveló el Señor que quería destruir con fuego á México por sus pecados. Acudió á la Santísima Virgen; y ante esa actitud, cual la vemos, con los ojos bajos y las manos juntas sobre el pecho, se desarmó la justicia divina, y en vez del fuego vino aquella inundación. (Sigüenza Paraiso occidental núm. 436.) Entonces, la sagrada imagen de Guadalupe fué trasladada por primera y única vez á la catedral de México, donde permaneció seis años.

Ocúrreseme preguntar: si hace doscientos años el Señor nuestro Dios estaba tan airado con México, por el horrendo desacato contra la sagrada persona de su arzobispo, ¿que será hoy? En efecto, su Divina Magestad lo está; pues mucho más se ofende por las faltas de veneración que se cometen contra su Santísima Madre, y contra sus representantes en la tierra, los sacerdotes,

que contra El. Suele preguntarse por qué mueren tantos privados de los sacramentos. La respuesta es bien sencilla: porque en vida despreciaron á los sacerdotes. Estos, en realidad, se hallan hechos objeto del público desprecio; y observamos con dolor que se va acabando la costumbre de descubrirse al ver á un ministro de Dios. ¡Cuán pocos son ya los que besan su mano! Felizmente, con gran consuelo hemos visto que estas prácticas se conservan en algunos lugares del interior; por ejemplo en Querétaro, donde los fieles se arrodillan aún en la calle, cuando pasa, no el hombre, sino el ministro del Altísimo.

Aquí presenciamos, en estos lugares, aún en días sagrados, cómo se profanan por los vicios que durante esta época del año se entronizan. ¿Cómo es que la ira del Señor se contiene? ¡Ah! porque tenemos ciertos pararrayos, formados por.....almas justas, retiradas del mundo, que interceden por nosotros en sus hogares. Por eso, no se desata la ira del Señor sobre México, como se ha desatado en otros lugares. Sin ir muy lejos el año pasado, el Illmo. Señor Arzobispo de Guatemala determinó hacer la visita pastoral en la ciudad de Quetzaltenango: al saberlo los jacobinos, liberales ó masones, que bajo cualquier nombre no son sino enemigos de la Iglesia, decidieron recibir al prelado á pedradas; sábelo éste y se detiene; envía á su secretario para que mejorara de semejantes preparativos. No tardó el castigo del Señor, y bien público, son los estragos causados en el mismo día, por una erupción del volcán, la que acabó con dicha ciudad, pereciendo más de cincuenta personas.

Pero prosigamos la narración del culto de Nuestra Santísima Madre de Guadalupe.

La inundación lo promovió en gran manera. Vemos, en efecto, que desde entonces se empezaron á levantar nuevos templos en honor suyo. Cabe á San Luis Potosí



la gloria de que allí se erigiera, en 1658, la primera ermita, convertida después, en 1801, en el magnífico templo que en estos últimos días acaba de restaurar y consagrar el Ilmo. Señor Montes de Oca. En 1661 se erigió en Oaxaca la segunda ermita, donde aconteció en 1665 un incendio en que salió ileso la sagrada imagen guadalupana. Siguió el ejemplo de esas dos ciudades la de Querétaro en 1660. En 1668 se acuñaron las primeras medallas que en el reverso llevaban el motete "Non fecit taliter." De solas dos pinturas que se conocían, la de aquí y la de Santo Domingo, según dice el Padre Gutiérrez Dávila (Historia del Oratorio de México, cap. XVI, número 61, libro I) comenzaron á copiarse y se propagaron muchas imágenes guadalupanas. Se editaron varias historias de nuestra Señora de Guadalupe. En San Francisco de México se estableció la primera archicofradía en el año de 1675. En la cumbre de Tepeyac fué erigida una capilla en 1660, que hasta entonces ninguna había habido.

En el siglo XVIII, el templo construído aquí á principios del anterior, fué demolido; y en 1709 se dedicó el presente, gracias al celo y devoción del Señor Arzobispo Ortega, que en persona colectó las limosnas necesarias para ese fin. En 1708 se levantó en Morelia y cerca del Convento de los Padres de la Descalséz, otro templo. En 1709 otro en Orizaba, cerca del cual estuvo la Venerable Congregación de los Filipenses. En 1721 se fundó la iglesia y colegio apostólico de los religiosos de *Propaganda Fide* en Zacatecas que tantas misiones dieron así entre los gentiles de la parte norte de nuestra patria, como entre los demás habitantes de la Nueva España; al año siguiente, se dedicó á Nuestra Señora de Guadalupe otro templo en Durango, y en Guanajuato en 1733. En 1737 se le juró patrona de la ciudad de México, y después, en 1758, de toda nuestra patria. En 1792 se la erigió otro templo en Guadalajara.

Vemos, pues, multiplicados los lugares consagrados especialmente al culto de la Santísima Virgen de Guadalupe.

En ese mismo siglo (XVIII) vino un devoto Italiano, Boturini, que propagó el culto guadalupano, y llegó á lograr que Roma concediera para Nuestra Madre benditísima de Guadalupe la corona destinada á las imágenes de la Madre de Dios que tienen mayor culto, honor que por entonces no se realizó; pero que hemos visto realizado en nuestros días.

La Santa Sede aprobó el referido patronato, que, con gran entusiasmo, fué celebrado en nuestras iglesias; y concedió oficio y misa propios para el día 12 de diciembre, pues antes la fiesta de Nuestra Señora de Guadalupe se celebraba el 8 de Septiembre.

Pero el acontecimiento más notable en ese siglo, por lo que toca al culto guadalupano, fué la fundación del Cabildo de esta Colegiata, al que tengo la altísima honra de pertenecer. Los sacerdotes que lo han formado hasta hoy han sido propagadores del culto de la Santísima Señora, y han ofrecido en sí mismos, modelos de caridad, de humildad y de virtud, dando á los fieles buenos ejemplos de vida. De su seno han salido seis que han ceñido la mitra, y no han faltado quienes hayan renunciado este honor; y ochenta y cinco han obtenido las ínfulas doctorales. Podría hacer os reminiscencias de muchos, pero sólo me concretaré á cuatro: al Sr. Canónigo Lizasoá se debe la conducción del agua potable en este lugar; el Ilmo. Señor Campos, que estuvo cuarenta y nueve años en este Cabildo, construyó esa casa de ejercicios que tantos bienes espirituales produjo, profanada hoy y convertida en cuartel; el Sr. Abad García Colorado estableció en 23 de enero de 1782 el colegio de infantes, para que fueran como los jilgueros de la Santísima Virgen y alegraran este templo con sus dulcísimas voces, y felizmente han reinado siempre entre



ellos la inocencia y las buenas costumbres: el Sr. Germán promovió que las diócesis de la Iglesia Mexicana celebraran cada mes una fiesta en esta Colegiata en honor de la Santísima Virgen de Guadalupe. Las diócesis entonces eran ocho; en la actualidad son veintinueve; y gracias á aquella feliz iniciativa, el culto ha crecido como el grano de mostaza, y hoy se ostenta cual árbol frondosísimo.

Empero entre estos venerables capitulares hubo uno el doctor Don Francisco Lorenzo de Velasco, que ingresó al Cabildo á los 25 años de edad: su vida no fué nada ejemplar y la Santísima Señora le rechazó, puesto que cambió la almucia canonical por las charreteras, ingresando entre los insurgentes, y tuvo un fin trágico; pues la historia no nos aclara si fué asesinado ó si las aguas de los caudalosos ríos del Sur le arrebataron en sus corrientes.

Por esto cuando ingresé al cabildo, de los venerables ancianos que entonces le componían, oí decir que es preciso andar rectamente para no experimentar igual castigo. En el que he nombrado se ha visto la justicia de la Santísima Señora; como en otro capitular, que vosotros conocéis y que Quintiliano me veda nombrar, se palpa su misericordia.

Pasemos ya á considerar el culto que en el siglo XIX ha tenido aquí nuestra amantísima Madre de Guadalupe.

Llama desde luego nuestra atención el establecimiento de la orden de Guadalupe, que fundó el Emperador Iturbide en 12 de Octubre de 1822. El primer artículo que juraron sus individuos era "vivir y morir en el seno de la Iglesia Católica." Esta institución fué para desagaviar á la Santísima Señora; pues, como dice un predicador franciscano "á la Madre de la santidad por esencia, le repugna esencialmente autorizar la rebelión y el escándalo. Anduvo siempre por los caminos de la justicia; fué el modelo de las virtudes y se sujetó á las

legítimas potestades. Fué, pués, sacrílega profanación fijar su bendita imágen en los estandartes de los rebeldes, colocarla como enganchadora, atizadora é inflamadora de guerra entre hermanos. "Viva Nuestra Señora de Guadalupe y mueran los gachupines!" ¡Proposición escandalosa, impía, errónea é implícitamente herética. La palabra «viva» es una voz que congratula á quien se hace la salva y supone que le complace aquello por lo que se entona el «viva,» y suponer que el robo, el homicidio y la destrucción complacían á la Madre de la Santidad por esencia ¿no es una horrenda blasfemia, un escándalo, error y herejía.?"

No quiero pasar en silencio al General Santa Ana, cuyas cenizas descausan en el Tepeyac, que amó tanto á nuestra Guadalupana, le procuró tanto culto, restauró su orden y mereció morir en el seno de la Iglesia Católica.

Es de notar que anteriormente ningún sacerdote había recibido la consagración episcopal á los pies de nuestra Guadalupana. El primero que la obtuvo fué el antes mencionado Sr. Abad Campos; y su ejemplo ha sido imitado hasta hoy por doce prelados que fueron y son entusiastas propagadores del culto á nuestra Madre y Señora de Guadalupe.

Tengo que mencionar un hecho horrendo, ocurrido el 4 de marzo de 1861 y que muy justamente consternó á esta población y á la nación entera: el despojo que de sus almas y de su tesoro sufrió esta Colegiata. Recientemente, en este mismo lugar, se nos refería que en el Santuario de Luján se contaban por arrobas.....(2.) su oro, y por toneladas su plata. Nuestra Colegiata no fué menos rica de plata eran los candiles, lámparas, blandones, candeleros, el altar de la Santísima Virgen, el tabernáculo y la crujía, gracias á la munificencia, entre otros, de los católicos virreyes Condes de Salvatierra y de Linares. Las cenizas de este último reposan



bajo la nave de la derecha; y parte de aquel tesoro se salvó, gracias al Presidente Juárez que, para evitar nuevo despojo, como sucedió en mayo siguiente, se lo adjudicó y legó á su familia, con objeto de que se conservase siempre en este lugar. En ese tesoro no escaseaban el oro ni las piedras preciosas; pero acabó, sea por préstamos que imponían los gobiernos, sea porque en parte fué robado, sea finalmente porque para las dos costosísimas reparaciones que de esta Colegiata se hicieron en 1832 y en 1890, se fundieron muchas piezas de aquel tesoro, prefiriendo esto á exponer su conservación á nuevos atentados. Sin embargo de estas calamidades, el culto á Nuestra Santa Patrona, que no se sostiene ya con bienes materiales, sino con la creciente piedad de los mexicanos, se ha conservado incólume; y lejos de haberse disminuído, ha aumentado y aumenta de un modo admirable, como resultado de esa piedad que subió de quilates con el grandioso acontecimiento del memorabilísimo día 12 de octubre de 1895, cuando después de consagrado este templo, pues no lo había sido, ante una reunión, aquí jamás vista, de Príncipes de la Iglesia y ante incontable número de fieles, fué puesta á la Imagen de nuestra Santa Madre la corona de oro decretada por León XIII, que le profesó singular veneración y amor, y que para honrarla concedió un nuevo oficio, y le dedicó clásicos versos latinos que allí se leen.

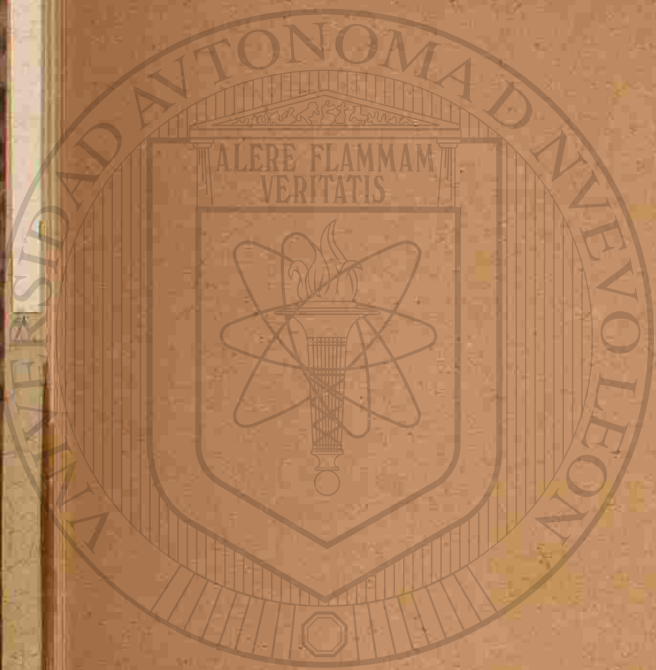
Ved, pues, confirmado lo que al principio se decía: el nombre de Nuestra Madre Santísima de Guadalupe es grande entre todos los pueblos de México, pues hoy cuenta por centenares los templos, capillas y altares en que es venerada y se han desarrollado las pequeñísimas perigrinaciones comenzadas en el siglo XVI (Información de Sr. Montufar) de todos los puntos de la República, merced á la actual facilidad de vías de comunicación. Su culto comenzó pequeño como el grano de mostaza y hoy se extiende por la faz del mundo entero cual

árbol gigantesco, en cuyas ramas nos acgoemos todos los mexicanos.

Sí, Virgen Benditísima; por largas tres centurias has manifestado tu amor á nosotros: continúa protegiéndonos. Vuelve tus misericordiosos ojos á la diócesi que hoy celebra esta fiesta; á su Prelado, á su Cabildo, á su Clero y fieles, para que bajo tu egida seamos felices todos en el tiempo y la eternidad.

1 V. Collin de Planey, Vie des saints; París 1888, tom. III pag. 306.

2. Al llegar el orador á estas palabras, se le tocó la campana por haber llenado la media hora reglamentaria; en el acto cortó su discurso y calló. Le faltó decir lo que sigue en el texto.



SERMON EN HONOR  
DE

*Maria Santísima de Guadalupe,*

PREDICADO

EN EL SANTUARIO DE ESTA CIUDAD

POR EL SR. PBRO. DON

**Ignacio Rivera Calatayud**

EL DIA 12 DE JULIO DE 1899,

EN LA FUNCION RELIGIOSA QUE ANUALMENTE CELEBRAN LOS

**TRES GREMIOS DE ARTESANOS**

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
AGUASCALIENTES.

IMP. DEL COMERCIO.—2<sup>ª</sup> DE TACUBA, BAJOS DE LA LONJA.

**1899.**



GUADALAJARA, AGOSTO 7 DE 1899.—Pase el manuscrito de que se trata á la revisión y censura del Sr. Maestrescuelas Dr. D. Antonio Gordillo. A su debido tiempo, S. S. se servirá expresarnos su dictamen, á fin de proveer lo conveniente. El M. I. Sr. Vicario Capitular lo proveyó y firmó:

M. f. ARTAS Y CARDENAS.

J. ALONSO,  
Of. mayor

GUADALAJARA, AGOSTO 7 DE 1899.—Leí atentamente el manuscrito que S. S. tuvo á bien sujetar á mi humilde censura; y no habiendo encontrado en él cosa que se oponga á la fe y costumbres católicas, creo que puede imprimirse, siempre que S. S. lo tuviera por conveniente. Dios Ntro. Señor guarde á S. S. muchos años.

ANTONIO GORDILLO.

GUADALAJARA, AGOSTO 8 DE 1899.—Puede imprimirse el Sermón de que se trata, remitiéndose dos ejemplares para el Archivo de la Secretaría eclesiástica. Y recomendándose sean revisadas escrupulosamente las pruebas por el autor. El Sr. Vicario Capitular así lo proveyó y firmó.

M. f.—ARTAS Y CARDENAS.

TEODORO GONZALEZ,  
Prosecretario.

*Vani autem sunt omnes hominis in quibus non subest scientia Dei: et de his, quæ videntur bona, non poterunt intelligere eum, qui est, neque operibus attendentes agnoverunt quis esset artifex.—Sap. C. XIII, v. I.*

**H**í, cuántas emociones placenteras experimento al verme en este santo templo, en el Santuario de mi Madre adorada María Santísima de Guadalupe, y frente á frente de los artesanos, de esa clase tan importante de la sociedad cuyos afanes y sufrimientos son tan poco conocidos del mundo, y sobre quien recaen con frecuencia, los engaños de los propagandistas del error; pero mi placer y mi dicha se aumentan al considerar también, que puedo en este día dirigiros la palabra, católicos, para hablaros algo sobre la primera enseñanza que debéis proporcionar á vuestros hijos, á esos pedazos del corazón que tanto amais y que el cielo piadoso os confió para su buena dirección [1].

Sí, yo quiero hablaros de la enseñanza religioso-cristiana que perfecciona soberanamente el entendimiento de la creatura, no menos que la voluntad, proporcionándole el modo de conocer á su Creador y sus divinos atributos; enseñándole lo verdaderamente útil y elevándole en alas de la be-

(1) Ephes. C. II v. 4.



llo, de lo sublime hasta conocer á Dios como verdad única, como legislador eterno del Universo, como árbitro de los destinos de las creaturas; que enseña las relaciones hermosas que existen entre Dios y el hombre y muestra el camino verdadero que puede conducir á la humanidad al término de su perfección y de las *tendencias ingénitas del alma*.

Sí, para hablaros de esa enseñanza religiosa tan combatida en algunas naciones europeas donde impera el *laicismo* y multitud de doctrinas *panteístas, racionalistas, positivistas, socialistas, etc.*; donde los enemigos de la verdad quisieran ver por siempre derrotada la Religión, ausente de la sociedad y lejos, muy lejos del hogar; contra todo el modo de pensar de multitud de filósofos antiguos y modernos, y entre otros, el inmortal Platón que con tanto tino y sabiduría dijo: *destruye los cimientos de toda humana sociedad, quien la Religión destruye.*

Sí, señores, para hablaros de esa enseñanza religiosa que hace importantes á los hombres en sociedad y que está en contra posición de la *enseñanza laica*, que los hace, como dice el Sagrado Libro de la Sabiduría: *vanos ciertamente... rani autem sunt . . .* [2] é incapaces para que por la pura razón, puedan penetrar con su espíritu hasta la región de la luz increada y de la eterna Sabiduría,

Permitidme, pues, que al veros aquí reunidos, á donde habéis venido con el corazón henchido de júbilo á celebrar esta solemnisima función religiosa en honra y gloria de nuestra Augusta Reina María Santísima de Guadalupe, me aproveche de esta feliz oportunidad para intentar desarrollar este sencillo tema: *María Sma. de Guadalupe rechaza, por perjudicial, la enseñanza laica en nuestras escuelas y lo mismo han hecho todos los hombres sensatos y aun multitud de liberales, socialistas, libre-pensadores, etc., etc.*; pero antes de dar principio á tan delicada tarea, caigamos de rodillas ante ese Sacramento de amor, ante el Divino Señor Sacramentado, que es la verdad y la luz por excelencia, y pidámosle, hermanos queridos, un haz de rayos de luz divina que penetre nuestra mente y una voluntad suave para que fructifique abundantemente en nuestras almas la semilla del

(2) L. Sap. C. XIII. v. 1.

bien y todo podremos fácilmente conseguir, por intercesión de la más bella y pura de las vírgenes, por nuestra adorada Madre María Sma. de Guadalupe, á quien con toda humildad y de rodillas saludaremos, trayendo á sus delicados oídos aquel canto amoroso que pronunció un mensajero divino:

“AVE ELENA DE GRACIA.”

Vanos son ciertamente todos los hombres en quienes no se halla la ciencia de Dios: y que por las cosas buenas que se ven, no pudieron conocer á Aquel, que es, ni considerando las obras reconocieron quien era el artífice.—L. de la Sabiduría C. XIII v. 1.

**12 de Octubre de 1492**, hé aquí, señores, la brillante fecha que marca en las doradas páginas de la Historia del mundo el descubrimiento de la América por el inmortal genovés Cristóbal Colón; que marca sin duda alguna la llegada de nuestra santa Religión, por GUAHANAMI (1), á tierras americanas; la memorable fecha en que al Dios de las naciones le plugo poner en manos de la Madre España esta tierra del oro y de la plata, esta tierra fértil y virgen donde tendrían más tarde, que levantarse millares de templos y altares al Dios tres veces Santo y á la Madre del Amor Hermoso. Y 12 DE DICIEMBRE DE 1531 es la fecha gloriosa en que María Sma. de Guadalupe con su maravillosa Aparición en la cima del Tepeyac, llenó de Santa confianza el corazón del pueblo mexicano para que abrazara con fé y ardor la Religión del Crucificado, Religión que hasta entonces había visto con cierta desconfianza porque había llegado con los bravos descendientes de Guzmán el Bueno y del Cid Campeador, de quienes el indio conquistado veía le venían multitud de males y por tanto, nada bueno creía esperar de aquellos *hijos del Sol*.

Los acontecimientos vinieron á demostrar lo contrario.

(1) Después isla de San Salvador y ahora los ingleses le llaman isla de Gatos.—PAYNO.



Al aparecer María Sma. de Guadalupe como estrella ru-tilante en el cielo límpido y hermoso de nuestra cara patria, no se conformó con enjugar, desde luego, las lágrimas de los descendientes de Montecuzoma; ni de dar la mano al oprimido y calmar las penas de un pueblo noble y generoso que sufría, sino que tomó á su cargo desempeñar una noble misión en favor de un pueblo valiente á la vez que de corazón humilde y sencillo. Permitió desde luego, que se destruyeran los templos de los ídolos Quetzalcoatl, Huitzilopochtli, Tonatiuh etc., borró por completo del corazón de sus nuevos hijos el amor que profesaban á sus mitos, arrancó de la mente la idea que tenían de una falsa creencia, permitió se derribaran por completo los altares do se inmolaban al son del *teponaxtli*, multitud de víctimas humanas y grabó en aquellos pobrecitos corazones por tanto tiempo engañados, el amor puro y sacrosanto á la Religión verdadera, fincó en su mente la idea grandiosa de los misterios de la Religión, hizo que se levantaran templos y altares al Dios verdadero, disipó las tinieblas de la idolatría, hizo resplandecer la luz en la obscuridad por medio de la creencia y el amor á lo bello, á lo cierto, á lo sublime, á lo divino para labrar de esta suerte, la felicidad de los pueblos que por tanto tiempo habían permanecido viviendo sumergidos en las tinieblas del gentilismo y sin tener un conocimiento cierto de una Religión que tanto alegra los días de la existencia y endulza las penas de los desheredados hijos de Adán en su peregrinación sobre la tierra.

Cuidó, también, como Reina y Señora de este suelo del Anáhuac, que se estableciera entre nosotros un gobierno, en cuanto fuera posible, adecuado á nuestras necesidades, é impartiéndonos, á la vez, como Madre tierna y compasiva, el alimento del alma por medio de una enseñanza religiosa, sólida, de principios incontrastables, y que esta enseñanza fuere especialmente esmerada en la niñez, para que los hijos de los mexicanos recién convertidos fueren más tarde modelos de ciencia, de religión y de piedad.

Se estableció, pues, en nuestro suelo patrio la Religión Católica, Apostólica y Romana bajo sus firmes principios, sus doctrinas consoladoras y su moral acrisolada. La enseñanza primaria debía ser enteramente religiosa para que los niños se acostumbraran desde su más tierna infancia

á conocer á Dios como el Sér Supremo del Universo y á María Santísima como Madre del género humano; como la *Virgen formada desde el principio de los siglos para ser la primogénita entre todas las creaturas* [1] y Madre del Redentor del mundo; como la medianera entre Dios y el hombre y como la Madre tierna y cariñosa que alegra nuestros días tristes, calma nuestras penas y enjuga nuestras lágrimas.

Al principio de la conquista la enseñanza fué enteramente católica y durante más de tres siglos dominó por completo dicha enseñanza en todos los establecimientos de instrucción con gran contento de Dios, de María Sma. y del pueblo mexicano.

El nombre del Hacedor Supremo resonaba en todos los establecimientos de instrucción y la imagen adorada de nuestra Madre querida, María Santísima de Guadalupe, ocupaba el lugar principal lo mismo en las academias, que en las universidades, en los institutos, que en las escuelas de primera enseñanza, produciendo ésto, gran satisfacción en el pueblo cristiano y un júbilo indescriptible entre todas las familias, que veían en cada establecimiento de enseñanza una garantía de las buenas costumbres de sus hijos, de la moralidad y la religión, y que sus tiernos hijos, serían sin duda alguna, educados en el *temor santo de Dios que es el principio de la sabiduría*. (2)

Más tarde, las convulsiones políticas de la Francia comenzaron á hacerse sentir más allá de sus fronteras y las ideas nefandas de los teóricos Fauriel, Sain-Simón y Leroux empezaron á infestar á algunas naciones de la Europa, y creedmelo, señores, esas doctrinas suversivas que pasando los mares llegaron hasta nosotros, esas teorías deslumbradoras de cerebros templados á muy alta temperatura y que por ellas intentaba la Francia reformarlo todo, Religión, hogar y sociedad, fueron las que desde el año de 1848 y aun con anterioridad, comenzaron á hacerle una guerra tenaz á la enseñanza religiosa, á trastornar los cerebros débiles y enfermizos de algunos mexicanos afectados de un espíritu maligno, no de progreso, sino de inovación y reforma, esta, repito, fué la causa de que el gobierno suprimiera de la

(1) Eccli C XXVI.

(2) Psalmus C. X. v. 9.



enseñanza el nombre de Dios y prohibiera la instrucción religiosa en las escuelas, y no, como algún escritor mal informado haya dicho, que el pueblo mexicano ya estaba cansado de oír en las academias, en las universidades y en las escuelas el nombre de Dios, porque muy al contrario, el pueblo mexicano siempre ha sido agradecido y tiene en mucho los beneficios que de día en día le dispensa la Divina Providencia.

El espíritu de novedad introducido también en la sociedad por las teorías fatales de Proudhon (1) y multitud de escritores mal intencionados que más tarde proclamaron *La Común* en la Francia y que antes habían preparado los espíritus ya por la tribuna ó por la prensa etc., fué el factor principal para que en México se abrazaran con calor las nuevas doctrinas y se siguiera diferente marcha en los asuntos sociales y gubernativos, y no que México hubiera perdido el amor á esa Virgen hermosa, á esa Madre compasiva que siempre ha estado pronta á socorrer las necesidades de sus hijos á quienes ama entrañablemente.

Engañada, pues, una insignificante parte del pueblo mexicano por el falso brillo de doctrinas sorprendentes, subversivas, é infestadas de socialismos, racionalismos etc.; creyendo de buena fé que si no adoptada los *nuevos principios facinadores* [que presentaba la bulliciosa Francia á la vista de los pueblos como un hermoso prisma de variados colores,] se quedaría atrás de la marcha progresiva que habían emprendido algunos pueblos de Europa, entre el calor del combate de las guerras intestinas porque atravezaba el país, entre el desórden de la pelea y tal vez sin meditar profundamente el paso que iba á dar, pronunció contra la enseñanza religiosa el *non serviam*, revelándose contra el nombre sacrosanto de Dios y de María Sma., y al momento mandó arrancar con mano atrevida, las imágenes de Dios y de María Sma, de Guadalupe que hasta entonces habían presidido los trabajos laboriosos en los establecimientos de instrucción.

Prohibió seriamente á los profesores que pronunciaran en las escuelas el nombre de Dios y dispuso que la enseñanza, en lo sucesivo, dejaria de ser religiosa. Adoptó entre tanto

(1) César Cantù, HISTORIA DE TREINTA AÑOS.

el laicismo ó sea la escuela neutral ó sin Dios en donde el niño tan solo escucharía las explicaciones saturadas de las doctrinas de Kant, Crause, Littré etc. y aprendería á resolver ecuaciones, á calcular con más ó menos violencia, algunas nociones de ciencias naturales, lectura, método intuitivo, escritura, cantos corales, dones de Fröebel, objetivismo de Madame Pape Carpentier ó de López Catalán etc. etc. etc....; pero..... en cambio, pobre niñez!, mientras tuviera recargada la cabeza de tantas enseñanzas, debería tener... .....vaído de religión el corazón. Pobre niñez!, aprendería los principios de la ciencia, pero se le formaría irrespetuosa, sin temor á nada, sin respeto á las cosas sagradas, sin moral, y en los casos desesperados de la vida, no tendría esa luz esplendente de la fé, que enseña á sufrir aquí en la tierra, no tendría esa bella virtud que enseña á esperar días hermosos y tranquilos después de las tempestades de la vida, ni caridad en su corazón, sino que tendría que caminar sin consuelo por *vías tenebrosas* (1) en vez de ir por las *vías pacíficas y hermosas* (2) por donde María Santísima conduce á sus hijos á la salvación. Pobre niñez!, se le enseñarían algunas reglas de sociedad, se le desarrollaría hasta el organismo animal por medio de ejercicios gimnásticos; pero en cambio no conocería el nombre de Dios ni de María Santísima, debería ser indiferente y si es posible declinaría hasta el ateísmo. En una palabra, habría instrucción, pero faltaría sin duda alguna la religión y la moralidad. Y así parece vá aconteciendo.

Pero sobre todo, pobres padres de familia!, formados sus hijos en la escuela sin Dios, indudablemente que sus trabajos y mortificaciones serán multiplicados, porque allí donde falta la religión, sin duda que falta también la moral y todos sabemos de lo que es capaz el hombre que carece de moralidad.

Tendrán los padres de familia, si se quiere, hombres diestros y conspicuos en las ciencias naturales, en la ciencia del mundo; pero en cambio irracionales en la ciencia sublime del corazón, esa ciencia religiosa que consolando al hombre en medio de sus luchas y penas en este inmenso

(1) Prov. C. II v. 13.

(2) Prov. C. IV. v. 17.



piélago borrascoso da la vida, señalándole el cielo le dice cree y espera. Pero que quereis, cristianos, esta es la enseñanza adoptada y aplaudida por los prohombres de nuestra época, esta es la enseñanza que se recomienda al fin de siglo para que los pueblos lleguen á la cima de la felicidad..... Mas, nó, perdonadme, mejor debo decir: esta es la enseñanza que forma hombres vanos, *vani autem sunt etc*, esta es la enseñanza que resiste, que rechaza enérgicamente María Sma de Guadalupe, porque no es ni la ciencia de su Hijo, ni la que Ella quiso se implantara en México para alimentar el entendimiento y formar el corazón de sus desvalidos hijos.

Esta es la enseñanza que ha merecido un voto de reprobación de los hombres censatos de todos los países del mundo, que no quieren convertir en escorpiones á sus tiernos hijos que adoran con toda el alma, y mucho menos darle en los primeros años de su existencia el tósigo que les priva de la vida del corazón.

Esta es la enseñanza que con toda justicia ha merecido la reprobación hasta de los mismos liberales, de los libre pensadores, de los racionalistas, masones etc. etc., y principalmente de ciertos hombres notables en el mundo de las letras y que nada desconocidos son para los laicos; y para demostrarlo, solicito, hermanos queridos, un momento más vuestra atención:

El grande escritor y atildado poeta Víctor Hugo, en la Asamblea Nacional francesa, dijo: "Señores, deben ser llevados a los tribunales aquellos padres de familia que envían á sus hijos á las escuelas en cuya puerta está escrito "Aquí no se enseña Religión."

La enseñanza religiosa es en mi concepto, más necesaria hoy que nunca. A medida que el hombre se desarrolla más debe creer. . . . Quiero, pues, sinceramente, diré más quiero ardientemente la enseñanza religiosa."

Diderot, que como Víctor Hugo, no puede ser sospechoso á los amantes del laicismo, al tratar de asuntos tan delicados como la instrucción de la niñez, se veía precisado presindir de sus ideas y en conciencia decía: "El primer conocimiento esencial de la juventud debe ser la Religión base única de la Moral. La Religión debe ser, pues, la primera lección y la lección de todos los días. Y este escrito de ideas bajo otro respeto envenenadas, y del siglo de Ve-

taire, nada sospechoso á los impíos, indicó también cual era el libro en que se debía aprender, en su concepto, lecciones diarias de moral: "Mucho he buscado para encontrar libros donde enseñar á mi hija querida y no encontré ninguno mejor que el Catecismo de la diócesis. Si, no os alarmeis, me valgo del catecismo y lo encuentro el mejor tratado de Pedagogía. Qué fundamento más sólido puedo dar á la instrucción de mi hija?"

En la Circular á la Dirección de Instrucción Pública en Francia, se leen estos conceptos de Guizot: "Todos reconocen que la instrucción primaria debe ser esencialmente religiosa; pero no basta que esto se diga y se considere como una vulgaridad; es necesario más: es preciso que llegue á ser una realidad práctica. Ahora bien, en qué consiste una instrucción religiosa y popular? No consiste únicamente en la recitación del catecismo, ni en la explicación del dogma y de los principios fundamentales del Cristianismo; se requiere la presencia constante y siempre activa de la fé y de la influencia religiosa en las escuelas; debe ser una educación popular dada en medio de una atmósfera y presencia de una vida esencialmente religiosa."

El mismo autor en su tomo III, *Memoires*, dice: "Para que la instrucción primaria sea verdaderamente buena y socialmente útil, ha de ser profundamente religiosa. . . . Es menester que la educación popular sea dada y recibida en el seno de una atmósfera religiosa; que las impresiones y los hábitos religiosos le penetren por todas partes."

Jauffroy (Rapport á l' Academie des sciences morales et politiques), dijo con mucho tino: "No hay más que una voz para proclamar que sin la religión no hay educación moral posible, y que debe ser el alma de las escuelas normales de maestros."

Thiers, decía: "Yo pido formalmente otra cosa que no sean esos maestros laicos en gran número detestables. Quiero hermanos (profesores religiosos), aunque en otro tiempo haya podido desconfiar de ellos."

Quiero hacer omnipotente la influencia del clero. Quiero que la acción del cura sea fuerte, mucho más fuerte que hoy día; porque cuento con él para propagar la buena filosofía; que enseñe al hombre que está en la tierra para sufrir. . . . Si, nunca lo repetiré bastante, la enseñanza primaria no produ-



cirá buenos resultados sino en tanto que *el clero ejerza en ella grandiosa influencia.* (Les debats de la Comisión de 1849.)

El gran jefe del partido liberal de Inglaterra, Gladstone, en su discurso del Parlamento inglés y en la Legislatura de 1838 á 1839, así se expresaba: "Todo sistema que deja á un lado la educación religiosa *es un sistema peligroso.*"

El Emperador de Alemania, Guillermo, en su contestación á una diputación de maestros en 1879, decía:

"En hora buena que se instruya á los jóvenes en la ciencia; pero es menester no olvidar lo que tiene *importancia capital* en la educación: LA RELIGION ES ANTE TODO Y SOBRE TODO. Vuestra misión más difícil é importante es, pues, educar á la juventud en *el temor de Dios* y enseñarle el respeto á las cosas santas."

Aquí mismo en América tenemos palpitantes las palabras de Washington para los amantes del *laicismo*, "por mucho-decía,—que se conceda al influjo de una educación refinada en los espíritus de un temple peculiar, la razón y la experiencia nos prohíben esperar *que la moralidad pueda existir, excluyendo los principios de Religión*"

Y lo mismo que hemos citado estos notables testimonios que tanto conocen los heterodoxos y que sin duda alguna deben tener, por su origen, en grande estima, podríamos citar á Von-Caprive, á Portalis, Legové, al gran sacerdote del Positivismo, Spencer y cien más que han rechazado la instrucción laica. . . .; ah!, es que estos géneos, estos hombres notables, aunque en su mayor parte de ideas liberales y reformistas, en el fondo de su corazón, *en conciencia*, sabían claramente que sus hijos debían ser educados en el santo temor de Dios, en ese temor que como hemos ya dicho, *es el principio de la sabiduría.* Sabían muy bien que la ciencia que procuraban para sus tiernos hijos *es un resplandor de la luz eterna y espejo sin mancha de la Magestad de Dios* (1) Sabían muy bien que educarlos en el amor y respeto de María Santísima, era formar de ellos amorosos padres de familia y ciudadanos atentos y de finas maneras sociales; y por lo que toca á nuestra patria, grandes católicos-patriotas, porque esa Virgen santa, esa paloma more-

(1) VII. Cap -26.

na de ojos africanos, esa gallarda palma de Cades, esa perla más hermosa que todas las del Báltico y de Indicos mares, es el bello símbolo de la Religión Cristiana y de nuestra cara Patria.

Mas que quereis, cristianos, aquí en nuestra querida México, repito, algunos grandes hombres han creído que nos convienen esas escuelas laicas en que *se canta mucho y se aprende poco*; esas escuelas que entre nosotros dejan ver cierto desorden y confusión de métodos; esas escuelas que tanto resiste nuestra Augusta Reina y con razón, pues por sus frutos las podreis conocer mejor, por sus frutos que ya en abundancia se comienzan á cosechar.

Dirigid por Dios, vuestras miradas al centro de las grandes poblaciones donde *el laicismo* se viene practicando de algunos años atrás y veréis desde luego, desarrollado en grande escala *el suicidio*, ese suicidio que tanto escandaliza á las familias honradas y tantos males causa á la sociedad. Pues bien, no lo perdáis de vista, es uno de los frutos que produce la escuela en donde se educa á los niños sin Dios, sin Religión y sin respeto á las cosas santas.

Sí, señores, mirad un momento nuestra sociedad actual, en gran parte ya formada en las *escuelas laicas*, y sentireis venir voluntariamente las lágrimas á vuestros ojos y una tristeza profunda, al ver tan extendido el asqueroso vicio de *la embriaguez* que está minando casi á todas las clases sociales y recatándose vergonzosamente hasta en el centro del hogar doméstico, donde con frecuencia se ven tragedias espantosas entre el padre honrado y respetuoso y el hijo sin temor ni á Dios ni á la sociedad; entre la madre que con el corazón destrozado y el alma llena de amargura llora al ver un hijo inmoral que ha perdido el pudor y las consideraciones. . . .; ah!, es que desde sus más tiernos años frecuentó la escuela laica en donde no aprendió moral ni religión y ahora no conoce freno en sus acciones, ni las quiere sujetar á una regla superior.

Si, mirad, el *raterismo* y la imprudencia, la inconsideración y la inmoralidad, la irrespetuosidad y el atrevimiento comienzan á acentuarse notablemente en la sociedad, y estos frutos, señores, son los que abomina María Sma. de Guadalupe, porque no son los que hacen adelantar, ni progresar á una nación, ni mucho menos los que hacen abrir las puer-



tas del cielo; sino el producto, la consecuencia de una ciencia vana, de teorías poco premeditadas, de una enseñanza sin Dios ni religión y que como dice el Sagrado Libro de la Sabiduría: *esa ciencia sin Dios hace vanos á los hombres y tanto los ciega, les obscurece el entendimiento que ni por las cosas buenas que ven pueden conocer á Dios ni considerando sus obras llegan á conocer quien es su artífice.* Ah!, es que sin la luz divina, sin Dios, la pura razón es un faro apagado en medio de mares oscuros y tempestuosos.

Mas vosotros, católicos, podéis todavía hacer mucho para que esa *enseñanza laica* no progrese entre nosotros; podeis trabajar como algunas veces lo ha recomendado nuestro Smo. Padre el Sr. León XIII, en sus Encíclicas *Gallorum gens*, del 8 de Febrero de 1884; *Humanum genus*, de 20 de Abril de 1884, *oponiendo la escuela católica á la escuela laica*; prefiriendo los establecimientos donde se enseña la religión á los establecimientos donde no se dá á conocer más Dios que *el progreso y la reforma sin religión.*

Podeis hacer mucho, reuniendo y estableciendo sociedades católicas y demás reuniones que tengan por objeto fundar escuelas religiosas para que con la uniformidad de enseñanza, resulte la de ideas, y las creencias cristianas vuelvan á vuestros hogares la calma y la paz tal vez perdidas.

Podeis todavía hacer mucho, estableciendo la escuela católica por todas partes y propagando la buena doctrina hasta en lo particular para que desaparezcan esas repugnantes y lamentables divisiones que comienzan ya á hacerse notables en el mismo centro del hogar doméstico, *donde el padre es libre-pensador, la madre cristiana, los hijos indiferentes*, y todo un desconcierto de ideas y sentimientos que terminan muchas veces por el rencor ó el odio solapados.

No me cansaré de repetirlo, trabajad por establecer escuelas católicas y no olvidéis que para ver realizados vuestros deseos contais con la ayuda de Dios que está dispuesto á no dejar perecer á sus hijos que de algun modo quieren siempre mejorar su situación; contais con María Sma. de Guadalupe que tampoco quiere ver perecer á sus hijos que tanto le han costado, y que contais con todas las familias censatas que día á día lamentan que no cuenten nuestros pueblos con el número suficiente de establecimientos católicos donde poder mandar educar á sus hijos, viendo-

se muchas veces precisadas á despacharlos á las escuelas laicas, obligados por la pura necesidad de no ver á sus hijos totalmente ignorantes y sin ninguna representación social.

Animo, católicos!; ánimo, pues, hijos mimados y predilectos de María Sma. de Guadalupe, nuestra Madre está dispuesta á impartirnos su valiosa, su poderosa ayuda y á socorrernos en todas nuestras necesidades.

Verdad, Madre amorosa, que tú no estás contenta con que tus hijitos beban la instrucción primaria en las escuelas laicas, en las escuelas sin Dios ni religión, sino que quereis que á ejemplo de Tobías, reciban de sus padres una esmerada y religiosa instrucción? Verdad, Señora, que tú no permitirás que tus hijos sigan por más tiempo sufriendo una sed devoradora como la que Ismael sufrió en el desierto, sino que les darás á beber aguas puras y refrigerantes con las que llegarán hasta el conocimiento de su Creador? Verdad que tú, Reina de nuestro suelo patrio, no permitirás que se pierdan esos niños que las amantes madres de familia estrechan con tanto amor y cuidado entre sus brazos, que cubren sus mejillas con besos llenos de ardiente efusión y que cuidadosamente educan en tu santo amor y el de tu Hijo? Verdad, consuelo de nuestras almas, que no permitirás que se extravíen del camino de la verdad, esos niños tan consentidos de nuestro Divino Salvador á quienes llamó *dueños del reino de los cielos* (1)?; esos niños que constituyen el porvenir y las risueñas esperanzas de nuestra patria, que han de ser el sostén de las familias y la honra de nuestra sociedad, verdad Madre mía, que no les dejarás perecer en medio de la obscuridad del error, sino que los harás que vivan siempre agitándose entre brisas de luz clara hermosa y resplandeciente, como son las del Evangelio? Verdad que tu serás nuestra sombra bienhechora, nuestro ángel tutelar nuestra guía.....?

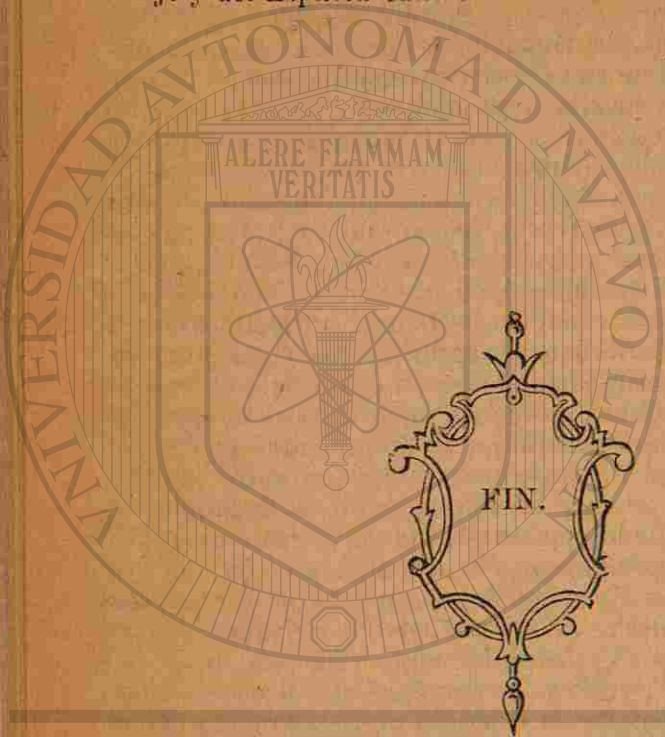
Cuida, pues, Señora, de tu pobre pueblo, de este pueblo que tanto te ama, te lo suplicamos, te lo pedimos, encarecidamente, *pon sobre nuestro corazón tu sagrada imagen, grábala en nuestra mente para que siempre la tengamos presente en la memoria; siempre la adoremos; te lo suplica-*

(1) S. Lucas. Cap. XVIII.-v. 16.



mos de rodillas y con entera humildad, á la vez que te pedimos derrames sobre nuestra patria, sobre nuestras familias y sobre nuestra frente tu santa bendición, que sumisos recibimos porque ella viene en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

AMEN.



*Fuente: M. P. M.*  
SERMON

PREDICADO  
EN LA INSIGNE COLEGIATA DE LA SOBERANA REINA DE  
LOS MEXICANOS

SANTA MARIA DE GUADALUPE

EL 14 DE OCTUBRE DE 1895,

Con motivo de las solemnísimas festividades que se hicieron para celebrar la Coronación canónica de su Santa Imagen,

POR EL PRESBITERO PONCIANO PEREZ,

INVITADO POR LA DIOCESIS DE LEÓN,

A QUIEN TOCÓ EL MENCIONADO DIA.



MEXICO  
TIPOGRAFIA GUADALUPANA DE REYES VELASCO

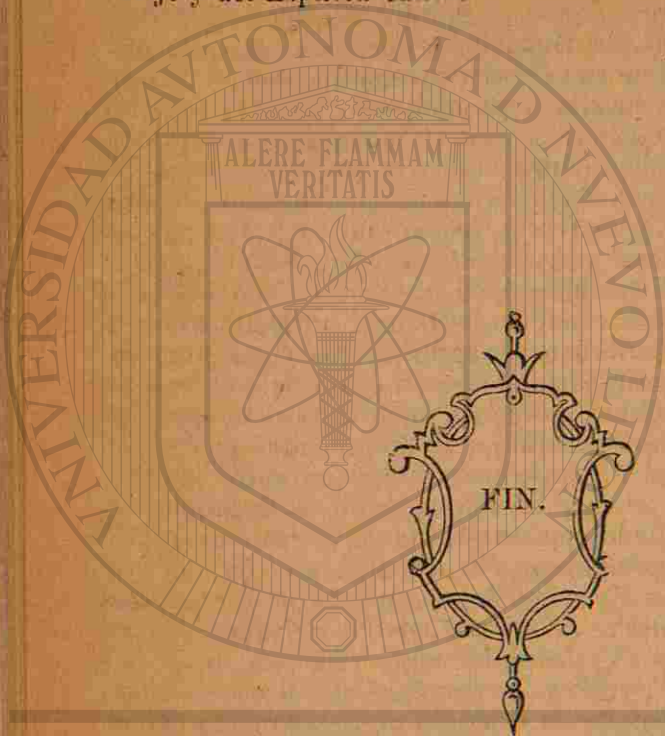
Calle del Correo Mayor número 6.

1895.



mos de rodillas y con entera humildad, á la vez que te pedimos derrames sobre nuestra patria, sobre nuestras familias y sobre nuestra frente tu santa bendición, que sumisos recibimos porque ella viene en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

AMEN.



*Fuente: [illegible]*  
SERMON

PREDICADO  
EN LA INSIGNE COLEGIATA DE LA SOBERANA REINA DE  
LOS MEXICANOS

SANTA MARIA DE GUADALUPE

EL 14 DE OCTUBRE DE 1895,

Con motivo de las solemnísimas festividades que se hicieron para celebrar la Coronación canónica de su Santa Imagen,

POR EL PRESBITERO PONCIANO PEREZ,

INVITADO POR LA DIOCESIS DE LEON,

A QUIEN TOCÓ EL MENCIONADO DIA.

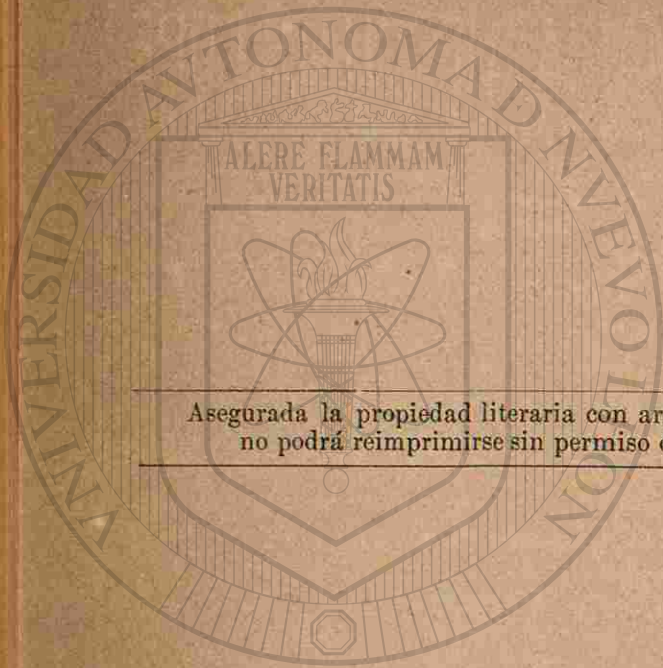


MEXICO  
TIPOGRAFIA GUADALUPANA DE REYES VELASCO

Calle del Correo Mayor número 6.

1895.





Asegurada la propiedad literaria con arreglo á la ley,  
no podrá reimprimirse sin permiso del autor.



ILMOS. Y RMOS. SRES.

CATÓLICOS MEXICANOS:

Las solemnidades presentes recuerdan á la vez, ya los holocaustos humildes, pero fervorosos que Noé ofrecía al Señor después del diluvio; ya las suntuosísimas fiestas con que Salomón dedicaba aquel templo magnífico fabricado con todas las riquezas de la tierra, y con todo el arte que pudo inspirarle una sabiduría celestial. Paréceme, en efecto, que veo desfilar á lo largo de estas preciosísimas galerías á los levitas, y á aquella brillante muchedumbre de cantores y de sacerdotes que, vestidos todos con ropas de finísimo lino, y dirigidos por Asaph y los hijos de Coré, al son de las arpas, liras y salterios, con los címbalos, trompetas é instrumentos músicos de todo género, entonaban aquel himno que hacía retemblar los muros sagrados y estremecer los montes de Sion: "Benedicid al Señor porque es bueno; porque su misericordia es para siempre. Señor Dios de Israel, no hay Dios semejante á tí, ni en el cielo, ni en la tierra, que guardas el pacto y la misericordia con tus siervos, que andan delante de tí con todo su corazón. Señor, levántate y ven á tu reposo, tú y el arca de tu fortaleza: tus sacerdotes sean revestidos de justicia, y tus santos regocíjense en los bienes." Paréceme también que veo consagrar nuevas piedras, aun en medio del atrio fronterizo á estas naves sagradas, para colocar los dones y holocaustos que ya no pueden sostener los altares de mármol y de bronce del suntuoso recinto; y que miro descender el fuego sagrado sobre las víctimas pacíficas, y que la majestad de Dios



como una nube sublime llena de repente este lugar, y los sacerdotes sobrecogidos de asombro sueltan los instrumentos y caen postrados en tierra mientras pasa la gloria del Señor!

Las fiestas actuales tienen para mí un doble carácter. La voz de estas brillantes multitudes, agavilladas sucesivamente bajo las bóvedas de esta augusta basílica, es voz llena de ternura y de gratitud, trémula aún como voz después de prolongado llanto, pero robusta porque es la voz del consuelo y de la esperanza; es el grito de júbilo que lanza el proscrito cuando vuelve á ver á su patria, ó el del niño cuando divisa á la madre que había perdido. María de Guadalupe, esta mística arca del Nuevo Testamento, este templo vivo de Dios hecho hombre, viene de nuevo á santificar este lugar que ha escogido para que aquí sea glorificado perpetuamente su nombre, y estén fijos sobre él sus ojos dulcísimos y su maternal corazón. Hoy, entre las nubes del incienso de la oración, al través de una lluvia de lágrimas, aparece este iris divino, señal perpetua de la alianza entre el cielo y la tierra. Hoy entra de nuevo á su palacio esta Soberana Reina que se ha dignado de recibir sobre sus augustas sienes una corona corruptible; Ella á quien coronan los astros matutinos; Ella á quien los cielos apenas pueden servir de peana; Ella sobre cuya cabeza reposa la luz incorruptible del Verbo como una eterna aureola, y al mismo tiempo la viste y la envuelve toda, como con vestidura de oro, recamada con todos los brillos espectrales y matices divinos que puede dar una luz infinita al penetrar en un medio celestial.

Pero tras la magnificencia y esplendidez de estos cultos, entre las vibraciones dulcísimas y arpegios angélicos de estos cantos de júbilo, tras el humo de los sacrificios, veo levantarse á lo lejos la sombra del pasado: veo apagada y caída una funesta y lúgubre tea! México no ha llegado al puerto feliz sino después de atravesar el abismo. La Iglesia Mexicana es consolada, pero después de haber tenido muchos días de luto y de haber derramado muchas lágrimas. El espíritu del mal ha atacado todos sus flan-

cos, pero, muralla inexpugnable en cuya cima ha flotado constantemente la enseña preciosa de María de Guadalupe, siempre se ha defendido con todo el valor sobrenatural que la caracteriza; roca imponente, ha dominado la tempestad que furiosa la empujaba al abismo.

Formando así el pasado y el presente un contraste notabilísimo, siendo el presente unos días de consuelo y de paz, y el pasado, de turbulencias y de lágrimas, examinemos el pasado para rogar á Dios que no se renueven sus escenas; y estudiemos el presente para ver qué necesitan este consuelo y esta paz, de que actualmente disfrutamos, para que sin solución de continuidad sean el principio de aquel consuelo y aquella paz, elementos eternos de la suprema beatitud.

Tal es el tema que servirá de norte á las sencillas reflexiones que os haré con motivo de tanta solemnidad, esperando que Dios, en cuyo acatamiento estoy, y cuya gloria pretendo buscar, me inspire lo que debo decir, dé orden y rectitud á mis conceptos y aún gracia á mis palabras para alcanzar el fin que me propongo. Si la gracia que espero fuera nada más para mí, temería mucho no obtenerla; pero como sé que es más bien para vosotros, estoy seguro de que la alcanzaré porque Dios nunca la negará á su Iglesia. Falta nada más que me ayudéis á impetrarla por la intercesión omnipotente de la soberana Virgen María de Guadalupe, nuestra Reina y Señora, á quien humildes felicitaremos con las palabras con que la saludan eternamente los ángeles y los hombres. AVE MARIA.

No temáis, señores, que al evocar el recuerdo del pasado, os presente cuadros en que aparezcan bajo colores sombríos algunos de esos héroes que con más ó menos justicia veneráis; ni que quiera hacer pasar por un minimum la celebridad y el mérito de los que han trabajado con más ó menos éxito favorable en pró de nuestra queridísima patria. A esos hombres yo también los



venero, yo también celebro sus acciones heroicas, y más que ninguno disculpo las faltas inherentes á la humanidad al dar cima á las grandes empresas. Cuando se trata de juzgar á una sociedad, cuando se trata de la vida de un pueblo, no hay para qué fijarse en la fisonomía moral de un hombre. Podrá alguno tal vez representar sus extravíos ó condensar sus virtudes; pero generalmente el mérito ó la responsabilidad afecta á todo el cuerpo social, y no hay que acumular sobre una sola figura sombras que pertenecen á todo un cuadro. Hay épocas en la vida de los pueblos, dice un sabio escritor, en que perdido todo criterio de verdad, falta la conciencia de todo sostén y de toda guía; parece como que las generaciones se sienten arrastradas á un abismo sin fondo, sin que un destello de la razón venga á iluminar el caos en que todo se precipita y sumerge; épocas en que la ciencia misma se agita en moldes mezquinos, en que el pensamiento abandona la esfera de los principios para perderse en la de los hechos, y en que llega á dudar el entendimiento humano de esa ley inmutable del progreso que desde sus primeros é inseguros pasos preside la marcha de la humanidad. Y en esas decadentes épocas, en esos momentos angustiosos de luchas indignas, de sor-das rivalidades, de maldades y de infortunios, jamás falta un hombre que condensa el pensamiento de todos para arrojarlo á la faz de sus contemporáneos y transmitirlo bajo diversas formas á la posteridad. Mas cuando pasan esas dolorosas crisis, como si la sociedad, avergonzada de sus pasados extravíos, buscarse un nombre para descargar en él todo su furor y personalizar en él todas sus culpas, atribuye á un hombre solo los errores de una generación entera, y lanza sobre él el tremendo anatema que no se atreve á fulminar contra todo un siglo.

Ya véis como no es justo culpar á un individuo para librar de la responsabilidad á todo un pueblo. Levantemos por tanto nuestras miradas por encima de las humanas preocupaciones, y véamos las causas más altas de los acontecimientos que han conmovido á nuestra sociedad.

Hubo un tiempo que pudo llamarse la época floreciente de la Iglesia mexicana, época en la cual la Iglesia y el Estado, bajo la tutela de los reyes de España, estaban en la más perfecta armonía, y, al parecer, en su máximum de prosperidad. Sin embargo, este orden de cosas muy bueno para arrojar sobre nuestra patria la simiente de una civilización nueva, no correspondía á la grandeza á que más tarde era llamada tanto en el orden temporal como espiritual. La Iglesia necesitaba de menos servidumbre, y el Estado de más libertad. México, fecundo en elementos de vida intelectual y material, capaz de regirse por sí mismo y de figurar entre las naciones independientes, debió de proclamar y sostener su independencia; y la Iglesia, teniendo ya entre sus mismos hijos hombres capaces para gobernarla, debía ya de sostenerse por sus propios elementos, para ampliar sus horizontes de acción. La Iglesia y el Estado no necesitaban ya de pedagogo, y debían de ensayarse á andar por sí mismos para llegar á su perfecto desarrollo.

Gran inconveniente sería aferrarse en sostener hoy un orden de cosas bueno en una época. Porque los órdenes transitorios no tienen sino una bondad transitoria. Frustráneo será empeñarse en detener con añejas preocupaciones la marcha de las sociedades hacia el fin á donde las conduce la Providencia. Porque el rumbo que Dios traza á la humanidad tiene que seguirse de grado ó por fuerza. Y ¡cosa admirable! por diversos caminos, con movimientos contrarios muchas veces, los hombres, aun sin saberlo, son los ejecutores de las órdenes de Dios: todos, buenos ó malos, son elementos en sus manos divinas para la obra que se propone según su profunda sabiduría. Sorprendidos quedamos nosotros mismos de ver que muchas veces nos resultan efectos inesperados; otros, muy inferiores ó superiores á sus causas, y algunos diametralmente opuestos. ¡Cuántas veces no podemos hacer todo el bien que queremos, ni perpetrar todo el mal que deseamos, viéndonos así empequeñecidos, humillados por una y otra parte! ¿Qué significa todo esto sino que estamos sujetos á un



régimen superior que modera nuestras acciones? ¿Qué fuera de la humanidad, cuando el hombre decreta devorar al hombre, sin esa Providencia divina que tiene cuidado de enderezar aún la yerbecilla que han hollado nuestros piés, como si se hubiera de enderezar un mundo? *La Providencia es el auxilio constante que las perfecciones divinas prestan á nuestras imperfecciones.* La omnipotencia vela sin cesar en reparar nuestras debilidades; la justicia, en corregir nuestros errores; la misericordia, en consolar los corazones que nosotros hemos despedazado; la verdad separa constantemente las consecuencias de nuestra falsedad, y la ciencia infinita de Dios saca partido de nuestra ignorancia como de un cálculo profundo! ¿Qué más puede hacer Dios por nosotros? El no quiere alejar absolutamente los males del universo por no disminuir un infinito número de bienes. La limitación misma de nuestras facultades hace que no conozcamos suficientemente el bien hasta que no tenemos la desgracia de perderle; que no experimentemos el gozo inefable de la verdad sino después de sacarla del caos con el fiat lux del trabajo intelectual; que no sintamos el deleite supremo de practicar el bien sino arrojando graves y terribles dificultades; que no halague el descanso sino después del trabajo, ni las dulzuras de la paz sino después de la lucha, y que una corona no se lleve con gloria sino después de haberla valerosa y heroicamente conquistado. Dios, infinitamente bueno, dice San Agustín, no permitiría que en sus obras se mezclase algún mal si no fuera tan omnipotente que de los mismos males sacara bienes.

A la luz de estos principios evidentes é ineludibles, diremos que Dios no permitió que la Iglesia fuera afligida entre nosotros, sino para glorificarla y hacerla más robusta y fecunda.

México, hija predilecta de la Providencia, de cielo purísimo, como bóveda de zafiro, cuya nitidez nunca se empaña sino por los cambiantes matices del ópalo y la grana, ó por las nubes que alzándose de la superficie de esos dos mares que la acarician entre sus brazos, van primero á formar coronas de azucenas sobre

sus cráteres imponentes para resolverse después en hilos y cascadas de perlas, y convertir sus valles en cestillos de flores! México, esta tierra de promisión que no solo mana leche y miel sino plata y oro, con cuyas montañas metalíferas se podría comprar el resto del mundo! México, de noble origen, raza de hombres ilustres, cuyos hijos descendientes de héroes reúnen á la vez el carácter ardiente del trópico y la dulzura de nuestro cielo, entusiasta, sensible, heroico, ávido de grandes empresas, libre ya de toda dominación extranjera, con el entusiasmo é inconstancia de un joven que entra á la vida de las ilusiones, quiso ensayarlo todo, imitarlo todo; y para constituirse políticamente probó varias formas, formó y reformó constituciones, estableciendo hoy lo que había de destruir mañana, queriendo llegar en un día á la altura á que han llegado otras naciones después de muchos siglos. La inexperiencia, el fuego heroico de sus hijos, las ideas de grandeza perseguidas con más calor del que era necesario, el querer un triunfo prematuro y llegar antes de la hora á su destino, lo lanzaron á excesos que es inútil referir porque todos lo saben. En un período de cuarenta y cinco años su historia se reduce á una lista de *pronunciamientos* casi diarios, de cambios de sistemas políticos, de elevación y caída de gobernantes. En este tiempo tan calamitoso nada había que fuese estable sino la *revolución* misma. No había estabilidad ni en las instituciones, ni en las leyes, ni el comercio, ni en el crédito, ni en las empresas; todo lo barría la *revolución*. México, lleno de graves compromisos que más tarde hubieran acabado con su ser político, presentaba el aspecto de un pueblo pobre, fallecía en medio de tantos elementos naturales de vida, era la estatua de la miseria sobre un pedestal de oro!

La verdadera religión nunca se opone á la verdad, ella siempre ha sido el esplendor de las ciencias y gloria de las artes. La mejor garantía de la paz y de la estabilidad de los gobiernos es la religión y una piedad ilustrada. La obra por excelencia de la justicia es la paz. La Iglesia nunca ha reprobado las diversas



formas políticas, inclusa la forma democrática, con tal que se guarde la justicia; y si por una parte sostiene como un dogma que Dios es el principio y origen de todo poder, por otra, siempre ha dejado en libertad á los pueblos, y en su pleno derecho, para elegir en la tierra á los representantes de ese poder, y es una calumnia decir que ella sostiene el origen divino del poder hereditario. La justicia engrandece á las naciones, mas el pecado hace infelices á los pueblos. Verdades son estas de tan palmaria evidencia, que basta enunciarlas para que se impongan por sí mismas al mas escaso entendimiento. Basta también una ligera ojeada á la historia de todas las naciones para convencerse de su verdad práctica. Pero tan evidentes como son, de tal manera las preocupaciones nacidas de la ignorancia, ó del orgullo, llegan á veces á empañar su brillo divino, que su mala defensa, ó injusta impugnación, han orillado á los hombres á luchas terribles y encarnizadas, que han llenado á la sociedad de luto, y á la tierra de lágrimas y de sangre! Funesta tendencia del espíritu humano nacida de la culpa de origen: siente mucha dificultad para andar por el camino recto: como que se avergüenza de entrar en la senda que le marca la razón y el buen sentido: casi siempre se inclina á los extremos, y por salvar un abismo cae en otro abismo. La ofuscación de estos principios fué la causa de todos nuestros extravíos. Ambos contendientes en la pasada lucha, olvidando la decisión suprema del Maestro divino, creían, cada uno á su vez, que se robaba á Dios lo que se daba á César, ó que se robaba á César lo que se daba á Dios. Hé aquí por qué se creyó necesario derrocar las instituciones católicas, plantear la enseñanza sin el auxilio de la religión, sacudir el dulce yugo de Jesucristo, derribar los altares para elevar los tronos; y hubo momentos de tanta efervescencia, en que se creyó que México solo sería grande y feliz cuando hubiera desaparecido la Cruz con el último de sus sacerdotes! Pero escrito está: "No hay sabiduría, no hay prudencia, no hay consejo contra el Señor." La Iglesia es obra suya, y precisamente porque lo es, ha querido probar que ningun-

na fuerza moral ó física es capaz de detenerla en su marcha divina: Ella siempre obedecerá á la voz del Omnipotente que le dice como á Pedro encadenado: "Cíñete tus sandalias, levántate con prontitud y marcha."

Podría creerse en lo sucesivo que el predominio moral de la Iglesia entre nosotros, dependía únicamente de las fuerzas que lo dan en la tierra á los hombres. Creeríase que implantado el catolicismo en nuestra patria, y sostenido por una potencia europea, solo sería respetada su autoridad divina por este apoyo humano, cuando los Obispos no solo empuñaban el cayado de Jesucristo sino también el cetro de los reyes; cuando investidos de la autoridad eclesiástica y civil podían llamar á su doble tribunal á los culpables: y hé aquí que el cetro se les cae de las manos, y no les queda más que el cayado. Creeríase además que, á pesar de haber perdido la autoridad temporal, el pueblo los respetaría aún por sus grandes caudales; y hé aquí que éstos desaparecen, y el cayado antes de oro, ya no es más que una cruz; y muchos de los ministros sagrados tienen ya que contentarse con una sola túnica, y ésta algunas veces ganada con el mismo trabajo con que la gana el último hijo del pueblo. Creeríase que á pesar de todo esto la Iglesia se sostendría por la superioridad natural de que goza el sacerdote sabio y virtuoso entre las masas populares; y hé aquí que la instrucción se difunde por todas partes: se levanta escuela contra escuela, doctrina contra doctrina, maestros contra maestros; y, preciso es confesarlo, el aparato científico con que se alzó el humano saber contra la humilde enseñanza de Jesucristo estuvo á punto de eclipsarla. Por todas partes también las calumnias de todo género, y sobre todo, las frases propaladas de que la Iglesia era enemiga de toda luz, de toda ciencia, de todo progreso, de todo bien moral, llamaron fuertemente la atención de los pueblos. Y como los que servimos á Dios somos hombres, y nuestra fortaleza no siempre es de fierro, ni nuestra carne es de bronce, pues como dice Job: "si Dios halló mancha en sus ángeles que



vivían en el cielo, ¿cómo no la ha de hallar en hombres que habitan bajo techos de lodo?" algunas debilidades encontradas á fuerza de buscarlas por todas partes, fueron suficientes para que se creyera que, empobrecido, desprestigiado, calumniado, y algunas veces hasta convicto de sus faltas el ministro católico, iba á desaparecer el catolicismo. ¿Qué más pudo hacer, no el hombre, porque éste muchas veces no sabe lo que hace, sino el demonio para destruir la obra de Dios? Sin embargo, la Iglesia Mexicana se levanta llena de esplendor, llena de vida, regenerada y más hermosa que el día de su creación? ¿Qué ha sucedido á su autoridad? Es ahora más respetada, más esclarecida, más amada. Los fieles se arrodillan ante los Pastores de Cristo, no ya para adorar la majestad de los vicegerentes de los reyes, sino de los vicegerentes de Dios: temen el golpe de su cayado, no porque éste los pueda arrojar de su patria terrena, sino de su patria celestial: ya no confunden la obediencia servil con la filial, y sus ojos al levantarse después de reverenciarlos como á delegados del cielo, encuentran un rostro benévolo, dulce, cariñoso; reconocen un padre, un amigo, un hermano. ¿Qué ha sucedido con los sacerdotes? que la falange eclesiástica lejos de disminuir aumenta cada día. No hay comparación entre el número de sacerdotes de hoy y el de ayer. Y las mismas necesidades de la época, la altura misma de ilustración en que se halla la sociedad actual, el conocimiento claro de lo que debe ser un ministro del Altísimo, hará que más tarde esa pléyade hermosa de jóvenes levitas mexicanos ciña con justicia la doble aureola de la ciencia y de la virtud; y no solo, sino que sea lo que ha sido siempre el sacerdote católico en el mundo, el precursor de la verdadera civilización, el que ha ido siempre á la vanguardia de la ciencia y de cuanto contribuye á mejorar el ser moral é intelectual del hombre. ¿Qué ha sucedido con los templos? levantad los ojos y veréis que por uno ó dos templos destruidos se han levantado cien, mil se han reedificado, otros se han decorado; y el culto divino cada día aumenta, y la piedad crece, y el número de los

fieles es notablemente mayor y mejor. Pero se dirá: ¿y los descreídos? ¿y los apóstatas? No hay que preguntar por ellos, porque estos estaban entre nosotros, mas no eran de nosotros. A los que el temor, ó fines rastreros, y no una verdadera adhesión á la Iglesia, los hacía aparecer como hijos, siendo extranjeros, la situación presente los ha puesto en completa libertad para que la sigan ó no según los movimientos buenos ó perversos de su corazón, seguros de que ella, Madre piadosísima, siempre estará dispuesta á recibirlos en su seno, y que á semejanza de lo que pasa en el cielo, se alegrará más por la vuelta de una oveja extraviada que por la perseverancia de las noventa y nueve que nunca abandonaron el redil. Su misión, siendo la misma de Jesucristo, la obliga á llamar más bien á los pecadores que á los justos, porque las medicinas del Médico celestial no son para los sanos, sino para los enfermos. ¡Ojalá que alguna vez tenga este santo y divino consuelo!

El presente, señores, no necesito de ponderarlo porque vosotros mismos lo estáis viendo. Solo Dios, que tiene en sus manos las voluntades de los hombres para inclinarlas á donde quiere, y que se compadece de las naciones y vela por su salud aún más que por la de los individuos, sobre todo cuando ha querido singularizarlas en su amor dándoles por amparo y protección una Madre tan buena y tan piadosa como María, pudo hacer que después de tantas luchas de todo género llegáramos á la paz apetecida, y que cada vez se noten signos más claros de que se perpetuará afirmándose cada día sobre bases más sólidas.

La paz es el más bello de los dones del cielo, es la bendición de Dios sobre la tierra, el efecto por excelencia de la caridad y el resultado directo de la justicia. La paz es la vida de los ángeles y bienaventurados en el cielo, donde la caridad es perfecta; por eso aquella ciudad de los eternos goces se llama Jerusalem, que quiere decir *visión de paz*. Pero si la paz es el mejor de los bienes, si puede hacer de la tierra un cielo, si es la bienaventuranza, el *desideratum* de todas las almas, el término á donde en-



caminan todos sus movimientos, ¿quién podría derramarla en el mundo sino el mismo autor de ella, Jesucristo, Príncipe de la paz, el reconciliador del hombre con Dios, el que quita los pecados del mundo, causas únicas de las revoluciones y luchas perpetuas, el único que puede llevar al fondo de las almas con la suavidad de su gracia ese *orden bellissimo* y concierto divino de los sentimientos con la razón, de la razón con Dios, de Dios con el hombre, y del hombre con todos sus semejantes? Como véis, señores, la paz es un fenómeno moral complejo, que merece por los infinitos bienes que proporciona un estudio especial. Es preciso buscar su origen á toda costa, y los medios de conservarla: ella es digna de todos los afanes, y de coronar todos los sacrificios. Ella es la causa de todo el movimiento, armonía y equilibrio del mundo moral, y el descubrimiento de todas sus leyes y condiciones tiene más importancia que el descubrimiento de las leyes inmortales de Kepler y de Newton para arreglar el movimiento y equilibrio del mundo físico.

Este don del cielo tiene primeramente su asiento en el fondo del alma, para reprimir allí como en su raíz la conspiración de los deseos perversos, de los afectos viciados: esta gracia que arregla y concierta nuestras facultades interiores é inspira los santos deseos; que poniendo en calma las pasiones nos hace ver con toda claridad los caminos reales del bien, dicta los rectos consejos, y ayuda á practicar las obras de la justicia, es lo que se llama paz interior, dulcísima y hermosísima paz. La paz externa, que consiste en que en el orden externo cada individuo se mantenga en su lugar, sin que nadie forceje y luche por ocupar injustamente la posición de otro, y en conformarse con lo que cada uno tiene ó puede tener por vía justa, respetando siempre el derecho ageno, no puede ser sino una consecuencia directa é inmediata de la primera. Si la paz externa no se deriva de la interior, solo podrá considerarse como un efecto que obedece á combinaciones fundadas en intereses variables que variará con ellos: esa paz no puede ser estable, será cuando mucho una tre-

gua más ó menos larga que se dan los hombres para continuar nuevas luchas. Si la paz interior no equilibra las fuerzas interiores del espíritu, la exterior, es decir, la que no nace de la buena voluntad sino que se impone por el temor, trabajará necesariamente como una fuerza aplicada á un gran resorte cuya energía potencial aumenta en razón directa de las presiones, y que pronto se verá trasformada en energía actual; porque la conservación de la energía es también una ley de los espíritus!

Sin embargo, mucho es que un hombre por una política sabia, prudente y firme, y con una energía poderosa é inquebrantable, haya sostenido por mucho tiempo el equilibrio entre fuerzas tan múltiples y variadas. Gran beneficio de Dios es concedernos por su influencia una hermosa tregua, en que calmadas ó reprimidas cuando menos las pasiones políticas, podamos pensar con quietud sobre nuestros verdaderos intereses, saborear siquiera las dulzuras de una paz que podría llamarse provisional, muy necesaria para que pensemos en otra de más elevada condición que afirmará y consolidará la presente.

La paz, decía un publicista mexicano, tiene sus elementos fundamentales en la Iglesia, como órgano instituido por Dios para comunicar sus bienes á los hombres; tiene sus medios de radicación en el Estado, como institución fundada para atender inmediatamente al bien temporal de la sociedad; y tiene por último en el pueblo sus condiciones de estabilidad y permanencia que conviene conocer. Por lo que toca á la Iglesia, ya sabéis, señores, cuál es su doctrina y los medios de que dispone para comunicar esta gracia. Por lo que toca al Estado, los dos últimos detallados y escrupulosos informes que el Ejecutivo rinde á las Cámaras Legisladoras, bastan para convencernos de los trabajos y sacrificios del Magistrado Supremo para consolidar la paz, así como para impulsar y sostener cuanto pueda contribuir al verdadero progreso y bienestar de nuestra República. Comprendéis también que, en cuanto es posible, haciendo respetar todos los derechos, sin declararse un patrono ó defensor



de la Iglesia para imponerle una servidumbre, ha reconocido prácticamente su autonomía y garantizado su derecho para ampliar sus horizontes de acción; y quizá no muy tarde veremos unirse en amistosos lazos estos dos poderes soberanos, y ayudarse mutuamente como es justo, cada uno dentro de los límites que les marca la Providencia, para conducir gloriosamente á la sociedad á sus altos destinos. Con respecto á nosotros, no nos queda más que esforzarnos por conservar este precioso bien, conseguido por el uno con tantos afanes y por el otro con tantas lágrimas. No olvidéis que la condición que se exige de nuestra parte es buscar la paz interior por medio de la gracia de Jesucristo. Las revoluciones exteriores nacen de las interiores. El descontento exterior nace del interior: no podrá ser jamás hombre pacífico y guardar paz con sus semejantes, el que alimenta y sostiene en su alma la eterna revolución de sus pasiones. Nada parecerá bueno ni ordenado al ambicioso, al que no poniendo ningún límite á sus deseos, y sábio á sus propios ojos, quiere que todo se haga á su imagen y semejanza.

Definida la paz, clasificada y puntualizada como lo permite un breve discurso, réstame aclarar un punto que para mí es el principal, y de cuyo profundo conocimiento sacaréis el fruto que principalmente deseo. Cuantos filósofos y legisladores sabios se han ocupado del bienestar de los pueblos, casi todos, bajo distintas fórmulas, se han acercado más ó menos á la teoría cristiana, y han convenido en que la caridad mútua y la justicia son las fuentes del bien común y la base de toda sociedad estable. No han faltado Epitectos, Aristóteles y Sénecas, lo mismo que Minos, Licurgos y Solones que han llenado el mundo de máximas y de leyes para regir sabiamente á los pueblos. Nunca ha faltado una buena doctrina para arreglar las sociedades y mantener en ellas la paz. Indudablemente que Jesucristo ha dado al mundo una doctrina más clara y más perfecta para morigerar al hombre, y sus máximas sobre el amor de los enemigos y la necesidad de beneficiar á los que nos odian, y de

orar por los que nos persiguen y calumnian; sobre la pureza de intención en las obras, y la castidad del alma y el cuerpo, tienen mucho de novedad y de divino, y en nada se parecen á las teorías antiguas. Pero es preciso buscar la diferencia no tanto en la doctrina como en el modo de enseñarla y practicarla. Jesucristo Nuestro Señor ha enseñado su doctrina, más que con palabras, con su vida y ejemplo; y un Dios muriendo desnudo en una Cruz, rogando por sus verdugos, ha cambiado la faz del universo. Jesucristo no sólo, como algunos filósofos, nos ayuda con el ejemplo, cosa de suyo poderosísima para levantar nuestro espíritu; sino que lo principal y mejor que hace, y lo que El únicamente puede hacer, es llevar al fondo de la voluntad aquella gracia eficaz que la inclina, y la mueve, y le dá una poderosa energía para vencer las resistencias de las pasiones desordenadas, y áun le hace dulce y amable lo que sin ese auxilio encontraba amargo y repugnante. Esto no lo puede hacer sino Dios, sino Jesucristo que es Dios. Por esto hablando de la ley dictada por el mismo Espíritu Santo para el régimen del pueblo hebreo decía San Juan: "Que la ley había sido escrita por Moisés, pero la gracia para cumplirla y la verdad de lo que en aquella sombra se figuraba era debida á Cristo." Lo cual indica con mucha claridad que la misma ley del Testamento antiguo hubiera sido vana, si Jesucristo no se hubiera anticipado á dar la gracia á los judíos para cumplirla, como sus sacrificios jamás hubieran sido aceptables á Dios si no hubieran simbolizado el gran sacrificio de la Cruz, y no hubieran estado íntimamente unidos con él como la promesa con el cumplimiento, el signo con lo significado, la figura con la realidad.

El error de los que han querido mejorar la sociedad independientemente de Cristo, consiste en que no han observado con toda precisión el principal origen del mal. Unos atendiendo á nuestro poco saber, é imaginando que el desorden de nuestra vida nacía solamente de la ignorancia, parecióles que el remedio era desterrar las tinieblas de nuestro entendimiento; y así



pusieron todo su cuidado en ilustrar á los pueblos con la luz de la ciencia y de las leyes, y en imponer penas para inducir por el temor al cumplimiento de lo que las leyes mandaban. Otros, considerando la fuerza que tiene en el hombre la carne y la sangre, y la violencia grande de sus movimientos, persuadiéronse que de la descompostura y falta de complexión del cuerpo manaban como de fuente las turbaciones del espíritu, y que se podía atajar este mal con solo cortar esta fuente. De aquí provino esa multitud de consejos y leyes para ordenar la templanza, y dar al cuerpo el temperamento necesario para que obedezca al espíritu. Pero como en el hombre no sólo hay entendimiento que alumbrar, y cuerpo que reprimir, sino voluntad perversa y mal inclinada que es preciso mover, es necesario convenir en que por muy útiles que sean los recursos para refrenar el entendimiento y atemperar el cuerpo, no bastarán á enderezar la voluntad viciada. Es tan grande el brío de la voluntad, que solo Dios con su gracia puede quebrantarlo. Cuando ésta es dócil, una pequeña insinuación, que no una ley, puede inclinarla al bien; al contrario, cuando se propone resistir, empleando toda su poderosa energía, no la quebranta ningún temor, ni la convence ninguna ley. La muerte más horrosa no la hace pronunciar un sí, si no quiere; y Dios mismo con sus amenazas eternas no la hace retroceder del camino del mal ni un solo palmo, no la hace temer, si no le infunde este temor por una gracia especial del Espíritu Santo. La fuerza de la voluntad humana dotada de libre albedrío está en lo incognoscible. El secreto de equilibrar esta fuerza maravillosa sin destruirla, y sin que pierda ni un solo átomo de su energía, está en lo más recóndito de la ciencia de Dios!

Luego sin Jesucristo no podemos ser jamás hombres de buena voluntad, y por consiguiente pacíficos. Podremos mantenernos quietos más ó menos según nuestro propio temperamento ó intereses particulares, el temor que por algún tiempo podrá preocuparnos para obedecer, podrá cuando más hacernos

hombres serviles, hipócritas, pero nunca hombres de buena voluntad como deben ser los buenos ciudadanos y los buenos cristianos.

¿Cómo, pues, conservaremos este gran beneficio de la paz? ¿Cómo será feliz nuestra sociedad? No hay otro medio, aunque se busque, no hay más que acercarse á Jesucristo y pedirle esa paz que solo El puede dar: ocurrir á la Iglesia donde ha puesto los manantiales de esa gracia. Es inútil buscar esa paz fuera de la Iglesia á quien el Salvador se la dejó como preciosa herencia: *Pacem relinquo vobis.*

Nunca más oportuno y necesario ha sido proclamar estas verdades, é inculcarlas con todo el rigor de la demostración, como ahora, que con mejor buena fé, y sin duda con mejores elementos que antes, se pide á todas las ciencias el contingente de sus luces para alumbrar el campo donde se halla la solución de los más difíciles é intrincados problemas sociales: hoy que, alejados de toda preocupación, comunicándose sus luces y en la más cordial armonía, nuestras glorias científicas buscan el antídoto de todos los males sociales, y el centro de las fuerzas que han de dar á nuestra patria el colosal empuje hasta el zenit de su grandeza: hoy que el más prominente de esos hombres laureados, levantándose por encima de las antiguas y vulgares preocupaciones, como héroe de la ciencia y de la franca verdad, comienza á notar que en ese concurso científico falta una luz que no se halla en la Sociología, una fuerza que no está en la Mecánica, un vital elemento de que no habla la Biología, un recurso que sólo está en lo incognoscible, en el *ignoto Deo* de la ciencia moderna, en Dios; un auxilio que solo puede prestar la religión. Es preciso que en ese concurso científico entre también la ciencia de Dios para completar el aforismo pedagógico añadiendo al *mens sana in corpore sano* la frase: *cum voluntate bona*. Amplifiquen é ilustren en buena hora todas las ciencias los horizontes intelectuales, mejoren hasta donde sea posible las condiciones de salud y bienestar corporal; despejen el camino de la



verdad, aclaren las sendas de la justicia, sinteticen las teorías del bien, muy digno de las ciencias es este trabajo. Pero no olviden los hombres que por encima de todas esas luces y recursos humanos resplandece la sabiduría y virtud de Dios; y que las inteligencias lo mismo que los cuerpos celestes están sujetos á una gravitación universal cuya fuerza es la verdad y cuyo centro es Dios; y que la luz que reciben de este centro y foco infinito no sólo es proporcional á las superficies, sino que se halla también en razón inversa del cuadrado de la distancia!

Perdonad, señores, si acaso me he desviado del rumbo que debía seguir, pero el orador cristiano debe ensalzar siempre que pueda la Sabiduría y Virtud de Dios que es Jesucristo, y presentarle como el único Salvador del mundo; y defender á su Iglesia demostrando que ella se mantiene firme y estable, no por los medios que pueden prestarle de paso los hombres, sino por el poder, ciencia y virtud de Dios; y que así como los pueblos nunca podrán sacudir el yugo de la autoridad política sin derrocar el edificio social, así también jamás romperán impunemente los lazos divinos de la religión, porque sin ella la moral, terreno donde se asienta aquel gran edificio, se hundiría con espantoso estruendo!

Dios, pues, nos ha salvado, Dios nos ha concedido el gran beneficio de la paz, sabemos ya cómo hemos de conservarla; réstanos indicar brevísimamente cuál es el conducto celestial por donde nos ha venido don tan precioso.

Mexicanos, esto no necesito decirlo, lo sabéis mejor que yo, lo habéis experimentado vosotros mismos, y os lo está diciendo actualmente vuestro corazón. Mirad esa *tilma* sagrada, contemplad ese cielo de amor y de esperanza: basta mirarla con atención para creer en la omnipotencia y gracia de Dios Salvador de las naciones. Observad esa frente divina donde se refleja toda la bondad y clemencia de Dios, y la paz de la bienaventuranza suprema. La mirada de esos ojos dulcísimos siempre ha estado fija sobre nosotros, ha alumbrado nuestras tinieblas, y

ese corazón piadosísimo nos ha seguido aún en medio de nuestros extravíos. Nunca ha faltado á sus promesas, siempre se ha mostrado la Madre amorosa de los hijos de esta tierra, grande en la prosperidad como en el infortunio; jamás ha bajado sus manos suplicantes para implorar la clemencia del cielo. Ella ha suspirado, se ha entristecido también y palidecido su semblante divino, y aún ha aparecido en sus ojos el rocío celestial de sus lágrimas, cuando á pesar suyo ha tenido que arrancarnos de su seno y entregarnos por orden de la eterna justicia para que nos corrija el Padre celestial. Mas apenas ha escuchado nuestro primer lamento, cuando destrozado de dolor su corazón vuela á desarmar el brazo divino poniéndose en lugar nuestro para que sobre ella caiga el golpe omnipotente. . . . y desde luego se aplaca el Señor. Ella vuelve á estrechar en sus brazos á los hijos de su corazón, mezcla sus lágrimas con las suyas, los acaricia de nuevo, enjuga sus mejillas, y con suma ternura les hace reconocer y aborrecer sus faltas para que no vuelvan á incurrir en ellas. No solo esto, Ella se empeña en disculpar á sus hijos, y en pedir para ellos nuevos favores, para que con los nuevos regalos olviden el rigor del castigo.

Señores, todo lo habéis visto. La Iglesia Mexicana afligida ha sido consolada. La erección de nuevas Diócesis y Arquidiócesis en nuestra República, la celebración de un Concilio Provincial, la multiplicación del número de sacerdotes, el aumento de la piedad, las innumerables gracias con que cada día enriquece la autoridad de Pedro á nuestra Iglesia, la paz y prosperidad que reina por todas partes, el consuelo sobre todo de ver amplificada, rica y artísticamente decorada esta Basílica, palacio principal de nuestra Reina; todo, todo manifiesta que han pasado los momentos de la justicia y que se abren de par en par las puertas de la misericordia por las manos santas de María. Mil y mil veces felices nosotros que hemos sentido el dolor y el gozo, la justicia y la misericordia, que hemos gemido en medio de la tempestad y hoy hemos pisado el puerto. ¡Felices vosotros,



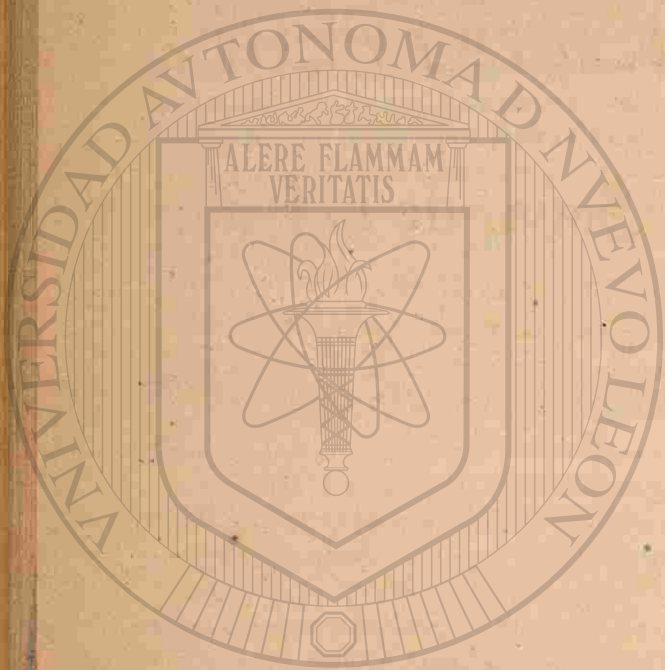
ilustres Príncipes de la Iglesia Mexicana, que habéis tenido el consuelo de que María os enjague las lágrimas, que habéis visto lo que vuestros padres desearon ver y no lo vieron, y que suspirando y gimiendo bajaron al sepulcro con el corazón despedazado! ¡Sombras venerandas de los Portugal, Munguía, Sollano, Labastida y demás Jefes esclarecidos! ¡cómo os hundísteis arrastrados por el ciclón en medio de los mares procelosos sin haber tocado el puerto feliz por quien tanto suspirábais! Vosotros luchásteis cuerpo á cuerpo con la tempestad como héroes del cielo por salvar la sagrada nave, vosotros quedásteis en el camino. . . . pero la nave se ha salvado! Mas si no llegásteis al puerto terreno, sin duda habéis llegado ya al puerto celestial donde María os habrá enjugado las lágrimas antes que á nosotros.

Gracias, gracias, Señora y Reina nuestra, por tan singulares favores. ¿Con qué podremos mostrarte nuestra gratitud? ¿Qué podrá hallar el hombre en la tierra que no sea tierra? Acepta nuestros dones terrenos en cambio de los celestiales. Pero ya recordamos, tenemos algo que vale más que todo el mundo, y de tanto valor que lo ha querido comprar el mismo Dios; es nuestro corazón: llévatelo, si te dignas de aceptarlo; todo nuestro sér será tuyo. ¿Quieres que agradezcamos bien tus beneficios? concédenos éste: que seamos siempre dignos hijos tuyos. Tú eres la única Madre que si quiere puede hacer buenos á todos sus hijos.

FIAT, FIAT.

 DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





*Tomada razón*

# SERMON

PREDICADO POR EL SR. Pbro.

D. PONCIANO PEREZ,

PARA ALABANZA DE LA

**Madre Sma. de la Luz,**

EL 2 DE JULIO DE 1910,

CELEBRANDOSE EL CENTESIMO SEPTUAGESIMO OCTAVO  
ANIVERSARIO DEL ADVENIMIENTO DE LA SAGRADA  
Y MARAVILLOSA IMAGEN A ESTA CIUDAD.



Publicase á devoción del Sr. D. José Calvillo Vega, á quien tocó en suerte solemnizar en este año  
tan grato recuerdo.



**LEON.**

IMPRENTA DE «EL COMERCIO,» INDIO TRISTE NUM. 12.

1910.





GOBIERNO ECLESIASTICO  
DE LEON.

León, Agosto 16 de 1910.

Visto el dictamen favorable del Señor Censor, concedemos nuestra licencia para que se imprima y publique el Sermón predicado, el 2 de Julio del corriente año, por el Sr. Phro. D. Ponciano Pérez, con prevención de que no vea la luz pública sin que previamente sea cotejado el impreso con el original por el mismo Sr. Censor.

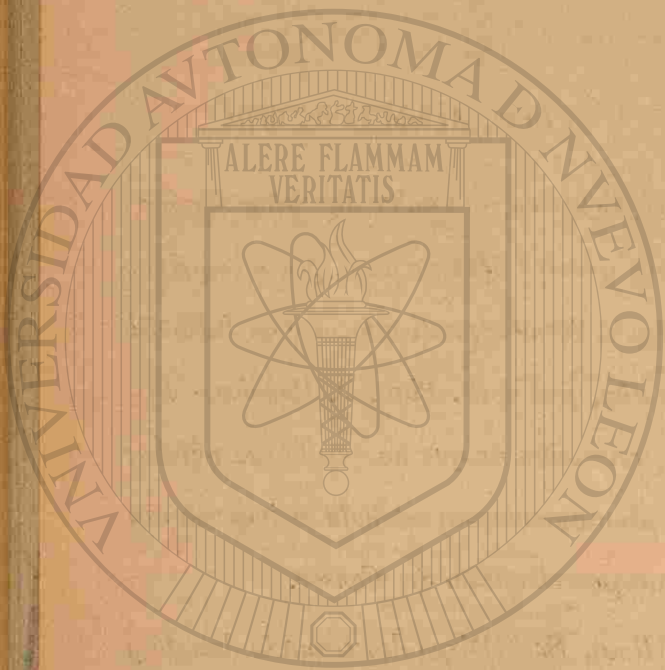
El Ilmo. Sr. Obispo diocesano lo decretó y firmó.

M. F.

✠ El Obispo.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS  
Angel Martínez,  
Srto.





DIRECCIÓN GENERAL



*Et radicavi in populo honorifica  
to, et in parte Dei mei haereditas  
illius.*

*Y me arraigué en un pueblo hon-  
rado, y en la porción de mi Dios que  
es su heredad.*

*Ezeil. e. 24, v. 16.*



IS cantares sean siempre para tí; llénese mi boca de tu alabanza para cantar tus glorias todos los días de mi vida. No me deseches en el tiempo de mi vejez, cuando ya me van faltando las fuerzas; porque con las fibras de mi alma encordé siempre mi laúd para modular tus grandezas; y quiero que tu amor se lleve el postrer suspiro de mi corazón con el último acorde de mi lira.

Leoneses: más resplandeciente que el astro rey, hoy amaneció para vosotros el más hermoso de los recuerdos que se registran en vuestros gloriosos anales. Hoy es el centésimo septuagésimo octavo aniversario del día venturosísimo en que el Verbo omnipotente resonó en este lugar, y, abriéndose los cielos, y estremeciéndose de alegría esta tierra, visteis sonreír en vuestros altares á la Madre Santísima de la Luz. ¡Cómo os sorprenderíais al mirarla por la primera vez tan graciosa y amable, que parecía vencerse á sí misma, y tan nueva, por la extraordinaria pompa de belleza, de cortejo y de gloria, como en ninguna otra parte se ha manifestado! ¡Cómo pudisteis resistir la luz tan viva y tan copiosa que derramaba su celestial semblante, parecida sólo á la luz del eterno día! ¡Cómo no moristeis de júbilo, al sentir que penetraban en cora vuestro-



zón aquellos rayos de felicidad que despedían sus miradas dulcísimas! ¡Oh mil y mil veces afortunada tierra, ciudad predestinada! Porque es preciso creer en la predestinación de los pueblos como en la de los individuos. Y no hay duda que dondequiera que María fija su morada especial, sea pueblo ó individuo, allí se derrama á torrentes la bondad de Dios, y la señal de su predestinación es infalible. Oid lo que la Señora, al presentarse ante vosotros, os diría, en extremo afable y cariñosa: El que me crió, reposó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, y ten tu herencia en Israel, y en mis escogidos echa raíces. Y así afirmada soy en Sión, y reposé asimismo en la ciudad santificada, y en Jerusalem está mi poder. Y me arraigué en un pueblo honrado, y en la porción de mi Dios que es su heredad, y mi mansión en la plenitud de los santos.

Como veis, la presencia de María entre vosotros acredita que sois el linaje escogido, el sacerdocio real, gente santa, pueblo de adquisición; esto es: herencia de Cristo adquirida por el mérito de su Sangre, para que publiquéis, con la santidad de vuestras obras, las grandezas de aquel Señor que de las tinieblas os llamó á su maravillosa luz. Pero notad que en las santas Escrituras, por la certidumbre é infalibilidad de los efectos, se declara algunas veces como presente lo que va á verificarse; y se da por hecho lo que infaliblemente se hará. Hé aquí por qué se llama pueblo honrado aquel á quien María viene á honrar y está honrando; y escogido al que elige; y santo al que santifica; y herencia suya la que está conquistando con su gracia y decoro; y plenitud de santos á la multitud de justos que por su intercesión poderosa remite cada día á las mansiones eternas, hasta completar el número de los escogidos, que forman su preciosa heredad.

Decir, por tanto, quién es esta divina Señora que os visita, y el objeto especialísimo que trae al visitaros, será sencillamente lo que me propongo exponer en este día de tan solemne y gratísimo recuerdo.

¡Ojalá que el Espíritu de Dios se digne alumbrarme y guiarme, aunque sea transitoriamente, para que pueda hablar si quiera una palabra, que, depositada en nuestras almas como una semilla divina, dé frutos de vida eterna.

¡Oh Fuego sacrosanto, haced que la oscuridad de mi entendimiento se convierta en luz; y esta luz se transforme en calor; y este calor, derramado en el corazón de mi auditorio como centellas divinas, se transforme en gracia, en impulso y energía celestial, que lo haga moverse constantemente hasta que consume la obra á que está predestinado desde la eternidad. Concededme esta gracia, Soberano Señor vivificante, por el

amor inmenso que teneis á vuestra divina Esposa, á quien vamos á saludar con la familiar plegaria con que constantemente la invocamos. Ave María.

Es un hecho que reconoce la ciencia, la ley de la atracción y repulsión en todos los seres de la naturaleza. Ley que regula el movimiento y equilibrio de todo lo que se mueve, es como el elemento en que flota la vida del universo. Las fuerzas atractivas y repulsivas de la materia explican los diversos cambios de estados de los cuerpos, y sus diversas combinaciones y descomposiciones químicas, y por consiguiente, la transformación universal.

La simpatía natural para todo lo bueno y lo verdadero, y la repugnancia natural para todo lo malo y lo falso ¿qué otra cosa son sino fuerzas atractivas y repulsivas que, desarrollándose en el entendimiento y en la voluntad, mueven y equilibran el mundo de los seres inteligentes? ¿Me atreveré á decirlo? Como toda verdad es un destello, un trasunto de la Verdad infinita, una imitación de la realidad del mismo Dios, lo diré, aunque sobrecogido de temor: allí en la misma esencia de Dios hay algo parecido á esta ley; algo inefable, como una repulsión divina, que mantiene eternamente la distinción de las personas, y hace que jamás se confundan. Pero sabeis además que en la adorable Trinidad, manteniéndose eternamente una é indivisible la sustancia, hay también algo semejante á una fuerza atractiva que nos hace constantemente adorar en Dios la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad, sin confundir las personas ni dividir la sustancia divina. En toda dignidad y supremacía, de cualquier orden que sea, se observa asimismo esta doble fuerza de atracción y de repulsión. El esclavo teme, como por instinto, acercarse á su señor; el pobre al rico; el débil al poderoso; el perverso teme y huye de la presencia del justo. Como si la bondad no fuera naturalmente atractiva; como si la dignidad, supremacía y cualquiera otra excelencia, carecieran de la simpatía que inspira todo lo bueno en alto grado. Hécho incomprensible é inexplicable sería éste, si no consideráramos que la misma bondad tiene dos faces: una que eleva, encumbra, y reconcentra; y que en cuanto es más excelente, más tiende á la unidad, á la singularidad, á la soledad; á aquella soledad sublime en que vive Dios por falta de rival, *ex defectione aemuli*, por la singularidad de su excelencia, *de singularitate praestantiae*, como decía Tertuliano. Bajo este punto de vista, la bondad (1) es incommunicable, y, hasta

(1) La bondad considerada en sí misma y en su punto más alto es la perfección. porque, según Santo Tomás, cada cosa se dice buena en cuanto es perfecta. Bajo este punto de vista, la bondad de Dios, aunque es una, eterna, simple é indivisible, según nuestro modo de entender, y para ayudar á nuestra ruda inteligencia, la consideramos



cierto punto repulsiva: y otra por la cual se difunde, se dilata, descendiendo y se comunica; ésta es la faz atractiva de la bondad.

Dios infinitamente bueno, pero rodeado de infinita majestad, habita en un trono inaccesible á sus criaturas; sólo su presencia puede consumirlas. Apenas, por mandato suyo, pudo Moisés subir al Sinaí á conversar con El, en medio de una nube densísima sacudida frecuentemente por truenos y siniestros relámpagos. Y es tanto el temor que infunde la majestad divina, que los israelitas no podían hablar con Moisés, si éste no se cubría el rostro con un velo para ocultar la pavorosa claridad que le había comunicado la conversación del Señor.

Dios, pues, necesita para comunicar con sus criaturas, inclinar los cielos; descender de su trono; esconderse en las tinieblas, como en un pabellón; cubrirse con un velo, y hacer del desconocido, para que nosotros le podamos conocer y amar. Humillarse Dios, empequeñecerse, anonadarse, es la fuerza atractiva de la bondad divina. A este propósito oíd á S. Bernardo: «Temías, oh hombre, acercarte al Padre, y, aterrorizado con sólo el eco de su voz, corrías á esconderte entre los árboles allá en el paraíso. Pues mira, ya él te dió á Jesús como mediador. ¿Qué favores no obtendrá semejante Hijo de semejante Padre? Será escuchado ciertamente por la reverencia que le tiene, porque el Padre ama al Hijo. Pero tal vez temblarás ante la majestad divina de este Hijo, porque aunque se hizo hombre, sin embargo es Dios. ¿Quieres un abogado para él? Recurre á María. Allí no hay más que la humanidad; la humanidad pura, no sólo porque está libre de toda mancha, *pura ab omni contaminatione*; sino también pura porque no hay otra más excelente que pueda sustituirla; *singularitate naturae*. ¿Por qué ha de temer acercarse á María nuestra humana fragilidad? No hay en ella nada de austero, nada de terrible; toda es suavidad y dulzura, toda es piedad, y gracia, y mansedumbre, y misericordia.» María es por consiguiente, el último esfuerzo que hizo el infinito poder de Dios para hacerse accesible á los hombres; su fuerza de atracción más

como formada del conjunto ó suma de todas las perfecciones infinitas; excluyendo, y como rechazando y repeliendo por su misma naturaleza, no solamente todo lo malo, sino aun la más ligera sombra de imperfección, para elevarse como el único ser infinitamente perfecto, y por consiguiente, como el único bueno. Esta bondad trascendental de Dios, que forma su grandeza y Majestad infinita, es propia de El solo, y no es comunicable á ninguna criatura. Y cualquiera de ellas que sin su permiso y ayuda, quiera acercarse á su trono, siquiera para contemplarla, no sólo sería repelida, sino oprimida por el peso inmenso de su gloria: qui scrutator est majestatis opprimetur á gloria. Prov. 25 27. Esta bondad trascendental de Dios que discurre por todos los atributos divinos antecedentemente á toda conveniencia ó desconveniencia al apetito de los seres criados, que para unos es amable misericordia, y para otros terrible justicia, es la que llamamos aquí incomunicable y hasta cierto punto repulsiva.

irresistible; su gracia multiforme; el primero y el último recurso de los pecadores.

Pero ¿sabeis como se llama, y por qué se llama así la Señora que hoy se ha dignado de visitaros? Escuchadme.

Dijo Dios: Hágase la luz. Y fué hecha la luz. La luz es la primera de las obras del Omnipotente. Parece que el Creador no podía hacer salir del caos á las demás criaturas sin iluminarlo primero con un destello de su claridad infinita.

Dios eternamente pensaba en su Verbo; y el Verbo era Luz; era el esplendor de la gloria del Padre, y la Figura de su substancia. Por eso en todas las obras de Dios resplandece la luz. Luz es todo lo bello en el orden de la naturaleza; todo lo sublime en el orden de la gracia; la gloria no es más que la luz de Dios iluminando directamente las almas que le ven cara á cara, recorrida la nube que tiembla el brillo de su majestad soberana.

¿Como, pues, la creación más sublime, la condensación de todas las bellezas, la expansión de todas las divinas energías en el orden de la naturaleza, de la gracia y de la gloria, y aun más allá de todos estos órdenes, no había de descubrirse alumbrada con todos los resplandores celestiales con que puede alumbrarse una pura criatura? Sí, María, el primer pensamiento de Dios después de su Verbo, aparece iluminada, no sólo con la claridad de los astros matutinos, que la saludan al emprender su vuelo por los espacios infinitos; no sólo resplandece con el fuego deslumbrador de la caridad de los justos; ni con las ráfagas de la luz que despiden las frentes de los escogidos, capaces de eclipsar los millones de soles del firmamento; Ella deslumbra á los serafines, que palidecen cuando vuelan frente á su trono; porque en su cabeza inmortal reposa la luz incorruptible del Verbo como una eterna aureola.

¿Os asombráis al ver tanta grandeza? Pues dejad que siga obrando la Virtud del Altísimo, que el Espíritu Santo descienda de un modo especial sobre esta doncella sublime, que entre nubes y sombras de misterios impenetrables le comunique el Padre su divina fecundidad, y entonces María, no sólo será luz, sino que, por un don singularísimo, por una gracia omnipotente, por una gloria sobre toda gloria, será y se nombrará con toda propiedad Madre Santísima de la Luz.

Muy digna es María, por su excelentísima dignidad, y por la altísima honra que os dispensa, y por el cariño y ternura maternal que os manifiesta, del afecto que le mostráis en la solemne esplendidez de estos cultos. ¿Cómo no había de ser agradecido un pueblo á quien honra María? ¿Cómo no había de haberse robado el corazón doncella tan amable y niño tan gracioso? Pero, hermanos míos, yo quiero que...



á la Señora se orienten más y se purifiquen, crezcan, se desarrollen y ordenen como lo quiere Ella misma; que vuestra gratitud sea más eficaz, y que el celo por su honra os sea más provechoso.

El agradecimiento es una deuda que por más que se pague, el agraciado siempre queda deudor. Sin duda que vosotros os habeis mostrado agradecidos á María; siempre habeis reconocido sus beneficios; perpetuamente la estais alabando, y generosos en extremo, le dais cuanto teneis para pagar su amor y recompensar sus favores. No hay leonés que no crea deberlo todo á la Madre Santísima de la Luz; no hay en esta tierra un solo corazón que no se estremezca de júbilo al escuchar su nombre; no hay en León un solo avaro para la Madre Santísima; porque el tesoro único de esta ciudad es María. Mas como siempre conviene y es necesario que el efecto se ordene al fin del agente, y como el benefactor se reconoce como causa del beneficio, yo descubrí por esta parte que el mejor medio, el principal y sin duda el único de corresponder á un beneficio recibido, es estudiar la intención que ha tenido el benefactor y el beneficio mismo, para ver á donde nos dirige por su misma naturaleza. Levantad, pues, los ojos, y fijaos en ese magnífico cuadro en que resplandece la Madre Santísima. Miradlo bien; á su derecha hay una extraña figura que no corresponde á la pompa y magnificencia del cortejo divino; es el cuerpo desnudo de un hombre en extremo afligido que sostiene la diestra de la doncella celestial. ¿Qué significa esta desnudez junto á María vestida con los resplandores de la gloria? ¿tanta miseria en medio de tan inmensa felicidad? ¿qué tienen que ver las tinieblas con la luz? Señores, este hombre desnudo sostenido por la diestra de María, arrancado por sus benditas manos de las fauces de ese dragón infernal que está bajo sus pies, es la multitud de los miserables, de los afligidos, de todos los que sufren, de todos los que lloran; es toda la descendencia de Adán; son todos los pecadores; es el género humano pendiente del poder de María. Porque el Hijo divino que sostiene en su izquierda, el mediador supremo, ha querido así honrar á su santísima Madre. "Ha sido un consejo de Dios, y un consejo especial de su piedad, dice S. Bernardo, que el Redentor del género humano haya puesto en las manos de María todo el precio de nuestra redención, la plenitud de todo bien; de suerte que si hay en nosotros alguna esperanza, alguna gracia, alguna salud, conozcamos que nos viene de Ella; porque así es la voluntad de Aquel que quiso que todo lo tuviéramos por medio de María." Pero ¿qué necesidad hay de presentar al hombre con esta desnudez? ¿qué quiso María significarnos con esto? Quiso significarnos que así ha

recibido Ella á la humanidad; miserable y desnuda: que sólo ella puede vestirla, enriquecerla y adornarla; quiere que todos conozcamos nuestra desnudez primitiva. ¿Pero qué acaso no la conocemos? ¿no podemos contestar como Adán, Señor oí tu voz y tuve temor, porque estaba desnudo y escondíme? ¿acaso el pecado no nos abre ya los ojos para conocer nuestra desnudez, habiendo dicho Dios al primer delincuente, quién te dijo que estabas desnudo, sino el haber comido del árbol de que te mandé que no comieras? Es preciso decirlo: hemos llegado á unos tiempos calamitosos en que el espíritu de las tinieblas ya no permite á los hombres que conozcan siquiera como antes su desnudez. Deslumbrado el entendimiento con un aparatoso ropaje de sofismas y absurdos, zurcido con algunos relumbrones de verdad, últimas señales de su grandeza, el don preciosísimo de su libertad no es más que un velo de malicia; engalanado el hombre con las pompas y vanidades modernas, y aturdido con el movimiento estrepitoso de las máquinas y el grito de las locomotoras, no puede oír la voz de Dios, ni reconocer su miseria. Se necesita que María se lo diga, se lo manifieste y se lo enseñe gráficamente, como lo hace en esa misteriosa pintura.

Pero ¿qué va á hacer María con ese hijo desnudo? ¿cómo lo llevará á las bodas eternas del Cordero, si de aquel banquete celestial son arrojados á las tinieblas exteriores, no ya los desnudos, sino los que no van con traje de gala, esto es, con vestidura imperial? Escuchadlo.

Tal como se presenta á vuestros ojos, pero todavía más humilde y en extremo graciosa, sube á los cielos, se abre paso entre las jerarquías angélicas, que la admiran y la saludan como á su reina, y postrándose ante el Padre celestial le adora, y muestra en su anonadamiento y turbación que quiere pedirle alguna gracia. Alargándole El el cetro, que centellea en sus manos, le dice con infinita ternura: ¿qué quieres? Ella contesta: Señor, dí que estos mis dos hijos se sienten en tu reino, el uno á tu derecha y el otro á tu izquierda. Y á Ella no se le responde como á la madre de los hijos del Zebedeo: no sabeis lo que pedís. Porque Ella sabe perfectamente que el Padre celestial ama desde la eternidad á sus dos hijos: al Hijo mayor, al Unigénito, al retrato vivo, al semejantísimo á su Padre, mejor diré, al igual, al consustancial y al Primogénito entre muchos hermanos; y á su hijo menor, al adoptivo, al semejante á Dios y semejantísimo á Jesucristo, á la imagen visible de la invisible imagen de Dios. Por esta razón al punto se le concede lo que pide; y Cristo está sentado siempre á la derecha de su Padre, y El mismo se encargó de ir á preparar el lugar y el asiento para sus hermanos, *vado vobis parare locum*. Rebo-



sando de júbilo, más hermosa y más iluminada con los resplandores infinitos de Dios, deja las alturas y descende hasta vosotros para deciros: hijitos míos, la noche se fué y el día se acercó. Pues desechad las obras de las tinieblas, y vestíos las armas de la luz. Caminad como de día, honestamente, no en glotonerías ni embriagueces, no en sensualidades y disoluciones, no en pendencia ni envidia, más vestíos de Nuestro Señor Jesucristo. ¿Habrá traje más rico, más vistoso, más resplandeciente que éste? ¿quién podría desearlo mejor y más acomodado á su cuerpo y á su alma, que esta túnica y manto real que estrena cada hombre el día de su bautismo?

Porque todos los que habeis sido bautizados en Cristo, estais revestidos de Cristo. Sí, María es la que os ha confeccionado este traje divino; de su sangre purísima le ha dado el color y la sustancia, y lo ha impregnado todo del perfume de la divinidad, obrando en todo esto la Virtud del Altísimo y la operación especial del Espíritu Santo. Añadiré más: no diré cómo, pero Ella fué la primera que estrenó este vestido magnífico. Porque Cristo ha sido hecho por Dios, sabiduría, justicia, santificación y redención para todos. Ella misma dice por boca de la santa Iglesia: En gran manera me gozaré en el Señor, y se regocijará mi alma en mi Dios; porque me puso vestiduras de salud, y con un manto de justicia me rodeó, como á esposo adornado de corona, y como á esposa ataviada de sus joyeles.

Pero no basta saber que Cristo es la vestidura magnífica y la armadura de los fuertes que portan los hijos de la luz; es necesario pensar en esa maravillosa transformación á que estamos llamados. El Padre nos predestinó desde la eternidad para adoptarnos por hijos en Jesucristo, y en el mismo, según el propósito de su voluntad. Para mostrarnos Dios el amor inmenso que nos tiene, era preciso que nos predestinara para que fuéramos hechos conformes á la imagen de su Hijo, porque El es el objeto de sus eternas complacencias. Por El ha hecho los siglos, y todo lo ha hecho por El en El y para El. En el principio el hombre fué criado con tanto amor y delicadeza á imagen y semejanza de Dios, porque más tarde Dios había de tomar la figura y semejanza del hombre. Y por haber tomado el Verbo esta forma de hombre, el Padre celestial quiere que todo hombre tome la figura de Dios; y da á todos los que creen en El la facultad de hacerse hijos suyos, y dice que nacen de El, y les infunde el mismo espíritu de Cristo, y les comunica su misma vida. Y así quedan hechos conformes á su Hijo verdadero, tanto en la participación de la herencia, como coherederos de Cristo, como en la participación de la luz y forma divina. Esta es aquella sublime y luminosa transfor-

mación de que hablaba el Apóstol cuando decía á los de Corinto: "nosotros todos contemplando á cara descubierta la gloria del Señor, somos transformados de claridad en claridad en la misma imagen de El, como por el espíritu del Señor." Ahora bien, como todo conocimiento se hace por asimilación del conocente á lo conocido, y el axioma vulgar filosófico dice, que el entendimiento entendiendo se transforma en todo lo que entiende, ó lo que es lo mismo: todo lo que entiende está en él, y él está en todo lo que entiende, asemejándosele, de aquí resulta que el que estudia á Cristo por medio de la fe, recibiendo en su alma esta luz divina como en un espejo purísimo, comienza á aparecer allí su imagen cada vez más clara, cada vez más pura, cada vez más hermosa, cada vez más grande, según el número de pinceladas de luz y de gracia que da en ella todos los días el Espíritu Santo, hasta que el retrato quede perfectamente acabado.

Para exponer más ampliamente esta doctrina, y avergonzar á los hombres de poca fe, á quienes ponen espanto estas maravillas del amor divino, no puedo resistir al deseo de regalaros y engolosinaros para concluir, con estas bellas frases del tan sublime como infortunado maestro Fray Luis de León: "No hiciera Dios por nosotros mucho, si no hiciera más de lo que nuestro sentido traza y alcanza. Que cosa es hacer mercedes á gente de poco saber, y de pecho angosto, que porque exceden á lo que ellos hicieran, ponen en duda si se las hacen. ¿Cómo se hizo Dios hombre?. Digo que amando al hombre. ¿Por ventura es cosa nueva que el amor vista del amado al que ama? ¿que le ayunte con él, que le transforme? Quien se inclina mucho á una cosa, quien piensa en ella de continuo, quien conversa siempre con ella, quien la remeda, fácilmente queda hecho ella misma. ¿Qué decía poco ha el Verbo de sí? ¿no decía que era su deleite el tratar con los hombres?. Y no solamente tratar con ellos, más vestirse de su figura, aun antes que tomase su carne. Que con Adán habló en el Paraíso en figura de hombre, y con Abram cuando descendió á destruir á Sodoma, y con Jacob en la lucha, y con Moisés en la zarza, y con Josué el capitán de Israel, pues salióle el trato á la cara, y haciendo del hombre, salió hecho hombre: y gustando de disfrazarse con nuestra máscara, quedó con la figura verdadera á la fin."

Ya os dije, hermanos míos, quien es María, el poder que tiene y la misión que ejerce donde quiera que sienta sus reales y levanta su trono. Os he hablado de vuestra vocación altísima, y de la obligación que teneis de corresponder a ella, imprimiendo en vuestra alma la imagen de Cristo, y engrandeciendo al Señor para que se regocije vuestro espíritu. «Por-



que si considero, dice Orígenes, que nuestra alma es imagen de la imagen de Dios, y que cada uno de nosotros tiene que formar en ella la imagen de Cristo, cuanto más grande hagamos esta imagen, amplificándola con pensamientos más puros, con discursos más elevados, con obras más heróicas, tanto más crecerá la imagen de Dios, y el mismo Señor se engrandecerá de nuestras almas. »

Señora, he terminado. Tú sabes, y mi auditorio también, que la doctrina expuesta no es mía, porque yo no soy la luz; pero he venido á dar testimonio de la luz. No les he venido á declarar mi voluntad, sino la tuya y la de tu Hijo santísimo. Solamente soy la trompeta que clama en Sión para publicar los decretos del cielo. Sólo he venido á decir en la luz lo que se me ha dicho en las tinieblas, y á predicar sobre los tejados lo que se me ha dicho al oído. He cumplido mi oficio; sigue Tú, Señora, desempeñando el tuyo. Muestra siempre al Señor que eres nuestra Madre; reciba por Tí nuestras plegarias. Aquel que nada más por nosotros no se desdén de ser hijo tuyo. Bendice, Señora, á esta Ciudad, que es herencia tuya. Que nunca le falte la luz de la gracia y el fuego de tu amor. Que si alguna vez el Señor, irritado por los pecados de este pueblo, quisiera castigarlo, retirando de su entendimiento la luz de la fe y entregándolo al sentido réprobo, haz que se cambie este castigo; que primero desaparezca, como hace algunos años iba á desaparecer, pero siempre invocando tu nombre y el de tu Hijo santísimo. Que desaparezca, Señora, en la tierra, pero que vaya á aparecer contigo en el cielo!





*Tomado rasgo*  
SERMON

En accion de gracias

—A LA—

MADRE *SANTISIMA* DE LA LUZ

PREDICADO EN LA

SANTA IGLESIA CATEDRAL

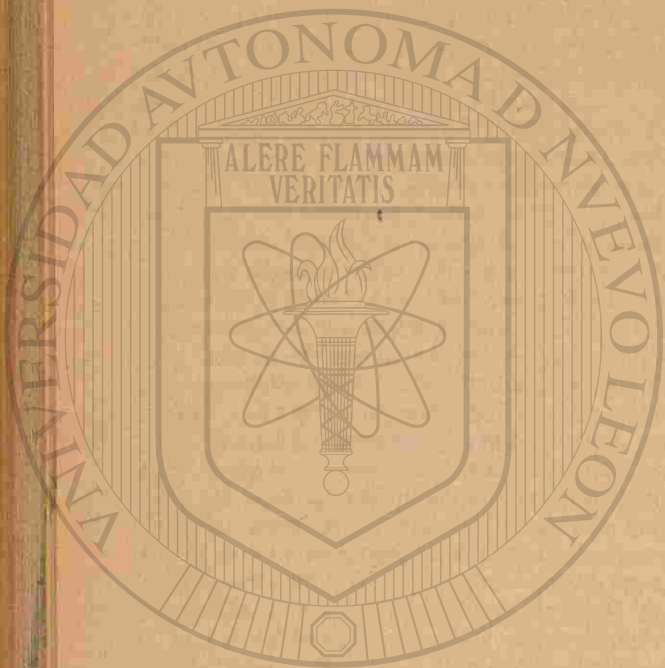
—DE LEON—

El Domingo 6 de Octubre de 1889

Por el Señor Canónigo Licenciado D.

JOSE DE LA MERCED SIERRA

En la apertura que se hizo  
de la misma Santa Iglesia, despues de las importantes  
obras de reparacion  
y ornato que en ella se ejecutaron.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

—LEON—

IMPRESA DE JESUS VILLALPANDO.

1889.





## Censura Eclesiástica.

ILMO. SEÑOR:

En cumplimiento de la Superior disposición de V. Ilma. he visto con detenimiento el Sermon predicado en la Santa Iglesia Catedral por el Sr. Canónigo Lic. D. José de la Merced Sierra, en acción de gracias á la Madre Sma. de la Luz; y no encontrando en él nada que se oponga á nuestra Santa fé y sanos principios de la moral, y sí mucho que pueda servir para fomentar entre los fieles la piedad y devoción á Nuestra Augusta Patrona la Madre Sma. de la Luz; y juzgando, por otra parte, que la circulación del referido Sermon puede contribuir en gran manera á perpetuar el recuerdo de la nueva y solemne apertura de nuestra Santa Iglesia Catedral: creo no solo conveniente, sino de grande utilidad que vea la luz pública.

Este es mi humilde juicio que en todas sus partes sujeto al muy discreto y acertado de V. Ilma.

Dios guarde á V. Ilma. muchos años.

Seminario Conciliar de León, Octubre 22 de 1889.

*Andrés Segura.*

## DECRETO

León, Octubre 23 de 1889.

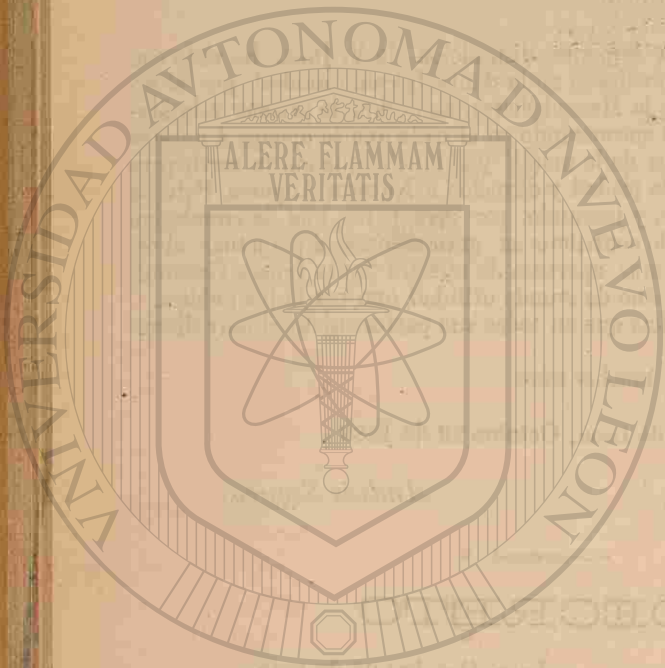
Visto el dictámen que antecede, extendido por el Sr. Vicerector de Nuestro Seminario Conciliar Prebendado Lic. D. Andrés Segura, concedemos Nuestra superior licencia, para la impresion del sermon de que se trata, con calidad de que no vea la luz pública, sin que antes sea revisado por el Sr. Censor. Así el Ilmo. Sr. Obispo Diocesano lo decretó y firmó.

**TOMAS,**

Obispo de León.

*Mateo Alcaraz,*  
Oficial mayor.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

Opus grande est.

De lib. I Paralipom. c. XXIX v. 1.

La obra es grande.

**U**UIERO palabras divinas, Ilmo. Señor, quiero frases inspiradas para bendecir y dar gloria á Dios en esta solemnidad, puesto que no necesitamos de una preparacion artificiosa, sino de un santo desahogo de nuestro corazon. Séame, pues, permitido prescindir de todo y repetir, con toda la efusion de mi alma, estas inflamadas expresiones de David: «Bendito eres, Señor Dios de Israel nuestro padre, de eternidad en eternidad. Tuya es, Señor, la grandeza, y el poder, y la gloria, y la victoria: y á tí la alabanza: porque todas las cosas que hay en el cielo y en la tierra, tuyas son: tuyo, Señor, el reino, y tú eres sobre todos los príncipes. Tuyas las riquezas, y tuya es la gloria: tú lo dominas todo: en tu mano está la virtud y el poder: en tu mano la grandeza y el imperio de todas las cosas. Ahora pues, Dios nuestro, á tí confesamos, y alabamos tu nombre esclarecido. Y ¿quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que podamos ofrecerte nuestros dones? ¡Ah! Tuyas son todas las cosas: y lo que hemos recibido de tu mano, eso te hemos dado: *Tua sunt omnia et quae de manu tua accepimus dedimus tibi,*» (1)

Y ¿qué fué lo que hizo prorumpir al Salmista en tan

(1) 1 Paralip. c. XXIX vv. 10 et seq.



entusiastas y elevadas exclamaciones? Fué el ver no más algunos de los preparativos para el templo que habia de edificar su hijo Salomon. ¡Oh! La sola idea de la anhelada casa de su Dios, vista al traves de los tiempos y aun mas allá de su sepulcro, le parecia tan grandiosa, que no dudaba decir: «La obra es grande, porque no es para un hombre para quien se dispone habitacion, sino para Dios. *Opus grande est, neque enim homini praeparatur habitatio, sed Deo.*

Pues bien, Señores: si nosotros en estos momentos tenemos la inefable dicha de presenciar, no ya los preparativos para la reparacion de esta Basilica, sino su coronamiento y perfeccion; si vemos ya en su casa á Nuestra Madre Santísima de la Luz, que todo lo llena de gloria con su presencia; si está ya para venir á esta su morada el mismo Dios que no cabe en los cielos de los cielos: ¿no tenemos derecho para decir que esta obra es grande, soberanamente grande? *Opus grande est.* Sí, es grande porque abraza nuestro presente, nuestro pasado, nuestro porvenir; puesto que á esta Santa Iglesia Catedral está vinculado lo mas precioso de nuestra historia, lo mas espléndido de nuestra Religion, la mas rica herencia de nuestros descendientes; en una palabra: es grande, porque lo encierra todo para nosotros.

Tocaré rápidamente estos puntos, confiando en vuestra ilustrada y cristiana benevolencia, é implorando el auxilio de la divina gracia. Dignaos acompañarme.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Si la obediencia me ha hecho subir á esta cátedra sagrada, vuestro auxilio puede hacer que descienda de ella, llevando algun fruto para la gloria de Dios y bien espiritual de las almas. Esto os pedimos nos alcanceis de vuestro divino Esposo el Espíritu Santo, en tanto que postrados á vuestras plantas, os saludamos reverentemente con el Arcángel. AVE MARIA.

Opus grande est.

De lib. I Paralipom. c. XXIX v. 1.

La obra es grande.

Son gratos é indelebles, hermanos míos, los recuerdos de la casa de nuestros padres. Preguntémonos ahora: ¿quiénes somos y en dónde estamos? Somos (asombraos oh cielos!) somos nada menos que ¡hijos de Dios! porque el Evangelista S. Juan, cuyo testimonio es verdadero, nos ha dicho, que á todos los que hemos recibido á Jesucristo, se nos ha dado poder de ser hechos hijos de Dios: *Quotquot autem receperunt eum, dedit eis potestatem filios Dei fieri;* y esto, no por una generacion de sangre ó parentesco de carne, sino por un nacimiento todo espiritual que viene del Espíritu de Dios: *Non ex sanguinibus neque ex voluntate carnis, sed ex Deo nati sunt.* Luego, si esta casa es de Dios nuestro Padre, estamos en nuestra casa paterna.

Hijos tambien de la incomparable Virgen María, á quien el Padre Eterno, hizo madre adoptiva de nosotros, tenemos derecho para decir á boca llena: si esta Catedral es de nuestra Madre Santísima de la Luz, luego estamos en nuestra casa materna, en la casa de nuestras delicias, en la casa en donde nos ha acariciado, como á sus pequeñitos, la misma Reina de los cielos.

Pero hoy debemos recordar que esta casa pertenece á nuestra dulce Madre, no solo porque tomó posesion de ella el 16 de Marzo de 1866, ni solamente porque ahora ha tornado á fijar aquí su trono; sino porque la misma Santísima Señora, habiendo escogido á Leon para regalarle ese su original retrato, sublime trasunto de su hermosura, ejecutado bajo su oculta direccion, y bendito despues con su propia mano, se dignó designar este lugar para su perpetua morada; y por es-



to quedó estipulado que cuando se concluyera este templo, se le erigiera un altar en uno de sus cruceros.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Permitidnos reformar esta cláusula de nuestros padres. No en un crucero, sino en el altar mayor y en su lugar mas prominente será colocada vuestra sagrada Imágen, como lo está en el lugar mas distinguido de nuestro corazon.

Fieles á su promesa los insignes PP. de la Compañía de Jesus, celosísimos de la honra de la Madre de Dios y de la verdadera felicidad de este pueblo, convocan á nuestros antepasados para levantar los muros de esta Iglesia, y unidos todos, trabajan con ardor infatigable, anhelando ver cada dia mas aventajada la futura casa de su adorada Madre Santísima de la Luz. Las piedras, pues, y la arena y la cal de esos cimientos y de gran parte de esas paredes, hoy tan majestuosas, estan regadas con las gotas del sudor de la frente de nuestros padres y con las devotas lágrimas de sus ojos; de suerte que si ahora calláramos, podria en cierta manera, repetirse aquello que con otro motivo dijo Jesucristo: *Si hi tacuerint lapides clamabunt* (Luc. XIX-40): aunque nosotros calláramos, las piedras darían voces.

Y ciertamente las dan ahora muy elocuentes para designarnos, no solo la parte material de este edificio, sino muy especialmente el santuario espiritual que aquellos fieles habian erijido en su propio corazon á su augusta Protectora. ¡Oh feliz año de 1777, en que se pedía al Ilmo. Sr. Obispo D. Ignacio Rocha la aprobacion de las Constituciones, con que el I. Ayuntamiento y los fieles de este pueblo habian determinado honrar á Nuestra Madre Santísima de la Luz!

A este amor tan acendrado, tan ardiente y eficaz fué debido que, aunque los hijos de Loyola, cuyo glorioso destino es la persecucion, se vieron obligados á abandonar este suelo, no obstante, se prosiguiera

la edificacion de este templo, desde el año de 1767, bajo las exhortaciones y ejemplos ya de los Párrocos de este lugar, ya de otros preclaros sacerdotes, como los Hijos de San Felipe Neri y los de San Vicente de Paul, los Montes y los Fuentes y sobre todo, los Aguado, de inmortal memoria y los Sollano de ilustre é imperecedera remembranza. ¡Oh hijos de Leon! ¡Bien sabeis que en estas pocas palabras se encierra toda la historia de mas de una centuria! pero historia grata, como el recuerdo de nuestros padres, dulce como las caricias de nuestra Madre Santísima de la Luz, é inherente é inbibita en este sacro edificio, como las piedras que lo forman.

Pues bien: este mismo edificio, este inapreciable monumento ha vacilado varias veces, amenazando desplomarse. En vano se robustecieron y profundizaron más sus cimientos, en el año de 1855; en vano se repuso en 76 la clave de ese arco desprendida en medio del concurso de los fieles, aunque sin dañarlos; en vano se resanaron las cuarteaduras que aparecieron en varios puntos; en vano todo, porque los accidentes se multiplican, el peligro crece y se hace inminente en tales términos, que algunos de nuestros vecinos, cuyas buenas intenciones aceptaría la Santísima Virgen, quizá como la misma obra, llegaron á concebir el proyecto de que se demoliera esta Iglesia y comenzara á levantarse otra nueva Catedral.. ¡Oh Madre Santísima de la Luz! ¡que! ¿permitirás que tus hijos se vean obligados á exclamar con Jeremías: ¡Cómo han sido dispersas las piedras del Santuario y tropezamos con ellas en las calles y en las plazas? *Quomodo dispersi sunt lapides sanctuarii in capite omnium platearum?* No, hermanos míos: la Santísima Señora que había santificado ya su casa con su presencia, la dejará por dos años siete meses, y entre tanto dispondrá de tal manera las obras



de reparacion y ornato, que todo se lleve á cabo felizmente y tornará á reposar aquí, ya para siempre, en el dia que tiene reservado en su Corazon. Este dia es el presente, el 6 de Octubre de 1889, en que en vez de una informe montaña de escombros, vemos ostentarse firme y airosa nuestra amada Catedral; en vez del canto lúgubre de las aves siniestras, escuchamos las dulces melodías de los cánticos sagrados, y en vez de venir consternados á derramar lágrimas de amargura sobre ruinas, que habrian sido mil veces más caras y dolorosas que las de nuestros hogares, en el año precedente, venimos rebotando de gozo á asistir á los actos mas augustos de nuestra Religion, que desde hoy y ¡quiera el cielo que para siempre! se verificarán en esta Santa Iglesia Catedral, en toda la plenitud de su perenne culto y con mayor perfeccion que en nuestros otros templos. *Opus grande est.* ¡Verdad magnífica é interesante que el honor mismo de Dios y de su Inmaculada Madre, exigen que la grabemos en nuestro corazon! Consagrémos otros pocos momentos á la consideracion de lo que en el presente dia nos concede el cielo.

Bien, sabeis, hermanos míos, que á pesar de la asombrosa profusion de mármoles, y de plata, y de oro, y de piedras preciosas, y de otros primores que adornaban el templo de Salomon, no dudó el Profeta Ageo consolar á los judíos que deploraban la pequeñez y pobreza respectiva del segundo templo, diciéndoles en nombre del Señor: Tened buen ánimo, porque aun falta un poco, y vendrá aquí **EL DESEADO DE TODAS LAS GENTES**, y será grande la gloria de esta última casa, mas que la de la primera; dice el Señor de los ejércitos: *Magna erit gloria domus istius novissimae plus quam*

*primae, dicit Dominus exercituum.* (1) ¡Cuán incomprendible es, pues, la gloria del templo cristiano, en donde se digna habitar personalmente el Hijo de Dios, que solo en el seno de su Padre puede tener morada conveniente y digna de su magestad y grandeza!

Por esto mismo, nuestra Madre la Santa Iglesia, consagra ciertos templos privilegiados como el nuestro, por ministerio no de un simple sacerdote, sino de alguno de sus Príncipes, practicando unas ceremonias tan prolongadas, tan magestuosas y significativas, que «el conjunto de ellas, dice el Abate Gaume, es un verdadero poema épico, que refiere á la fé y á los sentidos toda la vida del género humano, en el tiempo y en la eternidad.» (2) Mas no es por esto una mera exterioridad pomposa, vana y esteril, aunque recaiga sobre objetos inanimados, que no son capaces de recibir la gracia; sino que, segun la sólida doctrina del Angel de las escuelas, Santo Tomás, por la consagracion adquieren las cosas consagradas una cierta virtud espiritual, *quandam spiritualem virtutem* (3) por la cual, de profanas y comunes, se tornan en aptas para el culto divino; de suerte que los hombres, en vista de ellas, perciben cierta devocion que los inclina y hace mas expeditos para las cosas divinas, á no ser que estorben estos saludables efectos por su irreverencia. Librenos, Dios, de que alguna vez, por nuestras irreverencias y desacatos, convirtamos en cueva de ladrones esta casa custodiada por los ángeles, agraciada con la veneranda Imágen de la Madre Santísima de la Luz, y honrada con la presencia del Dios vivo; pues como está escrito en el libro segundo de los Macabeos: Verdaderamente hay cierta virtud divina en el templo del Señor; porque

(1) Ag. c. II, v. 10.

(2) Catt. VIII.

(3) 3 q. 83. a 2 ad 3<sup>m</sup>.



aquel mismo que tiene su morada en los cielos es el visitador y protector de tal lugar: *Eo... in loco... vere Dei quaedam virtus: nam ipse qui habet in coelis habitacionem, visitator et adiutor est loci illius.* Este lugar, es por consiguiente, formidable y terrible para los sacrilegos é impíos, como Heliodoro; pero santo y saludable para las almas piadosas, en tanto grado, que, segun observa el mismo Santo Doctor, algunos han dicho con probabilidad que: por entrar devotamente en una Iglesia consagrada, se obtiene el perdon de los pecados veniales: *quidam probabiliter dicunt quod per ingressum Ecclesiae consecratae, homo consequitur remissionem peccatorum venialium.* (1) Tal es la razon de esa atmósfera de paz que aquí respiramos y de ese santo recogimiento que aquí experimentamos, especialmente cuando dirigimos nuestras miradas á la Madre Santísima de la Luz, cuya Imágen irradia un no sé qué de divino, cuyas influencias secretas, íntimas y celestiales arroban el alma de sus devotos. ¡Oh cuán precioso es el tesoro que poseemos en esta Santa Iglesia Catedral, por su consagracion!

Mas para colmo de su excelencia, atendamos á esta otra reflexion.

En el templo de la antigua ley se celebraban siete solemnidades temporales y una solemnidad continua, como asienta el mismo Santo Tomás. Ya se nos habla de las temporales en el libro sagrado de los Números; y en cuanto á la segunda, es indudable que la magnificencia y grandeza de aquel culto formaban una festividad no interrumpida, puesto que diariamente, á mañana y tarde se ímolaba el cordero; y por esta perenne festividad de un sacrificio permanente y continuo, se representaba esa eterna perpetuidad de la bienaven-

(1) Ibidem ad 10<sup>m</sup>

turanza (5.) Ahora bien, hermanos míos: si el templo de la antigua ley era como la sombra proyectada por el templo católico, y sus ritos y ceremonias la magnífica profecía de nuestro culto: aquí, aquí en nuestra Santa Iglesia Catedral es en donde encontramos la completa realizacion de aquellas figuras y el perfecto cumplimiento de aquellas profecias,

Efectivamente: si se trata de las festividades temporales, aquí, no solo con preferencia á las israelíticas, sino tambien á las que se celebran en otros templos católicos, que no son del rango del nuestro, las hay mas numerosas y espléndidas; pues á vosotros consta que todos los misterios de Nuestro Señor Jesucristo, y de su dulcísima Madre, las fiestas de los Santos Apóstoles y de otros muchos santos insignes se solemnizan aquí con especial pompa. Pero lo que hace descollar mas este Templo sobre los otros, es que Dios le ha escogido para establecer en él su culto diario, contínuo, solemne; y por esto (notadlo bien), aquí es en donde todos los dias se celebra el Divino Sacrificio del Cordero de Dios que quita los pecados del mundo, no ya en el secreto de una Misa privada, sino con las magníficas ritualidades de la *Misa Conventual.* Además: si los hebreos gustaban tanto de entonar alabanzas al Señor con los acentos de su voz, como nos lo muestran los sublimes cánticos de Moisés, de Débora y de los Profetas; y si David se adelantó á establecer en el Tabernáculo coros de músicos y cantores para que entonaran melodiosamente sus salmos: aquí tambien, hermanos míos, se repite diariamente esa salmodia acompañada de religiosas notas; aquí tambien se repite diariamente el divino cántico del Magnificat, compuesto por la misma Madre de Dios en la casa del Bautista; y en tanto que desde esa cúpula se ele-

(5) Ib. ad 10<sup>m</sup>



va hasta el trono del Señor una nube espiral de olgoso incienso, las bóvedas de esta Santa Iglesia Catedral parecen repetir los ecos del *Hosanna* eterno de los cielos. ¡Oh Sagrado Templo del Señor! Cuántos y cuán grandes bienes nos traes para nuestra presente felicidad! *Opus grande est.*

Pero estos bienes no se limitarán al corto periodo de nuestra existencia, sino que se desbordarán en los siglos futuros. Notemos pues, aunque sea brevemente el sello de perpetuidad con que está marcada esta fiesta, atendidas algunas de sus circunstancias.

«Cada Iglesia, (se dice en el erudito Catecismo de «Perseverancia) cada Iglesia está dedicada bajo la invocacion de un Santo, que es un protector y un modelo que dá la Iglesia á los fieles, y es un lazo mas entre «la Iglesia de la tierra y la del Cielo».

Y ¿á quién ha sido dedicada esta Iglesia? ¡Oh! ¡con cuánto gozo testificamos hoy, y lo celebrarán perpetuamente las futuras generaciones, que esta Santa Iglesia Catedral ha sido consagrada á la Madre Santísima de la Luz, á la augusta Patrona de esta ciudad y de esta Diócesis, por concesion de la misma Sede apostólica, á nuestra constante y benignísima Protectora, de cuyas inagotables misericordias, hoy levantamos acta todos los hijos de Leon á una, publicando á la faz del mundo que jamas hemos invocado en vano su patrocinio; que los días llamados *de nuestro infortunio*, mejor y con mayor justicia deben nombrarse *los días de los prodigios Marianos*; y asegurando á nuestros descendientes que, si no abandonan la devocion y la casa de esa su buena Madre, les dirá desde ese trono, como hoy á nosotros: Aquí he querido fijar el lugar perpetuo de mi reposo, puesto que he escogido para mí esta casa;

*Haec requies mea in saeculum saeculi: hic habitabo, quoniam elegi eam. (1)*

Vendrá, pues, un tiempo en que vuestros hijos, creyéndose felices con la posesion de esta Santa Iglesia, preciosa herencia que les ha dejado la fé de sus padres, vendrán aquí á pedir socorro en las necesidades públicas, á implorar consuelo en sus privadas aflicciones y á elevar quizá una plegaria por la felicidad eterna de nuestra alma.

Además, si de toda dedicacion de Iglesia resulta un lazo más entre el cielo y la tierra, ó entre el Patron y los fieles, ¿cuál deberá ser el que nos una á la Madre Santísima de la Luz, sino el lazo de oro de una devocion sincera, y especialmente la insigne devocion del Santísimo Rosario, sarta fragantísima de lirios, de rosas y de nardos, por la meditacion de sus misterios? A esto nos exhorta hoy mismo, la voz suprema del Vicario de Jesucristo, diciéndonos: Rezad el Rosario, «porque bien sabemos que en la maternal bondad de la Santísima Virgen tenemos siempre preparado el refugio, y estamos ciertos de que no en vano están puestas en Ella nuestras esperanzas.» A esto nos invita el hecho significativo de no haber querido la Santísima Señora que se estrenase de nuevo su Santa Catedral, sino hasta el día de esta gran Solemnidad Pontificia, de esta fiesta universal, en que los hombres se transforman en cierto modo en Arcángeles, repitiendo millones de veces la sublime salutation de Gabriel.

Por último, hermanos míos; así como una gran reina cuando celebra algun acontecimiento extraordinario, que ha de hacer época gloriosa en su reinado gusta de dejarse ver de su pueblo, rodeada de sus ministros y privados, vestidos de particular uniforme que responda

(1) Ps. 131 v. 15.



á la pompa real de la fiesta; así la Augusta Reina de los cielos ha querido que hoy, día en que se digna poseer para siempre la casa que le ha preparado el amor de sus pobres hijos, la acompañe su amado Cabildo vestido de este nuevo traje canonical morado, con que se ha dignado agraciarnos; y que recordará á á nuestros pósteros la reparacion de este templo, tan íntimamente ligado á la memoria de nuestros padres, al esplendor del culto divino y al dichoso porvenir de este pueblo: *opus grande est.*

Loado sea, pues, Dios nuestro Señor y loada sea su Santísima Madre de edad en edad, y de generacion en generacion, y, de siglo en siglo, y para decirlo con la expresion bíblica, de eternidad en eternidad.

Concluyamos dirigiendo vuestras preces á Nuestra dulce Madre.

¡Oh Madre Santísima de la Luz! Hoy que nuestra atribulada Madre la Santa Iglesia Católica, fija en Vos sus miradas y os invoca llena de esperanza, enjugad por piedad sus lágrimas, mostrándola que sois su bondadosa Madre: *Monstra te esse Matrem.* Atended tambien á los piadosos peregrinos que han dejado su hogar en lejana tierra, por venir á reposar bajo la sombra del vuestro, en el día de nuestras alegrías. ¡Ah! si traen alguna herida en su corazon, curadles, si algun pesar en el alma, consoladles, mostrándoles que sois tambien su bondadosa Madre: *Monstra te esse Matrem.* Si alguna vez Nuestro Ilustrísimo Prelado ó sus Sacerdotes levantaraen sus manos entre el vestíbulo y vuestro Altar, pidiendoos socorro en medio de la tempestad que nos combate, ó de las dificultades de nuestro santo ministerio, venid pronto en nuestro auxilio, mostrando que sois Nuestra amorosa Madre: *Monstra te esse Matrem.* Finalmente, si este pueblo que ha sido siempre el Benjamín de vuestro corazon, os invocare con fé en las ca-

lamidades públicas, en sus secretas penas y especialmente en el terrible trance de la muerte, ¡oh Virgen Purísima, en cuya bondad hemos confiado siempre! mostrad que sois nuestra amorosa Madre: *Monstra te esse Matrem,* y haced que en el templo de la gloria, os demos gracias inmortales y con Vos y por Vos las rindamos á nuestro Dios tres veces Santo, de eternidad en eternidad. Sea así.

S. D. H. E. G.



## APENDICE

Para conservar la memoria del acontecimiento notable, de que fué objeto el sermón que antecede, ponemos á continuación el aviso con que se convocó á los fieles, para las festividades religiosas, que tuvieron lugar en esta Santa Iglesia con motivo de la solemne apertura.

### Apertura de la Santa Iglesia Catedral DE LEON.

Después de dos años siete meses de crecidos gastos y asiduo trabajo, Dios Nuestro Señor nos ha proporcionado la satisfacción y consuelo de ver terminadas las obras de reparación y ornato de esta Santa Iglesia Catedral, fabricada en su mayor parte y con singular empeño y piedad por el Ilmo. Sr. Dr. y Mtro. D. José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos, dignísimo primer Obispo de esta Diócesis y de imperecedera memoria para los habitantes de esta Ciudad y para todo el Obispado de León.

En 23 de Febrero de 1887 se dió principio á los trabajos ligando las muchas cuarteaduras que había en los muros del templo y reforzando los cimientos en los puntos que fué necesario. Después se procedió á la construcción de nuevos arcos con sus columnas y cimientos correspondientes, para recibir todos los de la nave así como los cuatro arcos torales que sostienen la gran cúpula; se hicieron también las bóvedas de la nave, con excepción de la del coro alto, y se fabricó el coro que está bajo esta última bóveda en sustitución del antiguo que se hallaba en estado de ruina, lo mismo que las bóvedas.

Terminada con esto la reparación del edificio, se procedió á la fábrica del altar mayor, de los dos que estan

## APENDICE.

en los cruceros y de los seis que ocupan la nave; se hizo nuevo púlpito, cancel y pavimento, se decoró con especial pintura y dorado toda la Iglesia y se arregló convenientemente la sillería y todas las piezas de que está formado el coro bajo. Se compuso además el antiguo órgano y se compró un gran armónico para el servicio inmediato del coro y del altar.

Estas son, en resúmen, las obras que, con la multitud de pormenores que en sí contienen, han podido llevarse á feliz término, con la ayuda de Dios Ntro. Señor, para mayor culto de Su Santísima Madre, que, bajo la tierna advocación de *Madre Santísima de la Luz*, se venera en esta Santa Iglesia, y es patrona principalísima de toda la Diócesis.

Las solemnidades religiosas se verificarán, en el próximo mes de Octubre, en el orden siguiente:

El Viérnes 4, á las seis y media de la tarde, en la capilla de la Santa Casa de Loreto, se cantarán Maitines Solemnes en honor de los Santos Mártires, cuyas reliquias serán colocadas al día siguiente en el sepulcro de la gran Ara del altar mayor.

El Sábado 5, á las ocho y media de la mañana, el Prelado Diocesano hará la solemne consagración de la Iglesia conforme al ceremonial de la materia; y á las seis y media de la tarde, tendrán lugar los Maitines solemnes en honor de María Santísima del Rosario, cuya festividad celebra la Iglesia universal al siguiente día.

El Domingo 6, á las ocho y media de la mañana concluida la Tercia, se celebrará la Misa solemne de acción de gracias, en la que oficiará de Pontifical el mismo Prelado de la Diócesis y predicará uno de los infrascritos Capitulares, Canónigo José de la Merced Sierra, y por la tarde á las seis se rezará el santísimo Rosario, se cantará un solemne *Te Deum* en acción de gracias, y se concluirá con la Bendición y Reserva de su Divina Ma-



APENDICE.

gestad, que habrá estado expuesto todo el día á la veneracion de los fieles.

Con ocasion tan solemne exitamos al V. Clero secular y regular y á todos los fieles de esta Diócesis y aun á los de fuera de ella, á que tomen parte en estos religiosos cultos, especialmente por medio de la recepcion de los Santos Sacramentos de confesion y Comunión, para que unidos todos imploramos el auxilio de la Divina Magestad en las presentes necesidades, mediante la poderosa intercesion de Nuestra insigne Patrona.

Con este motivo recordamos á los fieles, que el día de la consagracion de la Iglesia pueden ganar un año de indulgencia por concesion de varios Sumos Pontífices, y además les recordamos las copiosísimas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices al rezo del Santísimo Rosario, y en especial las que, por el mismo devoto ejercicio, se dignó conceder, para todo el mes de Octubre, Nuestro Smo. Padre el Sr. Leon XIII, felizmente reinante.

ADVERTENCIA MUY IMPORTANTE.—Como la Consagracion de la Iglesia tiene que hacerse, en su mayor parte, con las puertas cerradas, sin mas acompañamiento que los Sres. Eclesiásticos y personas indispensables para el servicio, se advierte á los fieles que *el Sabado 5 en que se verificará aquella ceremonia, no podrán penetrar al interior del templo, sino hasta las once de la mañana, hora en que aproximadamente se celebrará la Misa solemne, con que termina dicha consagracion.*

Leon, Septiembre de 1889.

TOMAS, Obispo de Leon.

*José Victoriano Aleman, Dean.—Pablo Darío Reynoso, Arcediano.—José de la Merced Sierra, Canónigo.—José María Velazquez, Canónigo.—Pablo Anda, Canónigo.—Anastasio de Jesus Yepes, Prebendado.—Francisco de Sales Ginori, Prebendado.—Andrés Segura, Prebendado.—Alberto Fernandez, Prebendado.*

*Tomada rayon*

SERMÓN

—PREDICADO—

POR EL SR. PBRO. DON

GABINO CHÁVEZ

—EL—

DÍA 2 DE JULIO DE 1892.

—EN LA FIESTA—

QUE SE CELEBRA ANUALMENTE

—A LA—

Madre Sma. de la Luz,

En la Santa Iglesia Catedral de León.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

LEÓN—1892.

IMPRENTA DE ZENÓN IZQUIERDO.  
Calle del Oratorio Núm. 83.



APENDICE.

gestad, que habrá estado expuesto todo el día á la veneración de los fieles.

Con ocasion tan solemne exitamos al V. Clero secular y regular y á todos los fieles de esta Diócesis y aun á los de fuera de ella, á que tomen parte en estos religiosos cultos, especialmente por medio de la recepcion de los Santos Sacramentos de confesion y Comunión, para que unidos todos imploremos el auxilio de la Divina Magestad en las presentes necesidades, mediante la poderosa intercesion de Nuestra insigne Patrona.

Con este motivo recordamos á los fieles, que el día de la consagracion de la Iglesia pueden ganar un año de indulgencia por concesion de varios Sumos Pontífices, y además les recordamos las copiosísimas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices al rezo del Santísimo Rosario, y en especial las que, por el mismo devoto ejercicio, se dignó conceder, para todo el mes de Octubre, Nuestro Smo. Padre el Sr. Leon XIII, felizmente reinante.

**ADVERTENCIA MUY IMPORTANTE.**—Como la Consagracion de la Iglesia tiene que hacerse, en su mayor parte, con las puertas cerradas, sin mas acompañamiento que los Sres. Eclesiásticos y personas indispensables para el servicio, se advierte á los fieles que *el Sabado 5 en que se verificará aquella ceremonia, no podrán penetrar al interior del templo, sino hasta las once de la mañana,* hora en que aproximadamente se celebrará la Misa solemne, con que termina dicha consagracion.

Leon, Septiembre de 1889.

TOMAS, Obispo de Leon.

*José Victoriano Aleman, Dean.—Pablo Darío Reynoso, Arcediano.—José de la Merced Sierra, Canónigo.—José María Velazquez, Canónigo.—Pablo Anda, Canónigo.—Anastasio de Jesus Yepes, Prebendado.—Francisco de Sales Ginori, Prebendado.—Andrés Segura, Prebendado.—Alberto Fernandez, Prebendado.*

*Tomada razón*

SERMÓN

—PREDICADO—

POR EL SR. PBRO. DON

GABINO CHÁVEZ

—EL—

DÍA 2 DE JULIO DE 1892.

—EN LA FIESTA—

QUE SE CELEBRA ANUALMENTE

—A LA—

**Madre Sma. de la Luz,**

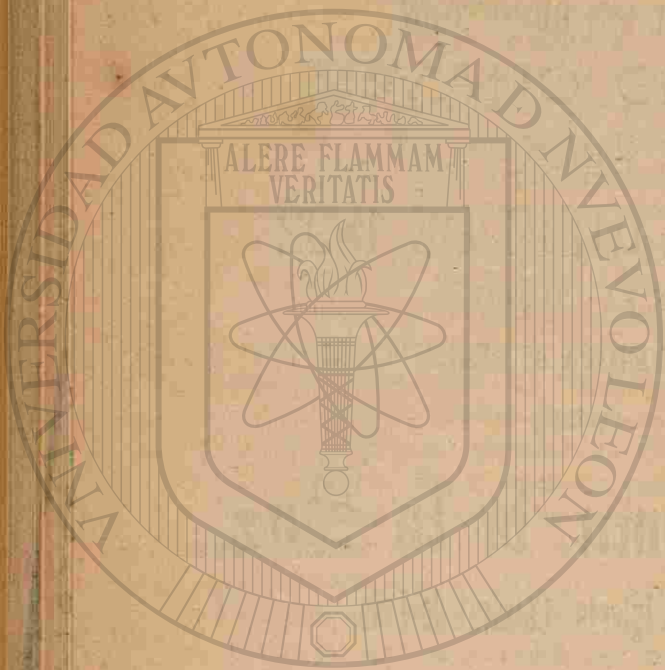
En la Santa Iglesia Catedral de León.

Con licencia de la Autoridad Eclesiástica.

LEÓN—1892.

IMPRENTA DE ZENÓN IZQUIERDO.  
Calle del Oratorio Núm. 83.





DIRECCIÓN GENERAL

ILLMO. SR:

El que suscribe, en representación de la Compañía Manriquez á quién cupo la buena suerte de celebrar la festividad del dos de Julio en el presente año en honor de la Madre Santísima de la Luz, tiene el honor de comparecer ante V. S. Illma. para suplicarle, como respetuosamente lo verifica, que tenga V. S. Illma. á bien conceder su superior licencia para que se imprima y publique el Sermón que en dicha festividad predicó el Sr. Pbro. D. Gabino Chávez, como la expresada compañía lo desea, en lo cual recibirá gracia.

Dios Nuestro Señor guarde á V. S. Illma. muchos años.

✓ León, Julio 4 de 1892.—*Illmo. Sr.*

*Jesús Ramirez y Aguilar.*

León, Julio 5 de 1892.

Pase á la censura del Sr. Canónigo Penitenciario de esta Sta. Iglesia. Lic. D. Alberto Fernandez.—Lo decretó y firmó el Illmo. Sr. Obispo.

M. f. EL OBISPO.

*Mateo Alcaráz, Oficial Mayor.*

ILLMO. Y RMO. SEÑOR:

Por disposición de V. S. I., he leído con detenido examen el sermón predicado por el Sr. Pbro. D. Gabino Chávez, el día dos de Julio del corriente año de 1892, en la fiesta que anualmente se celebra en honor de la Madre Sma. de la Luz en esta Sta. Iglesia Catedral, y nada he hallado en él contrario á la fe y buenas costumbres; antes bien, he admirado la solidez y claridad con que el respetable autor expone los textos de la divina Escritura. Muchas son las obritas del Sr. Chávez que corren impresas con la aprobación de V. S. I., mas el presente sermón es, en mi humilde concepto, el fruto más dulce y sazonado que ha producido el ingenio del Sr. Chávez, cultivado con el asiduo y laborioso estudio.



Por lo cual juzgo que puede imprimirse, si este fuere el respetable parecer de U. S. I.

Dios Nuestro Señor guarde á U. S. I. muchos años.

León, Julio 8 de 1892.

Alberto Fernández.

León, Julio 9 de 1892.

Visto el dictamen que antecede, concedemos nuestra licencia para que se imprima el Sermón predicado por el Sr. Pbro. D. Gabino Chávez, en la Sta. Iglesia Catedral el día 2 de Julio del presente año, con calidad de que no vea la luz pública sin que primero sea cotejado el impreso con el original por el Sr. Censor. Lo decretó y firmó el Ilmo. Sr. Obispo.

M. f. EL OBISPO.

Mateo Alcaráz, Oficial Mayor.

## Sermón en el día 2 de Julio.

—*Quare tristis incedo dum affligit me inimicus? Emitte lucem tuam et veritatem tuam; ipsa me deduxerunt et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua. Et introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam.* (Psalm. XLII. 2, 3, y 4.)

¿Porqué he de andar triste mientras me aflige mi enemigo? Envía tu luz y tu verdad; éstas me han de guiar y conducir á tu monte santo, hasta tus tabernáculos. Y me acercaré al altar de Dios, al Dios que llena de alegría mi juventud. [*Salmo 42, versos 2, 3, y 4.*]

Ilmo. Sr.; Ven. Cabildo; Resp. Clero: Amados hermanos míos: Bien comprenderéis que no hemos tenido que revolver largo tiempo el código sagrado, para encontrar estas hermosas y profundas palabras; perteneciendo al salmo eucarístico por excelencia, pues forma como la entrada diaria del agosto sacrificio, no solo la tribu sacerdotal las toma á cada paso en sus labios, sino también los simples fieles que acostumbran unirse á la misma liturgia. El Rey-Profeta, sintiéndose agobiado de tristeza ante las tenaces persecuciones de sus enemigos, entrando dentro de sí mismo se pregunta: ¿porqué he de andar turbado é inquieto? ¿porqué he de estar abrumado de tristeza entre las persecuciones de mis enemigos? Y volviéndose al Dios que es toda su fortaleza, y el que parece haberle desechado, si cree á la amargura de su pena, le dice: "envía, Señor, tu luz y la verdad, ellas me llevarán á la santa montaña, y á los tabernáculos en donde habitas, y llegándome al altar del Señor, Dios quitará de mí la tristeza y remediará mis males, pues es el Dios que me colma de alegría, pareciendo renovar el vigor de mis primeros años, y la lozanía, el contento, el regocijo que son propios de la edad de la juventud." Así, un pueblo



que gime, que lamenta las persecuciones de sus enemigos, que, abrumado por sus penas vive en la desolación y en la tristeza, debería tomar en sus labios las palabras del salmista: exhortarse á la más dulce confianza, acudir á Dios como al único remediador de todos sus males, y pedirle su luz y su verdad para marchar tranquilo á la montaña del calvario, para, de allí, por los tabernáculos de la resurrección y la ascensión, llegar al altar de la gloria, donde en perpetua juventud y en alegría imperturbable, se cantan para siempre las alabanzas del Señor:—Mas no es esto todo, cristianos, pues, como David penetraba con sus miradas los ocultos arcanos de la divina sabiduría, aun tocaba con estas palabras, inmensas profundidades, sumergiéndose nada menos que en los abismos de la Divinidad. Haciendo las veces del género humano, perseguido por la rabia infernal de Satanás, y caminando triste y desalentado por entre las tinieblas de la idolatría, reconoce que Dios sólo puede salvarle: "*Quia tu es Deus fortitudo mea;*" espántase de verse desechado por tan largos siglos: "*quare me repulisti?*" mírase hecho presa de la exasperación y la tristeza, ante el enemigo que le tiraniza: "*quare tristis incedo dum affligit me inimicus!*" Y luego, volviendo sus ojos á Dios de quién sólo puede venirle el remedio, solicita, pide, ruega; . . . mas ¿qué pide? "Envía Señor tu luz, y tu verdad" "*emitte lucem tuam et veritatem tuam.*" Y ¿á quién se dirige sino al Eterno Padre á quién conviene el mandar, como origen en la augusta Trinidad? "Manda, pues, oh Padre, tu luz: "*lucem tuam;*" ¿más quién desconocerá en esta luz al Verbo que dijo: "*ego sum lux mundi,*" yo soy la luz del mundo, y de quién declara San Juan que "era la luz verdadera que ilumina á todo hombre que viene á este mundo? (Ioann. I.) Pide también que mande su verdad, "*et veritatem tuam;*" y ¿cómo no recordar lo que decía el Salvador, del Espíritu de verdad que procede del Padre, (Ioann. XV, 26.) del Espíritu de verdad, que, á su venida enseñaría á los discípulos toda verdad! (Ioann. XVI. 13.) Así, pues, el Profeta á nombre del mundo antiguo, pedía aquí la redención; y por medio de estas palabras, [como lo han notado San Cirilo (Lib. 1. in. Ioann.) y San Atanasio. (Tract, quod Spíritus, non est creatura," ad Serapionem) con el elocuente San Ambrosio,

(Apud Lorin hic,) pedía la venida del Verbo y del Espíritu Santo, aunque con palabras simbólicas y arcanas, como convenía á los tiempos proféticos. Y hoy la Iglesia lo pide con toda claridad, cuando dice: "envía Señor al Cordero, dominador de la tierra; [Isai XVI. 1.] "enviarás tu Espíritu, y las cosas serán creadas" (ex Psalm. CIII. 30.) Mas notemos, cristianos, que, ó bien sea la gracia y la misericordia, lo que aquí solicita de Dios el ánimo afligido; ó bien sean las Personas adorables del Verbo y del Espíritu Santo, que ambos se llaman Paráclitos, esto es, consoladores, en el Santo Evangelio, [Ioann. XIV. 16] cierto es que se pide bajo el nombre de luz y de verdad, y que se les atribuye que ellas nos guiarán y conducirán: "*emitte lucem tuam et veritatem tuam: ipsa me deduxerunt et adduxerunt.*" Y ¿por qué se piden precisamente bajo estos símbolos? ¿por qué el padre del Bautista, lleno del Espíritu Santo, dice que del "Oriente vendrá á visitarnos para iluminar á los que yacen en las tinieblas y en las sombras de la muerte? (Luc. I. 79.) y el anciano Simeón llama al Verbo encarnado, "luz para la revelación de las naciones! (Luc. II. 32) y por ¿qué el evangelio asegura que para aquellos desgraciados, "*nació la luz*" con la venida de Cristo? (Math. IV. 16.)

Es, porque grandes maravillas, preciosas enseñanzas, hermosas significaciones se contienen en la luz, cristianos, y para declararlas en esta vez, ya que la Luz eterna ha nacido de una Madre, pidamos á la Madre de la Luz, la que necesitamos para penetrar las Sagradas Escrituras, é instruirnos convenientemente en el oráculo propuesto.—*Ave María.*

Pide, pues, primeramente, el pueblo afligido, que Dios le mande su doble auxilio: "envía tu luz y tu verdad;" declara en seguida, el resultado eficaz de este auxilio, para emprender felizmente su camino: "ellas me guiaron y condujeron á la santa montaña;" y anuncia su gratitud inmensa por estos favores: "me acercaré al altar de Dios." Propone desde luego la grandeza del beneficio: "*emitte lucem tuam;*" indica en seguida sus inmediatos resultados: "*ipsa me deduxerunt et adduxerunt;*" y proclama el dichoso fin á que todos se encaminan: "*introibo ad altare Dei*" Y tales serán, siguiendo la marcha del texto sagrado, los tres puntos de que pre-



tendemos ocuparnos: qué favor tan especial nos ha hecho el Señor en visitarnos, y cómo; qué provechos tan grandes nos han dimanado de ese beneficio, y qué es lo que espera Dios de nosotros en reconocimiento y correspondencia de sus mercedes.

PUNTO I.

Para cada pueblo, h. m., ha sonado la hora bendita en que Dios le ha mandado la luz de la fe, y la verdad de su ley; el Cristo que alumbra, y el Espíritu divino que santifica; y cuando un pueblo ya alumbrado y dirigido, se aparta de esa luz y tuere su camino: y cuando la tribulación lo perturba y las persecuciones de sus enemigos le afligen y entristecen, no tiene que hacer sino pedir de nuevo la vuelta de la luz que lo ilumine cual primero, y de la verdad que le corrija y le enderece; por eso, el grito suplicante del Profeta asciende cada día desde la tierra hasta el cielo, repetido por millares de sacerdotes y de fieles: "Oh, Dios, fortaleza mía, ¿por qué nos rechazas de tu seno? ¿por qué hemos de andar tristes é inquietos ante el enemigo que nos aflige? Envía, Señor, tu luz y tu verdad, y marcharemos por la fe y por la ley al monte del sacrificio, y á los tabernáculos de la nueva vida, para subir á entonarte eternas alabanzas en perpetua juventud ante el altar de oro de la Sión celestial. *Quare tristis... Emitte lucem tuam etc. Et introibo ad altare Dei...* Y el Señor se digna escuchar las preces de sus siervos, y nos manda la luz que nos consuele, con la verdad que nos fortifique. Solamente que sucede con la luz del espíritu lo que con la luz material que nos alumbra: si del seno de las más profundas tinieblas, pasásemos de improviso á una iluminación clara y perfecta, nuestros débiles ojos no podrían soportar esa brusca transición, y la luz destinada á recrearlos y alumbrarlos, vendría á ser su destrucción y su ruina. ¿Cómo ha obviado pues el Criador tan grave inconveniente? De un modo tan eficaz como sencillo, h. m.: ha formado el crepúsculo. El crepúsculo es esa media luz que va avivándose ó amortiguándose poco á poco, que va creciendo ó decreciendo gradualmente, preparando al ojo ya á la luz, ya á las tinieblas que deben absorverlo. Así gozamos de la luz

sin perjuicio, y soportamos sin peligro su desaparición completa ó su mayor intensidad. Solo que el crepúsculo de la tarde, por ser el paso de la luz á las tinieblas, es triste y melancólico; pero el de la mañana, que abre las puertas á la luz del día, es tan dulce y alegre, que el hombre ha querido llamarle la hora de oro, *aurea hora*, (1) de donde viene la palabra aurora, tan poética y tan bella. Pues bién, a. h. m. el Verbo divino, sol del mundo de los espíritus, no ha querido venir á alumbrar al universo sin ser también precedido de una aurora; El, luz increada, quería ser precedido y formado en el seno de una luz creada por él mismo, más rutilante que todos los cuerpos luminosos que giran por los espacios celestes. Y lo que hace el Señor con el universo, lo ejecuta también con cada nación, y con cada ciudad, y aun diríamos con cada individuo. Antes de la luz, manda siempre el crepúsculo; antes del fuego del medio día, el alba matutina; antes que el sol con ardientes rayos, la aurora con sus matices de púrpura y de oro.--Mas, ¿cuál es esta aurora que hace lucir el Señor, primero, cuando vá á enviarnos su luz y su verdad? Ah Cristianos! ningún corazón puede desconocerla, nuestro pecho ha palpitado ante su vivo recuerdo, y de vuestros labios ha estado pronto á escaparse un nombre mil veces bendito: ¡María! Sí, hermanos míos: la Iglesia en las festividades de esta Virgen inmaculada, pregunta alborozada con los coros angélicos: *quae est ista quae progreditur quasi aurora consurgens?* [Cant. VI. 9.] ¿quién es esta que se adelanta como la aurora al despuntar?... Y la respuesta la da la fiesta que se celebra, ó ya del nacimiento, ó ya del triunfo de la Reina de los cielos. María es la aurora de quien los Stos. Padres han dicho hermosísimas palabras: "la aurora rutilante del nuevo crepúsculo, como escribe San Gerónimo;" (De Assumpt ad Paul. et Eustoch) la hora de oro que nos trajo la verdadera edad de oro, ó sea el tiempo de la misericordia; dice el Idiota; (De B. V. part IV. contempl. 18) "la aurora á la que sigue, y aun de la que nace el sol de justicia," predica San Pedro Damiano; (Serm. de Assumpt. L. B. M. V.) "la aurora espléndida, rubicunda, purpúrea, alegre, no entenebrecida, no anublada, ni jamás manchada como lo

(1) Isidor. Lib. etimologi.



son todos los hijos de Adán, "añade Santo Tomás de Villanueva, [Conc. I. de Nativit. B. V.] "la aurora dichosa, anunciadora del más dichoso día," termina San Bernardo [In *deprecat. id B. V.*] Mas es de notar que así como á la aurora formada por los rayos del sol, no obstante, le forma el sol un trono en su seno, y de ella nace el astro rey, y de su seno procede, así la Virgen María, formada esmeradamente por Dios mismo, de quien es Hija predilecta, lleva al sol en su seno y lo derrama en el mundo, siendo así la Madre de la Luz, como que lo es del Verbo, luz verdadera. Bajo este título tan hermoso, y tan fundado, ella es el encanto y el tesoro de esta piadosa ciudad. Dios la envió representada en una imagen de origen más que humano, desde lejanas playas, para que precediese y acompañase la luz de la fe en los corazones, y por eso, así como la luz y la aurora son la alegría, el descanso, la delicia y el regocijo de la naturaleza, así esta imagen venerada forma la luz de las almas, alegra los corazones, consuela en los trabajos y endulza las amarguras del pueblo que tanto la ama. Comparada la Virgen María con el sol que alumbra á todos con sus rayos, no hay pueblo ni nación, ni aun ciudad, donde no luzca, por medio de una imagen que hablando á los sentidos, ablande á los corazones, de una imagen que atraiga las almas, que haga elevar hacia la Virgen del cielo los afectos, y que reine dulcemente en los ánimos como la aurora en las campiñas, para preparar en ellos el reinado de Jesucristo; porque así como es imposible, dice un doctor, el pasar de las tinieblas á la luz sino mediando la aurora, así también es imposible el pasar de las tinieblas de los vicios á la luz de la gracia y de las virtudes, sino mediante la intercesión de María. [1] Y, pues la imagen de María que Dios envió á esta ciudad con prodigiosas circunstancias, de un modo especial simboliza á la aurora, con su bello título de Madre de la Luz, cuando al cielo clamemos que envíe su luz y su verdad, su gracia y su socorro, no olvidemos pedirlo por la dulce medianera que tan eficazmente nos dispone á recibirla. Mas ¿qué pro-

[1] Sicut impossibile est de tenebris noctis venire ad lucem, nisi mediante aurora: ita impossibile est venire ad lucem gratiae et virtutum nisi mediante intercessione Mariae. [Richard. De laud. Virg. lib. VI.]

vechos, cuales ventajas nos trae esta dichosa luz con su venida?

PUNTO II.

*Ipsa me deduxerunt et adduxerunt in montem sanctum tuum, et in tabernacula tua:* "la luz y la verdad nos han llevado á la santa montaña, y á los tabernáculos del Señor." La luz del sol, y aun la de la aurora, hacen salir á los viajeros extraviados de los despeñaderos y precipicios, y les indican el camino recto que deben tomar para llegar á su patria; les sacan de las tinieblas para llenarlos de claridad; les apartan, en una palabra, de lo malo, para llevarles á lo bueno, que es todo el trabajo de la vida cristiana. Y esto parecen significar las dos palabras del Salmo: *deduxerunt et adduxerunt*; "me abstraeron de los males y me llevaron al monte santo, como dice el Angélico Doctor: (1) me descaminaron de las sendas torcidas, y me encaminaron por la vía recta; me retraeron de los peligros y me trajeron á un viaje feliz: *deduxerunt et adduxerunt*."

Mas ¿cuáles son los extravíos de que la luz y la aurora, Jesús, y su dulce Madre nos han retirado con los rayos de su protección?—En tres abismos, cristianos, se han despeñado gran parte de nuestros hermanos, y quiera Dios que otros muchos no estén prontos aún á precipitarse. El primero se llama el *egoísmo*: el hombre se ha creído en nuestros días como una especie de Dios sobre la tierra. Ensoberbecido con sus conquistas sobre la materia, hinchado con su ciencia que todo lo abarca, envaneido con sus descubrimientos, que le hacen guardar los sonidos como los colores, y retratar los semblantes de los astros, y emular por las noches la luz del día, ha creído en su delirio que es el soberano absoluto del universo, y que no depende de nadie sino de sí mismo; como los impíos de que habla Job, hale dicho al Señor: *recede á nobis* [Job. XXII. 17.] "apártate de nosotros;" tu reinado, ha pasado, y para nada te necesitamos en nuestras instituciones, ni en nuestras leyes, ni á nuestro nacimiento, ni á nuestra muerte, ni de niños en nuestras escuelas, ni de jóvenes en nuestros enlaces." *Sed et vae*

(1) *Deduxerunt*, id est abstraxerunt a malis [In Psalm. XLII. 2]



*eis cum recessero ab eis.* (Osse IX. 12.) Mas ay de ellos! cuando de ellos me apartare, dice el Señor; y los inmensos males que nos rodean, parecen indicarnos que comienza á realizarse tan tremenda amenaza! De ese egoísmo viene el olvido de las cosas eternas, el desprecio de la religión y de sus enseñanzas, y el desquiciamiento de todo el edificio social, que no puede subsistir sin tener á Dios por base y fundamento.

El segundo abismo que amenaza con tragarlo todo, es h. m., lo que se ha dado en llamar *positivismo*; El positivismo es el desprecio, la duda, la negación misma de lo espiritual, de lo invisible y lo sagrado; lo positivo es lo que se ve, lo que se escucha, lo que se toca y se palpa con los sentidos; todo lo que no se ve, es ficción de la ignorancia, y explotación de las sectas religiosas; no se nos hable más de infierno ni de llamas, espanto pueril de nuestros cándidos abuelos! la Astronomía ha progresado, y nos muestra la vida sembrada por todos los mundos: la muerte es el paso de un mundo á otro habitado, y las faltas tienen en este continuo viaje una expiación más ligera. . . .! Tales son los delirios del hombre sumergido en este abismo: nada cree, nada teme, nada espera; la fiebre de las riquezas le devora; por adquirirlas vende su talento, su independencia, su honor y el de los suyos, y para él no es el mundo sino una inmensa mina que trata de explotar á toda costa; y á la frase cristiana de "oh tiempo del cual depende la eternidad!" (1) ha sustituido con descaro inaudito esa otra frase enteramente pagana: "el tiempo es dinero."

El último abismo que absorbe hoy casi á todo el mundo, se llama el *sensualismo*. Gozar y más gozar sin pararse en lo lícito ó en lo ilícito, saturar de deleites los sentidos, irritar las pasiones con medios antes no oídos para hacer las satisfacciones más intensas; procurarse voluptuosidades desconocidas, aun á costa del dolor y del sufrimiento; odiar, por otra parte las penas y aflicciones hasta ocurrir para esquivarlas al suicidio; adorar á los objetos de sus goces hasta la locura, hasta el delirio y la abyección más humillante; y huir rabiosamente de todos los medios religiosos que pudie-

(1) Tempus á quo pendet aeternitas!

ran curarle, los templos, los sacerdotes, los sacramentos. . . . tal es esta tercera plaga, que por no ir siempre junta con la irreligion y la impiedad, como las otras, ha caído en nuestros días sobre no pocos católicos de ambos sexos, que se esfuerzan vanamente en conciliar los deberes religiosos con los goces actuales, poniendo á igual altura al teatro, templo de las enseñanzas de Satanás, con el templo cristiano, teatro de las maravillas del Señor, del amor que tiene á sus criaturas!

¿Quién, pues, nos librará de estos males? ¿quién nos sacará de estos terribles abismos? "*ipsa me deduxerunt.*" La luz y la verdad de Dios: hé aquí los únicos remedios.

Todos los demás que el hombre ensaya, son tristes paliativos que no curan, y que á veces, reagran el mal en vez de minorarlo. Jesús, por María, la Luz por medio de la Madre de la luz, el sol, precedido de la aurora, son los únicos que alumbrarán esos abismos, descubrirán los horrores que encierran, y lograrán arrancarnos de sus entrañas: *ipsa me deduxerunt.* . . . ¿Queréis saber ahora, hermanos míos, qué remedios ha puesto la Providencia para la cura ó el alivio de tamaños males? A veces los remedios tienen que ser horribles; y nada oponemos al médico que ataca una erupción con ardientes corrosivos, ó corta hasta lo más vivo con el hierro, ó destruye los tejidos con el hierro candente. Aun una madre sostiene al hijo amado mientras sufre esas torturas, y sirve en ellas de instrumento ó de ayuda si es preciso.

Escuchad, pues, católicos!

En una tarde comienza á llover con insistencia, por la noche la lluvia persevera; más á nadie inquieta, pues nada muestra extraordinario; pero en el espíritu del furor del Señor congregábanse las aguas, (Exod. XV. 8;) en las montañas formábanse torrentes; colmando las llanuras, precipitábase á la ciudad; incapaces de encauzarse saltan sobre los rios, lamen con sus frias lenguas los muros. . . . y, ya lo sabeis! León había sufrido un desastre sin igual en sus anales, y las aguas derribando edificios y sirviendo de tumba á sus habitantes, hacían clamar al pueblo afligido como el Profeta: "Sálvame, oh



Dios! pues que á lo más hondo de mi alma han llegado esas aguas! (1).

El remedio habia sido terrible y doloroso; pero proporcionado á los males contra los que se dirigía. ¿Cómo el hombre, hinchado y desereído, no verá la mano de Dios en los acontecimientos, por naturales que sean? ¿Cómo el cristiano, apegado á los bienes de la tierra, no abrirá los ojos á tanta luz, viendo cuán pronto pasan, cuán de improviso desaparecen, muebles, adornos, útiles, edificios? ¿Cómo el sensual, que en todo busca goces, no se estremecerá ante tamaños sufrimientos, y no pensará en aquellas tremendas compensaciones de que habla el evangelio? "tú, le dice á un rico caído en el infierno, tú, durante tu vida, recibiste bienes, y Lázaro, el mendigo, leproso, recibió males; pues hé aquí la compensación: éste está ahora lleno de consuelos, y tú eres eternamente atormentado?" (Luc. XIV. 25.)

Así, la humillación y la ruina, remedio en este caso del egoísmo; la pérdida de todos los bienes temporales; remedio aplicado al positivismo; el sufrimiento y las angustias, remedio enderezado contra el sensualismo. *Ipsa nos deduxerunt.* "ellas nos sustrajeron". . . Pero ¿nos han curado su realidad? Es de creer que el alivio ha sido grande, pero solo el Señor, que "hizo curables á las naciones," (Sap. I. 14.) puede plenamente conocerlo. Y además, al remedio de la inundación ha añadido el remedio de la persecución, y el remedio de la penuria pública. La persecución, dice San Gregorio, es la vara que Dios toma en la mano, para sacudir el polvo que á la túnica de su Iglesia se pega, á su paso por el mundo terreno: la persecución desprende el corazón de los bienes terrenos, nos une á Dios que sólo puede remediarla, y nos disgusta de las vanidades y de los placeres de los sentidos. En cuanto á la escasez y la penuria pública, remedio son también, no lo dudéis, cristianos, remedio del sensualismo y de los otros males. Desde luego, la escasez de los bienes temporales, por una armonía providencial, truécase en abundancia de dones espirituales: en los necesitados, da lugar á la penitencia, á la resignación y á la conformidad

(1) *Domine, saluum me fac, quoniam intraverunt aquae usque ad animam meam.* (Psam. LXVIII. 2.)

con el divino beneplácito; alumbrada para conocer la nada de las cosas de la tierra; hace buscar al Señor con más fé, y llamarlo con más confianza, produce las bellas flores de la humildad y la paciencia. En los favorecidos contra el azote, hace germinar el desprendimiento de los bienes caducos, la compasión para con los miserables, la caridad, que produce la limosna: una de las obras más grandiosas y salvadoras que el cristianismo ha traído á la tierra; y por eso ha dicho el Salvador, que nunca faltarán los pobres de enmedio de los cristianos, "*semper pauperes habetis vobiscum.*" (Math. XXVI. 11.) porque nunca quiere que falte de ellos la compasión, la caridad y la misericordia. Y estas virtudes son, cabalmente, las que producen en nosotros la luz y la verdad, y las que nos llevan á la santa montaña; "*et adduxerunt in montem sanctum tuum,*" por la cual entienden los Padres, la Ley santa del Señor y sus justísimos preceptos. (1) De suerte, que no sólo nos arrancan de lo malo, y nos apartan de los precipicios, sino que también nos inclinan á lo bueno, nos alumbran el recto sendero, y aun nos dan fuerza para marchar por él. Mas así como David pedía llegar primero á la ciudad de Jerusalén significada por la montaña sobre que estaba edificada, y luego pasar á las habitaciones ó tabernáculos, para llegar finalmente al interior, al altar santo donde adoraba al Dios de su juventud; así, después de ser conducidos nosotros al monte de la ley y á los tabernáculos de las virtudes: todavía anhelamos por subir aún más alto, y por eso gritamos con el himno sagrado: *et introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam:* me internaré hasta llegar al altar de Dios, al Dios que colma mi juventud de alegría.

PUNTO III.

¿Qué significan, pues, esas últimas palabras?

—El altar tiene muchas significaciones en las sagradas Escrituras. Unas veces significa nuestro propio corazón en el que Dios se encuentra, y sobre el que le hemos de inmolar, como víctimas, nuestras propias pasiones; y á este al-

(1) Chrisost. et Hesich. apud Lorin, hic.



tar místico, á este sacrificio íntimo, cuya ofrenda es el corazón contrito y humillado; "Dios no lo despreciará," (Psalm. L.) De suerte que llegar á este altar, es acercarnos á lo profundo del corazón para que Dios sea exaltado, (1) como dice el Salmista; es reconocer nuestras faltas y llorarlas con dolor verdadero, es agradecer los divinos favores, y corresponder con nuestro amor y servicio al que tanto bien nos hace.

—El altar significa al mismo Jesucristo; porque "así como todos los sacrificios carnales se ofrecían en el altar material, así todas las oraciones se ofrecen por Jesucristo; (2) dice el Angélico Doctor.

—El altar es también el altar eucarístico, y "por estorecitan este salmo los sacerdotes cuando á él se acercan, por que las dos cosas que aquí se indican, la alegría y la renovación espiritual, son indispensables á los que anhelan por llegar al altar de los cielos. (3)

—Significa, pues, también, el altar de la gloria, de que habla el Apocalipsis, (Apoc. VIII, 3) ante el cual un ángel ofrece como un incienso oloroso las oraciones de los santos. Mas el Profeta no se contenta con subir al altar de Dios, sino que quiere llegar á Dios mismo, porque, como explica admirablemente santo Tomás, "*Altare designat humanitatem Christi. . . Sed quia non est quies in humanitate ideo ulterius tendit ad divinitatem* (In h. Psalm) siendo hechos para Dios, y siendo Dios nuestra bienaventuranza, no encuentra nuestra alma el pleno reposo ni aún en la humanidad de Jesucristo, por alta, por noble y por gloriosa que sea; y por esto se lanza con ímpetu hasta lo más alto de la Divinidad "*tendit ad divinitatem*," de suerte que es Dios, Dios mismo en la visión y posesión de la gloria, á donde el alma se dirige, y allá, puede ofrecer, ante el altar eterno, el sacrificio de alabanza y gratitud con que el Señor se dá por tan honrado: "*sacrificium laudis honorificabit me.*" [Psalm XLIX. 23.] Y por eso los bienaventurados acompañados de

[1] Accedit homo ad cor altum, et exaltabitur Deus. [Psalm, LXIII. 7]

(2) Quia sicut omnia sacrificia carnalia offerebantur in altari, ita omnes orationes offeruntur per Christum. (D. Thom. in h. Psalm.)

(3) Id. ivid.

sus cítaras cantarán en el cielo: Hicístenos, Señor, Reino y sacerdotes, y reinamos. [Apoc. V. 10.]

Mas entre tantas y tan bellas significaciones del altar, yo veo, cristianos, que los Padres y Doctores aun han señalado otra que abrazo aquí con entusiasmo. Porque San Metodio, llama á María, nuestra Señora, "altar animado del pan de la vida;" (In Purific. B. V.) San Próclo, "altar de los holocaustos;" (Orat. 6.) San Andrés Cretense. "altar de oro," [Cant. in Concept. B. V.]

Alberto-Magno, "altar construido en la Concepción, dedicado en la Encarnación y trasladado en la Asunción" (Bibl. Mar. super lib. Josue) y Ricardo de San Lorenzo, dice, que ella es el altar de propiciación de que habla Isaías, [Is. LX. 7.] porque el Señor se aplaca y se vuelve propicio hacia los pecadores cuando sobre este altar ofrecen sus sacrificios y sus dones. [De laud. V. lib. 16.] Así, á h. m., el acercarse á Dios y al altar de Dios, es llegar á Jesucristo por María, es entrar al culto eucarístico por el culto de la Virgen inmaculada; es volver á la luz del sol, saliendo de las tinieblas de los vicios, por medio de la aurora; es adelantar en el camino de nuestra santificación por el culto, el honor y la imitación de la Madre Santísima de la Luz. Sí, cristianos: y advertid que llegamos de este modo al Dios que alegra nuestra juventud, no la del cuerpo, sino la del espíritu renovado; al Dios que alegra y regocija nuestra misma alegría, como dice admirablemente el texto hebreo; [1] porque en efecto, el culto de María y el culto eucarístico constituyen la dicha, el encanto, la alegría y el consuelo del cristiano; el mes de María es el mes de la alegría, sus fiestas alientan los corazones, y sus templos atraen las muchedumbres; sus altares se visitan con regocijo, y sus imágenes, sus dulces y tiernas imágenes, y aun más ésta, que vincula maravillosas tradiciones, forman el embeleso, el hechizo de las almas piadosas, que á sus plantas se alivian de sus penas, y ven secar sus lágrimas, y se sienten revestidas de nueva fortaleza para llevar la dura cruz de las persecuciones. Cuando los Macabeos escribían á los pueblos extranjeros para hacer con ellos pactos de alianza, les decían: por

Ad Deum laetitiam exultationis meae. Hieron.



fraternidad y amistad procedemos en este modo; “pero de nada de esto necesitamos, teniendo en nuestros Libros Santos todo consuelo; (I. Mach. XII. 9.) nosotros, cristianos, no necesitamos hacer alianzas tampoco con los hijos del siglo; porque, además de los Libros santos, tenemos una Madre, toda luz, toda consuelo; una Madre que es el altar de Dios, del Dios autor de toda nuestra alegría, del Dios que renueva nuestros años, haciéndonos gozar, en las delicias de su servicio, todo el gozo y el encanto, todo el brío y el contento de la juventud: *intraibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam.*

Y este es el agradecimiento que el Señor y su santa Madre esperan de nosotros por sus grandes beneficios; esta la correspondencia que debe reconocerlos; aborrecer las tinieblas que hoy envuelven al mundo, y venir á la luz por el camino de la verdad, pues, que, como dice el Salvador, *qui facit veritatem, venit ad lucem*, [Joan III. 21,] el que obra la verdad, llega a la luz; la pureza de las costumbres será el custodio de la luz de la fé; y el culto, la devoción y el amor á la Madre santísima de la Luz, os preservarán de caer á los abismos tenebrosos de que hablamos, y que no son sino la manifestación de la soberbia, de la avaricia y la lujuria, tres vicios que embrutecen hoy al hombre y arruinan á los pueblos. Amad á María; su amor ennoblece y eleva, así como el amor de las cosas terrenas y de los deleites groseros rebaja y envilece. Dejad que el mundo nos burle ó nos censure; si el mundo no conoce los encantos de una Madre, y el gozo santo de que inunda á las almas, el mundo es digno de compasión y de lástima, y debemos pedir que algún día sea alumbrado entre las tinieblas que le cercan, por los rayos benéficos de la aurora de los cielos.

Illmo. Sr.: á Vos, augusto representante de Jesucristo sobre la tierra, y que teneis el lugar elevado de Jefe en la milicia de la Iglesia, como puesto por el Espíritu Santo para regirla, (Act. XX. 28.) á vos os puedo también dirigir el clamor del Profeta: “*emitte lucem tuam et veritatem tuam;*” enviad por toda vuestra Diócesis la luz y la verdad de que sois depositario: la *verdad* de la doctrina por la predicación, nombrando ministros de la palabra, que la derramen por todas partes como lluvia fecundante; la luz del ejemplo que os

haga aparecer como la *forma del rebaño*. Si bien habeis esparcido ya sus rayos, renovando en esta ciudad visitada por la miseria, el tierno espectáculo de los agapes de los primeros cristianos, y haciendo más accesibles, en otras, á los pobres, las semillas de primera necesidad para el pueblo. El Señor derramará sobre vos, las preciosas bendiciones que el Salmo cuadragésimo promete al varón misericordioso, y entre ellas, aquella que la Iglesia solicita para su Pontífice supremo en sus hermosas preces, y que hoy á nombre de vuestra grey y de vuestro clero pediremos por vos. *Dominus conservet eum, et vivificet eum, et beatum faciat eum in terra, et non tradat eum in manu inimicorum ejus. Amén.*



## NOTA.

*Testimonio de los Padres y Doctores  
Que han dado á la Virgen María el título de Madre de la Luz.*

No sabemos que haya habido quien recoja los pasajes de los Padres de la Iglesia y Doctores antiguos, que han hecho uso del título de Madre de la Luz, cosa importante para autorizarlo y predicarlo. La tarea es hoy muy fácil, pues no hay sino acudir á la *Polianica* de Marracci, y en el vocablo *Mater*, ir escogiendo los títulos correspondientes. Dejando los análogos como *Sol*, *Lux*, *Lumen*, *Illuminantis*, nos concretaremos únicamente á los títulos precisos de Madre de la Luz.

—*Mater Lucis aeternae*, Lucis quae in coelo illuminat copias angelorum; Lucis quae illuminat ipsorum seraphim incomprehensum oculum; Lucis quae illuminat solem splendidis facibus; Lucis quae fines terrae illuminat ad credendum Trinitati; Lucis quae dixit: Ego Lux in mundum veni; Lucis quae assumpta est, et illuminavit cuncta quae sunt in coelis et in terra. [D. Epiphanius. Serm. de laud. V. M.]

—*Mater Lucis*. [Jo. Chrisostomus. orat. in Nativit. B. M. V.]

—*Mater splendoris nescientis occasum*. [D. Amphilochius Sydae Episcop. orat. in S. Deipar.]

—*Mater solis gloriae depravatas cordis nostri pupillas illuminans lumine suo*. (D. Andreas Cretensis. Can. in Demetr. M.)

—*Mater lucis*. (Hesychius seu Isyehius serm. 2 de laudib. Virg.)

—*Mater lucis rubo illi quem conspicatus est Moyses comparata*. [D. Severus Alexandrinus, lib. de Ritib. Baptism.]

—*Mater solis occasum nescientis*. (Eucholog. grecor.)

—*Mater luminis*. (D. German. Orat. 2 in dormition. B. V.)

—*Mater solis cui tempore passionis facta est nox gravis doloris et calamitatis*. (Idem, in suo Mariali.)

—*Mater luminis*. [Cosmae Hierosolimitan. in Theocoh. Hion. 6.]

—*Mater lucis aeternae*. [San Joan. Damascenus in Parach. B. V. M.]

—*Mater lucis illuminans animam nostram, multis iisque gravissimis peccatis obtenebratam*. (Ibid.)

—*Mater lucis inaccessibilis quae ab eo qui caret principio et est vere Pater luminum effulsit*. (Ibid.)

—*Mater luminis*. (Id. in Carm. de Anun. t.)

—*Mater verae lucis ex qua natus in tenebris lumen recit Deus*. (San Anselmus in Psalterio B. V. part. III.)

—*Mater lucis nostrae*. [B. Alredus Abbas. serm. 2 de Navit. B. V.]

—*Mater luminum*. (Petrus Cellensis. Serm. 2 de Assumpt. B. V. M.)

—*Mater veri luminis*. (Gullielmus Parvus in Cant. VIII.)

—*Mater luminis et splendoris*. (Sanct. Simon Stock in Psalt. B. V. M.)

—*Mater solis justitiae*. (Id. in specul. B. V. M. cap. 8.)

—*Mater Luminis*. (Joan. Trithemius in orat. ad. V. M. quae incipit *Ave sole splendidior*.)

—*Mater sempiterni Luminis*. (Blos. in Euodolog. de B. V. 2.)

—*Mater lucis serenissima qua mentes se diligentium peramanter illustrat*. (J. O. ibid.)

—*Mater luminis aeternae*. (Id. in salut. ad B. V. M.)

—*Mater solis justitiae*. (Robert. Bellarminus Cone. 1. super *Missur est*.)

—*Mater divini Splendoris*. (Joannes Trithemius. De miracul. B. V. in Urticet.)

—*Mater sempiterni luminis*. (Id. ibid. lib. III.)

—*Mater illuminationis cordis nostri*. (Petrus Damianus in orat. ad B. V.)

—*Mater castissima orientis Solis justitiae*. San Anselmo San Psalt. B. V. part. I.)

En los textos siguientes se llama Madre de la Luz por comparacion con la aurora.

—*Aurora Solis*. (D. Anthelmus lib. de laudib. virginit. cap. 22.)

—*Aurora pulcherrima quae a visceribus suis eduxit illuminationem et Deum omnium qui idolatriae noctem splendoribus innociduis imminuit, ac mundum illuminavit*. (San Joseph in Menaeis Graecor.)

—*Aurora quasi aura roris quia in conceptione ejus des-*



cendit in eam Filius Dei quasi ros. (Idiota de B. V. Contem-  
plat 18.)

Aurora de qua nascitur sol justitiae. (S. Petr. Damian Serm.  
de Assumpt )

—Aurora quae procedentis temporis, quod quasi nox fue-  
rat, finis exstitit, et verae lucis gratiae Solisque justitiae,  
qui ex ipsa progenitus est, proeventrix, et antelucanum si-  
dus fuit. (Hugo de Sanc. Victore. Serm. de Nativit. del. As-  
sumpt. B. M. V., qui est 34.)

—Aurora vere, in qua finitae sunt tenebrae et inchoata  
lux, finivit noctem et diem inchoavit, eo ipso quod Solem  
justitiae generavit. (Guillelm. Parvus in Cant. V )

—Aurora, quia sicut aurora consurgens de tenebris vi-  
detur procedere, et post modum quasi pariendo producere  
solem, ita Beata Virgo processit ex antiquis patribus qui  
in tenebris peccatorum, et in caligine ignorantiae, et sub  
umbra legis erant, et ipsa velut aurora nobis peperit verum  
solem. (Richardus a San. Laurent. de laudib. Virg. lib. VIII.)

—Aurora consurgens, ex qua ortus est sol justitiae et sa-  
nitas in penis ejus. (Malach. IV). Albertus Magnus in  
Postillis super. cap. I. Math.)

—Aurora quae de se sola solem produxit. (Id. super Mis-  
sus est. cap. 53.)

—Aurora consurgens, quia Mater Christi justitiae So-  
lis existens, et nostrae salutis exordium, et media inter le-  
gem et gratiam, hoc est, inter noctem et diem fuit. (Rober-  
Bellarmin in conc. de Nativit. B. . .)



*Tomada  
razón* SERMON

Predicado por el Sr. Dbro

D. PONCIANO PEREZ,

PARA ALABANZA DE LA

Madre Santísima de la Luz,

el día 3 de Junio de 1908,

en la festividad que á honor suyo, celebraron

el Ilmo. Sr. Obispo y V. Cabildo

DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE LEON,

Como Patrona de la Ciudad y de toda la Diocesis.



LEON, 1908.

IMPRESA GUADALUPANA.— CONDESA 11 Y 13.



cendit in eam Filius Dei quasi ros. (Idiota de B. V. Contem-  
plat 18.)

Aurora de qua nascitur sol justitiae. (S. Petr. Damian Serm.  
de Assumpt )

—Aurora quae procedentis temporis, quod quasi nox fue-  
rat, finis exstitit, et verae lucis gratiae Solisque justitiae,  
qui ex ipsa progenitus est, proeventrix, et antelucanum si-  
cus fuit. (Hugo de Sanc. Victore. Serm. de Nativit. del. As-  
sumpt. B. M. V., qui est 34.)

—Aurora vere, in qua finitae sunt tenebrae et inchoata  
lux, finivit noctem et diem inchoavit, eo ipso quod Solem  
justitiae generavit. (Guillelm. Parvus in Cant. V )

—Aurora, quia sicut aurora consurgens de tenebris vi-  
detur procedere, et post modum quasi pariendo producere  
solem, ita Beata Virgo processit ex antiquis patribus qui  
in tenebris peccatorum, et in caligine ignorantiae, et sub  
umbra legis erant, et ipsa velut aurora nobis peperit verum  
solem. (Richardus a San. Laurent. de laudib. Virg. lib. VIII.)

—Aurora consurgens, ex qua ortus est sol justitiae et sa-  
nitas in penis ejus. (Malach. IV). Albertus Magnus in  
Postillis super. cap. I. Math.)

—Aurora quae de se sola solem produxit. (Id. super Mis-  
sus est. cap. 53.)

—Aurora consurgens, quia Mater Christi justitiae So-  
lis existens, et nostrae salutis exordium, et media inter le-  
gem et gratiam, hoc est, inter noctem et diem fuit. (Rober-  
Bellarmin in conc. de Nativit. B. . .)



*Tomada  
razón* SERMON

Predicado por el Sr. Dbro

D. PONCIANO PEREZ,

PARA ALABANZA DE LA

Madre Santísima de la Luz,

el día 3 de Junio de 1908,

en la festividad que á honor suyo, celebraron

el Ilmo. Sr. Obispo y V. Cabildo

DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE LEON,

Como Patrona de la Ciudad y de toda la Diocesis.



LEON, 1908.

IMPRENTA GUADALUPANA.— CONDESA 11 Y 13.





✠  
JHS

Maria de qua natus est Jesus  
qui vocatur Christus. 1

Maria de la cual nació Jesús  
que se llama Cristo.

S. Mateo C. 1 v. 1

**C**OMO á israelita cautivo en Babilonia, sentado sobre la  
márgenes del Eufrates cuando ocupan á mi alma sola-  
mente tristes memorias, y llorando veo colgada mi cítara  
instrumento de mis antiguas alegrías, bajo las ramas de los saú-  
ces que gimen como yo al soplo del aguilon; oigo que me dicen  
"Contadme un himno de los cánticos de Sión: descolgad el Arp  
de David, y repetid los cánticos de la Jerusalem divina: suen  
vuestra voz de regosijo y alavanza como sonido festivo del que  
esta en banquete." Mi alma conturbada dentro de mi mismo  
¿cómo me regosijaré? ¿como cantare los cánticos del Señor en tier-  
ra agena? . . . . Al desterrado y al cautivo, solo pedidle lágrimas.

Pero heme aqui descolgando de nuevo mi cítara para alabar  
oh Dios mio, y fortaleza mía Enviame tu luz y tu verdad, porque  
que éstas son las que me han de guiar y llevar á tu santo monte  
y á tus tabernáculos; y entraré á tu santo altar en donde está  
Dios que renueva y alega mi juventud: aun tengo de alabar tu  
misericordia, que vas extendiendo de generación en generación



or medio aquella que bendecirán todos los siglos: aun tengo de cantar la humildad de tu esclava; de aquella Virgen á quien largas el cetro del mundo en señal de tu amor y de su poderio. Hermanos míos, aquí en esta angusta Básilica, en este Santuario donde se respira una atmósfera toda divina, siento ya que mi espíritu se rejuvenece y me baña una claridad celestial. No sé que rayos de felicidad penetran también en mi espíritu, y en que tanta fruición se arroba mi alma cuando estoy en acecho en los ostigos de esta puerta del cielo; cuando me acerco á este templo de la Divinidad, para ver siquiera por los resquicios el interior de este suntuosísimo palacio. Solo sé que la bienaventuranza, y la vida y la salud se encuentran en el Señor con María: solo sé que con ella siempre encontramos á Jesús, ese niño divino, resplandor de la gloria del Padre y objeto de sus eternas complacencias.

Renovado así mi espíritu, cantaré, pues, la grandeza de María. ¿Dónde hallaré un cantar nuevo, y una alabanza digna de resonar en la Iglesia de los santos? ¿qué alabanzas podrán tribuarse en la tierra á aquella cuya gloria tiene asombrado al cielo, por que ella es la gloria del mismo Señor de la gloria?

Si la grandeza de María no se perdiera en las profundidades del infinito, como su humildad en las profundidades de la nada; si su grandeza no fuera igual á su humildad, no ensayaría en la tierra sus encomios; no arrancaría á mi laúd una sola nota para logiarla. Pero sé que es tan buena, tan dulce, tan afable, tan cariñosa esta humildísima Señora Reina del cielo y de la tierra madre nuestra; se que ama con tal predilección aun al mas despreciable de sus hijos; y que estima mas aun gemido que un cántico; y que el tributo mas grande que puede ofrecerse á su soberanía, es una lágrima; y que, en cierto modo, está mas atenta á las alabanzas de la tierra, que á las del cielo; y tiene mas motivos para amar á los hombres, que á los ángeles; por esto no vacilo, ni vacilare jamás, en ofrecerle, como alabanza, el humilde hocáusto de mi entendimiento y de mi voluntad, que siempre le han pertenecido por derecho de soberanía y voluntaria y libre promesa.

Dígnate, pues, oh María, que yo te alabe. Madre Santísima de la Luz, tabernáculo santo de Dios puesto en medio de esa hoguera del divino Sol; foco inmenso de luz y de amor; llama impetuosa de caridad, encendida y alimentada eternamente por el soplo del divino Espíritu, ilumina mi entendimiento, sin ofuscarlo con

el exceso de tu luz; has que arda mi corazón sin consumirse con el exceso de tu amor: por que tu luz puede deslumbrar hasta los entendimientos angélicos; y tu amor puede derretir, y aun consumir, los corazones de los serafines. Desata mi lengua, y sostenme con tu brazo divino para que no desfallezca en tu alabanza

(AVE MARIA.)

María, de la cual nació Jesús que se llama Cristo.

Dios primer principio de la creación, es también su fin último y supremo. Infinitamente poderoso y sabio para sacar las cosas de la nada, lo es igualmente para volverlas y llevarlas á su fin uniéndolas al mismo principio de donde procedieron. Pero sabemos cual es ese principio en donde estaba el Verbo; y como estaba en Dios, y el mismo era Dios; y como todas las cosas fueron hechas por él, y sin el nada se hizo; como en él estaba la vida y como esta vida que era luz de los entendimientos relampagueó en medio de las tinieblas, alumbró el caos, y las cosas aparecieron.

Ahora bien, de común acuerdo la Filosofía y la Teología nos enseñan que para alcanzar su bien final una naturaleza, es necesario que refluya al manantial de donde proviene, y que refluya por el mismo camino por donde fluyó. Luego así como todas las naturalezas intelectuales han tomado su corriente de Dios Padre por el Verbo, por el mismo Verbo, tienen que volver á subir á Dios. No hay otro camino para volver al Padre, si no el Verbo, no hay otra verdad, si no la luz que ilumina á todo hombre que viene á este mundo; no hay otra vida, si no aquel que ha dicho, *el que creé en mí aunque hubiere muerto vivirá*. Todo el que no anda por este camino, va descarriado; *el que rechaza* esta verdad y no sigue esta luz; anda en tinieblas; y, viviendo, está muerto, y morirá eternamente el que se aleje del que tiene palabras de vida eterna. Las cavilaciones de la vana Filosofía, y el orgullo de Satanás, siempre se estrellaran contra este dogma fundamental del cristianismo.

Dios, declarando la importancia de la criatura para volver por sí misma á su Criador, y la insuficiencia de los antiguos sacrificios para la expiación universal, había dicho por Jeremias: (1)

(1) C. 6-20.



para que me ofrezca incienso de Sabá y caña de suave olor de tierra lejana? vuestros holocaustos no son aceptos, y vuestras víctimas no me agradaron. (1) El Verbo comprendiendo esta insubordinación y aquella imposibilidad dice á su Padre: (1) sacrificio y ofrenda no quisiste, Holocaustos por el pecado no te agradaron; mas me apropiaste un cuerpo: entonces dije: heme aquí que veno: en principio del libro está escrito de mí, para hacer, oh Dios, tu voluntad. (2) Si, se necesitaba un sugeto que á la soberanía del ser, uniese la posibilidad de ser inmolido; para que pudiera ofrecer un sacrificio tan grande y tan excelente como el mismo Dios.

Este portentoso, esta prodigiosa obra de la restauración del mundo por el Verbo, de la mediación infinita de Cristo en el universo, hasta entregar el reino á Dios y á su Padre, y cuando todo le estuviera sugeto para que Dios sea todo en todas las cosas; esta resolución universal de retorno de las criaturas á Dios, decretada eternamente, desde antes de la constitución del mundo, tenia que realizarse.

Mas los grandes acontecimientos en el orden físico y moral nunca vienen de improviso, siempre les precede alguna señal que anuncia al mundo su próxima realización. Una vez que aparece esta, todos pendientes de ella esperan la gran transformación que ha de verificarse. La redención del mundo vaticinada por los Profetas, el grande hecho, el acontecimiento universal que habia de restaurarlo todo, tanto en los cielos como en la tierra, debia tener un signo á cuya aparición el cielo y la tierra debían conmovirse.

Esa grande señal, ese grandioso signo apareció en efecto veinte siglos ha y todavia está conmoviendo el cielo y la tierra. La solución de este grande y divino problema, la explicación de este misterioso signo ocupa aun en la tierra á los hombres y en el cielo á los ángeles. La Virgen que concibe y que da á luz un hijo sin dejar de ser Virgen, de que habla Isaías; la Mujer vestida del sol, que pisa sobre la luna y á quien corona doce estrellas, de que se nos habla en el libro de la Revelación, es la misma que hoy estamos contemplando con religioso asombro, la que nos ha atraído con sus dulces miradas, la que nos embriaga con el místico olor de sus perfumes; la que se abre paso por en medio de nuestras tinieblas para mostrarnos esa Luz que centellea en sus brazos al través de la santa nube de la humanidad con que la ha cu-

(1) A 1 Hebreos C.—10 v. 6.

bierto para que no hiera nuestras pupilas. ¡María es el sacrosanto signo de nuestra salvación; por eso todos estamos pendientes de ella, por eso todos la amamos, y buscamos en su tierra sonrisa y creemos ver *brillar* en la dulcísima expresión de sus ojos la certidumbre de nuestra eterna felicidad!

Pero María no solamente es la estrella de Jacob profetizada por Balaam, y que como la estrella de los Magos nos lleva y conduce á Jesucristo; María no solamente es un signo de nuestra salvación sino que verdaderamente ha cooperado á la obra grandiosa de nuestra redención.

El angélico maestro, investigando si acaso hubiere sido necesario que se anunciara á la Santísima Virgen la Encarnación del Verbo en su seno purísimo, con la firmeza, claridad y profundidad que acostumbra, resuelve la cuestión diciendo: (1) fué conveniente se anunciara á la Santísima Virgen que ella habia de concebir á Cristo. Primeramente, porque en la unión del Hijo de Dios con María, debia observarse un orden adecuado; esto es, que antes lo concibiera en su alma, que en su cuerpo. En segundo lugar, para que así pudiera dar un testimonio mas seguro de este Sacramento, dandosele una instrucción divina acerca de él. Tercero, para que así tuviese ocasión de someterse libremente á la voluntad de Dios, á la cual obedeció con prontitud diciendo: ¡aquí la esclava del Señor. Por último para que se manifestara que iba á verificarse cierto matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana. Y así, por esta anunciación se pide y espera el consentimiento de la Virgen, en representación de toda la humanidad.

Esta doctrina, en su elevada sencillez, nos enseña donde debemos buscar el verdadero principio de la grandeza de María. ¡Ciertamente que solo el título de Madre de Dios nos basta y sobra para darnos alguna idea de su grandeza incomparable: nos bastará decir que María es aquella de la cual nació Jesús, que se llama Cristo, para exclamar con Santo Tomás de Villanueva: ¿Qué mas buscas? ¿Qué mas buscas en esta Virgen? Te basta que sea la Madre de Dios. Pues dime, ¿qué hermosura, qué virtud, qué perfección, qué gracia, qué gloria no corresponde á esta Madre divina? Suelta las riendas de la imaginación, ensancha los horizontes del entendimiento, y forjate una Virgen Purísima, prudentísima, hermosísima; devotísima, humildísima, mansísima, toda llena

(1) P. 3 Quert. XXX. a. 2. o.



gracia, con el brillo de toda santidad, adornada de todas las virtudes, hermoseaada con todos los dones, la mas agradable, á Dios: multiplica sus privilegios hasta donde puedas, hasta donde alcancen tus fuerzas; es mayor esta Virgen, es mas excelente esta Virgen, es superior esta Virgen. Si el omnipotente, á sus esclavas y sirvientes enriqueció con tal magnificencia, y hermoseo con tantos dones y gracias: cómo te figuras que haya formado á tu Madre, á su única Esposa que eligió de entre todas, y amó con ternura sobre todas ellas?

Magnificas deducciones á priori del autor citado suficientes para delinear y bosquejar el cuadro de la Soberana Señora, pero que no detienen aun el rápido vuelo del entendimiento, llevado en alas de la fé, que quiere acercarse mas al trono de aquella inmensurable magnitud. En realidad no hay algo mas grande, mas santo, mas excelente que la Madre de Dios, á no ser el mismo Dios. Su dignidad casi toca el infinito por la parte que el Padre celestial le concede de su divina fecundidad, por el asombrosísimo privilegio por el cual entra al Sancta. Sanctorum de la Trinidad augusta, no solo para adorarla con profundo anonadamiento cual la adoran los mas encunbrados espíritus, sino para estrecharse con inefables y altísimas relaciones con ella. María es Madre de Dios, pero esta altísima dignidad no es en ella una cualidad puramente pasiva; no es un rayo de la divinidad que solo ilumina exteriormente, no es solo una joya riquísima, descendida de la corona del Eterno, y puesta en su inmortal diadema para alumbrar los mundos. Ella ha sido Madre de Dios por concepción espontánea y libre, y del modo mas conciente ha ejercido en esto un misterio sublime. Toda la gloria de la hija del Rey es de dentro en franjas de oro vestida de variedades á la redonda.

Es tan importante la santificación de las almas por su unión con Dios, que para esto ha obrado el Señor tantos prodigios así en la tierra como en el cielo. Nadamas para esto las ha criado; mas por esto se anonadó; para esto enciende la luz de la gloria, y abre las puertas del cielo. Si todos los dones de la gracia, y la misma luz de la gloria, no sirvieran para unirnos á Dios, ¿cómo los dones del cielo, por grandes que fueran, serían comparables á las vanidades de la tierra. La Maternidad divina de María, este maternal parentesco con Jesucristo, de nada le hubiera servido, dice San Agustín, sino hubiera llevado más felizmente Cristo en su corazón, que en su seno. Era pues, conveniente,

según las palabras del angélico, que María primero concibiera al Verbo en su alma, que en su cuerpo; que primero lo concibiera su entendimiento; que aquella imagen y figura de la substancia del Padre, centelleando infinitamente é inundando los abismos de su alma con sus eternos resplandores, formara de ella un océano casi infinito de luz para que después se obrara en su casto seno el soberano misterio de la Encarnación del Verbo. Debía estallar también en su corazón aquel volcán de amor del divino Espíritu para que así santificada su alma con aquella divina luz y santo calor, la fecundidad divina de su cuerpo se verificara cuando su espíritu estuviera convenientemente dispuesto y preparado.

Convenía también que María fuera instruida por el ángel acerca de este misterio, para que fuera testigo único y singularísimo de este Sacramento de piedad. Por que ¿quien mejor que María ha sentido mas vivamente la presencia del Santo Espíritu, y palpado los milagros que ha obrado la virtud del Altísimo en favor de las almas? Quien mejor que María ha comprendido las misericordias del Señor y ha visto su anonadamiento? ¿cómo podrá negar Jesucristo el amor que nos tiene viendo á su Santísima Madre? ¿cómo podrá olvidar que solo por nosotros y para nosotros encarnó en sus entrañas purísimas, y que tiernecito niño, verdadero Sanson, se dejó atar las manos con delicadas fajas, y enmudecida la Palabra eterna de Dios entre sus brazos virginales, solo podia expresar su dolor con vagidos y lágrimas? El que rechina en el seno del Padre, ¿cómo olvidara jamas que se reclina en el seno y en los brazos de María, y hasta llegó á reclinarse en un pesebre, entre brutos animales, por buscar al hombre que se había hecho semejante á ellos? ¡Ah! delante de esta Madre de misericordia, no podrá resplandecer jamas la justicia en el rostro de Dios, y será necesario que ella vuelva sus ojos á otra parte, mientras el Señor castiga á los pecadores.

En la Encarnación del Verbo divino, al ofrecérsele á María la corona de Reina del universo se le ofrecía tambien la de Reina de los mártires. Había de ver á los ángeles arruyando á su divino niño con el Gloria in excelsis conque lo anunciaron á los pastores; había de ver á los Reyes postrados á sus pies poniendo en sus manecitas el oro y el incienso, pero tenía que verlo tambien en la Cruz desamparado de su Padre é insultado por el pueblo mas vil sin poder siquiera poner en su boca sedienta una de sus lagrimas. ¡Ah! solo en el cielo entenderemos la grandeza de



la misericordia del Dios que muere, y el heroico sacrificio de la Madre que llora.

Esa sumisión, esa pronta obediencia á la voluntad de Dios, debía manifestarse más en el Calvario que en la casa de Nazareth: convenía por lo mismo se le anunciara, que para llegar á la gloria de su Maternidad divina, tenía que entrar por la puerta de los padecimientos. Por que las coronas de las criaturas solo se fabrican en el yunque, y con el fuego de la tribulación.

Siempre me ha llamado fuertemente la atención la gracia de Dios y la libertad humana. Casi inútiles han sido todos los esfuerzos de la Teología para conciliarlas. Es envano que quiera la razón atravesarse como un puente entre estos dos abismos: solo Dios, que conose la esencia de las cosas, puede ver el paralelismo conque marchan estas dos fuerzas unidas; ayudándose ambas como misteriosos agentes del poder divino; mezclándose, conviniéndose trasformándose sin destaurirse, sin confundirse, con armonía tan perfecta, tan delicada, tan multiforme, que aveces parece gracia lo que es puramente naturaleza y la naturaleza parece confundirse con la gracia.

Es tanto lo que el Señor respeta la libertad humana, que apesar de la eficacia omnipotente de su fuerza sobrenatural, á nadie salva contra su voluntad; y no obstante el amor infinito que tiene á los hombres, no ha querido apagar el fuego del infierno por no apagar la llama divina de su libre albedrío. Se enternece mi corazón de amor y gratitud á mi Creador, al ver aquella página del divino libro de la Sabiduria, y que todo el mundo debía besar enternecido, donde dice: Tu dominador poderoso, juzgas con tranquilidad, y nos gobiernas con grande comedimiento, con gran reverencia: *cun magna reverentia disponis* (1)

Cuando el Verbo divino trató, pues, de tomar la naturaleza humana, nuestra erencia, la tomó libremente no la arrebató de por fuerza: aunque esclavos, nos ha tratado con grande comedimiento como á libres, y ha buscado en María un representante del genero humano, para que consintiera en tomar para sí lo que necesitaba para redimirnos. Ha pedido permiso para tomar nuestra flaqueza, para sufrir nuestros dolores y enjugar nuestras lágrimas. . . . .

Siendo además la Encarnación el desposorio sublime del Verbo con la humanidad, se necesitaban para celebrar este matrimo-

(1) Sap. c. 12.—v. 18.

nio divino dos grandes personalidades: una divina, y otra humana: pero en Cristo no hay persona humana: por que el Verbo no se unió al hombre, sino á la naturaleza humana. Luego es preciso buscar fuera de Cristo otra persona que celebre con el sublime contrato y sea responsable de la bondad y de la libertad de este vínculo eternamente indisoluble. Pero mira, oh hombre esclama San Bernardo, reconoce el consejo de Dios, el consejo de su sabiduría, el consejo de su piedad: una mujer y un hombre nos perjudicaron, pero gracias á Dios, por una mujer y un hombre tambien todo se restablece.

La bendita entre todas las mujeres tendrá lugar en esta gran obra de reconciliación; será necesario su consentimiento para que se redima y se salve el mundo; será necesario que María de su consentimiento en representación de toda la naturaleza humana para que el Verbo pueda desender á la tierra y hacerse hombre. Los grandes intereses del cielo y de la tierra están en sus manos el mismo Dios, la Trinidad augusta, espera la señal, el place su consentimiento para redimir al universo, reivindicar sus derechos y entrar en posesión de su gloria. María parece una Reina con quien el Eterno tiene dividido el imperio del mundo y á quien pide su consentimiento para que su Verbo como hombre vaya á extender su imperio donde ella tiene su reinado. ¡Cosa admirable! no dando Dios la gracia sino para ayudar á la naturaleza, y no destruyendo la gracia á la libertad, sino al contrario, impulsándola para que obre tal como es, por que Dios mueve á cada cosa según su modo, es muy lógico decir: que por grande que sea el torrente ó plenitud de gracia, ó si se quiere casi infinita, que reciba una criatura para ejecutar alguna de sus operaciones, de ninguna manera pierde su conciencia y su perfecta libertad, y le es imputable tal acción, por grande y maravillosa que ella sea; por consiguiente, si María á prestado su consentimiento, si ha concurrido libremente á la generación del Verbo, á la Encarnación redentora, sea cual fuere el auxilio que hay recibido, aunque no solo la gracia, sino el mismo autor de ella, y el Espíritu Santo, y toda la virtud del Altísimo hayan descendido sobre ella para confortarla, no se le puede negar la cooperación sublime en este misterio. Aunque se asombre el cielo, y la tierra, y los abismos, María ha concurrido con la augustísima Trinidad á la acción salvadora del universo. ¡Bendita sea la diestra del Excelso, que mas que por el rayo de la inteligencia que comunica á los hombres, por el gran dón de la libertad los colocó



en un trono frente al suyo, y los hace verdaderamente hijos de Dios!

Elisabeth llena del espíritu Santo é inundada de gozo dice á María: vienaventurada tu que creíste por que se cumplirán aquellas cosas que se te han dicho por el Señor. ¿Qué secretos son estos hermanos míos? ¿qué misterio será este que, oculto á Gabriel, el mismo Señor se encarga de revelarlo á María? Oído de los labios del que hoy tiene la fé y la cátedra de Pedro: "en el mismo seno de la Madre castísima, dice el Señor Pío X, (1) Cristo tomó para sí la carne y unió á él mismo el cuerpo espiritual, formado de aquellos" que debían creer en él. "Y así hemos salido del seno de María, á la manera de un cuerpo unido con la cabeza. Por lo que, de un modo espiritual y místico, somos llamados hijos de María, y ella es la Madre de todos nosotros." "Madre espiritualmente sí, pero verdaderamente Madre de los miembros de Cristo, que somos nosotros."

¿Lo habéis escuchado hermanos míos? María es verdaderamente nuestra Madre, hemos sido dados á luz justamente con Cristo, somos también hijos de la Luz, de la Madre Santísima de la Luz. Somos sus hijos; no por vana metáfora, ni por simple adopción; no solamente un afecto piadoso, forsanando el sentido de las sagradas páginas, nos ha conducido á declararla Madre universal de los nombres. Ningunas metáforas había en aquellas palabras del que es la verdad: Mujer hé ahí á tu hijo (1.) Cómo sera esto? Yo solo puedo responder con el ángel: nada es imposible para Dios; el Espíritu Santo vendrá sobre ti y la Virtud del Altísimo te hará sombra. Nosotros hemos sido también engendrados como Jesucristo, con un nuevo orden y con una nueva generación; con un nuevo orden, porque siendo visibles fuimos invisiblemente engendrados; y con una nueva generación, porque la gracia, que ha sido aquí el germen fecundo, siempre es superior, mas trascendental y mejor que la naturaleza, pues, ella nos acerca mas á la infinita realidad que es Dios. Aquí tenéis la razón del amor tan singular que María nos tiene, y del amor y confianza filial que debemos tenerle: Ella es nuestra verdadera Madre, y mas que aquellas que nos engendraron según la carne: por que aquellas nos engendraron en los pecados, esta en la gracia; aquellas por

(1) Encicli del 2 de Febrero de 1904.

(1) S. Joan. 6. 19—v. 26.

concurso material de varen, esta por obra y gracia del Espíritu Santo.

Es tan imperfecta entre nosotros la relación de padre á hijo, ó de filiación natural, que con el transcurso del tiempo se van aflojando estos lazos naturales, y aun parece que hay tendencia á romperlos cuando la ley civil declara libres á los hijos á cierta edad, ó una posición social eminente, nos eleva sobre la condición de nuestros progenitores. La razón es por que esta relación entre nosotros, aunque es natural, no es substancial, sino accidental; no está en las criaturas por esencia, sino por participación entre ellas, más que una realidad, es una sombra. Podrá decirse lo mismo de la paternidad y filiación divinas? Podrá decirse lo mismo de la divina maternidad de María y de la filiación temporal del Verbo en su virgineo seno? ¡Ah! todo lo que se relaciona directamente con Dios es eterno; real, imprescriptible é inmutable. El Verbo proclamándose en todas partes Hijo de Dios no se avergüenza nunca y se gloria de ser llamado Hijo del hombre: esto es, Hijo de María; su eternidad no afloja estos lazos divinos y mucho menos los rompe; y cuando se sienta en su trono á la diestra de su Padre, la Madre está á la diestra de su Hijo en el mismo trono, con todos los derechos maternales que le dan el poder infinito y la eternidad de Dios.

¿Qué inferir de todo esto, hermanos míos? Dígalo vuestro corazón; díganlo esos sentimientos de ternura y de amor que sentís en presencia de María. Dígalo esa esperanza tan profunda que teneis de salvaros, al ver ese preciosísimo niño, á vuestro Salvador, que se balancea en su brazo maternal junto á su pecho acariciando é inflamando vuestros corazones ofrecidos por un ángel en ese cestillo de oro. Dílo tu misma Madre Santísima de la Luz. ¿No es cierto que mucho nos amas, y que al vernos se conmueven tus entrañas maternales, y tu corazón se enternece cuando nos acercamos á tu altar para bendecirte, y te damos el dulcísimo nombre de Madre? ¿No es cierto que en el cielo estás rogando siempre por los pecadores? ¿No es cierto que estás en el trono de Dios circundada de estrellas, pero con los ojos siempre vueltos hacia la tierra para ver nuestras miserias, y que tus oídos están mas atentos á escuchar nuestros gemidos y nuestras quejas que los himnos que en tu alabanza entonan los ángeles, de con cierto con todos los mundos? ¿No es cierto que no te acuerdas de esa corona que sostienen sobre tu cabeza los serafines, mientras veas á tus hijos avanzar por esta tierra decierta y sin agua, qu



solo produce para ellos espinas y abrojos? ¿No es cierto que la fuerza de tu brazo solo la empleas en sostener á los pecadores para que no caigan en ese abismo que siempre está abierto á sus pies?

¡Oh Madre mía! yo se que tu felicidad solo será completa, que solo entrarás en la plenitud de tu gloria cuando hayas recogido en el cielo á todos tus hijos, cuando hayas enjugado las lágrimas de todos los que te amamos; solo serás completamente feliz en el cielo cuando ya no haya quien suspire por ti en la tierra. Entonces te juzgarás verdaderamente Reina, cuando entren á tu reino todos tus hijos. ¡Oh María! ¡Oh María! sávanos; obliga á tu Hijo divino á recibir por ti nuestras súplicas; pues tienes derecho sobre él, por que eres Madre suya. Que eres nuestra Madre y nuestra esperanza, esto dile á tu Hijo, y con esto basta.

*Irapuato, Mayo 29 de 1908.*

Pbro. Ponciano Pérez.

León, Julio 18 de 1908.

Visto el dictámen favorable del Sr. Censor concedemos Ntra. licencia para que se imprima y publique el Sermón del Sr. Pbro. D. Ponciano Pérez; con calidad de que no vea la luz pública antes de que sea cotejado el impreso con el original por el mismo Sr. Censor.—El Sr. Gobernador lo decretó y firmó.

P. TORRES.

ANGEL MARTINEZ.  
Srio.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# SERMON

«DE LA»

## Madre Santísima de la Luz

PREDICADO POR EL

P. MARCOS GORDON S. J.

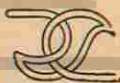
en la Santa Iglesia Catedral de León,

el día 2 de Julio de 1907,

CLXXV aniversario del advenimiento á esta Ciudad

de la Venerable Imagen de la

Celestial Señora.



LEON.—1908.

TIP. GUADALUPANA DE CAMILO SEGURA.



solo produce para ellos espinas y abrojos? ¿No es cierto que la fuerza de tu brazo solo la empleas en sostener á los pecadores para que no caigan en ese abismo que siempre está abierto á sus pies?

¡Oh Madre mía! yo se que tu felicidad solo será completa, que solo entrarás en la plenitud de tu gloria cuando hayas recogido en el cielo á todos tus hijos, cuando hayas enjugado las lágrimas de todos los que te amamos; solo serás completamente feliz en el cielo cuando ya no haya quien suspire por ti en la tierra. Entonces te juzgarás verdaderamente Reina, cuando entren á tu reino todos tus hijos. ¡Oh María! ¡Oh María! sávanos; obliga á tu Hijo divino á recibir por ti nuestras súplicas; pues tienes derecho sobre él, por que eres Madre suya. Que eres nuestra Madre y nuestra esperanza, esto dile á tu Hijo, y con esto basta.

*Irapuato, Mayo 29 de 1908.*

Pbro. Ponciano Pérez.

León, Julio 18 de 1908.

Visto el dictámen favorable del Sr. Censor concedemos Ntra. licencia para que se imprima y publique el Sermón del Sr. Pbro. D. Ponciano Pérez; con calidad de que no vea la luz pública antes de que sea cotejado el impreso con el original por el mismo Sr. Censor.—El Sr. Gobernador lo decretó y firmó.

P. TORRES.

ANGEL MARTINEZ.  
Srio.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# SERMON

«DE LA»

## Madre Santísima de la Luz

PREDICADO POR EL

P. MARCOS GORDON S. J.

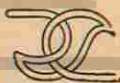
en la Santa Iglesia Catedral de León,

el día 2 de Julio de 1907,

CLXXV aniversario del advenimiento á esta Ciudad

de la Venerable Imagen de la

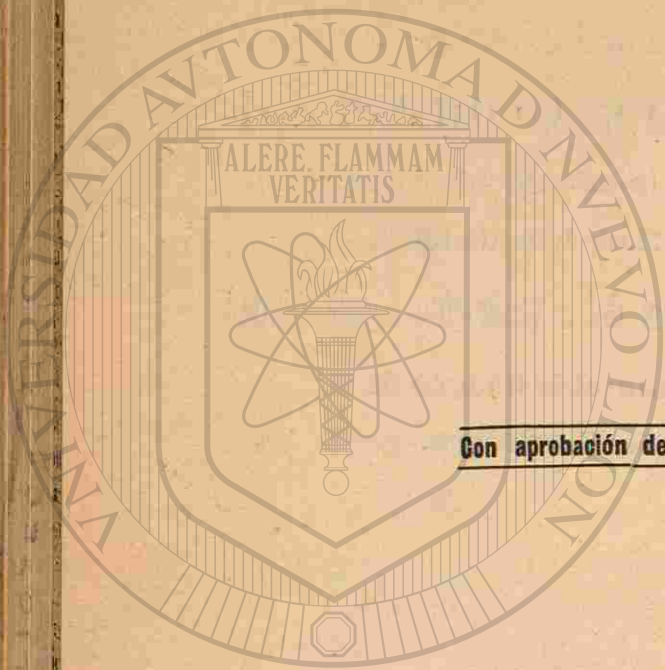
Celestial Señora.



LEON.—1908.

TIP. GUADALUPANA DE CAMILO SEGURA.





Con aprobación de la Autoridad Eclesiástica.



✠  
JHS

Venerunt mihi omnia bona  
pariter cum Illa.

Todos los bienes me vinie-  
ron juntamente con Ella.

Sap. VII, 11.

*Exmo. y Rmo. Señor:—Muy Ilustre Cabildo:—Vene-  
rable Clero:—Amados hermanos míos en Jesucristo:*

**Y**A que una providencia, para mí dichosísima, y manifiesta voluntad del Señor me manda subir á este sagrado púlpito y dirigiros la palabra, créome obligado á suplicaros no me tengais por extraño á vosotros: en el seno de esta religiosa ciudad vine al mundo; los resplandores de esa Luz purísima iluminaron mis ojos de niño y guiaron mis primeros pasos; y, de entonces acá, ha vivido en mi alma su Imagen junta con el amoroso recuerdo de mi Patria, tan hondamente grabados, que lejos de obscurecerse y borrarse con una larga y continua ausencia, antes se han perfeccionado y adquirido mayor arraigo y firmeza.



Porque el comparar la piedad para con la gloriosa Virgen María de otros pueblos y ciudades, dentro y fuera de la República, con la vuestra; el ver que corréis parejas con los más señalados y dejáis atrás á no pocos: confieso que, por una parte, ha doblado y subido de punto, en mi pecho, la natural estima y amor que experimentamos hacia la ciudad donde nacimos, y, por otro, ha sido un poderoso estímulo para fomentar y acrecentar en mí la devoción que juzgo innata y distintiva prenda de mis compatriotas. Y mil veces, en alas de esos pensamientos, ha volado mi espíritu á este santo templo: con vosotros he penetrado en él, durante los floridos días de mayo, tomando parte en las espléndidas peregrinaciones y depositando mi ofrenda con la vuestra; con vosotros se ha hallado mi alma, siempre que habéis concurrido á celebrar este faustísimo aniversario; entre vosotros latía mi pobre corazón, cuando suntuosamente decorado este recinto, colocasteis á vuestra celestial Patrona en ese altar y ceñisteis sus Sienes con esa real corona. Sí, vuestro soy; y siempre repetiré insigne beneficio de Dios el haber nacido en una ciudad tan favorecida de la Virgen Madre; siempre influirá benéficamente en los años que me resten de vida, el haber pasado los primeros aquí bajo la bienhechora sombra de su manto.

No llevéis, pues, á mal que, cediendo á la invitación de personas cuyos deseos para mí son mandatos, me atrevo á levantar la voz y á dar de nuevo la bienvenida á nuestra benignísima Protectora; otorgadme plenos poderes para poner á los pies de vuestra soberana Reina el homenaje de reconocimiento y de fidelidad que año tras año le tributan; disimulad, si mi pequeñez y tibieza no alcanza á engrandecer y alabar, como quisierais, la bondad y el poder y la gloria de vuestra tierna Madre. Tened por bien que aproveche tan honrosa ocasión de servir á mi ciudad nativa y testifique públicamente el afecto y estimación que la profeso. Permitid que, en nombre de mis queridos Padres, ofrezca á la Virgen Sacratísima esta solemnidad, en prueba de la fervorosa y

constante devoción con que la han honrado. Dadme, finalmente, licencia de desahogar mi corazón y pagar una deuda de amor y agradecimiento á la serenísima Reina del cielo en su advocación de Madre Santísima de la Luz.

Y para alentar el temor que naturalmente me turba y embaraza al querer desentrañar un asunto sublime al par que de vosotros conocido; para tener quien me dirija y lleve de la mano en tan aventurada empresa; no haré más que explanaros unas palabras del egregio patriarca de Alejandría y doctor de la Iglesia, S. Cirilo; en las cuales clara y terminantemente explica cómo le conviene á la Virgen Nuestra Señora con todo rigor y propiedad el excelso título de Madre Santísima de la Luz.

«.....Tú eres, (exclama el Santo, dirigiéndose á la «Virgen,) tú eres lumbrera inextinguible..... tú eres «sostén de la fe católica y ortodoxa..... Por tí la «Trinidad augusta es conocida y adorada en toda la redondez de la tierra..... Por tí el Hijo Unigénito de «Dios, Luz verdadera, resplandeció en los ojos de los que «yacían envueltos en tinieblas y en sombra de muerte.» (Homil. contra Nestorium.) He ahí el encomio más grande y más cabal que se puede hacer de la Virgen María como Madre de la Luz.

En efecto, luz significa, en opinión del Santo Doctor, ciencia; pero ciencia espiritual y divina; ese ordenado y completísimo conjunto de verdades, reveladas unas por Dios, asequibles otras á la razón natural, pero corroborada con su irrefragable testimonio; esa religión cuyos dogmas plantean y resuelven uno á uno los problemas más oscuros y más importantes, cuyos preceptos perfeccionan al hombre de todo en todo y le conducen á la bienaventuranza del cielo; en una palabra: la fe católica, la sola verdadera, que Dios ha depositado, como riquísimo caudal en manos de su Iglesia. Si la Virgen Santísima merece, en sentir de San Cirilo, el renombre de lucero que no mengua ni vacila, es porque al mismo tiempo la cree, en algún modo, tutora y mantenedora de



la fe: ¡Tú eres lumbrera inextinguible! Tú eres sostén de la fe católica y ortodoxa! Y, luego, abarcando en breves frases toda la inmensidad de esa ciencia divina y reduciéndola á sus dos objetos principales y adecuados: Dios y el Hombre, afirma el Santo que á la Virgen María se debe, en alguna manera, el esclarecimiento de entrambos, y que por ello es verdadera y propiamente Madre de la Luz. Dos afirmaciones que vienen, como nacidas, para formar las dos primeras partes de mi discurso.

«Por tí la Trinidad augusta es conocida y adorada en «toda la redondez de la tierra.» María Santísima concibiendo en sus entrañas al Hijo de Dios, contrajo estrechísima relación con cada una de las Tres Divinas Personas y contribuyó así á dar á conocer este misterio, familiarizando y como emparentando á Dios con el hombre: ahí tenéis, si acierto á penetrar la mente del ilustre Patriarca Alejandrino, á *María Santísima esclareciendo la ciencia de Dios.*

«Por tí el Hijo Unigénito de Dios, Luz verdadera, «resplandeció en los ojos de los que yacían envueltos en «tinieblas y en sombras de muerte.» María Santísima dió á luz á Jesucristo, el cual no sólo es Maestro del hombre, sino modelo vivo y ejemplar acabado del hombre imagen perfectísima de Dios, del hombre tal cual debe ser, del hombre restituído á su nobleza y dignidad antiguas: ahí tenéis á *María Santísima iluminando la ciencia del hombre.*

Añadiré en tercer lugar: María Santísima, al tomar esa Imagen por instrumento de sus favores, al elegir esta ciudad por su morada é imperio, ha querido comunicar esa ciencia á cuantos viven bajo su cetro y amparo, infundiéndoles los principios católicos y defendiéndolos contra la herejía y el error: ahí tenéis á *María Santísima ilustrando á la ciudad y á la Diócesis de León.*

Si logro explicaros estos tres pensamientos, habré cumplido mi propósito de enaltecer, según mis fuerzas, la merced singularísima que os hizo la Madre de Dios,

hoy hace ciento setenta y cinco años y convendréis conmigo en que se puede afirmar sin exageración ninguna, que con esa preciosa Imagen os han venido todos los bienes: *venerunt mihi omnia bona pariter cum Illa.*

Alcanzadme por intercesión suya, gracia para que mis palabras no cedau en menoscabo de su grandeza. (Ave María.)

I

Es el conocimiento de Dios el primero, el más noble y el más trascendental de cuantos caben en humana inteligencia. El primero y el más noble, porque no hay objeto tan inteligible ni tan encumbrado como Dios; el más trascendental, porque no se puede señalar una sola verdad, de las necesarias ó convenientes para nuestra salvación, que no se derive y se sustente de la idea de Dios: como sin vida es imposible gozar de algún deleite; como faltando la luz, se van de vista los colores y las figuras: así, ignorado ó falseado el concepto de Dios, no se puede pensar nada que á nuestra perfección y bienaventuranza conduzca.

¿Qué es el hombre mientras no conoce á Dios?

—Un ser privado de su mayor dignidad; un ser cuyos pensamientos y aspiraciones no aciertan á levantarse un palmo de la materia; un ser mucho más ruin y desdichado que el animalillo que nace y muere el mismo día en el inmundo légamo de una charca. ¿Qué es el incrédulo que pugna por borrar de su alma el sello de su Soberano Hacedor?—Un caos y un infierno donde el orgullo y la sensualidad, el despecho y la desesperación se revuelven furiosos, estrellándose contra la indestructible evidencia de la verdad. ¿Qué frutos han dado, no digo ya de vida eterna, pero ni aun de razonable moralidad, los ya trasnochados sueños é incoherentes fantasías de los panteístas, antiguos ó modernos? ¿Para qué de-



tenerme á ponderar la degradación y ceguera de los que divinizaron los elementos ó adoraron las bestias ó deificaron los vicios más nefandos?

No, no hay para qué insistir en ello; y aun miráis con extrañeza que os haga mención de semejantes monstruosidades y os recuerde tamaños desvaríos, á vosotros que comprendéis el mudo lenguaje de los astros, los cuales lucen suspendidos en el espacio y pregonan la omnipotencia de su Criador; á vosotros que sabéis leer, lo mismo en las afinidades de la sustancia inánime que en la economía vegetal, lo mismo en el instinto del bruto que en la razón humana, el nombre de un Dios sapientísimo; á vosotros que sentís cómo su bondad sin límites hace salir el sol para buenos y malos y envía la lluvia sobre justos y pecadores, derramando por doquiera sus dones; á vosotros que reconocéis en los dorados celajes de la aurora y en las olorosas flores del campo y en el angelical semblante de vuestros pequeñuelos una sonrisa de su hermosura; á vosotros que le admiráis gobernando con suavísima providencia y dirigiendo al fin supremo de su gloria así las criaturas necesarias como las libres; á vosotros que prestáis dóciles oídos á la llamada y potente voz de todo vuestro ser que os asegura que hay un sólo Dios, principio y fin de todo cuanto existe, personal y distinto de la universalidad de los seres; perfecto con toda la perfección imaginable é infinito en todo género de perfección; eterno y actualísimo, inmenso y presentísimo á todas las cosas; inmutable y libérrimo; un Dios, en fin, que, con ser todo eso que nuestro limitado entendimiento no puede sino separadamente concebir, es una eminentísima realidad y simplicísima unidad.

Mas, ¿qué digo? Si habéis sido introducidos en el secretísimo Santuario de la Divina Naturaleza; si habéis penetrado la luz inaccesible donde habita la Divinidad; si conocéis la vida íntima de Dios; vosotros creéis, con más certeza que si lo vierais, que en esa simplicísima unidad de esencia, existe la variedad y multiplicidad en

las divinas Personas, y asistís á la generación eterna del Verbo, y absortos contempláis cómo aquel sumo y no engendrado Principio, mirándose y contemplándose á sí mismo, forma dentro de sí una Imagen viva y sustancial de sí mismo, comunicándole toda su esencia. Y cómo, en produciendo el Padre al Hijo, necesariamente le ama y se agrada en él con infinito amor y gozo; y el Hijo, de la misma suerte, ama al Padre con gozo y amor infinitos; y ambos juntos, amándose, proceden un Impulso de su divina voluntad, también personal y sustancial, que es el Espíritu Santo, formando todos Tres una sola é indivisible sustancia, una sola é igualmente adorable majestad: á la manera que un océano derramara en inmensa catarata sus aguas en otro océano, con una comunicación tan cabal y tan perfecta, que todos tres se resolvieran en inefable identidad.

Y no es, ciertamente, estéril este conocimiento, pues de él traen inmediato origen los principales artículos de la Fe. De aquí sabéis que ese Dios os ama, que os distingue con su amistad, que sois de su casa y familia, que estáis destinados (son sus palabras) á sentaros un día no lejano á una misma mesa, y en un mismo trono con él (S. Luc. XXII, 29, 30;) sabéis que sois hijos de Dios Padre: mirad adonde ha llegado la caridad de Dios Padre, pues ha querido llamarnos sus hijos y que en realidad lo seamos (I. S. Joann. III, 1.) Sabéis que sois hermanos del Hijo de Dios, el cual por vosotros se hizo hombre y satisfizo sobreabundantemente por vuestras culpas y por las de infinitos hombres y que le podéis abrazar y decir: ¡bien mío! ¡hermano mío! mucho mejor que Abel, porque su sangre clamaba venganza, más la tuya implora misericordia y perdón; mucho más excelente que José, pues, si él dió á los suyos todos los bienes de Egipto, tú nos has abierto los tesoros del empíreo. Sabéis, en fin, que el mismo Espíritu de Dios se infunde en vuestras almas y os resucita del pecado y os señala con el carácter de hijos del Altísimo y habita en vosotros como en su templo y esfuerza vuestra debil id



y os inclina á todo bien y os consuela y alivia en la tribulación y os acompaña en el destierro y os introduce en la patria bienaventurada.....charitas Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum, qui datus est nobis. (S. Pauli ad rom. V, 5.)

¡Misterio impenetrable, pero fecundísimo y por todo extremo luminoso! De esta idea dimanán todas las ideas en el orden religioso sobrenatural, como del ser de Dios se originan todos los seres. Suprimidla: habréis arruinado de un golpe el cristianismo entero. Suponedla: surgirán á vuestros ojos, perfectamente delineados los dogmas fundamentales de la redención, de la santificación y de la adopción divina, y con ellos todos los demás. Por eso este sacrosanto misterio aparece como tema en el dulcísimo concierto de la liturgia católica, que es la realización más exacta y más bella del dogma: en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo se nace en el bautismo; en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo se perdonan los pecados; en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo se ofrece el incruento sacrificio; gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo es la estrofa que se repite constantemente en la salmodia eclesiástica; en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo abre la Iglesia á sus fieles las puertas del paraíso. Por eso en conocer con la fe este misterio consiste la felicidad de aquí abajo, como prenda de la inefable y clarísima contemplación que forma la bienaventuranza del cielo. ¿Cuándo, si no, os sentís más dichosos que cuando la esperanza cristiana hinche los senos de vuestro ser y la caridad de Dios abrasa vuestras entrañas? ¿Cuándo sois más sabios que cuando postrados en presencia de esa incomprehensible majestad os cubrís el rostro con las manos, reconociendo que no cabe en limitado entendimiento la infinidad de Dios? ¿Cuándo disfrutáis deleite semejante al íntimo convencimiento que produce la fe de que estáis en posesión de la verdad y, haciendo coro á los serafines, repe-

tís: Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos; gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo?

Pero ya veo que, creyéndome quizás alejado en demasía de mi propósito, me salís al encuentro y atajáis mis pasos y me objetáis aquellas palabras del Evangelista San Juan: «a Dios nadie le ha visto jamás; el Hijo Unigénito que está en el seno del Padre es quien nos ha revelado todo esto. (S. Joann I, 18.)» Y aquellas otras de Cristo: «nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce nadie sino el Hijo y aquel á quien el Hijo se le diere á conocer. (S. Matth. XI, 27.)»

Ciertamente, sólo el Hijo natural y único, de Dios, pudo descubrirnos tan escondidas verdades; pero, si algo vale la expresión de San Cirilo, María Santísima tuvo parte, y muy especial, en la revelación de este misterio, y por eso se le ha de apellidar con justicia Madre Santísima de la Luz.

Y, aunque fácilmente os podría responder con toda verdad que, si á la Virgen María debemos el haber encarnado el Hijo de Dios, síguese por necesaria consecuencia, que á ella también tenemos que agradecer los bienes que la predicación de Cristo nos trajo; pero déjolo, y quiero exponeros algo más propio de la Virgen Santísima; pues, sin duda, alguna singular prerrogativa suya pretendió expresar el insigne Patriarca Alejandrino, en aquellas notables palabras: «Por tí la Trinidad augusta es conocida y adorada.»

Y, en verdad, este santísimo misterio no fué revelado de una vez, sino poco á poco y por partes, hasta declararlo enteramente. Lo cual fué ordinario estilo y providencia de Dios en comunicarse con los hombres, como dice San Pablo (ad hebr. I, 1) que de muchas y varias maneras habló el Señor por los patriarcas y por los profetas, antes de hacerlo en la plenitud de los tiempos por boca de su benditísimo Hijo. Mas, sobretudo, hacía sabedoras de sus secretos á aquellas personas especialmente escogidas por él para descubrirnos los tesoros de su bondad y sabiduría.



Adán, padre y cabeza de nuestro linaje, en aquel venturoso estado de inocencia, no se puede negar sino que tuvo clara noticia de este misterio; Abrahán, deputado para representar al hombre cerca de Dios en aquel nuevo Pacto y Alianza, le vislumbró, cuando adoró al Señor su Dios en figura de tres hermosos mancebos (Gen. XVIII;) Moisés, el promulgador de la ley, al empezar el gran poema de la creación, le bosquejó sublime y sencillamente diciendo: crió Dios el cielo y la tierra, mirando en su sabiduría (esto es en su Verbo) toda la traza de su obra y derramando sobre la materia líquida é informe, para fecundizarla, su Espíritu (Gen. I, 1, 2;) David, el más ilustre de los profetas, cantó declarando las palabras del Historiador del mundo: el Señor con su Palabra fabricó los cielos y con el Aliento de sus labios les dió movimiento y virtudes. (Ps. XXXII, 6.)

Ahora bien, esta revelación, no tanto se ha de tener por muestra de predilección personal que hacía el Señor á aquellos siervos y amigos suyos, cuanto por doctrina general que habían de enseñar á los hombres, aunque no la predicasen de palabra; puesto que todo cuanto está escrito en las Sagradas Letras, como dice el Apóstol (Rom. XV, 4,) para aprovechamiento nuestro está escrito. Es, por consiguiente, el sólo figurar en el divino drama de la Biblia, una misión particular y sumamente honrosa, que consiste en ser anunciadores de los arcanos de Dios. De ahí que se manifestase el Señor con mayor claridad, á medida que esta misión era más alta y universal.

Pues, escudriñad las Escrituras; y todo os parecerá cifra y figura hasta que encontréis las palabras del ángel Gabriel á la Virgen Nuestra Señora. (S. Luc. I, 35) . . . «Spiritus Sanctus superveniet in te et Virtus Altissimi obumbrabit tibi . . . quod nascetur ex te . . . «vocabitur Filius Dei:» el Espíritu Santo, dice, que procede de Dios y es su virtud, fecundará tu seno . . . y el niño que de tí nacerá será Hijo de Dios. Ahí tenéis revelado á María Santísima el misterio, con los mismos

términos con que después nos fué propuesto por Jesucristo.

Y, efectivamente, la claridad de esta revelación es proporcionada á la alteza de la misión que á la Virgen gloriosísima le confiaba. Adán sintió las primeras caricias de Dios, porque encerraba en sí, por misteriosa manera, la humanidad, en quien el Altísimo tiene puesto su cariño; Abrahán recibió en su casa la visita de Dios, porque con tan singular favor quedaba suficientemente recomendada la fidelidad de aquel siervo bueno; Moisés subió á la cumbre del humeante y pavoroso Siná y entrevió el rostro de Dios, porque no era necesario más para recibir la ley y trasmitirla al pueblo escogido; David emuló de lejos las armonías angélicas, porque eso era sobrado para dar á conocer la mansedumbre y dulzura del Hijo de Dios, cuya persona representaba. Pero María Santísima encerraba en su seno el nuevo germen de vida; María Santísima llevaba en sus venas la sangre con que se había de consagrar y confirmar la eterna Alianza; María Santísima era la tabla lisa y preciosa donde el dedo de Dios había de grabar la ley viva, que es Cristo; María Santísima estaba destinada á ser madre del Hijo Unigénito de Dios. Por eso, lo que á sierva y á amiga se les dió medido y por partes, á ella se le concedió sin tasa y todo entero; por eso no hay para ella arcanos ni enigmas; por eso penetra los cielos, y á su paso, humillan la cabeza los serafines y le forman alfombra con sus alas; por eso sube hasta el tálamo mismo de Dios.

Y aquí se me descubre otro nuevo argumento. Porque en virtud de la encarnación del Verbo, María Santísima contrajo, no místico y figurado, sino real y propiamente, parentesco y unión con las Tres Divinas Personas. Es Madre del Hijo, porque dió á luz verdadera y realmente al Dios-Hombre. Y, como dió á luz en el tiempo al mismo á quien el Padre engendra desde toda la eternidad, tiene con él una relación especialísima y distinta de las que conocemos; y para significar de algún



modo tan estupenda dignidad, la llamamos Hija del Padre. Y porque el Espíritu Santo con celestial rocío fecundó aquella tierra virgen de la cual nació el Salvador, la aclamamos justamente Esposa suya castísima. Pues [si en sujeto tan noble parece bien una semejanza vulgar,] así como, al ser admitido un nuestro amigo ó pariente al trato y familiaridad de un personaje poderoso y principal; ya tenemos un medianero para entrar también nosotros con él en relación y amistad: de la misma suerte, emparentando la Sacratísima Virgen María tan íntimamente con Dios, fué lazo de conocimiento y unión entre Dios y los hombres. Con razón, pués, dice San Cirilo, que á la Virgen cabe mucha parte en este beneficio sin segundo de haber conocido los hombres á Dios; con razón afirma sin temores ni salvedades, que merced á ella es adorada en el mundo la beatísima Trinidad. «Por tí la Trinidad augusta es conocida y adorada en toda la redondez de la tierra.»

Y, siendo esto así, ¿nos maravillará que los santos y doctores apelliden á María Santísima espejo purísimo en que se contempla á Dios; palacio luminoso de Dios; nacimiento del sol que no tiene ocaso; ornamento esplendoroso del cielo, origen y manantial de la luz; estrella del paraíso; lámpara ardentísima que hizo exclamar pasmados á los ángeles: ¿quién es esta que se levanta de la tierra, hermosa como la luna, risueña como el alba, cercada de resplandores como el sol? y, para condensarlo todo en tres palabras dulcísimas, Madre Santísima de la Luz?

## II

La idea de Dios está tan junta y tan eslabonada con la del hombre, como en el orden real depende éste enteramente y esencialmente de aquél. Y, si bien es verdad que del conocimiento de Dios reverbera, como lo habéis visto, una luz que concreta y define algún tanto el concepto sobrenatural del hombre: todavía, como, por una

parte, si este quiere ser perfecto es preciso que se asemeje á Dios; como, por otra, para el fin de imitarle y copiar en nosotros su condición y carácter, no bastaba una imagen suya directa, puesto que Dios está muy por encima de todo bien criado y sus perfecciones difieren sustancialmente de la nuestra: fué menester un modelo vivo, un hombre perfecto y acabado en todo género de virtud, con la forma y medida según las cuales puede lo humano participar de la perfección divina. Este hombre es Jesucristo, Hijo de Dios Unigénito, nacido antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, que por nosotros bajó del cielo y tomó nuestra naturaleza, haciendo con no usado portento que un hombre subsistiese unido á la persona del benditísimo Hijo de Dios.

¡Oh, y cuán hermoso y cuán perfecto aparece el hombre en Jesucristo, vestido de la claridad de Dios, esmaltado con la belleza de Dios, viviendo de la misma vida de Dios! ¡Y cómo arguye y refuta y convence con solo su ejemplo los engaños y errores de la ciencia humana! Recordad, si no, las apacibles escenas de Nazaret; y decidme si admite réplica el argumento. El Hijo de Dios escoge libre y voluntariamente vivir en estrechez y pobreza: luego yerra quien estima afrenta é infelicidad el ser pobre; el Hijo de Dios cubierto de sudor y de polvo se afana en un taller y dirige sus fatigas á fines altísimos: luego no se rebaja el hombre encalleciendo sus manos, luego tampoco es el hombre para el trabajo, sino el trabajo para bien y perfeccionamiento del hombre; el Hijo de Dios es ignorado y menospreciado del mundo: luego no engrandece al hombre la honra y estimación de las gentes. Pues, ¿qué diré de la sangrienta tragedia de Jerusalén? El Hijo de Dios condenado en todos los tribunales, hundido en un piélago de amargura y deshonor, no exhala una queja, y obtiene, con paciencia y sufrimiento no oído, el triunfo más espléndido: luego el hombre, expuesto á mil calamidades á infortunios, combatido de tentaciones y peligros sin cuento, puede, si quiere, hacerse superior á todo y valerse de todo pa-



ra conseguir su último fin; luego las desgracias y males de esta vida son para conseguirle y purificarle, no para oprimirle y condenarle. El Hijo de Dios está pendiente de tres clavos en una cruz, con el cuerpo destrozado y el alma acibarada con inenarrables dolores: luego miente quien me brinda con rastreros y momentáneos placeres; luego se engaña quien solo piensa en regalar sus sentidos. Contemplad humilde y devotamente á Jesucristo crucificado, á quien llama San Pablo (I Cor. I, 23, 24,) á boca llena Sabiduría de Dios: ahí está el hombre tal cual debe ser: sujeto á Dios; sumiso á la autoridad, porque dimana de Dios; áspero para consigo; caritativo y misericordioso para con los demás, hasta dar la vida por ellos!

Mas, Jesucristo no podrá ser modelo formal del hombre en todos los estados y según todas las relaciones que pueden ligarle á su prójimo: por eso no solo fué dechado, sino también maestro y doctor, y abrió sus divinos labios para enseñar la virtud. Tres años duró solamente su predicación, popular y sencillísima. Sus discípulos recogieron sus enseñanzas y las transmitieron á la posteridad ó de palabra ó escritas en unas cuantas páginas no menos sencillas y populares. Y esas pocas verdades han iluminado y desengañado á cien generaciones; y los destellos de esa ciencia han iluminado todos los ámbitos del mundo intelectual y moral. ¿Dónde se ha sublimado más que en el Evangelio, la autoridad civil, derivándola de Dios? ¿Qué constitución ha puesto en salvo más acertadamente la dignidad y bienestar de los pueblos, templando en el poder público la severidad con la clemencia?

¿En qué código se han escrito leyes más rigurosas y eficaces contra el usurpador de los bienes ajenos, contra el opresor de los pobres, contra el atentador de la vida de su hermano? ¿Quién pudo restituir el estado del matrimonio á la primitiva pureza, como lo restituyó Jesucristo, cimentándolo en santidad, afianzándolo por la unidad, ratificándolo con la perpetuidad? ¿En qué libro

se aprendió aquella soberana virtud de la castidad que hace de los hombres ángeles, y por lo cual, en frase de San Bernardo, los hombres vencen y superan á los ángeles? ¿Qué mano trazó la planta de ese sinnúmero de instituciones que se han organizado y han florecido y se organizan y florecen á cada nueva necesidad social ó religiosa?

Veinte centurias han transcurrido desde que se escribió ese pequeño volumen; y millares de ingenios eminentísimos no han hecho más que explicarlo, revolviendo al rededor de él como mariposillas en torno de la luz. ¿Habéis contemplado, aunque no sea más que de paso, la interminable serie de padres, de doctores y de escritores eclesiásticos, desde el Pastor de Hermas y las Apologías de San Justino, hasta la Vida Devota de San Francisco de Sales y las Glorias del suavísimo San Alfonso?—Ora os encantaré el sagrado expositor que mansamente derrama su caudalosa corriente; ora os sorprenderá el polemista de acerada y vibrante palabra que tritura y aniquila al contumaz y al hereje; ya el asceta que os conduce con experta y blanda mano por los escabrosos senderos de la virtud y perfección cristiana; ya el místico que os arrebató y enciende con impetuosas llamaradas de castísimos amores. ¡Qué riqueza y variedad de doctrina! ¡Qué esplendidez y hermosura de formas! ¡Qué dulce y ardorosa elocuencia palpita, aún de la letra muerta de esas obras inmortales!—Pues todo ello no es más que comentario de las palabras de Jesucristo.—¿Conocéis, siquiera por encima, la teología católica?—Jamás el espíritu de investigación se ha mostrado tan activo y afortunado como en ella, jamás el análisis ha penetrado tan sagaz y profundamente la naturaleza de las cosas más abstractas; jamás el ingenio sintético ha metodizado y reducido á unidad lo diverso con tanto vigor y felicidad, jamás la razón humana ha volado tan alto y tan seguro, ora exponiendo, aclarando y definiendo los dogmas, ora separando, deduciendo y aplicando los principios prácticos hasta las más minucio-



sas delicadezas. No hay sistema religioso-moral más completo, más armonioso, más fundado.— Pues ese sistema el más fundado, el más armonioso, el más completo, dice más; del cual ha tomado la ciencia heterodoxa y la impía cuanto de bueno y aceptable contiene; ese sistema no reconoce otro origen, ni otra conexión, ni otras pruebas más que las palabras de Jesucristo.

Finalmente, no convenía que Cristo viviese en todos los países y en todas las edades; ni era posible que su doctrina, única y sempiterna como la verdad, anduviese á merced de la débil razón humana ó se modificare al talento de volarias pasiones. Por eso dió cima á su obra, dejando establecido un magisterio infalible y eterno, que propusiera, según las diversas circunstancias de tiempos y regiones, su inmutable pero fecundísima doctrina. Pues, si echáis una rápida ojeada á los siglos que han transcurrido desde que Cristo subió triunfante á los cielos, observaréis que dondequiera que el error ha removido el fango de todas las concupiscencias levantando nieblas densísimas, ha brillado con más sereno y más puro fulgor esta luz en el centro mismo de la civilización. Constantinopla, mientras fué emporio del mundo, oyó en repetidas oraciones á los maestros de Israel presididos por el Sumo Pontífice, anatematizar las incontables herejías que pulularon en Oriente durante los nueve primeros siglos: desaparecieron con sus autores aquellas sectas, como desaparecen en noche de verano las estrellas fugaces? hoy es, en cambio, y aún se profesa en la Iglesia de Dios el símbolo de Nicea, aún se acatan los cánones de aquellos sagrados sínios. Roma, que volvió á ser cabeza del orbe después del abatimiento y caída del Imperio Bizantino, Viena de Francia y Lyon, Trento y Florencia han celebrado los triunfos de la verdad católica y han visto confusos ó convictos á albigenses y á cismáticos, á protestantes y á naturalistas. Y, no ya concilio, un hombre solo asistido del espíritu de Cristo ha bastado á rechazar toda falsedad y á enseñar á las gentes. ¿Hay milagro más estupendo

que conservarse siempre entera e inconvivable la cátedra de San Pedro, entre escombros, no digo de sectas y de escuelas, sino de razas y de imperios, y ser idéntica é intachable su doctrina, llámese Dámaso ó Gelasio, Gregorio ó Clemente, León XIII ó Pío X, quien se asiente en su augusto sitial?

Aunque, bien mirado, nada tiene de milagro; porque no son ellos, no, los que hablan, Jesucristo mismo habla por medio de ellos, extendiendo así su magisterio á todos estados y condiciones, á todos tiempos y regiones; no de otro modo, una poderosa corriente eléctrica, tornando aquí lucidos y resplandecientes los ensortijados estambres de una lamparilla, saltando, allá, entre los polos trasformada en pulverizado torrente de blanquísima luz, ilumina á un tiempo mismo varias ciudades y en cada ciudad infinitas casas y habitaciones. ¿Y qué mucho? Jesucristo, como Verbo Increado, es lumbre que brilla en el entendimiento del Padre, llevando en sí las ideas de todas las cosas y echando por doquiera centellas de vivísimas y perdurables razones; como Verbo Inspirado, es luz que beatifica las inteligencias angélicas y los espíritus bienaventurados; como Verbo Encarnado, es antorcha que alumbrá las almas dotadas de razón, mientras viven en cuerpos mortales. ¡Oh resplandor del eterno sol de verdad! ¡Oh vida inagotable que vivifica toda vida! luz que ilumina toda luz! libro cuyo origen es sempiterno, cuyos caracteres son indelebles, cuya doctrina es fácil y á todos patente, cuya ciencia es dulzura, cuya profundidad es insondable, cuya contemplación es digna de nuestras aspiraciones y donde el Verbo de Dios es todo en todas las cosas! En verdad, quien halla este libro, halla un venero abundante de vida y bebe la ciencia de salud en el entendimiento mismo de Dios!

Y ahora si os pregunto, ¿quién escribió ese libro portentoso? ¿quién modeló ese dechado tan perfecto? ¿quién llevó en su seno al maestro del mundo? ¿quién le dió su sangre? ¿quién le alimentó á sus purísimos pechos?



La gloriosa é inmaculada Virgen María! A ella le pertenece esa gloria; de ella nació el Salvador; ella es su madre, y tan absoluta y cabalmente, que contiene en sí toda la perfección de padre y de madre; nadie pretende entrar á la parte de este singular y maravilloso alumbramiento; el Altísimo la hizo partícipera de su fecundidad infinita; Aquel de quién descende toda paternidad en el cielo y en la tierra, se dignó compartir esta incomparable y única prerrogativa con la humildísima y purísima Virgen María. Por tí, ¡oh María! repetiré con San Cirilo, por tí el Unigénito Hijo de Dios, Luz verdadera, resplandeció en los ojos de los que yacían envueltos en tinieblas y en sombra de muerte!

Pero, reparad en una excelencia sin ejemplo de la maternidad divina, y ved si en todo rigor de justicia somos deudores á María Santísima, de la doctrina de Jesucristo. Porque aquel divino niño Jesús, en quién la Virgen tuvo siempre puestos los ojos y el corazón, nació huérfano y sin padre en este mundo. Bien es verdad que le tenía en el cielo; pero, al ver como le abandonó, no ya en la cruz, sino desde los primeros instantes de su vida, y le dejó expuesto á la mala voluntad de hombres por todo extremo perversos y atrevidos, diríase que no le reconocía por suyo; y aunque le guardaba con especialísima providencia, esa providencia consistía en confiarlo á los cuidados y á la fidelidad de su madre. Y ¿qué hizo la Virgen fidelísima?—Corresponder á los designios de Dios: sobrellevar sinsabores y desvelos en la crianza del niño; huir á tierra extraña para salvarle la vida y en todo cooperar con sus acciones libres y personales á la conservación y sustento de Cristo. ¡Oh alteza de los consejos de Dios! ¡La vida de Jesús puesta en manos de María! Ella no dejó burlada, claró está la previsión divina, ni desconcertó sus sapientísimos planes, antes los secundó con actos positivos y espontáneos; pero eso mismo le hace verdadera causa de nuestra alegría, verdadera causa de nuestra sobrenatural ilustración, verdadera Madre de la Luz. Mas todavía: en otras

tantas madres que son ensalzadas y engrandecidas por haber engendrado un hombre útil ó á la patria ó bene mérito de la humanidad entera, todo ó la mayor y mejor parte ha sido obra de la fortuna, y respecto de ella, puramente casual; puesto que no conociera de antemano ese bien ni dependió de su arbitrio y deliberación concederlo. Pero no así la Virgen Santísima, no así la Madre de Jesucristo; sino que antes de concebirle en sus entrañas conoció por evidente revelación de Dios, que su Hijo había de ser el Mesías Salvador y Maestro del mundo y tuvo clara noticia de los bienes que por él nos habían de venir. ¿Quién sino el Mesías es figurado en la divina Escritura por aquel esclarecido descendiente de David que había de restablecer y amplificar y llevar á cabal desenvolvimiento el reino de Dios? Pues, oíd al angel Gabriel, que, tomándole á Isaías las palabras de la boca, propone á la Virgen en nombre de Dios el negocio de nuestra reparación, y le pide su consentimiento para que encarne el Verbo: “concebirás y darás á luz un niño, a quien pondrás por nombre Jesús; este niño, por ser Hijo del Altísimo, subirá á gran alteza y poder; y Dios le colocará en el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y no tendrá fin su reinado.” (S. Luc. I, 31, 32.) Y entonces, y sólo entonces, sabiendo muy bien lo que hacía y compadecida de la ceguedad y miseria en que vivíamos, dió libremente su beneplácito y concibió al Salvador.

Pues, ¿quién, ¡oh Virgen María! osará negarte el título más augusto de tu infinita dignidad, el blasón más puro de tu nobleza? ¿Quién será tan ciego que no reconozca tu influjo en la restauración y felicidad del hombre? Tú, ¡oh María! concebiste por tu propia elección y voluntad al que es Luz del mundo; tu le llevaste en tu sagrado vientre como en un lecho de flores; tú le criaste en Nazaret; tú le seguiste y regalaste por las aldeas y los campos de Judea; tú le ofreciste en el Calvario por nuestro rescate y salud! ¿Quién se mostrará indiferente ó desagradecido? ¿Qué vale, puesto al lado



de tan alta merced, el clamor de los pueblos que te bendicen? qué la gratitud de la Iglesia que te venera con un culto especialísimo y levanta en honra tuya templos y altares? ¿Quién se cansará jamás de alabarte y publicar á voces que por tí ha conocido el hombre á su Dios; que por tí se ha conocido el hombre á sí mismo; que eres Madre Santísima de la Luz?

Mas, no concluyen aquí las grandezas que este dulce título encierra, aun pasa más adelante el influjo de la Virgen Sacratísima en la sobrenatural ilustración del hombre; antes me resta aún por declarar el toque más delicado de esta obra sin segundo. Porque toda la ciencia contenida en el inagotable arsenal de la religión católica se hizo para el entendimiento del hombre, como el perfume para el sentido, como para la voluntad el bien, como el alma para el cuerpo: mientras esa ciencia es puramente objetiva, permanece inútil é infructuosa, hasta que, lanzándose en la inteligencia, halla su natural complemento y perfección.

Llenas están las bibliotecas de volúmenes, donde los sabios han ido atesorando su caudal no despreciable de verdades y opiniones, en todo linaje de asuntos á que la razón humana se extiende. Yacen allí polvorientos y medio carcomidos, y para innumerables personas son únicamente objeto de admiración ó de lucro ó de mera curiosidad. Pero, esperad que algún ingenio privilegiado los abra y los hojee, los estudie y los medite; de aquellas inertes páginas saltará, como una chispa con maravillosa y secreta virtud arrancada, una idea; y la prenderá en el entendimiento y engendrará una convicción; y la convicción un deseo; y el deseo un impulso irrisis-

tible; y mirad cómo aquel hombre se lanza intrépido á realizar atrevidos negocios, á conquistar nuevos mundos para la ciencia, á merecer inmarcesibles laureles con sus altos hechos políticos ó militares. ¡Nada más natural me decís.

Pues, semejante es la operación de la gracia, que no destruye sino perfecciona la naturaleza. Y en esto precisamente se distingue la ley de Cristo de las leyes humanas y aun de la Ley Mosaica: "Lex per Moysen data est, gratia et veritas per Iesum Christum facta est; la Ley fué dada por Moisés, mas la gracia que de verdad hace santos, obra es de Jesucristo." (S. Joam. I, 17:) aquella ley imponía preceptos, y, de suyo, no daba gracia y esfuerzo para cumplirla; ilustraba el entendimiento, y dejaba la voluntad torcida y mal inclinada: pero la gracia, entrando en el alma, graba en la voluntad con amor y afición aquello mismo que en los libros de la ley con materiales caracteres tiene escrito; y el mandamiento ó consejo que en la razón resplandece y da luz, la gracia lo inocula y difunde tan suave y eficazmente por todas las fuerzas y apetitos del alma, que se lo convierte en su única voluntad y deseo. Pero, he dicho poco; esta gracia es de todo punto necesaria para poner en práctica la doctrina evangélica. Bien puede uno naturalmente conocerla, una vez revelada; pero, sin el auxilio de la gracia no la pondrá por obra: si Dios no le ilumina con esa luz interior y más penetrante que agudísimo estoque, de nada le servirá cuanto oiga y entienda por defuera; si Dios no imprime en la voluntad ese dulce y misterioso impulso que, sin detrimento alguno de la libertad, impele y arrastra hacia el bien, todo será en vano: "Sine me, dice Cristo, nihil potestis facere; sin mí nada podéis hacer." [S. Joann. XV, 5.]

Pues; ¿qué? también aquí descubrimos la intervención de la Madre de Dios? ¿Quién podrá siquiera rastrear los ocultos caminos por donde esa luz de la gracia se infiltra en el alma? Los Santos, conocedores de los secretos de Dios, nos enseñan que por medio de la Castísima



Virgen María reparte el Señor esas gracias; que sus ruegos é intercesión le mueven á iluminar las inteligencias y á rendir las voluntades; y San Bernardo y San Li- gorio llegan á decir terminantemente, que no se otorga una sola gracia que deje de pasar por sus manos. ¿Será forzoso añadir más, para dar por demostrado que también en este sentido es Madre Santísima de la Luz?

Pero prescindamos de ello, si os parece; y vengamos ya á lo que más de cerca nos atañe. No me neguéis, porque raya en la misma evidencia, que á aquellos á quienes la serenísima Reina del cielo ha tomado debajo de su particular patrocinio y clientela, á esos sí les comunica el Señor todas las gracias por intervención de su Madre bendita.

¿Quién me diera, al llegar á este punto, un corazón de fuego y una voz que resonara en todos los ámbitos de esta ciudad, para anunciar la rara predilección y benignísima caridad que con ella ha usado la Virgen Nuestra Señora?

Porque, parando un poco la atención en los medios con que la Virgen María, ausente en el cielo, se comunica con los que vamos peregrinando por el mundo, advierto que frecuentísimamente, por no decir siempre, ha tomado una imagen suya, como órgano de su poder y bondad, ora sea por sobrenatural manera pintada, ora por manos de hombres esculpida. En Santa María la Mayor de Roma y en Loreto, en Zaragoza y en Montserrat, en Lourdes y en Guadalupe, en todos los reales sitios preferidos por la Emperatriz de cielo y tierra para dispensar sus favores, veo una imagen, ya ennegrecida por el humo de los cirios, ya cubierta de exvotos, ya coronada con oro y pedrería por el Vicario de Jesucristo. Y en aquella imagen parece que mora y descansa la virtud de la Virgen Madre de Dios, para obrar las finezas de su misericordiosa caridad para con los hombres; en la historia de todas ellas aparece de bulto la voluntad decidida de proteger con particular cuidado y providen-

cia á los que honraren con señalados obsequios aquel trasunto de sus bellezas.

Pues, decidme, ¿quién trajo de las remotas playas de Sicilia esa Imagen? ¿quién puso en el corazón del religioso á quien pertenecía, el pensamiento de colocar definitivamente en un altar, Aquella que había sido hasta entonces bandera invencible para pelear las batallas del Señor en el campo de las misiones? ¿Quién hizo que, sortéandose tantas veces la apetecida joya entre los colegios que tenía la Compañía de Jesús en la Nueva España, saliese otras tantas la suerte por León? ¿Por qué, respondedme, por qué se consumen día y noche cirios y lámparas ante esa bendita Imagen? ¿por qué tropieza la vista por doquiera, con ofrendas y exvotos de todo género? ¿por qué despliega el culto católico sus magnificencias en torno de ese altar? ¿por qué brilla esa corona sobre el pequeño cuadro que ostenta orgulloso á la Madre Santísima de la Luz?—¡Ah! sacad de sus arquetas y pupitres los añosos pergaminos donde nuestros abuelos hacen promesas de cantar las letanías de la Virgen y celebrar el triduo que precede á su gloriosa Asunción! desenrollad esos otros más recientes donde la juran Patrona de la ciudad y de la diócesis! leed esas dulcísimas frases que respiran ilimitada confianza en el patrocinio de María! besad esos nombres de vuestros antepasados que aún destilan finísimo amor á la Madre Santísima de la Luz! Es que nunca invocaron en vano su protección; es que siempre hallaron abiertos los tesoros del cielo; siempre vieron lozanas sus mieses y colmados sus graneros, lo cual era en aquellos tiempos la única riqueza de la Villa; es que durante casi un siglo de cruelísima guerra civil y hondas perturbaciones sociales, no manchó las calles de León, una sola gota de sangre fratricida, ni alteraron su paz los horrores de un sitio, ni los atropellos de un saqueo; es que la peste más asoladora de cuantas han infestado nuestro país, dió un paso atrás, ante los muros de la ciudad defendida por la Madre de Dios; es que María Santísima por medio de



esa Imagen, ha tomado bajo su especial cuidado y tutela á la ciudad de León.

Pero, con ser éstos, beneficios que pasan la raya de lo común y ordinario; que nos imponen estrechísima obligación de agradecerlos y deben despertar y mantener siempre viva nuestra confianza y filial piedad, porque dan claro indicio de una particular predilección de María Santísima hacia los hijos de esta ciudad: afirmo y sostengo que no son esas las mercedes que quiere principalmente hacernos la Reina del cielo. Seguid mi breve raciocinio, y os convencéreis por completo de ello.

Indudable es que las diversas advocaciones ó títulos que en las imágenes de la Virgen se expresan, están fundados en los diversos beneficios de su mano recibidos; y que por cada una de ellas, se concede cierta gracia determinada, como efecto propio y primario de aquella advocación; sin que por eso dejen [claro está] de concederse otras distintas é innumerables; porque bien se me alcanza que Jesucristo ha cedido á María Santísima el reino de la misericordia, reservando para sí el de la justicia, y que es imposible que tal Hijo desoiga los ruegos de tal Madre. Mas, acontece con las imágenes de la Madre de Dios, algo semejante á lo que San Pablo (I Cor. XII, 10, 11) dice de las dádivas gratuitas: á éste se le concede el don de profecía, á aquél el de lenguas, á otro el de interpretar las sagradas Letras; y uno mismo es el Espíritu del Señor que los comunica: así también, grande es, universal, omnipotente el poder de María: pero aquí se manifiesta salud de los enfermos, allí auxiliadora de los guerreros, más allá libertadora de las almas que gimen aherrojadas en la cárcel del purgatorio. Pues, siendo esto así, digo que lo propio y lo particular de nuestra suavísima advocación es infundir en las almas de sus devotos las verdades católicas y darles eficacia en la práctica y defenderlos del error.

En efecto, dice la historia, y lo atestigua la inscripción que en el reverso de nuestra Imagen se lee, que la Virgen sacratísima, pintado su gracioso retrato, lo miró

complaciente y le dió particular bendición y le confirió el poder de hacer milagros. Pues bien; si esta particular bendición y virtud no fué primaria y principalmente la de convertir las almas á Dios y hacerlas de todo en todo cristianas, á fe mía, no acierto á comprender cual haya sido.

Porque costumbre es de reyes y príncipes, conceder las gracias según la mente y voluntad de quién las pide; pués, aquel santo misionero por cuyo medio plugo á la Virgen comunicársenos, ¿qué prodigios deseaba obrar, sino volver al conocimiento y amor de Dios las almas extraviadas? ¿qué milagros quería obtener, sino grabar á fuego en los corazones convertidos las grandes verdades de la Fe? ¿Es otro, por ventura, el blanco adonde dirigí sus esfuerzos el predicador evangélico? ¿Hizo más esa Imagen, que convertir almas y confirmarlas en el bien, mientras anduvo recorriendo las comarcas de Silicia, como antiguamente el Arca del Señor los campos de Palestina? Es más: las imágenes, de ordinario, representan y dan á entender en su misma actitud y demás circunstancias simbólicas, esa gracia particular que á su culto va enlazada. Y os aseguro ingenuamente que, á medida que contemplo y trato de profundizar el sentido de nuestra bellísima alegoría, me confirmo en mi creencia y opinión: eso me está diciendo á voces el alma arrebatada á las fauces de Satanás por María, brazo derecho de Cristo, como la llama un Santo Padre; eso están clamando los corazones reunidos por María á Jesucristo, el cual con sus divinas manecitas parece que los ablanda y modela y conforma con el Suyo. Y ¿qué? la experiencia no está demostrando lo mismo? ¿Quién mantenía vivo y forzoso el espíritu cristiano de nuestros padres, sino la devoción á la Madre Santísima de la Luz? ¿No recordáis cómo esta devoción formaba brillante aureola en torno de la apostólica figura del primer Obispo (1) de León? ¿No recordáis cómo esta devoción irradiaba

[1] Ilmo. Sr. Dr. D. José M. de Jesús Díez de Sollano y Dávalos.



ba serena y dulcísima en el alma de aquel piadoso y elocuente sacerdote (1) que fué muchos años magistral de esta santa Iglesia? . . . Interminable sería, si pretendiera hacer desfilar una á una á vuestros ojos tantas personas como acuden á mi mente, quizás desconocidas para vosotros. Pero en el fondo de la vuestra se dibujan aun como en plácido lago, los rostros de vuestros antepasados: ¿os acordais de su fe tan sólida como sencilla? de su adhesión á la autoridad de la Iglesia? de su celo por las costumbres cristianas? ¿Habéis reflexionado cuál era el nervio de sus católicas virtudes? habéis investigado dónde templaban su corazón para la lucha que continuamente hay que sostener, si se quiere ser católico á derechas? ¿Qué templo visitaban más que este santuario? dónde era más larga y fervorosa su oración, que en el acatamiento de esa Imagen? qué dulces y persuasivas eran sus palabras cuando os hablaban de su Madre Santísima! qué generosos cuando se trataba de honrarla y festejarla! ¡Madre Santísima de la Luz! esta era la exclamación de regocijo en lo próspero; esta la invocación espontánea en lo adverso; con ella tal vez sellaron, al morir, los labios marchitos, como prenda de felicidad perdurable! Ahora entiendo por qué dispuso la Santísima Señora que en este mismo lugar se alzara el trono de su misericordia, y la cátedra de un sucesor de los apóstoles; el alcázar donde ella misma estuviese de guardia en defensa de los suyos, y la atalaya donde un príncipe de la Iglesia velase por la conservación de la Fe; ahora entiendo por qué, así como en otros Santuarios hizo brotar fuentes milagrosas ó enriqueció con celestial eficacia las que ya existían, de la misma suerte ordenó que aquí, á raíz de su altar corriese el manantial de aguas vivas que salta hasta la vida eterna; ahora puedo legítimamente deducir que lo que obraba esa Imagen en diversos pueblos y ciudades, por ministerio de aquel religioso varón Juan Antonio Genovesi, eso mismo quie-

[1] Sr. Pbro. D. José de la Merced Sierra.

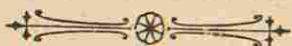
re hacer ahora permanentemente en su ciudad y pueblo escogido: implantar, desarrollar y conservar las ideas y los sentimientos católicos!

¡Oh pueblo felicísimo! ¡Oh ciudad dichosísima!, donde todos nacen bajo la influencia de este Astro bienhechor! dichosa ciudad, donde nunca se apaga ni desvanece ese Faro esplendoroso, por muy desencadenadas que ruján las tempestades de la vida! dichosa ciudad, donde reflejan en los quebrados ojos del moribundo, los rayos de esa Luz, no como crepúsculo de una breve dicha que pasó, sino como alborada de una eternidad bienaventurada que empieza! ¡Afortunada patria mía! Una y mil veces te felicito; una y mil veces me complazco en tu venturosa suerte; una y mil veces te ruego no permitas que tanta dicha se te vaya de entre las manos! Y, puesto que la patria no tanto son las calles y las plazas, cuanto vosotros que me escuchais, á vosotros me dirijo; oíd los deseos del último de vuestros compatriotas; recibid benignamente los ruegos y exhortaciones del más indigno ministro del Altísimo. Yo sí me regocijo (¿para qué negároslo?) al ver á nuestra común patria radiante de vida y de juventud, entrar de lleno por la espaciosa y deleitable senda del adelantamiento material. Yo deseo ardientemente, ya que aun tiene á gala coronarse de espigas y de amapolas, que sus campos sean los más fértiles, que luzca en ellos un cultivo inteligente y laborioso y al empuje de la moderna maquinaria os rindan ciento por uno; yo me gozaría sobremanera en que vuestra industria fuera buscada y estimada entre todas las del país y nada tuviera que envidiar á la extranjera, yo me enorgullecería, si vuestra ilustración en todos los órdenes del humano saber rayase muy alto y fuese respetada de propios y extraños. Pero, ¡que no adolezca la Fe de Jesucristo que aun vive sana y vigorosa en vuestras amenas campiñas; que no desaparezcan de vuestras fábricas y talleres las imágenes de Cristo Crucificado y de su Madre Santísima; que no os falte valor para confesar y practicar, dondequiera y delante de quienquiera,



los principios católicos! Si el espíritu del mal lograra arrancar del corazón á vuestros obreros y á vuestros colonos la única religión que ofrece á todos la felicidad verdadera é individual, para condenarlos á amansar con su sangre la dicha que sólo gozan unos cuantos ó ha de redundar solamente en beneficio general de la humanidad; si llegaran á contentaros demasiado los frutos de una civilización pagana é impía.....

Pero, he dicho que solo iba á manifestaros mis deseos; pues, el más entrañable, mi sueño dorado, sería que en medio de la corrupción de costumbres y desbordamientos de errores que nos cercan, León se conservase incólume, que reinasen aquí en todo y sobre todo Jesucristo y su Madre bendita! ¿Será posible? ¿será posible que como en otro tiempo la respetaron ejércitos disciplinados y hordas de bandidos, así la pestilencia de los errores modernos tampoco inficionase el purísimo ambiente de acendrado catolicismo que aquí se respira? será posible? Y ¿lo he dudado? ¿No anduvo el pueblo de Dios, seguro por el desierto hasta llegar á la tierra prometida, guiado por aquella columna lucidísima? Pues, la Madre Santísima de la Luz quiere ser vuestra guía. ¿No se gozaba de la luz del sol en el privilegiado país de Rameseí, mientras envolvían espantosas tinieblas lo restante de Egipto? Pues la Madre Santísima de la Luz es lumbrera inextinguible, sostén de la fe católica y ortodoxa. ¡Ah! mirad siempre á la que os dió á conocer á Dios; no apartéis los ojos de la que os trazó en Jesucristo Señor Nuestro el modelo del hombre en verdad santo y dichoso; no volváis las espaldas á la que vive en medio de vosotros para haceros partícipes de todos los bienes que la Religión Católica encierra: *venerunt mihi omnia bona pariter cum Illa.*



# SERMON

*formada  
razón*

DEL

## SANTISIMO NOMBRE DE JESUS,

PREDICADO

En esta Santa Iglesia Catedral

POR EL SR. CURA LIC.

D. TIBURCIO MEDINA,

El Domingo 16 de Enero de 1898.



LEON

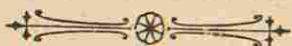
IMPRESA DE GOMEZ HERMANOS

1898



los principios católicos! Si el espíritu del mal lograra arrancar del corazón á vuestros obreros y á vuestros colonos la única religión que ofrece á todos la felicidad verdadera é individual, para condenarlos á amansar con su sangre la dicha que sólo gozan unos cuantos ó ha de redundar solamente en beneficio general de la humanidad; si llegaran á contentaros demasiado los frutos de una civilización pagana é impía.....

Pero, he dicho que solo iba á manifestaros mis deseos; pues, el más entrañable, mi sueño dorado, sería que en medio de la corrupción de costumbres y desbordamientos de errores que nos cercan, León se conservase incólume, que reinasen aquí en todo y sobre todo Jesucristo y su Madre bendita! ¿Será posible? ¿será posible que como en otro tiempo la respetaron ejércitos disciplinados y hordas de bandidos, así la pestilencia de los errores modernos tampoco inficionase el purísimo ambiente de acendrado catolicismo que aquí se respira? será posible? Y ¿lo he dudado? ¿No anduvo el pueblo de Dios, seguro por el desierto hasta llegar á la tierra prometida, guiado por aquella columna lucidísima? Pues, la Madre Santísima de la Luz quiere ser vuestra guía. ¿No se gozaba de la luz del sol en el privilegiado país de Rameseí, mientras envolvían espantosas tinieblas lo restante de Egipto? Pues la Madre Santísima de la Luz es lumbrera inextinguible, sostén de la fe católica y ortodoxa. ¡Ah! mirad siempre á la que os dió á conocer á Dios; no apartéis los ojos de la que os trazó en Jesucristo Señor Nuestro el modelo del hombre en verdad santo y dichoso; no volváis las espaldas á la que vive en medio de vosotros para haceros partícipes de todos los bienes que la Religión Católica encierra: *venerunt mihi omnia bona pariter cum Illa.*



# SERMON

*formada  
razón*

DEL

## SANTISIMO NOMBRE DE JESUS,

PREDICADO

En esta Santa Iglesia Catedral

POR EL SR. CURA LIC.

D. TIBURCIO MEDINA,

El Domingo 16 de Enero de 1898.

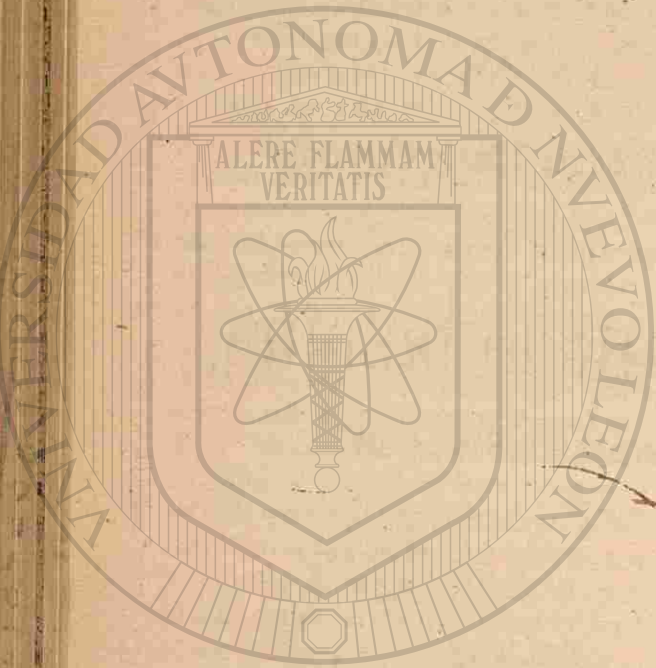


LEON

IMPRESA DE GOMEZ HERMANOS

1898





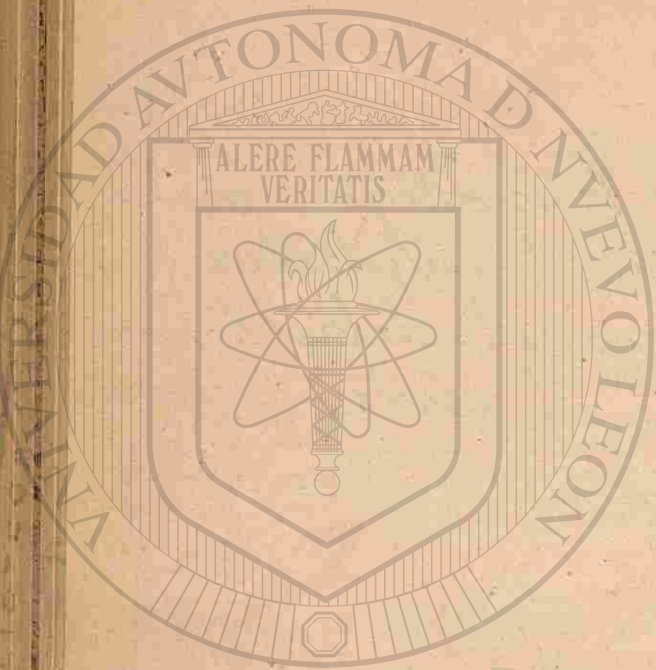
Leon, Marzo 19 de 1898.

M. Sr. Canónigo Director  
Lic. D. Antonio  
López, con el debido  
respeto. El actor.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





“Gobierno eclesiástico de León.—León, Febrero 10 de 1898.  
“Pase á la censura del Sr. Pbro. D. Secundino Briceño, Catedrático del Seminario Conciliar. Lo decretó y firmó el Sr. Vicario Capitular.—M. f. *Velázquez*.—*Eugenio Olaz*, Pro-srio.”

“Ilmo. Señor:—Conforme á lo que Usía Ilustrísima tuvo á bien determinarme en el decreto que antecede, he leído cuidadosamente el manuscrito del Sermón que predicó en esta Santa Iglesia Catedral, en la Festividad del Dulce Nombre de Jesús, el Sr. Cura Lic. D. Tiburcio Medina; y en cumplimiento de mi obligación, debo manifestar que además de que esta pieza oratoria tiene á mi juicio un mérito incontestable, por la solidez de su discurso teológico, y especialmente por la oportunidad de sus muchas alusiones escriturarias, creo que su lectura podrá proporcionar á los fieles materia muy copiosa para devotas y elevadas meditaciones y excitará en ellos fervorosos sentimientos de piedad.

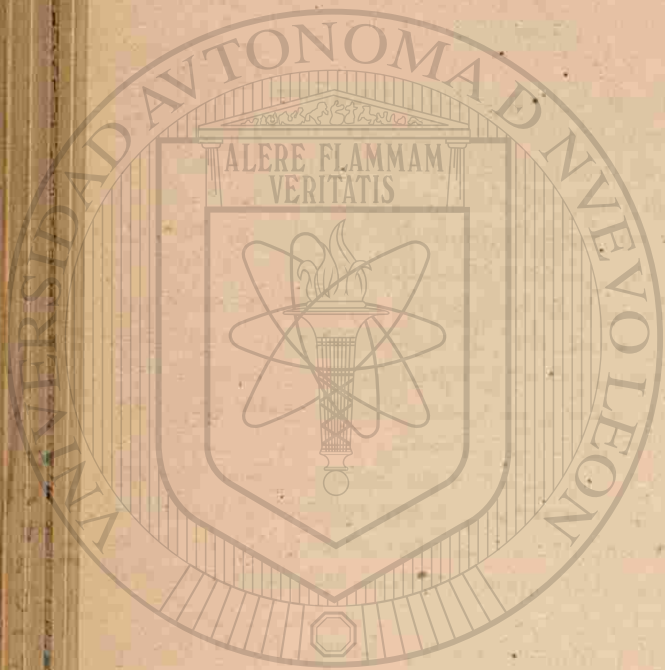
“Juzgo pues, que V. S. I. podrá dar su licencia para la impresión y publicación del manuscrito á que me refiero. No obstante lo expuesto, sujeto enteramente mi parecer al de V. S. I., haciéndole al mismo tiempo las más espontáneas protestas de consideración y obediencia.

“Dios guarde á V. S. I. muchos años.—León, Febrero 21 de 1898.—*Secundino Briceño*.

“Ilmo Sr. Vicario Capitular Lic. D. José M. Velázquez.—Presente.”

“León, Febrero 22 de 1898.—Habiendo tenido la satisfacción de oír nos mismo el Sermón que trata de imprimirse, y visto el dictámen tan favorable del Sr. Pbro. Catedrático D. Secundino Briceño, damos nuestra licencia para que se imprima y publique, cuidando de que se remitan á nuestra Secretaría dos ejemplares del referido Sermón. Lo decretó y firmó el Sr. Vicario Capitular.—M. f. *Velázquez*.—P. m. de S. S. *Eugenio Olaz*, Pro-srio.”





Propter quod et Deus exaltavit illum, et donavit illi nomen quod est super omne nomen.

Por lo que Dios lo exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre.

*S. Pablo á los Philipenses, cap. 2 ver. 9.*

ILMO. SEÑOR:

**J**AMÁS pude pensarlo, carísimos oyentes, y ¿quién pudiera haber imaginado que después de las tristísimas ceremonias que anteayer se han celebrado en esta Basílica, había de presentarme yo el primero delante de vosotros, para anunciaros la palabra de Dios en esta festividad? ¿Quién pudo prever el funesto acontecimiento que penetrados de sorpresa y de temor todos lamentamos, que ha consternado profundamente á toda esta ciudad, que oscureció el brillo y cubrió de luto los muros y altares de este magnífico templo? Aún me parece ver muy de cerca, desde este mismo lugar, el levantado y encendido catafalco y descubrir en su centro, quebrantado por el terrible golpe de la muerte, al que hace cuatro días era el segundo Obispo de León.

Asímismo, desde este elevado sitio, creo contemplar todavía al egregio y dignísimo Prelado de Querétaro, que obsequioso y deferente, quiso presidir los funerales de su difunto amigo, improvisando penoso viaje hasta ésta, de la Capital de su Diócesis, y aparecer revestido con preciosos ornamentos, pontificando en los divinos oficios, ritualmente cortejado por este M. I. y V. Cabildo, y por más de un centenar de Párrocos, Sacerdotes y Levitas que repitiendo los inspirados acentos del Profeta, las profundas y sentidas quejas de Job y las fúnebres oraciones de la Iglesia, hicieron resonar las bóvedas del Santuario, pidiendo al Padre de las misericordias y Dios de toda consolación, la eterna beatitud para el alma de Nuestro Reverendísimo Prelado.

Vosotros, por la tarde del mismo viernes, en rico y lujoso féretro, llevásteis sobre vuestros hombros su cadáver, hasta más allá de los muros de esta ciudad, hasta su distante y última morada; lo



hicísteis descender hasta el oscuro fondo del sepulcro, la tierra cubrió sus mortales restos, y el nombre del Señor Dr. Dn. Tomás Barón y Morales, Dignísimo Obispo de León, pasó á la historia ..... Así lo repite el lúgubre clamor de los sagrados bronceos que en toda la extensión de la Diócesis anuncia la vacante de Episcopado; el luto continúa riguroso, pues esta Santa Iglesia ve allí desierto el trono y vacía la encumbrada Sede que por tres lustros ocupara el último de sus Pontífices; (1) y en su augusto peso no quiere ni admite otro consuelo, que el que vosotros piadosa y filialmente le ofreceis, derramando vuestras lágrimas y vuestros ruegos al pié de los Altares delante del Altísimo.

Mas ¿llegarán hasta el Señor vuestros votos y fervientes plegarias? ¿inclinará desde los cielos sus oídos para escucharos en su gran misericordia? ¿se concederá al punto el eternal reposo al ilustre finado, que es la inestimable gracia que pedís con tan grande anhelo? ¡Ah, hermanos míos! herido vuestro Pastor, yo os miro también quebrantados y aterrorizados por la violenta presencia de la muerte, que aquí mismo levantó sus trofeos y dejó hondamente marcadas sus huellas, y esto con justicia os hace temer y temblar, sintiendo, sin duda alguna, el peso de vuestra miseria y de vuestra indignidad.

Pero no vacileis, nada temais; yo vengo de parte del cielo á dissipar con el soplo de la divina Palabra, la oscura y pesada bruma de amarguísimos recuerdos y serios temores; vengo á encender en vuestra alma la bellísima luz de la esperanza; confiad, y todo prontamente lo alcanzareis. Y ¿porqué lo asegurais con tanta firmeza? me preguntareis. ¿Porqué? porque esta gracia que pedís y otros mil y mil divinos carismas que esperamos, los hemos pedido al Padre de las misericordias por el nombre de su Unigénito Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, y escrito está en el libro de su eterno Testamento: que todo lo que pidiéremos al Padre en su Nombre, todo nos será concedido: (2) porque no hay otro Nombre debajo de las estrellas, en el que puedan ser salvos los vivos y los muertos. (3)

Nombre Santísimo, Nombre Divino es el nombre de Jesús, que levantado por la inspiración del Apóstol hasta el punto de

1. El Ilmo. Sr. Barón fué trasladado de Chilapa, su primera Mitra, á ésta de León el 21 de Septiembre de 1882, é hizo su entrada en esta ciudad el 30 de Enero de 1883, habiendo vivido con nosotros 15 años menos 17 días.

2. S. Juan XVI. XXIII.

3. Act. Apost. Cap. IV. v. XII.

tangencia de la muerte y de la vida, de las humillaciones y de la gloria, es Nombre sobre todõ nombre.

Madre Santísima de la Luz, Madre del Amor Hermoso, del temor y de la Santa Esperanza, (1) alcánzame la gracia que tanto necesito para hablar del Nombre de Jesús tu Hijo, Tú, cuyos inocentes labios lo saludaron al nacer de tus Virginales entrañas, pronunciándolo más dignamente que el Angel que te lo anunciara llamándote: Llena de gracia.

*Ave María.*

Propter quod etc.

En el estilo correcto y elegante del Evangelista San Lucas se nos dice, como acabais de escuchar, que llegados los ocho días después de nacido el Niño Dios, en que debía ser circundado, se le dió por nombre el de Jesús, como lo había llamado el Angel, antes que por el Espíritu Santo fuera concebido en el vientre de la Virgen. (2)

Quien quiera que haya leído las Sagradas páginas del Evangelio, y haya fijado atentamente sus miradas en la Sagrada é interesantísima persona de Nuestro Señor Jesucristo, habrá notado desde luego, con la esplendorosa luz que derrama su celestial doctrina y perfectísimo ejemplo, tres sobresalientes cualidades que la dignifican, la enaltecen y divinizan. Y ¿cuáles son esas tres singulares prerrogativas del Salvador del Mundo? Son, hermanos míos: el Ser misterioso en su origen; portentoso en la carrera de su admirable vida; y en el término de esta misma vida, glorioso, gloriosísimo. Su origen es la Eternidad, (3) su virtud la Omnipotencia, y su gloria es su meritísima y divina exaltación sobre la tierra, cuando atrajo á sí mismo la admiración de todos los hombres y de todos los siglos. (4)

Estas mismas excelencias, estos sorprendentes caracteres de que está revestida la personalidad de Jesucristo, las encuentro yo en su Santísimo Nombre, que adoro profundamente y bendigo con toda mi alma, como inefable y misterioso en su invención é imposición; portentoso en su invocación, y gloriosísimo en su exaltación, hasta ser Nombre sobre todo nombre.

Y ¿quién impuso al niño recién nacido de María, en la oscura

1. Eccle. 24. 24.

2. San Luc. Cap. 21.

3. Mich. 5. 2.

4. Joan. 12. 32.



gruta de Belén, nombre tan admirable y santo como el adorable nombre de Jehová, (1) con el que se halla en perfecta consonancia? ¿Quién otro pudiera haber sido que el mismo Dios, que de los inagotables tesoros de su gracia y de las altísimas riquezas de su ciencia y sabiduría escogió este Nombre tan precioso para que con El fuera conocido, invocado y adorado el Redentor de los hombres? (2) Y ¿con qué derecho impuso Dios mismo el nombre á nuestro amabilísimo Jesús? Y no os escandaliceis, hermanos míos, al oírme, pues yo con vosotros adoro reverente en el Señor nuestro Dios, toda verdad, toda razón y toda justicia; continuad pues prestándome vuestra piadosa y delicada atención. ¿Con qué derecho, torno á decir? ¿será con el derecho de Creador Universal de todo lo que existe, de los seres visibles y de los invisibles? No, no, debo responderos, confirmando vuestra católica Fé; porque Jesucristo no es creatura; sino la imágen sustancial, viva y perfectísima de Dios mismo, (3) el esplendor de su gloria, su eterno y divino Verbo. Y si Dios se manifiesta portentoso cuando llama á su presencia á las aguas del mar, y de amargas las convierte en dulces y potables; si lo es cuando numera y llama por su propio nombre á las estrellas del firmamento; (4) si misteriosamente cambia el nombre de Abram en el de Abraham, y el de Jacob en Israel en el antiguo Testamento; (5) y el de Simón en Pedro y el de Boanerges el de los hijos del Zebedeo en el nuevo, (6) es infinitamente más admirable cuando impone el nombre á Jesucristo, porque El es Inventor, El es el Autor de Nombre tan misterioso. Desde la altura de relucientes nubes, ya sobre las corrientes del Jordán, (7) ya sobre la cima del Tabor, (8) con la entonación propia de su deífica Magestad, lo declara solemnemente su Hijo muy amado en quien tiene sus infinitas complacencias. Y así pues, con el derecho soberano de su propia, eterna y fecundísima Paternidad, (9) de la que desciende y tiene nombre toda paternidad, en los cielos y en la tierra, (10) impone el nombre de Jesús á su Unigénito.

1. Jac. Pinto. De Christ Crucifix. tit. 3. Loc. 2.
2. Phot in Cat. Grec. Cat. Ant. Div. Thom. in Luc. 1.
3. S. Paul. ad Hebr. 1. 3.
4. Psal. 146. 4.
5. Gen. 17. 6.
6. S. Juan 1. 42. Act. Apost. 13. 9. S. Marc. 3. 17.
7. Math. Cap. 3. 17.
8. Ibid. Cap. 17.
9. Cyril. Lib. de Ret. Fid. Cat. Grec.
10. S. Paul. ad Eph. 3. 15.

Nombre Santísimo como el Nombre de su Eterno Padre, (1) pues en El destella desde luego su inefable Santidad, rodeada con el ingente resplandor del mismo Sol de Justicia, Jesucristo, que allá en los cielos, en las inaccesibles regiones de lo infinito, es Santo como Su Eterno Padre, y tres veces Santo, como lo oyó ensalzar el extasiado Isaías en la maravillosa visión de su gloria: (2) y para decirlo de una vez, El es lo Santo vaticinado por el Angel (3) y magnificado así, con este título inefable, por su misma augusta Madre. (4) Santo personal y sustantivamente, pues esta es calidad que corresponde á solo Dios, como perfección absoluta de su incomprendible grandeza. (5)

Esta amable Santidad del Niño Dios santificó aún antes de abrir los ojos á la luz que nos alumbrá á su insigne Precursor, á Juan Bautista cuando todavía estaba envuelto en las telas del materno seno; (6) esta amable santidad recibió en su nacimiento el humilde tributo de los sencillos pastores de Belén que se postraron delante de su Cuna, (7) así como los ricos y preciosos obsequios que al adarlo le presentan los Reyes Magos del Oriente; (8) es la misma que adorara el Santo anciano Simeón al recibirlo en sus brazos, (9) y que admiraron llenos de asombro, allá en el templo los sabios y doctores de Israel. (10)

Santo es el Nombre del Señor, exclamaba el inspirado cantor de sus grandezas y de su gloria, (11) quien apostrofando á Su Magestad le decía: Señor, Señor, cuán grande y cuán maravilloso es tu Nombre en toda la tierra, (12) su grandeza y majestad se elevan sobre los cielos, y su digna alabanza solo la profiere la boca inocente de los niños y de los infantes.

Y el nombre de Jesús es tan admirable como el nombre de Jehová, terrible y Santo. (13) El nombre de Jehová por su gran virtud, allá sobre el Horeb conserva sin consumirse la zarza ardiendo en abrasadoras llamas; (14) convierte en serpiente la vara de

1. Pinto, tom. 1º L. 4. N. 114, 115, 116, tit. 7, Loc. 4.
2. Isaías, cap. 6, v. 4.
3. Luc. cap. 2. 21.
4. Ib. cap. 1. 49.
5. Sum. Theo. Q. 3. Art. 2.
6. S. Luc. cap. 1. 44.
7. Ib.
8. Math. cap. 2.
9. Ib.
10. Ib. 46.
11. Psal. 110. 9.
12. Psal. 8. 1. 9.
13. Nomen Jesus est quoque Tetragrammaton hebr. ling. Mysteriosum sen Inefabile. Pint. de Christ. Crucific. L. 4º.
14. Exod. 3. 2. Act. 7. 33.



Moisés; (1) hace florecer la vara-seca de Aarón; tiñe en sangre las aguas de los ríos; (2) divide las del mar rojo hasta descubrir sus profundísimos abismos; (3) levanta en líquidas murallas, para dar paso al Arca Santa, las altas corrientes del Jordán; (4) la tierra se conmueve en sus cimientos, los montes se incendian, llueve de los cielos delicioso maná sobre el desierto y brotan refrigerantes aguas de los peñascos para alimentar y dar de beber á todo un pueblo (5) fugitivo. Por el adorable Nombre de Jehová queda sepultado Faraón en el mar rojo con los valientes escuadrones de su ejército, (6) y el abismo devora vivos á Coré, Datán y Abirón (7) que sacrilegamente le quemaban incienso; pero ¿cómo podré referir todos los milagros que constan en las Sagradas páginas del otro Testamento, obrados por el poderoso nombre del Señor?

Y ¿por ventura, podré deciros los insignes portentos que obró por nuestro amor y para gloria de su Nombre el mismo Hijo de Dios en persona? ¿En qué otro nombre ha podido la humanidad admirar más insignes prodigios ó recibir más grandes misericordias? Todo el poder divino de Jesús parece no descansar de hacer obras estupendas que llenaban de admiración á las turbas, obras que marcadas con el sello de la divinidad patentizaban la providencial misión que había traído á la tierra y la excelencia de su Nombre que invocan por todas partes, la miseria, la desgracia, la orfandad y el infortunio.

Jesucristo manifestándose como el Dios de las virtudes en los tres años de su vida pública, realiza las promesas (8) que habían sido hechas al pueblo de Israel, y salva á la humanidad, que de asiento estaba bajo las negras sombras de la muerte, (9) disipando la niebla impura de nuestras ignorancias, derramando la luz sobre la inteligencia con la divina predicación de sus labios, y con el encanto y persuasión de su Palabra; confirmando al mismo tiempo con milagros su celestial enseñanza. (10) El sana todas nuestras dolencias, enjuga nuestras lágrimas y atiende á todas nuestras miserias con su inagotable misericordia.

La naturaleza no pudo resistir á su poder, los elementos todos,

1. Ib. 4. 17.
2. Ib. cap. 7. vs. 11. 12. 17.
3. Ib. cap. 14. 16.
4. Jos. 3. 3.
5. Psal. 113. 8.
6. Exod. 14. 27. 28.
7. Num. 16. 31.
8. S. Luc. 24. 25 y 26. Act. Apsot. cap. 7. v. 37.
9. S. Luc. 1. 79.
10. Ac. e, 1º v, 1.

prontos obedecen á su imperio, y huyen en precipitada fuga nuestras enfermedades, por el suave contacto de su mano; por la palabra de su boca; por la mirada de sus ojos, y aún por el ligero roce de su humilde vestidura. (1)

Diez y nueve siglos han pasado, cincuenta y siete generaciones se han levantado sobre la superficie de la tierra, y no han podido admirar todavía justamente los milagros de Jesucristo; ¿quién jamás obró tantas y tan grandes maravillas? ¿quién poseyó el secreto de dar tan fácilmente la vista á un ciego de nacimiento, (2) que á gritos lo llamaba diciéndole: Jesús, Hijo de David, ten compasión de mí? ¿quién jamás ha convertido el agua, en vino rico y delicioso, como El lo hizo en Caná de Galilea? (3) ¿quién como Su Majestad multiplica en el desierto cinco panes y dos pececillos para dar de comer á cinco millares de hombres que escuchaban su palabra? (4) ¿quién consolida los mares para andar con pie firme sobre las aguas? (5) ¿quién con sola su presencia conjura y atormenta á los demonios, (6) en el cuerpo mismo de los posesos, hasta hacerlos prorrumpir en espantosos clamores, diciendo: ¿qué tenemos nosotros contigo Jesús, Hijo de Dios? has venido á atormentarnos antes de tiempo.....(7)

Por su virtud divina, estos endemoniados quedan libres de los demonios, (8) los febricitantes sienten que desaparece en ellos la maligna calentura, (9) los paralíticos se levantan del lecho de su postración, y sanos regresan á su casa; y así como los ciegos ven invocando su admirable Nombre, oyen los sordos, andan los cojos, hablan los mudos, quedan limpios los leprosos, (10) resucitan los muertos, y á los pobres se predica el Evangelio, (11) según el concluyente testimonio del mismo Jesucristo, respondiendo á los legados del Bautista, que en nombre de su Maestro le interrogaban ¿si El era el Mesías prometido al mundo? Id pues, les decía, y en vuestro regreso, referid á Juan todo lo que habeis visto y todo

1. S. Math. 9. 20.
2. S. Math. 20. 31.
3. S. Joan. cap. 2. 7. 8.
4. S. Joan. cap. 6. 11.
5. S. Joan. cap. 6. 19. Sum. Theo. 14. 25. Part. 3. Q. 45. Inocent. L. 4. et Math. Mutes Mis.
6. S. Math. 8. 29.
7. Ante Judicium mundi, quod factum est in Cruce dum princip hujus mundi foras ejicitur.
8. Ibid.
9. S. Luc. 4. 12.
10. S. Luc. cap. 17. 12. 13.
11. S. Math. 11. 5.



lo que habeis oído. Oh, felices nosotros, si hubiéramos visto lo que ellos vieron y hubiéramos oído lo que ellos oyeron: (1) sin duda que para bendecir á este divino Taumaturgo, levantando la voz hubiéramos exclamado como aquella muger evangélica en medio de las turbas: "*Beatus venter qui te portavit, et ubera quae susti-*" (2) Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te alimentaron.

El Océano de la Omnipotencia pareció desbordarse para llenar el inmenso vacío de todas nuestras miserias, llevando sus bienhechoras olas hasta las remotísimas riveras de lo posible: (3) pues quiso que su Nombre, en la secuela de los siglos, fuera conocido y adorado, como era admirada su doctrina en la predicación que brotaba de sus labios, y como era admirada la secreta y poderosísima virtud que de El se desprendía para sanar todas nuestras enfermedades. "*Virtus de illo exibat et sanabat omnes.*" (4)

Virtud admirable (5) que parece esconderse entre los grandes misterios de Jesucristo, que brilla en sus portentos, y que se deja ver con toda la gloria de la Santísima Persona del Dios Hijo, sobre las mismas sombras de su muerte, cuando fué exaltado de la tierra para atraer á sí todas las cosas. (6)

Allá en los eternos decretos estaba marcada la hora de la grande y misteriosa exaltación de su Nombre Sacrosanto.

El mismo Divino Maestro decía á sus discípulos: ya llega prontamente la hora en que sea glorificado el Hijo del Hombre, (6) y Yo siento el alma tan violentamente agitada, que no sé ni qué pensar ni qué desear. ¿Qué haré Yo? ¿qué pediré á mi Padre? ¿Le rogaré que me libre de las terribles angustias de esta hora, y de los tormentos y la muerte que me están preparados? no, pues para esto he venido al mundo; y así le diré: Padre, Padre, glorifica tu Nombre Santo. (7) Y aun no se perdía el eco de estas reverentes palabras cuando como el trueno que descarga la tempestad y hace estremecer las montañas, se oyó la voz del cielo que decía: Ya lo he glorificado y otra vez lo glorificaré. "*Clarificavi et iterum clarificabo.*"

1. S. Luc. 10. 23.

2. S. Luc. 11. 27.

3. S. Joan Dam. Orth. Lib. 1º cap. 12.

4. S. S. Luc. 6. 19.

5. Sum. Theo. 1ª Parte, 9. 25. art. 3.

6. S. Joan. cap. 12. 28.

7. S. Joan. cap. 17. 25. 6.

Lo había glorificado en efecto, como lo habeis visto, con insignes misterios y portentos; pero le había reservado una nueva gloria para su dolorosísima Muerte, (1) en que debía terminar por su Nombre y con su sangre, la obra de nuestra redención; sangre inocentísima que muy de otra manera que allá en Belén, continuó derramándose en el huerto de los Olivos, en la tristísima noche de su Oración, (2) cuando la presencia de los tormentos, de la Cruz y de la muerte saturaban su Alma de amargura y de dolor, que lo hacían clamar al Cielo con grandes voces: Padre, Padre, si es posible aparta de mí este cáliz; mas, no se haga mi voluntad sino la tuya. Noche de temores, de sobresaltos y de indefinible desconsuelo, en que su pecho resiente la terrible lucha del amor á los hombres y de su negra ingratitud; el fuerte y duro combate de la vida y de la muerte en que oprimido hasta el extremo su generoso corazón, hace brotar la sangre de su frente inmaculada, hasta humedecer la tierra, y desfallecido y postrado, no parece posible separar ya de la muerte, su profundísima agonía; mas desde el horrible abismo de su desolación, se esfuerza y recobra aliento para invocar de nuevo á su Eterno Padre. ¡¡Jesús mio!! en la última desoladora noche de nuestra vida, por tus angustias y tus lágrimas en el Getsemaní, por tu sangre y tu agonía, concédenos pronunciar tu dulce Nombre: (3) que haga la luz en aquellas tinieblas nuestras, que nos aliente, que nos proteja, y que nos salve; pues es la única preciosa prenda que puede asegurarnos de nuestra futura dicha en aquel horrible trance!

Y por tres veces clama al Cielo; desciende el ángel del Señor para confortarlo, (4) y generosamente apura hasta las heces el acibarado cáliz que le presenta. (5) Y al instante se precipitan sobre El, más de 500 soldados, sin contar los fariseos, los príncipes de los sacerdotes, sus ministros y los magistrados del pueblo; con tan estruendoso aparato, atropelladamente lo aprehenden, (6) pues á vil precio habían comprado su Persona. (7) ¿A quién buscais? les dice el Señor. (8) A Jesús Nazareno, respondieron ellos, y al pronunciar sacrilegamente Nombre tan sagrado cayó sobre sus es-

1. S. Luc. cap. 22. 44.

2. Dicit apostolus: Nemo potest dicere: Dominus.

3. Jesus nisi in Spiritu Sanct. Ad Cor. cap. 12. v. 3.

4. S. Luc. 22. 43.

5. S. Luc. 22. 43.

6. S. Joan. 18. 3. et Math. 27. 3. 5.

7. S. Math. 27. 9.

8. S. Joan. 18. 4. 5.



paldas toda aquella turba insolente. Y Jesús de nuevo les habla y les dice: esta es vuestra hora ¡oh potestad de las tinieblas! (1)

Y con la traición mas negra y repugnante, se inaugura violentamente la sangrienta catástrofe del Calvario, en la que se ve con horror la siniestra combinación de circunstancias acumuladas para el más terrible y doloroso sacrificio del más inocente y del más noble de los nacidos.

Ninguno entre los hijos de los hombres fué tratado con más ingeniosa crueldad, ni con barbarie más atroz é inaudita: el insulto, la calumnia, la violencia y los ultrajes, hicieron padecer hasta lo sumo á nuestro amable Redentor, cuya veneranda Cabeza se veía cercada de penetrantes espinas, que le hicieron heridas profundas é insufribles; (2) reducido á la afrentosa desnudez de los esclavos, le ponen en su mano una caña por cetro, y como á rey de burlas lo saludan con ofensivos sarcasmos é insolentes genuflexiones.

Cruelmente flagelado (3) y presentado á los ojos de la multitud como el hombre del dolor, el pueblo clama y exige á una voz que sea crucificado (4) para privarlo del honor y de la vida, á la vez que pide el indulto de la muerte y la libertad de un insigne facineroso, de un ladrón, de un homicida. (5) ¡Cuánta humillación para el pacientísimo Jesús, cuánta sangre, cuán costoso y tremendo sacrificio para labrar la gloria de su Nombre Santo. Con la Cruz sobre sus llagados hombros es llevado hasta la cima del Calvario, su cuerpo era una sola llaga, y manando sangre de su herida frente, su Rostro amabilísimo se veía manchado.

En estado tan lastimoso lo clavan con crueles y duros golpes, y levantándolo crucificado, el pueblo lanza un grito infernal de regocijo, burlando cobarde y despiadado sus angustias, sin que lo muevan á compasión, ni el verlo indefenso y desnudo; ni sus estremecimientos y agonías. Los unos gritan, estos rién, aquellos blasfeman, los otros pasando por delante de la Cruz (6) profieren horribles maldiciones, y apostrofándolo le dicen: ¡Vaya! Tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, sálvate á ti mismo; (7) y los príncipes de los sacerdotes y los escribas, sin

1. S. Luc. 22. 53.  
2. S. Math. 27. 29.  
3. S. Marc. 15. 15.  
4. Ibid. 15. 14.  
5. Ibid. 15. 14.  
6. S. Marc. 15. 29.  
7. Ibid. Ibid.

temblar sobre aquella escena de sangre y de horror, también lo maldicen, diciendo: Si Tú eres Dios, sálvate si puedes; baja de la Cruz y creeremos en Ti; (1) y los verdugos en fin también le dicen con sarcasmo: tú salvaste á otros y á ti mismo no puedes salvarte, líbrate de nuestras manos.

Entretanto, creciendo horriblemente la furia y gritería de la plebe, el tumulto y atropellamiento de las gentes, y por dondequiera la confusión y el horror, llega un instante en que todo queda en silencio: ¿qué es lo que pasa?..... Los ministros de Pilatos van á ejecutar las últimas terminantes órdenes del presidente romano, levantando un gran cuadro de madera que colocan en lo mas alto de la Cruz, y en el que están escritos, en hebreo, en griego y en latín la causa y el nombre del Crucificado. (2)

Luego que pueden fijar la vista en aquella nueva escritura, los pontífices y los príncipes de los sacerdotes reconocen en ella un grande ultraje á su nación, y protestan delante de Pilatos, pidiendo que se sustituya por otra; mas Pilatos no los atiende, y con un rasgo extraordinario de firmeza que antes no tuvo, les responde con desprecio: "Lo que he escrito, escrito queda." *Quod scripsi, scripsi.* (3)

Y muere la víctima divina exclamando con grande voz: Padre en tus manos encomiendo mi espíritu. (4) Y queda escrito su Nombre Sacrosanto sobre la altura del leño ignominioso de que está pendiente, y la tierra queda envuelta en densas tinieblas: los cielos pierden su belleza, el sol se eclipsa, la luna aparece como teñida en sangre, las piedras y peñascos se quiebran chocando las unas con las otras, el velo del templo se rompe y divide en dos partes, se abren los sepulcros y resucitan los muertos. Y todo el gentío que asiste á este negro espectáculo, al leer este Nombre Divino se vuelven hiriéndose el pecho y pidiendo perdón de tan grande iniquidad. (5)

Y ¿quién es, hermanos míos, el que escribe por la vez primera el Nombre Santísimo del Salvador del Mundo, el Nombre de Jesús, el inmortal regenerador de la especie humana? ¿Es por ventura alguno de los hombres santos de Dios, cuyos cuerpos milagrosa-

1. S. Marc. 15. 32.  
2. S. Math. 17. 37. Marc. 15. 26. Luc. 13. 38. Joan. 19. 19.  
3. S. Joan. 19. 20. 21. 22.  
4. S. Luc. 13. 46.  
5. S. Luc. 24. 48.



mente acaban de resucitar levantándose del sepulcro? (1) ¿es algún intrépido discípulo que anhela por hacer allí mismo en el Calvario la pública confesión de su fé en el Crucificado? ¿son acaso los apóstoles que despojándose del temor y susto que los había puesto en fuga, vienen ya impertérritos á morir con su Divino Maestro, como antes lo habían protestado allá en el huerto? (2) Nó, hermanos míos, ya lo veis; ni los profetas, ni los discípulos que habían escuchado su doctrina y habían sido favorecidos con sus milagros, ni los apóstoles á quienes había hecho sus íntimos amigos, son los que primeramente escriben su Nombre y lo publican; sino Pilatos, el juez inicuo que lo sentencia á la muerte de Cruz.

El es quien escribe su Nombre, y como místico diadema lo coloca sobre su Cabeza coronada de espinas; (3) él es quien escribe su causa y oficialmente la publica, autorizándola como presidente romano, y sin duda con la potestad (4) que de arriba se le ha otorgado: él es quien escribe el título propio, el Nombre del Divino Ajusticiado y lo levanta sobre la Cruz en que espira.

Título, escritura ó causa, (5) como le llaman los Evangelistas; causa, de la inocencia del más santo de los nacidos, horriblemente sacrificada para redimir con su sangre la vida de los inicuos; título, inmortal del Salvador y Redentor del mundo: escritura, en fin, de gracia, de reparación y de vida que abroga y para siempre el terrible decreto de muerte y de esterminio, (6) fulminado contra nosotros allá en el Paraíso desde el principio.

¡Cuántos misterios, cuántas maravillas! Tres reyes magos, primicias de la gentilidad, son los primeros que vienen de remotísimas regiones á buscarlo; y pública y oficialmente lo adoran en Belén recién nacido, ofreciéndole preciosos dones; (7) y un gentil, el presidente romano en la Judea, el mismo juez que lo condena al sangriento suplicio de la Cruz, es quien publica en el extremo de la misma Cruz su Nombre Sacrosanto.

Y Pilatos en tres idiomas escribe la causa y el Nombre de Jesús Nazareno Rey de los Judíos, para identificar con él á la víctima sacratísima que había de recibir en la secuela de los siglos toda bendición y toda alabanza, como lo justifica el Apóstol. Lo escri-

1. S. Math. 27. 52.
2. S. Luc. 22. 49.
3. 2ª Cor. 3. 7. Orig. Trat. 35 in Math.
4. S. Joan. 19. 11.
5. Psalms. 55. 56. 57. 58.
6. Math. cap. 2. 11.
7. Psalm. 50. v. 20.

be en hebreo, porque su muerte, que es la salvación del mundo y gloriosa redención del hombre, es el grande acontecimiento de los siglos, lleno de consoladores recuerdos para la gentilidad, y de negra remembranza para el pueblo deicida, que disperso en todas las naciones de la tierra, llevando sobre sí la sangre del Justo, después de millares de años no ha podido huir de la justa maldición que por todas partes lo persigue. (1) Y el Nombre de Jesús es el Nombre de su Mesías prometido, del Angel de su Testamento, del suspirado por sus patriarcas y vaticinado por sus profetas: este nombre y esta causa se escriben sobre la Cruz para su ignominia. Más tarde, cuando la benignidad de Dios vuelva á su pueblo, cuando se reedifiquen los muros destruidos del templo y juntamente con el sacrificio inmortal de justicia acepte el Señor los sacrificios de sangre y los holocaustos; cuando se compadezca de su queridísima Sión, (2) entonces los hijos de Israel y de Judá doblarán la rodilla é inclinarán la frente al Nombre de Jesús, y publicarán sus alabanzas, como con ardor lo suplicaba el más inspirado de sus profetas.

Lo publica también en griego, para que la Grecia, emporio del saber y rica de talentos, que lo adoraba *Ignoto Deo*, como al Dios desconocido, en el altar que en Atenas le había levantado, lo adorara después como al Divino Maestro, como á la Sabiduría de Dios, cuyos más grandes misterios había de defender en los venerandos jurados del Oriente, en aquellas inmortales é inspiradas asambleas.

Lo publica, en fin, en el sabio y cadencioso idioma de Lacio, que era el de Roma, la reina del mundo pagano, famosa por sus hazañas y conquistas, por su poder y por sus riquezas, que mandó en triunfo sus águilas hasta los confines del globo; para que por la misma divina virtud de este Nombre portentoso se convirtiera en la ciudad de los papas, en el glorioso centro del catolicismo, colocando el lábaro y el Nombre del Crucificado sobre la cúspide del Capitolio. (3)

Y de esa ciudad en la serie de diez y ocho siglos, como del Cenáculo en la cuna de la Iglesia, han salido cual centellas abrasadoras para todas las regiones del mundo los predicadores de la verdad infalible, los propagadores de la doctrina de Jesús, que han

1. S. Math. 27. 25.—23. 35.
2. Ps. 50. 20 et Act. Ap. 16. 17.
3. Para formar un pueblo y sostener después su autonomía, se necesita: lenguaje, costumbres y ley. Luego la Iglesia, para formar un pueblo católico, necesitó un idioma universal, que hasta ahora es el latín: costumbres que son las humanas y sobre humanas; y leyes las naturales y divinas. (*Pensamiento del Ilmo. Sr. Sollano, primer Obispo de León*)



anunciado su Nombre divino á todos los pueblos y naciones: Nombre santo, dulcísimo para los labios que lo pronuncian, para los oídos que lo escuchan, para los corazones que lo aman. (1) La apacible y divina luz que se desprende de sus sacratísimos arcanos, embelesa á las almas y llena de encanto al corazón; porque este Sacratísimo Nombre encierra en sí admirablemente para los mortales, toda vida, todo bien, toda esperanza. De tal manera está ligado con los misterios de la gracia y de la gloria, con lo pasado y con el porvenir; de tal modo comprende en su alta significación la economía de los inconcebibles y altísimos designios de Dios, que me parece imposible separarlo en su significación é interpretación propias, del inefable Nombre de Jehová, pues en él revela y manifiesta Dios á los hombres su inagotable Poder, su inefable sabiduría y su interminable duración de un modo más grandioso y profundo que en algún otro de los nombres divinos, (2) descubriéndonos mayor número de perfecciones, y mostrándonos con mayor claridad la existencia de misterios consoladores, que jamás hubiera podido pensar ni penetrar la humana inteligencia.

Este Nombre que es sobre todo nombre sintetiza divinamente los infinitos merecimientos de Jesucristo, y es el emblema inefable de su inmensa gloria; es el don perfecto, la dádiva excelente (3) que el Padre de las Luces reservara misteriosamente á su Unigénito Hijo hecho Hombre, para el instante supremo en que consumara su heroico sacrificio, y de este modo coronarlo con el mismo su propio Nombre, de honor y de gloria, y hacer que los cielos, la tierra y los infiernos, al solo escucharlo, doblaran la rodilla para adorarlo, y publicaran que Jesús Nuestro Señor está en la gloria de su Eterno Padre.

Allá está, carísimos oyentès, en el Sancta Sanctorum del Empíreo, en donde penetró por su propia Sangre (4) para eternizar nuestra Redención y dar al mundo su Nombre santo, cuyos altísimos misterios veneramos profundamente, cuyos milagros estuporosos admiramos y cuya Gloria aplaudirán los siglos de los siglos. Sus misterios acrecen y vivifican la Fé Católica; sus portentos afirman y elevan nuestras esperanzas, y su gloria infinita y deslumbradora y su amor inmenso, incendia nuestro pobre corazón.

Alabe y ensalce el Nombre de Nuestro amabilísimo Jesús, la tierra con sus valles, montañas y collados, revestidos de flores, de

1. Div. Bernard. Serm. 13. Cant. et 2º super Circuncis.  
 2. Maschan Rationale Evangeli et Hort. Pastorum de Smo. Jesu Nom.  
 3. Jac. 1. 17.  
 4. D. P. ad Heb. 9. 12. 25.

árboles y frutos, y los mares con la extensión y multitud de sus aguas; despléguese para admirarlo los espacios bordados de estrellas; extienda el sol sus vivos resplandores, y derrame la luna la melancólica claridad con que alumbrá la noche; los jóvenes y las doncellitas, los niños con los ancianos, los pobres y los ricos, bendigan el Nombre de Aquel que Solo ha merecido ser exaltado sobre los ángeles y sobre los hombres; humíllense para adorarlo, en fin, los cielos y la tierra, y el empireo levante sus puertas luminosas y abra sus espléndidos palacios para tributarle todo honor, toda alabanza.

Toda alabanza, porque ésta debe ser tan digna y tan perfecta, tan santa y tan gloriosa, como su admirable Nombre (1) que es el emblema de sus trofeos, el título de su grandeza y la enseña de sus méritos y de sus triunfos. Jesús es la vida y su Nombre es el oleo misterioso que alimenta la vida de los espíritus. El es la luz y su nombre persigue y replega hasta los abismos las tinieblas de nuestros errores é ignorancias; es la columna de fuego que alumbrá nuestros pies en este penosísimo destierro; es el faro que derrama sobre el alma, en las borrascas de nuestra existencia, su luz esplendente y protectora.

El está escrito al principio del Libro Divino, como lo testificó delante de su Eterno Padre al entrar en el mundo (2) el mismo Dios Humanado, y El también está escrito en el último Libro del eterno Testamento, como un sello santo grabado allí por el sublime Vidente de Patmos, (3) que decía: Ven, Señor Jesús, ven. *Veni Domine Jesu. Veni citius.*

Apresura pues tu venida en nuestro auxilio ¡Jesús Divino! Derrama ya sobre nosotros la lluvia copiosa y fecundante de tus gracias, anticipa en nosotros tus innumerables misericordias y defiéndenos de nuestros enemigos espirituales y corporales, visibles é invisibles, con la Virtud irresistible y poderosísima de tu nombre. Por El, para hacernos participantes de tu Vida, abriste las puertas de nuestra vida, y por El mismo encontraste la salida de la muerte; ¡éxito gloriosísimo que Tú solo pudiste alcanzar; que á Tí solo, Señor, estaba reservado (4) al espirar en la Cruz! Por estos incomprensibles secretos, por estos estupendos milagros, bendice, Jesús mío, á todas las naciones de la tierra; conjura, con la gran-

1. Psalm. 4. 7. 11.  
 2. Ad Hebr. 10. 5. 6. 7.  
 3. Apoc. 22. 29.  
 4. Psalms. 67. 21.

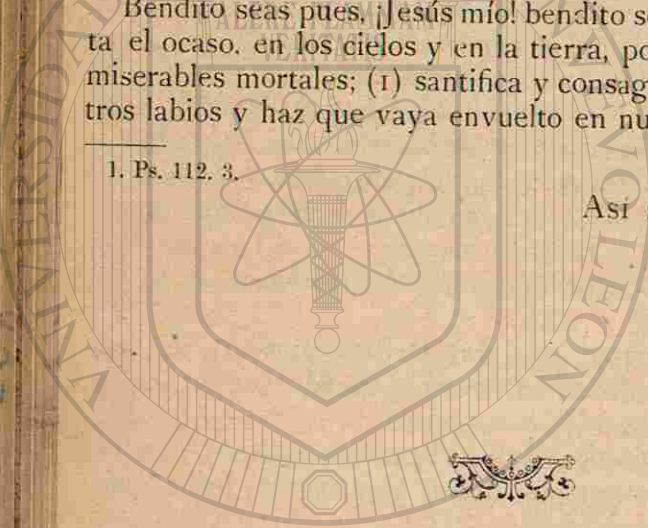


deza y gloria de tu Nombre, la negra borrasca de la revolución que oscurece los horizontes del mundo y amenaza hacer correr por todas partes la sangre de los pueblos; bendice á la Nación Mexicana, que te reconoce y ensalza, y á esta devotísima ciudad, que hoy, con los cielos, la tierra y los abismos, adora tu Nombre que es sobre todo nombre, pidiéndote humildemente la eterna felicidad para nuestro difunto Prelado: manda ya que tus ángeles lleven su alma al Paraíso, pues está signada con el sello inviolable de tu Augusta Trinidad, y mientras fué en esta vida, creyó en Tí y en Tí tenía colocada su esperanza.

Bendito seas pues, ¡Jesús mío! bendito seas, desde la aurora hasta el ocaso, en los cielos y en la tierra, por los ángeles y por los miserables mortales; (1) santifica y consagra con tu Nombre nuestros labios y haz que vaya envuelto en nuestro último suspiro.

1. Ps. 112. 3.

ASI SEA.



# SERMON

*Tomada razon*

EN HONRA

## DE LA GLORIOSA ASUNCION

DE MARÍA SANTÍSIMA,

PREDICADO

EL 15 DE AGOSTO DE 1866,

EN LA CATEDRAL DE LEON,

POR SU PRIMER OBISPO Y FUNDADOR

EL DR. Y MTRO.

D. JOSE MARIA DE JESUS

DEZ DE SOLLANO Y DAVALOS.

Quien lo dedica á su Illmo. y Venerable Cabildo, por cuyo acuerdo se imprime para edificacion del Venerable Clero y del Pueblo fiel de la Diócesis.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEON. 1866.

IMPRESA DE PABLO GOMEZ.

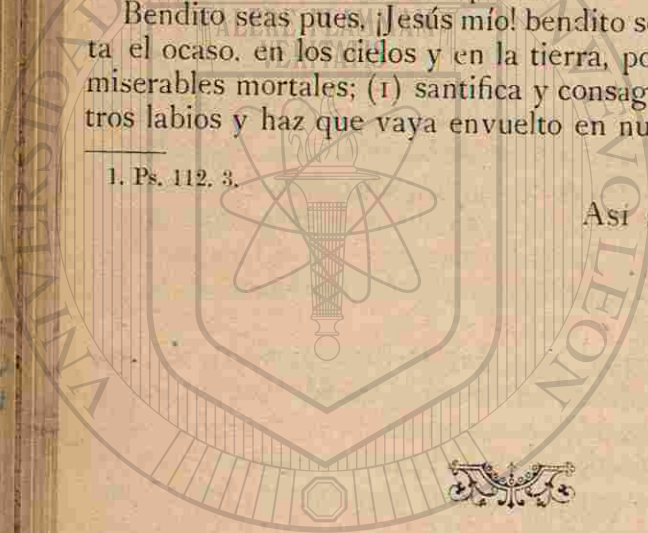


deza y gloria de tu Nombre, la negra borrasca de la revolución que oscurece los horizontes del mundo y amenaza hacer correr por todas partes la sangre de los pueblos; bendice á la Nación Mexicana, que te reconoce y ensalza, y á esta devotísima ciudad, que hoy, con los cielos, la tierra y los abismos, adora tu Nombre que es sobre todo nombre, pidiéndote humildemente la eterna felicidad para nuestro difunto Prelado: manda ya que tus ángeles lleven su alma al Paraíso, pues está signada con el sello inviolable de tu Augusta Trinidad, y mientras fué en esta vida, creyó en Tí y en Tí tenía colocada su esperanza.

Bendito seas pues, ¡Jesús mío! bendito seas, desde la aurora hasta el ocaso, en los cielos y en la tierra, por los ángeles y por los miserables mortales; (1) santifica y consagra con tu Nombre nuestros labios y haz que vaya envuelto en nuestro último suspiro.

1. Ps. 112. 3.

ASI SEA.



# SERMON

*Tomada razón*

EN HONRA

## DE LA GLORIOSA ASUNCION

DE MARÍA SANTÍSIMA,

PREDICADO

EL 15 DE AGOSTO DE 1866,

EN LA CATEDRAL DE LEON,

POR SU PRIMER OBISPO Y FUNDADOR

EL DR. Y MTRO.

D. JOSE MARIA DE JESUS

DIEZ DE SOLLANO Y DAVALOS.

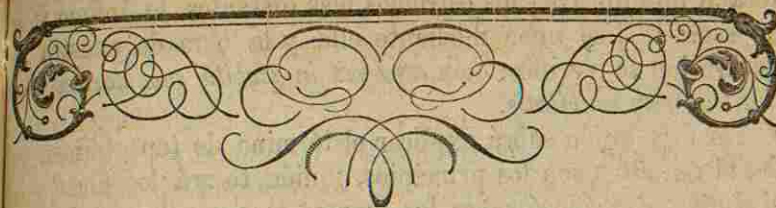
Quien lo dedica á su Illmo. y Venerable Cabildo, por cuyo acuerdo se imprime para edificacion del Venerable Clero y del Pueblo fiel de la Diócesis.

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEON. 1866.

IMPRESA DE PABLO GOMEZ.





*Sub umbra illius, quem desideraveram,  
sedi. cant. c. II. v. III.*

A la sombra de aquel, á quien yo habia  
deseado, me senté.

**U**RES son las mas grandes festividades de la VIRGEN MARIA, Señora nuestra, á cuyo rededor se agrupan todas las demas; así como tres son los singularísimos acontecimientos de su extraordinaria vida; uno en el principio, otro en el medio y otro en el fin de la misma. En el principio, en su CONCEPCION sin mancha sale de la boca del Altísimo [1.] primogénita con preferencia absoluta sobre toda otra mera criatura, risueña como la alborada del día mas alegre, bella y apasible mas que la luna en noche serena, pura y resplandeciente no como el sol, ni como el ángel, ni como el serafin mas encumbrado, sino semejante solo á su HACEDOR: los astros de la mañana la saludan, el sol y la luna la admiran, las hijas de Sion sorprendidas salen por mirarla, y el mismo Dios su Criador la aplaude y enamorado de tanto primor, la dice: *averte oculos tuos á me, quia ipsi me avolare fecerunt.* [2.]

En el medio de su Santísima vida llega á tanto el suavísimo olor de sus virtudes, que se eleva hasta el cielo, hinche el espacio de las esferas, penetra hasta el reclinatorio del Rey de la gloria y atrae desde hallí con tan rico aroma al Unigénito que está en el seno del Padre: entonces el Verbo de Dios se hace hombre; Ella se hace Madre, pero Madre Virgen; su dignidad

(1) Sap. (2) Cant 6. 4.



toca al infinito; [3.] los extremos mas distantes, lo ínfimo y lo supremo [4.] se unen mediante ella; y la obra de nuestra regeneracion se verifica: *dum esset rex in acubitu suo, nardus mea dedit odorem suavitatis.*

Pero, ¿y quién sabrá explicar el término de tan gloriosa vida? si tan altos son los principios, ¿quién tocará los fines? Si el cimiento se colocó sobre los montes mas excelsos de santidad, [5.] ¿qué ojo alcanzará á mirar el remate altísimo de palacio tan suntuoso? No, confesémoslo ingenuamente, no es dado á inteligencia humana, no diré ya encomiar, mas ni describir sencillamente acontecimiento tan grandioso: él supera con mucho á todos los artificios de la elocuencia mas valiente, y aún á la mas vasta capacidad angélica. Los transportes de aquella alma purísima, la fiesta del cielo á la entrada de la Señora, la inmensidad de su premio, la gloria de su Criador ¿quién pudiera al menos barruntarlo?

¿Qué haré pues Señora mia en este dia de tus glorias? hablarlas no me es dable, callarlas es imposible, ¿que haré? sino volverme á tí y reconocer y confesar ingenua y humildemente mi absoluta insuficiencia; y pedirte que ya que mi torpe lengua va á oscurecer y empañar las glorias de tu magnífico triunfo, recibas siquiera el amor filial con que lo celebra esta mi santa Iglesia, de cuya devocion debo ser hoy pobre intérprete. Alcánzame te ruego la gracia que para ello necesito.

### AVE MARIA.

No sin grande misterio (pero misterio de suma misericordia) ha ordenado la Providencia del Señor, que la Santa Iglesia multiplicase las festividades de María, Nuestra Reina y Señora: para que así como su proteccion es perpetua, es continua, es universal; así nuestra memoria fuese peremne, nuestra gratitud sincera y nuestro amor y confianza filial y sin límites. Pero, á decir verdad, entre todas estas solemnidades ¿cual obtiene la primacía? ¿no es indudablemente aquella que celebra el mayor de los acontecimientos de la vida de María? y he aquí desde luego la razon cabal, la aplicacion satisfactoria de por

- (3) S. Thom. (habet quandam dignitatem infinitam)  
(4) S. Joan. Dam. *Inna sumis*  
(5) Ps. 86 *Fundamenta ejus in montibus sanctu.*

—5.—  
qué, la Asuncion de la Madre de Dios es la mas antigua de las festividades de María, celebrada en la Iglesia universal, desde los santos Apostoles hasta hoy; [6.] encomiada, no por este ó aquel Padre de la Iglesia, ni de un modo pasajero, sino por todos y de intento; [7.] defendida sin discrepancia por el glorioso coro de los Doctores de la misma Santa Iglesia; [8.] ensalzada á porfía en todo el orbe Católico por los ingenios mas profundos, por las plumas mas doctas, y por los oradores mas elocuentes; [9.] venerada en fin y reverenciada con las mas vivas emociones de una piedad y devocion ardentísima por los fieles de todas las edades y de todos los países. Porque ella forma el epílogo de los merecimientos y de las glorias de María, y ella es tambien el apoyo solidísimo de nuestras mas seguras esperanzas mediante su patrocinio ilimitado. En una palabra, MARÍA asentada bajo la sombra de su bien amado en el magnífico solio de suma gloria correspondiente á su augusta y excelsa dignidad de Madre de Dios y á su merecimiento sin igual, es á un mismo tiempo objeto nobilísimo á la par que tierno de nuestros cultos; y origen fontal y fecundísimo de nuestras dichas preteritas, de nuestras esperanzas futuras: mas breve, MARÍA EN SU ASUNCION GLORIOSA ESTA EN LA PLENITUD DE LA DICHA BAJO LA GLORIA DE SU HIJO; Y NOSOTROS EN LA PLENITUD DE LA CONFIANZA BAJO LA SOMBRA DE LA SEÑORA: *sub umbra illius, quem desideraveram, sedí.*

En efecto, para formarnos algun concepto de la gloria á que María es hoy sublimada, se hace preciso recorrer aunque sea muy en compendio los privilegios de este dia. Pero, ¿y que lengua los sabrá explicar? ¿quién me diera haber acompañado en aquella dichosísima muerte á los santos Apóstoles, que segun S. Dionisio [10.] testigo presencial, se reunieron milagrosamente allí, para poderla yo describir? ¡Oh y quien hubiera asistido á su gloriosa resurreccion, y hubiera visto levantarse aquella mística Arca de santidad por manos de millares de ángeles y ser conducida procesionalmente hasta el Empireo! Espectácu-

- (6) Veanse los menologios griegos y martirologios latinos.  
(7) Vease á Fr. Luis de Granada sobre el asunto.  
(8) Consúltese á S. Tomas.  
(9) Vease entre otras la coleccion completa de los oradores franceses recientemente impresa en Paris.  
(10) D. Joan. Dam. Orat 2 de dormit. Virg. circa finem.



lo fué este, hermanos míos, que como escribe S. Bernardo [11.] aun á los ciudadanos del Paraíso proporcionó grandes creces de suprema alegría; la misma celestial Patria resplandeció henchida de los fulgores de aquella lámpara virginal; y al resonar allí la voz encantadora de esta agraciadísima Tórtola se derritieron de amor aquellas superiores inteligencias y resonó en lo mas alto la acción de gracias y la voz de la alabanza: *gratiarum actio et vox laudis*. Y á decir verdad, si nosotros mortales en este hondo y oscuro valle de lágrimas, sentados á las márgenes del río de Babilonia, todavía así nos regocijamos de solo contemplar á María que sube de nuestra tierra como su fruto mas excelente, así nos unimos en espíritu á la tropa de inteligencias angélicas que la acompañan, así nos transportamos de regocijo y alegría purísima, que nos parece mirar al sol, la luna y las estrellas que se inclinan á su tránsito por acatarla, que creemos ya escuchar las melodías angelicales, que parecemos ver salir á su encuentro al viejo Adán, al venerable Noe, al padre de los creyentes Abraham, al rey David saltando de júbilo y entonando un cantar nuevo á la cabeza del coro de los Profetas, solo por mirar á esta su hija tan bella y agraciada ¿qué pasaría por aquellos moradores de la gloria, testigos y partícipes de recibimiento tan solemne, de fiesta tan grandiosa?

Mas lo que verdaderamente causa pasmo contemplar y la lengua enmudece al quererlo proferir, es la grandeza de la Reina que sube, la gloria de su cuerpo, la magnitud del gozo de su alma y aquellos mutuos coloquios y aquel ósculo de amor entre el Hijo y la Madre. Creo cierto, hermanos míos, que adelantándose el Hijo al ver venir á su amadísima Madre la salió al encuentro, la estrechó con su diestra y puso tiernísimamente la siniestra bajo su cabeza: *laeva ejus sub capite meo et dextera illius amplexabitur me*. Y ella luego le dijo aquel bellísimo epitalamio: [12.] *osculetur me osculo oris sui*. Sí, con razon los espíritus celestiales alternando en coros se preguntan extáticos ¿quién es ésta que sube de ese desierto del mundo, llena de deleites, apoyada y reclinada sobre su amado; graciosa como la alborada del día, hermosa y rutilante como el sol y magestuosa como un grande y ordenado ejército? *¿Quæ est*

[11] Serm. 1. de arum. V. M.

[12] Cant. 1. v. 1.

*ista?* ¿Quién es ésta, repite el otro coro, ésta que sube del desierto, su estatura gallarda como los cedros del Líbano, su cabeza como el Carmelo, sus ojos divinos, vivos y hermosos como los estanques de Esebon; su fragancia como el suavísimo aroma compuesto de los perfumes de la mirra y del incienso, cuyo grato olor despedido por sus vestiduras hinche los cielos? *¿quæ est ista?* La voz del Hijo se hace oír, y sus robustosacentos resuenan en las bóvedas celestes diciendo: ven amada mia, paloma mia, hermosa mia, toda inmaculada, ven del Líbano para ser coronada *veni, coronaberis*; [13.] por que ya pasó el Invierno, cesado han las aguas y el rigor de los frios, ya brotan las plantas y se visten de verdor y flores los campos levántate amiga mia y ven: *surge amica mea et veni*.

Mas ¿quien podrá explicar, ni aun pensar la alegría del corazon de la Virgen Madre al escuchar tan dulces y regaladas palabras de Hijo tan amado y tan glorioso y tan deseado? ¡Oh! cuan pobre es en comparacion de esta dulzura aquella del Patriarca Jacob, cuando á la vista de su amado José prorrumpió en estas tan expresivas palabras: (14) ¡Ahora sí, hijo mio, ya moriré alegre, ni la muerte misma perturbará mi alegría por haberte visto cual te veo! Así llegó María á las puertas del cielo; y á su llegada los ángeles que la venian cortejando dijeron: [15.] Príncipes que custodiais las puertas eternas, levantadlas para que entre la Reina de la gloria: si quereis saber ¿quien es Ella? Ella es la esforzada y poderosa en la batalla; la que quebrantó bajo su planta la serpiente antigua: alzad pues vuestras puertas eternas y dad paso á nuestra Reina: si de nuevo preguntais ¿quién es Ella? sabed que Ella es la madre de nuestro Dios; Ella es la Reina y Señora de la gloria. A su entrada se agrupan millones de millones de ángeles para mirarla en su glorioso tránsito por las magníficas galerías de aquella celestial mansion ricamente vestidas de suprema gala para fiesta tan grandiosa; y se agrupan y se estrechan y se apiñan en tal grado que, como los vió David mil años antes, los ángeles que hacen la guardia á la Señora, mandan á los ángeles que habian quedado en el cielo, que abran camino y den paso á la Reina: *iter facite ei...iter facite ei*: [16.] y ellos la miran y se recrean en mirarla y no se sacian con verla: y Ella

(13) Cant. 4. 8. (14) Gen. 46. (15) Ps. 23. (16) Ps. 67. v. 5.



(17) vestida de púrpura recamada del oro de ofir de la mas acendrada caridad, y circuida de la variedad mas vistosa de los adornos de todas las virtudes, penetra hasta el solio del Rey de la gloria, y toma asiento en el trono que le tiene preparado á su diestra: (18) y allí descanza tranquila bajo la sombra del bien amado de su alma. *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

Pero ¿y quién dudará que, además de la inefable gloria esencial correspondiente á aquella gracia original recibida en su Concepcion immaculada, y aumentada con creces casi infinitas hasta su felicísimo tránsito por méritos sin número, recibió tambien este dia la Señora un poder y amplitud de dominio sin restriccion sobre todo lo criado? Ella es hoy en efecto coronada Emperatriz Soberana sobre el cielo, la tierra y el abismo: su nombre augusto se dá como enseña de la salud, y se manda pronunciar con profundo respeto en todo lugar: el serafin besa anonadado su planta: Miguel á la cabeza de los ejércitos celestiales le jura rendida obediencia: los Patriarcas, los Profetas, los santos todos en nombre del género humano le rinden homenaje, y la aclaman por honra de nuestro linage, gloria de nuestro Pueblo, alegría de nuestra pobre tierra. Luzbel y sus infelices secuaces aúllan de furor y en precipitada fuga se esconden en lo mas hondo del aberno. Pero todo esto ¿quién duda que sea en pro del hombre miserable? Ese poder vastísimo, ese imperio ilimitado, ese dominio absoluto ¿á quién aprovechará sino á nosotros siervos, hermanos, hijos en fin de tan amable como augusta Reina? ¿para quién, sino para nosotros serán aquellas entrañas de Madre? ¿á qué fin ejercerá su imperio sobre sus obedientes ángeles, sino para nuestra tutela? ¿en qué ocasion desplegará todo su poder contra las formidables huestes infernales, sino cuando peligremos sus hijos? Nuestra es pues su gloria, nuestro su magnífico triunfo, nuestro su poder y su imperio: descansenmos sosegados y tranquilos bajo su amable y benéfica sombra: *sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

Paréceme hermanos míos que al entrar María en la gloria se repitió en una escala incomparablemente mas alta el pasage que leemos en el Libro de Tobias: (19) presentóse á su Padre el Joven Tobias y le dijo: Padre, ¿que merced le daremos á este

(17) Ps. 44. (18) Reg. c. 2.º v. 19. (19) Job. c. 2.

insigne conductor? ¿que cosa podrá corresponder á sus beneficios? él me ha llevado y traído sano; él me ha dado esposa; él me libró de los peligros del camino; él causó la alegría en la casa de mi esposa y de mi Padre; ¿qué le podremos pues dar que sea condigno? mas pídoté, Padre mio, que le ruegues se digne tomar para sí la mitad de todo lo que ha traído. Paréceme, dijo que al entrar María en el cielo se presenta ante el solio del Eterno Padre su Unigénito humanado, y presentándole á María, le dice: Padre mio que me engendraste en los resplandores de los santos muy mas antes que brillara el lucero de la mañana, [20.] en el Hoy de tu eternidad, aquí tienes á mi Madre de quien nací en el tiempo por amor á los hombres; Ella me vistió en su vientre con esta humanidad; [21.] Ella me nutrió á sus pechos con dulcísima leche; Ella me libertó de la persecucion de Herodes; Ella me llevó y me trajo sano del Egipto; me acompañó, me sirvió, lloró conmigo; no me desamparó en el Gólgota, ni se me apartó en toda mi vida mortal; antes bien se asoció conmigo para la grande obra que me mandaste de la regeneracion del hombre, de la reconciliacion del cielo con la tierra, de la redencion de la humanidad: Ella hizo la alegría en la casa de mi esposa la Iglesia; y hoy la enaltece tambien en la casa de mi Padre, la gloria. Ruégote pues Padre mio que le demos no la mitad, sino todos los bienes que yo he traído con mi Encarnacion y tú me haz dado. Suya sea mi gloria, suyo mi triunfo, suya mi Iglesia, suyo mi Reino y mi solio y mi poder. Al punto el Padre con el Hijo y el Espíritu reciben á María, la coronan, la sientan en el solio y la declaran por COORREDENTORA del linage humano, por Madre verdadera de Dios, por Reina y Señora de la gloria y de la Iglesia y de la creacion entera. El Padre decreta que toda la gloria del Hijo humanado seda en honor de la Madre: el Hijo manda que ninguna gracia se otorgue sino por su conducto: (22) el Espíritu Santo quiere que su Esposa sea el reclinatorio de toda la Trinidad, y que sea revestida de la gloria de la magestad. (23) Al instante mil voces de alegría resuenan en el cielo, en la tierra y en la creacion entera; y María sentada bajo la sombra del bien amado de su alma, llena de gloria y

(20) Ps. (21) S. Ber: Vestis eum substantia carnis (de ver Apoc. c. 12)  
 (22) S. Ber. omnia nos habere voluit per Mariam. (23) S. Ber. vestiris gloria majestatis.



cubierta de magestad, descansa de una vez por siempre en el supremo gozo que cabe en el corazón de una pura criatura: *sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

Pero y bien, ¿la Señora por hallarse en este triunfo y sublimada á tanta gloria, habrá despojándose de los sentimientos maternales para con nosotros, por hallarse ya despojada de nuestra miseria? No, mil veces no: demasiado alto nos habla la montaña de Judéa á donde María fué presurosa sin esperar á ser llamada para santificar al Bautista, para llenar del Espíritu Santo á Isabel, para formar la alegría de aquella casa: [24] dígalo Caná de Galilea en donde María sin dar lugar á que los esposos sufrieran el bochorno de la falta de vino se apresuró á remediarlo: (25) hable el Gólgota, en donde María nos recibió por hijos en la persona de Juan: hable por fin la Iglesia universal y hablen todas las generaciones á la vez, las cuales una á una han venido proclamando á María con el dulce epíteto de bienaventurada, porque el Omnipotente obró en Ella cosas grandes en su favor, y por medio de Ella las está obrando sin cesar en favor nuestro. [26.] Sí, hermanos míos, desde que María se sentó en el Solio de su gloria, puede decirse que la humanidad entera se sentó con Ella también bajo su amparo, y se puso al abrigo de todos los males bajo su sombra; porque por medio de Ella como dice S. Agustín, *mutatur natura protoplastorum* todo se mudó; y aun los mismos males, para quien quiera aprovecharlos, se trocarán en bienes: *sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

Y si volvemos nuestra consideración á la Sta. Iglesia Católica erigida por los santos Apóstoles bajo los auspicios de María cuya ASUNCIÓN celebramos, ¿que tenemos ya que extrañar los innumerables beneficios con que el Señor la ha privilegiado y honrado sobre la tierra, debido todo sin duda á la protección de María? á Ella, sí, á Ella le es deudora de esa fé divina sellada con la sangre de tantos millones de mártires; que ni todas las convulsiones antireligiosas, ni todos los esfuerzos de la heregía y de la falsa filosofía que con especiosos nombres todo lo ha querido falsear en la última época, ni el infierno mismo con toda su astucia han podido arrancarla: á Ella

(24) S. Luc. c. 1.º v. v. 39 et sequent, (25) S. Joan. c. 2.º v. 1.º et sequent, (26) S. Luc. c. 1.

debemos esa gloriosa serie de Venerables Pontífices y santos Pastores que el Señor la ha dado en su misericordia; y que forman una prueba incontrastable de que bajo la protección de María, ni las puertas del infierno prevalecerán contra ella, [27] ni el espíritu de verdad la abandonará jamás, [28] ni le faltará nunca la fecundidad que le está prometida hasta el fin de los siglos: [29] á Ella.....; pero á dónde voy, ni para que empeñarme en una verdad que cuenta con tantos testigos cuantas Iglesias parciales ha habido y hay en la universal? ésta nuestra, es una de ellas; levantad, sí, vuestros ojos y mirad como desde el magnífico Solio de su gloria descende María y viene con prisa á visitar nuestra Patria y á plantear por sí misma esta viña fecunda, esta Iglesia mexicana: y allí, allí en el lugar mismo que santificó con sus plantas, allí en el Tepeyac, teneis el monumento perennal de nuestras glorias, el timbre de nuestra honra y la garantía mas cierta de que ésta bella porción del Catolicismo, la Iglesia mexicana, se halla bien asentada á su vez bajo el amparo y la sombra bienhechora de María: *sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

Y de la nuestra de Leon en especial, ¿qué diré? leed hermanos míos el oráculo del Vaticano, la Bula de su erección, ese monumento de su elevación al rango de una de las sillas Episcopales de la Iglesia mexicana; ¿qué dice pues? ¡Oh! y quien no se enternece al leer que esta Iglesia, esta misma Basílica en que estamos, está mandada erigir á gloria de Dios para honor de la beatísima MADRE DE LA LUZ: *Deo in honorem beatissimæ Virginis Lucis*, bajo cuya tutela queda colocada esta Iglesia y ciudad y Diócesis; y su Pastor y su Cabildo y su Clero y sus fieles. Con que también nosotros, y de una manera especialísima ¡y qué dichosos somos en ello! debemos descansar tranquilos bajo la sombra de la Reina que hoy sube á los cielos: *sub umbra illius, quem desideraveram, sedi.*

¡Oh Señora y Reina mía! sea mil veces en hora buena, porque hoy haz subido á lo mas alto de los cielos magníficamente gloriosa, cortejada de millones de ángeles, revestida del sol, con la luna á tus plantas y coronada de luceros: [30.] sea en hora buena, porque hoy haz recibido los justísimos homenajes

(27) S. Math. c. 16. (28) S. Joan: docebit vos omnem veritatem. (29) Ps. 44. Pro Patribus tuis nati sunt tibi Filii; constituis eos Principis super omnem terram. (30) Apc. c. 12 v. 1.



de la creacion entera que postrada á tus piés te venera por su Emperatriz Soberana; y en tí reconoce la primogénita que sale de la boca del Altísimo ataviada de la mas brillante hermosura, apasible y encantadora mas que la luz en el dia primero de los tiempos, rica, poderosa y revestida de magestad: sea en hora buena, porque hoy recibes el premio amplísimo debido á tus merecimientos y virtudes, y correspondiente á tu dignidad infinita de Madre verdadera de Dios: sea una y mil veces en hora buena por estas y por todas tus demás prerogativas, porque hoy eres recibida por tu Hijo Dios en el lugar mas digno del cielo, así como tú lo recibiste en tus Virginales entrañas que era el mas digno que darse pudiera acá en la tierra: por el inefable gozo de tu alma, por el ósculo de amor que mutuamente das y recibes de tu Hijo, por los deliquios de ferventísima caridad en que tu alma se derrite en la voz de tu amado. [31.] Goza en buena hora, Señora y Madre nuestra de este inmenso peso de dicha, y descansa dulcemente asentada para siempre bajo la sombra del bien amado de tu ánima, y recreáte con el dulcísimo fruto de tu amor; pero no te olvides, no, que somos una porcion de tus entrañas, siervos, hermanos é hijos tuyos: nuestro es tu triunfo, para nosotros tu valimiento y poder, en pro nuestro tu reinado en la gloria. Bajo la frondosa sombra de tu amparo y patrocinio descansa tranquila la Iglesia Santa estendida desde el Oriente al Ocaso y del Setentrion al Mediodia, y su Pontífice Sumo el Venerable Pio IX que acaba de coronar tus glorias con la declaracion del dogma de tu Inmaculada Concepcion, de tí confiesa haberlo recibido todo y de tí todo lo espera; escucha pues, su humilde súplica, su encendido ruego: escucha el de toda la Iglesia mexicana, y en especial el de ésta de Leon: hoy es el dia de mercedes y de gracias y hoy te pedimos la de que se conserve intacta en nuestro suelo esa fé que tú plantaste, sin menoscabo por la introduccion de sectas falsas en este Pueblo todo tuyo, todo Mariano; sino que antes bien seamos todos y siempre tuyos en el tiempo y la eternidad; y por tí vivamos en la gloria donde tú vives, que es la del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

(31) Cant. 5. v. 6.

## PANEGIRICO TEOLOGICO--DOGMATICO

DE

# LA TRANSFIGURACION DE JESUCRISTO

ESCRITO PARA

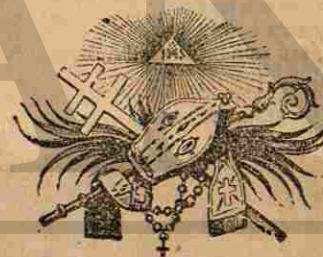
EL SERMONARIO MEXICANO

POR EL

PBRO. FR. JUAN RIVEROS

EX-MINISTRO PROVINCIAL

DE SAN DIEGO DE MEXICO



MEXICO  
TIPOGRAFIA DE ANGEL BASSOLS Y HERMANOS

Avenida Oriente, 14, número 147

Segunda Menores número 22

1890



de la creacion entera que postrada á tus piés te venera por su Emperatriz Soberana; y en tí reconoce la primogénita que sale de la boca del Altísimo ataviada de la mas brillante hermosura, apasible y encantadora mas que la luz en el dia primero de los tiempos, rica, poderosa y revestida de magestad: sea en hora buena, porque hoy recibes el premio amplísimo debido á tus merecimientos y virtudes, y correspondiente á tu dignidad infinita de Madre verdadera de Dios: sea una y mil veces en hora buena por estas y por todas tus demás prerogativas, porque hoy eres recibida por tu Hijo Dios en el lugar mas digno del cielo, así como tú lo recibiste en tus Virginales entrañas que era el mas digno que darse pudiera acá en la tierra: por el inefable gozo de tu alma, por el ósculo de amor que mutuamente das y recibes de tu Hijo, por los deliquios de ferventísima caridad en que tu alma se derrite en la voz de tu amado. [31.] Goza en buena hora, Señora y Madre nuestra de este inmenso peso de dicha, y descansa dulcemente asentada para siempre bajo la sombra del bien amado de tu ánima, y recreáte con el dulcísimo fruto de tu amor; pero no te olvides, no, que somos una porcion de tus entrañas, siervos, hermanos é hijos tuyos: nuestro es tu triunfo, para nosotros tu valimiento y poder, en pro nuestro tu reinado en la gloria. Bajo la frondosa sombra de tu amparo y patrocinio descansa tranquila la Iglesia Santa estendida desde el Oriente al Ocaso y del Setentrion al Mediodia, y su Pontífice Sumo el Venerable Pio IX que acaba de coronar tus glorias con la declaracion del dogma de tu Inmaculada Concepcion, de tí confiesa haberlo recibido todo y de tí todo lo espera; escucha pues, su humilde súplica, su encendido ruego: escucha el de toda la Iglesia mexicana, y en especial el de ésta de Leon: hoy es el dia de mercedes y de gracias y hoy te pedimos la de que se conserve intacta en nuestro suelo esa fé que tú plantaste, sin menoscabo por la introduccion de sectas falsas en este Pueblo todo tuyo, todo Mariano; sino que antes bien seamos todos y siempre tuyos en el tiempo y la eternidad; y por tí vivamos en la gloria donde tú vives, que es la del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

(31) Cant. 5. v. 6.

## PANEGIRICO TEOLOGICO--DOGMATICO

DE

# LA TRANSFIGURACION DE JESUCRISTO

ESCRITO PARA

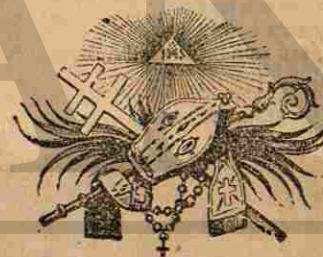
EL SERMONARIO MEXICANO

POR EL

PBRO. FR. JUAN RIVEROS

EX-MINISTRO PROVINCIAL

DE SAN DIEGO DE MEXICO



MEXICO  
TIPOGRAFIA DE ANGEL BASSOLS Y HERMANOS

Avenida Oriente, 14, número 147

Segunda Menores número 22

1890



Certifico que el presente sermón es un  
sobretiro fiel del que he publicado en el  
**SERMONARIO MEXICANO**, con licencia de la  
autoridad eclesiástica.

México, Abril de 1890.

## FE DE ERRATAS

PÁGINAS	LÍNEAS	DICE	DEBE
8	12	Eleazar	Baltasar.
10	17	podría	pretenderia.
11	6	de ser Dios	pretender ser Dios.
14	32	Redentar	Redentor.
15	10	un público	público.

## PANEGIRICO TEOLÓGICO-DOGMÁTICO

DE

### LA TRANSGURACION DE JESUCRISTO

*Nemini dixeritis visionem donec Filius  
hominis à mortuis resurgat.*

Guardad en vuestro pecho este secre-  
to hasta que el Hijo del hombre se le-  
vante de entre los muertos.

*Math., XVII, 9.*

Esta es la majestuosa expresión que acaban de oír de la boca de Jesucristo los felices espectadores de su gloria. Era inevitable encargarles el secreto, porque siendo la divinidad del Mesías un arcano impenetrable para los oráculos del gentilismo, esperaban que su venida fuese en el mundo un espectáculo de orgullo, y que hiciese á Jerusalem el teatro de las grandezas humanas. Esa vana filosofía que se lisonjaba de penetrar los más escondidos secretos de la razón, no alcanzó á ver la estrella de Jacob que alumbró al Hijo del Eterno. La soberbia había logrado un puesto ventajoso y la humildad empezaba á



4  
ejercer su poderoso dominio, mientras que los Maestros de la Ley encendian y llenaban de entusiasmo sus ideas. Por eso la cobardía de un príncipe ambicioso se aumentaba con la llegada de los Magos, porque creia que con su cautela ofuscarian su grandeza; antes bien contribuyó como un aviso para que los reyes de Arabia y de Sabá le presentasen sus dones.

Así, los suspiros y vehementes deseos de los Padres y Profetas de la antigua ley sobre el Mesías prometido, se habian ya verificado. Los cielos enviaron desde lo alto su rocío; las nubes llovieron al Justo y la tierra brotó al Salvador deseado. Todos los oráculos que lo anunciaron se cumplieron perfectamente. Las semanas de Daniel corrieron presurosas á su término; el mundo todo vió con admiracion el fin de las expresiones de Isaias y Micheas. Los hijos de Abraham se unieron entre sí, y por la consumacion de ambos Testamentos, Ismael é Isaac reconocen un mismo Padre. En fin, Jesucristo, Dios y Hombre verdadero y Salvador del mundo, habitó entre nosotros para hacernos percibir las delicias de su gloria como Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

Por eso fué necesario que esta suma verdad se vistiese de un cuerpo mortal y se acomodara á la flaqueza de nuestra vista, acostumbrada á las cosas materiales; porque siendo los hombres, en hermosa expresion del padre San Agustin, incapaces de ver á Dios en su misma sustancia, era inevitable que del seno mismo de la luz eterna saliese el rayo que habia de iluminar á los griegos y á los persas, para que indiferentemente todas las naciones rindiesen al Sér Supremo el culto y homenaje que en el Tabor le ofrecieron los dichosos testigos de su gloriosa transfiguracion.

Y así, despues de haber manifestado á Pedro y á los dos apóstoles el sublime grado de su divinidad, que goza como Dios, les advierte que como hombre ha de habitar la region de los muertos, de la cual se levantará glorioso, para hacer pública ostentacion de su poder, y

5  
que hasta entonces guarden en su pecho el prodigioso secreto que acaba de confiarles: *Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Quiso decirles: "Mi grandeza se extiende mas allá de lo que alcanza la imaginacion; mi Espíritu es superior al de las mas altas inteligencias; y siendo igual y coeterno con el Padre y el Espíritu Santo, mi esencia no admite distincion ni mayoría. Sin embargo, he querido parecer con la vestidura de esclavo para sembrar en los sepulcros los principios de la inmortalidad, salir victorioso del túmulo y animar las cenizas de mis creyentes.

Entonces ya no buscaréis entre los habitantes de Babilonia al soberano de la santa Jerusalem, y podreis revelar la vision que habeis tenido en el Tabor: *Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

Cristianos á quienes la solemnidad de este dia congrega en este templo, vosotros que meditais con gozosa espectacion la gloria del Salvador, no limiteis á movimientos de júbilo los frutos que debeis deducir de este misterio. *Jesucristo transfigurado*, no solamente es un motivo de regocijo á nuestra religion, sino tambien un apoyo firme de nuestra fe. Para alimentar ésta, propongo el asunto de mi discurso en estos términos: *La Transfiguracion de Jesucristo es el mas público testimonio del dogma en la union hipostática.*

Saludemos á la Virgen Maria llena de gracia.—AVE MARIA.

Este es mi hijo muy amado en quien pongo mis complacencias. Testimonio el mas auténtico con que el Padre Eterno quiso acreditar la unidad de naturaleza que tiene con el divino Verbo. Ni fué ésta la vez primera que se oyeron tan dignas expresiones; ya lo tenia asegurado en



el Jordan cuando el Hijo de Dios, para comenzar su misión, instituyó el sacramento del bautismo. Este es el fundamento de nuestra religión santa; éste el firme apoyo de nuestra fe; éste el ejercicio heroico de nuestra creencia, y ésta la voz con que publicamos que Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, es la segunda persona de la Trinidad Beatísima, y que como tal es una su divinidad con el Padre y el Espíritu Santo; que es increado, inmenso, eterno y omnipotente, lo mismo que las otras dos personas; que solo es menor que el Padre según la humanidad que recibió de María Virgen, por la que como hombre había de padecer por nuestra salud, bajar á los infiernos y resucitar al tercer día de entre los muertos.

Dogma el más sublime y que nos asegura todas las operaciones que el Salvador obró en el mundo por su unión hipostática. *Por ésta, como Dios, se manifestó en el Tabor á sus tres discípulos con la plenitud de su Sér.* Primera proposición. *Como Hombre había de morir para unir al tercer día su alma gloriosa con su cuerpo, que estaba en el sepulcro.* Segunda proposición. *Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis á mortuis resurgat.* Comencemos.

### PRIMERA PROPOSICION.

Como Dios. El que fuere escrutador de la Majestad se oprimiría con su gloria. Anatema fulminado por el mismo Dios; pero anatema dirigido á aquellos espíritus de

presunción y orgullo que el grande apóstol San Pablo, desde sus días divisaba nacer en los venideros siglos para arrancar los fundamentos de la fe y la religión; no para las almas dóciles que haciendo un noble ejercicio de su creencia, confiesan con la más sincera devoción la altitud y profundidad en los caminos y juicios de Dios.

Yo, señores, protesto de buena fe no ser mi ánimo investigar unos arcanos de que estoy convencido con el mismo San Pablo, que ni los ojos los vieron ni los oídos oyeron, ni puede nadie llegar á comprender. Tan solo en desempeño de mi asunto ocurriré á los principios católicos para deducir de ellos mismos: el dogma de la unión hipostática, con motivo de la festividad que celebramos este día.

Efectivamente, Dios era en sí mismo desde la eternidad. Nada produce necesariamente fuera de sí, y todo cuanto constituye su gloria, su grandeza y su justicia, todo es eterno. Por esta razón la unión del Verbo con la naturaleza humana, obrada en tiempo, solo podía ser efecto de su voluntad libre; por eso apenas previó la caída del hombre cuando formó un plan de reparación en el que explaya enteramente así su justicia como su misericordia. Quiere restituir á su perfección, por su Sabiduría increada, á la criatura que la había perdido por el pecado; y el Verbo, esplendor de su gloria y expresión de su substancia, condesciende en tomar sobre sí nuestras flaquezas para sanarlas.

Y qué, ¡las admirables obras *ad extra* dejarían de ser para el hombre objeto de regocijo en los hermosos días de su inocencia? ¡Ah! Entonces era cuando ostentaba su hermosura, formada á semejanza del Altísimo; entonces mandaba con imperio á la naturaleza; entonces reinaba el orden, y el Señor se debía á sí mismo el hacer feliz su imagen en Adán. Pero aun después de tantos beneficios no pudo sostener por mucho tiempo tanta gloria. Su orgullo le hizo registrar el libro de la sabiduría y creyó



saber tanto como Dios. Los sentidos mezclaron su atractivo con la curiosidad y deseo de gobernarse por sí mismo, y quebrantando el primer precepto de su obediencia, se hizo el blanco de las saetas de la justicia. Desde entonces se propagó un linaje proscrito para siempre; y siendo, como dice el Apóstol, hijos de un padre culpable, nacimos, no solamente sujetos á la maldición y al pecado, sino que le agregamos culpas voluntarias de nuestro propio albedrío.

La sangre derramada por un hermano envidioso; la monstruosa torre de Babel; la soberbia de Nabuco; las abominaciones de ~~Naxax~~ <sup>Balkan</sup> y todo, todo cuanto podia idear la ceguedad del género humano, no ofreceria á los divinos ojos sino un espectáculo de impiedad, ingratitude y horror.

En vano se lisonjea el impío en su misma iniquidad; en vano logra el goce ilimitado de sus pasiones. Cuanto mas lucha con los sentimientos de la ley, tanto mas fatigan su espíritu los remordimientos de su perdida felicidad. Esta pintura es un poderoso ejemplo que debe recordar á la humanidad el plan maravilloso de las misericordias del Señor.

Porque ¿pudo darse mejor medio para disipar los errores y dar al hombre el conocimiento del Sér Supremo, que el que une nuestra alma con la misma verdad y nos da por guía de nuestro entendimiento á la misma Sabiduría eterna? La conversacion é íntima familiaridad de un Maestro Soberano ¿no es el mas apreciable testimonio para publicar que su union hipostática es una obra sin comparacion mas excelente que los cielos y la tierra, que los ángeles y los hombres, y que su divinidad triunfa bajo las apariencias de flaqueza, de todas las fuerzas del mundo y del infierno?

Católicos, hagamos un obsequio reverente á nuestra fe, y á despecho de nuestros enemigos confesemos que el Hombre Dios, humillado á la presencia del Criador, llenó de rubor á los mortales, postrados ante las obras que ha-

bian fabricado con sus manos. Confundamos el pernicioso error de los que intenten seducirnos con otras doctrinas; apartemos de nuestros ojos al adulator halagüeño que exige de nosotros un sacrificio de impiedad, y constantes siempre en nuestro dogma, publiquemos á la faz del universo que nuestro gran Dios, sin perder nada de su Sér, se comunicó á la criatura de un modo singular y maravilloso.

Este fué justamente el misterio de su amor que debia aprovechar á los hijos de la Luz, mientras que su doctrina, segun el oráculo de Simeon, venia á ser ocasion de escándalo por la orgullosa sabiduría de los hijos de tinieblas. La monstruosa perfidia de unos hombres licenciosos no podia ver con indiferencia el cúmulo de portentos que el Salvador prodigaba á manos llenas: era muy contrario á su conducta el que Jesucristo tratase con los pecadores y fariseos; murmuraban de su agrado porque comió en casa de Zaqueo, y viéndose avergonzados en la acusacion de la mujer adúltera, no hallaban expresiones con que desacreditar el ejemplo y la doctrina de Jesucristo.

Sin embargo, se acercaban ya los dias de su triunfo, y al manifestar su poder recibió homenajes aun de los mismos que maquinaban su muerte. Doce hombres incipientes, para confundir la sabiduría de un mundo pagano, y débiles para destronar á los fuertes, era la comitiva ilustre que acompañaba al Salvador. Pedro, á la cabeza de estos primeros profesores del Evangelio, habia hecho ya una pública ostentacion de la divinidad de su Maestro, quien para asegurarle mas en su fe le pregunta: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?” —“Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo,” le responde el apóstol con la mayor fe y satisfaccion. Respuesta tanto mas misteriosa y sencilla, cuanto que su revelacion no era por la carne ni la sangre, sino por especial don del Padre celestial; y tanto mas, que en doctrina de San Ambrosio, ella fué el principio de los altos designios para



que habian sido escogidos estos valientes defensores de la fe.

Por eso hallándose en la necesidad de prevenirle contra el escándalo de su Pasion, y para confirmar que era el legítimo Mediador entre el cielo y la tierra, dispuso presentar á la vista de sus tres discípulos en el Tabor, el mas delicioso espectáculo que jamás pudieron imaginar. Su rostro, mas resplandeciente que la claridad del sol y sus vestidos tan blancos como la nieve, ¿no eran objetos que debian sorprender la admiracion de Pedro, de Santiago y de Juan? ¿Dejarian en tal ocasion de representarse á Moysés y á Elias, que en mútua conversacion con el Salvador trataban los misterios de la Cruz? Si fué bastante la visita que Abraham tuvo de los ángeles para sentir su separacion; si Eliseo pidió á su Maestro acompañarlo en el carro de fuego; y si la vision de San Pablo lo enajenó de los sentidos, ¿con cuánta mas razon podria Pedro fabricar tres tabernáculos y permanecer en aquel lugar? Los que saben medir la distancia que hay entre unos bienes constantes y eternos y los caducos y perecederos, calificarán de justa su pretension. Ni es de extrañar que la voz del Padre Eterno que los cerca les hiciera postrarse sobre sus rostros hasta que Jesus los tocó para alentarlos y encargarles el secreto con estas patéticas expresiones:

“Sí, gran Dios, así prevenís á vuestros electos y les confiáis el tesoro de vuestras misericordias infinitas: así levantáis á la criatura del polvo de la ignorancia al sublime conocimiento de vuestro Sér; y de este modo la engolfáis en las delicias de la gracia. Vuestro nombre ha sido siempre respetable en todas las generaciones y vuestro poder y dominacion sin límites se extienden del uno al otro polo. Por tanta magnificencia, el Olivete y el Hermon cantan el triunfo de tu brazo omnipotente: mas el Tabor descollará sobre todos por el teatro magnífico de tu gloriosa Transfiguracion. Los testigos felices de tan admirable portento guardarán este secreto hasta que, libre

de los horrores del sepulcro, se una al tercero dia tu alma al cuerpo que obró en el Calvario el cruento sacrificio de la Cruz.” Segunda proposicion: *Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

## SEGUNDA PROPOSICION.

Como hombre. Cuestionen ahora los teólogos sobre si la herida del primer ángel fué por el horrendo atentado de ser Dios, ó porque noticioso de la humanidad de Jesucristo y enamorado de su propia hermosura, no quiso rendir adoracion ni tributar vasallaje á la *Union Hipostática*. Disputen en buena hora, si el desordenado amor de Adán á su consorte le hizo comer de la fruta prohibida, ó si el deseo de adquirir superiores luces á las que graciosa y liberalmente le habia franqueado la mano omnipotente del Altísimo, le precipitó al mas oscuro y horroroso desagradecimiento. Pero sea lo que fuere, lo cierto es que Jesucristo, levantándose de entre los muertos, nos asegura en la fe que profesamos. Porque su divinidad y omnipotencia se tendrían por cualidades usurpadas si no hubiese podido resucitar los principios de la vida, de la cual publicaba era Criador. Los milagros que obró hubieran parecido iguales á los prestigios que la destreza de un impostor ostenta á los ojos del vulgo, y las hermanas de Lázaro no se hubieran lisonjeado de oír



estas palabras: *Yo soy la resurreccion y la vida*. Lo mismo que si su poder, rindiéndose á la muerte, hubiese quedado aniquilado en el polvo del sepulcro; su doctrina, tan pura y luminosa, la miraríamos como una mera produccion del entendimiento humano, pues carecería del carácter de infalibilidad y de la prueba mas clara de su ministerio.

De esta misma prueba se valía San Pablo para confundir á los judios é iluminar á los fieles. “Si Jesucristo no resucitó, decia el apóstol á los corintios, nosotros somos unos hombres falaces, nuestra predicacion es inútil y vana nuestra fe. Pero al contrario, si el Hijo de Dios resucitó como se lo dijo á sus discípulos, la doctrina que os enseñamos es divina, la religion segura, los peligros que nos amenazan evidentes, sus promesas infalibles, sus misterios probados, y nuestra creencia no necesita de mas testimonio.”

Esta fué la práctica de Jesucristo en prueba de su mision. En vano le pedian que para acreditarla mostrase señales en los cielos. “Las maravillas de nada os servirían, decia á los rebeldes, si vuestro corazon está obstinado.” No veréis otras que las de Jonás encerrado tres dias en el vientre de la ballena, como figura del Hijo del hombre, hasta unir su gloriosa alma con su cuerpo que estaba en el sepulcro. Observad sus obras durante su ministerio y veréis como camina por medio de milagros y portentos; como dispone á su voluntad de los elementos; como el ciego *a nativitate* abre los ojos á la luz, que jamás habia visto; como el mudo y sordo bendice la mano que le da la palabra; como á su mandato el hijo de la viuda de Nain se levanta del féretro con nueva vida; como el paralítico recobra la sanidad de sus miembros; como la muerte misma no está ya segura de la presa que queria llevarse y como al oír su voz poderosa resucitan las cenizas encerradas en la oscuridad de los túmulos. ¿Qué podrá oponer la incredulidad á tantos prodigios? Sin embargo, Jesucristo no quiso valerse de ellos para

atestiguar su divinidad á los ojos del universo; antes bien, teniendo miras superiores en orden á su soberanía, impuso silencio y ordenó á sus discípulos que no divulgasen sus maravillas hasta que hubiese salido del sepulcro: *Nemini dixeritis, donec Filius hominis á mortuis resurgat*.

Así convenia á la virtud de su Omnipotencia, porque los demás milagros podian comunicarse á las criaturas; pero el de la resurreccion solo al Hijo de Dios le corresponde, como que él solo debe estar libre de entre los muertos; solo á él corresponde recobrar la vida que tres dias antes perdió en el Calvario, y á él solo mostrar tanta fuerza en la nada del sepulcro: *Nemini dixeritis, donec Filius hominis á mortuis resurgat*.

No con menos resplandor se manifestaron todos los designios que acompañaron á la vision del Tabor. Si acaso me fuera lícito averiguar en beneficio vuestro una providencia que todo lo ordena, diria que la eleccion de los tres apóstoles fué con miras superiores á nuestra comprension. Eligió el Señor á Pedro porque sabia bien que despues, en el rigor de sus tormentos, habia de negarlo, aun con juramento; eligió á Santiago, así para asegurarse de su promesa, como para confirmarlo en el valor con que habia prometido beber el caliz de amargura; y eligió á San Juan como un testigo fidedigno que habia de escribir á la posteridad la magnificencia de sus hechos. Esta economía tan admirable se advirtió en la conversacion de Moysés y Elías; al primero para descubrirle con mas importancia los beneficios que habia obrado en favor del pueblo escogido, y al segundo para instruirle en los acaecimientos que veria, cuando como precursor del dia grande habia de preparar la venida del justo juez de vivos y muertos.

Así en obsequio de nuestra fe y para abrazar el dogma de su resurreccion, debemos confesar que en el mismo instante en que su alma se volvió á unir con su cuerpo, sujetó á éste enteramente á su imperio y lo eximió del poder de la corrupcion. Superando con su actividad la pe-



santez que parece nos clava á la tierra, parte como un rayo, se eleva por el aire y se va acercando á su trono con semblante afable y majestuoso. Mas resplandeciente que los astros y mas veloz que los espíritus, lo vieron los tres apóstoles elevarse en el Tabor. De igual modo el resplandor de su inmortalidad y todos los adornos de su triunfo son de un orden en el que nada está sujeto á las leyes de la mutacion.

De este punto, la muerte, atravesada con su propio aguijon, perdió el dominio sobre este vencedor glorioso. El valiente leon de Judá triunfó en la famosa batalla del Calvario. Aquella piedra angular, tan despreciada de los judios, se levantó llena de majestad y esplendor. Aquel Job tan cargado de calamidades y miserias se ha convertido en el mas perfecto modelo de nuestra constancia y sufrimiento. Por su inocencia encadenó á su carro triunfante el pecado, que fué el primer autor de la esclavitud del hombre; y tanto por su gracia como por su amor echaron los cimientos de su imperio la verdad y la virtud. Unió al tercero dia su alma con su cuerpo, y salió del sepulcro á fortalecer la fe de los apóstoles, que parece vacilaban despues de haber visto los oprobios de la Cruz. Ya desde este punto no se debia guardar el secreto que antes habia encargado. Publicaron sin recelo que era el verdadero Mesias; le confesaron públicamente en los cadalsos; todos derramaron su sangre en testimonio de su divinidad y asentaron la *union hipostática* por haberse levantado Jesucristo de entre los muertos. *Nemini dixeritis visionem donec Filius hominis á mortuis resurgat.*

10 Convencimientos uniformes de nuestra creencia en la divinidad de Jesucristo; su igualdad perfecta con su Padre; su cualidad de Redentor y su noble atributo de Salvador de todo el linaje humano, son motivos de nuestra gratitud y regocijo. La conexion entre los dos Testamentos se ve patente; las sombras se disipan y á la figura sigue la realidad; las profecias se cumplen; el conjunto de abatimiento y grandeza, carácter con que pintan los pro-

fetas al Mesias, deja de ser un enigma. Los apóstoles se glorian de su felicidad; la vision del Tabor se publica; Moysés y Elias dan testimonio de ella, y Jesucristo confirma su palabra resucitando de entre los muertos. *Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis a mortuis resurgat.*

Católicos, no despreciemos la bella oportunidad que se viene á nuestras manos. Estamos en un templo, cuyo titular y advocacion es el misterio que hoy celebramos; nos vemos en la dulce precision de rendir un público homenaje á las dos naturalezas de Jesucristo. Pidamos con sinceridad el remedio de nuestros males, y esperemos de su mano benéfica el goce eterno de su vista que por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo á todos deseo.—Así SEA.

ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



**PANEGIRICO DE LA ASUNCION**

— DE LA —

**Inmaculada Virgen María,**

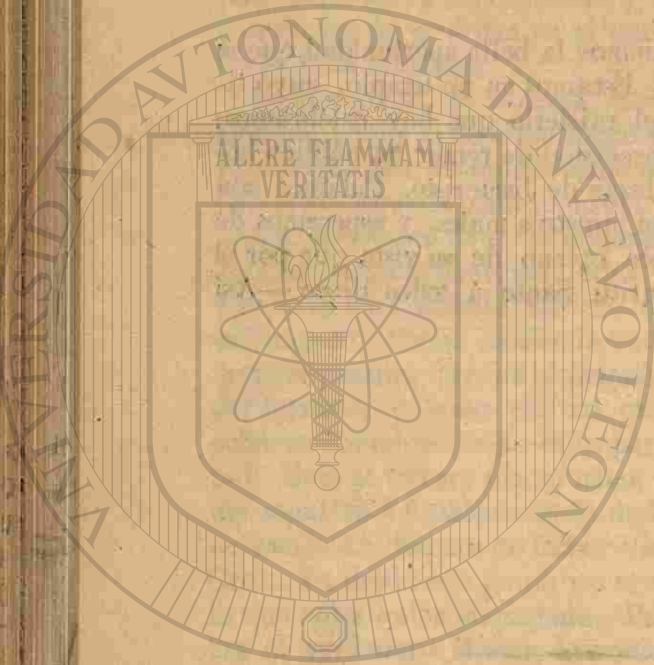
PRONUNCIADO POR EL

**SR. CANONIGO LIC. D. VICENTE DE P. ANDRADE,**

el 15 de Agosto de 1900, en la Insigne y

**Parroquia Colegiata de Sta. María de Guadalupe,**

con ocasión de la fiesta que la  
peregrinación anual de la Diócesi de León le consagra.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEÓN.—1900.

IMPRESA Y ENCUADERNACION DE Z. IZQUIRDO.



Gobierno Eclesiástico

—DE—

LEÓN.

LEÓN, 5 DE SEPTIEMBRE DE 1900.

Oído por Nos mismo el Panegirico de la Asunción predicado en la Colegiata de Guadalupe por el Sr. Canónigo Lic. D. Vicente de P. Andrade, con motivo de la peregrinación anual de nuestra Diócesi, concedemos licencia para que se imprima y publique, debiendo ser corregido el impreso por el eclesiástico nombrado para esto. Lo decretó y firmó el Sr. Vicario Capítular de esta Sagrada Mitra.

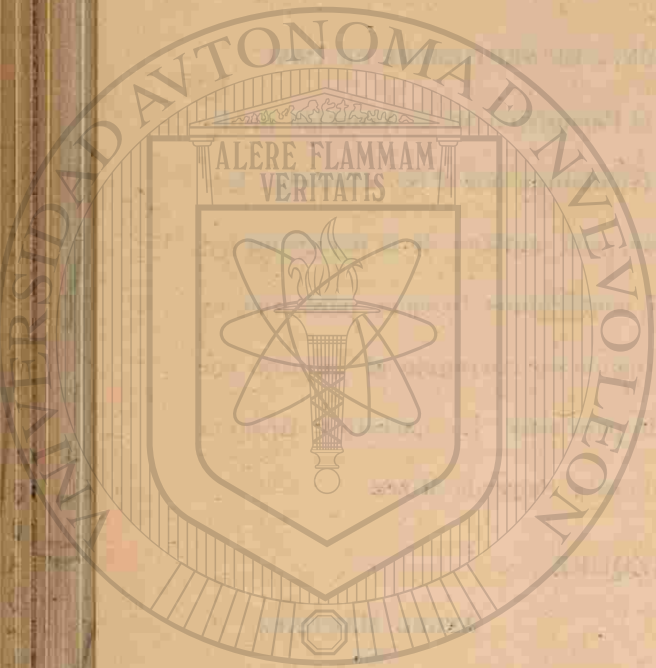
M. F. VELAZQUEZ.

ANGEL MARTINEZ,  
Srio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



**Magnificentia tua in diademate  
capitis illius sculpta erat.**

SAP. CAP. XVIII V. 24.

ILMO. SEÑOR: (1)

Nada se hace por Dios, que Dios no pague; nada se obra en su obsequio, que no recompense con una munificencia propia suya: un vaso de agua dado á un pobre por su amor, es remunerado generosamente por su misericordia. (2) El reino de los cielos, dice el mismo Salvador, será el premio de la visita hecha á un encarcelado por complacerle. (3) ¿Pues cuál será el galardón de las obras espirituales que se ejecuten por agradarle, cuando con tanta generosidad paga las corporales que se emprenden por él? Y ¿cuál será la recompensa de aquella alma privilegiada, que interior y exteriormente, no haya vivido sino por El y para El?—Marta la piadosa hermana de Lázaro que tuvo al buen Jesús de huesped, que le sirvió solícita en todos los ministerios que exigía tal hospedaje mereció un eterno renombre y el cielo que hoy disfruta. María, la contemplativa Magdalena, que no tenía otra ocupación, sino recoger las palabras de vida que caían de la boca de

(1) El Sr. Vicario Capitular de la Diócesis de León y Dean de la misma Santa Iglesia, Lic. D. José María Velázquez.

(2) Math. x, 42.

(3) id. xxv. 36.



Jesucristo, para meditarlas y meditándolas abrasarse en el amor divino, (1) recibió dones de gracia imponderables en este mundo y al morir, bienes de gloria que es imposible á toda humana criatura ponderar. La vida activa de la una tuvo su recompensa y magnífica; la vida contemplativa de la otra tuvo su compensación y gloriosa. Ahora bien, decidme, Dios que tan generoso paga una bagatela hecha por su amor ¿como remuneraría á su Madre María, cuya vida toda, interior y exteriormente en cuerpo y alma, sin interrupción la empleó en su obsequio y servicio? H. m., aunque los Angeles nos lo dijeran, no nos sería fácil comprenderlo. Con arreglo pues, á estas ideas os demostraré que María, en el instante de pasar del tiempo á la eternidad consiguió la mayor retribución que de justicia se otorga á los santos, es decir, que cuando María acabó su carrera mortal, el Señor le debía más que á ninguna otra criatura, y correspondió á esa deuda, elevándola en el Empíreo celestial hasta hacerla descansar en la plenitud de los santos. *In plenitudine sanctorum detentio mea.* (2)

Virgen Santísima dignaos concederme que os alabe: *dignare me te laudare*, supuesto que, no obstante mis reiteradas excusas, ante aquel que actualmente gobierna la diócesi de León y bien pronto va á ofrecer el Sacrificio de alabanza, insistió en preferirme entre tantos sacerdotes santos y doctos de su clero, bien veo, Santísima Señora, que habéis querido que en el ocaso de mi vida confiese publicamente los innumerables beneficios que me habéis concedido. ¿Recordáis que hace 46 años sembrasteis en mi corazón la semilla del sacerdocio ante aquella tu sagrada imagen de la Luz? Dignaos venir en mi socorro para que este devoto é ilustrado auditorio escuche la Divina Palabra, la guarde en su corazón y á su tiempo dé frutos de bendición. (3)

#### AVE MARIA.

Para tener una idea de la magnificencia con que Dios recompensó á su Santa Madre, en el instante de su muerte, basta

[1] Joan xii.

[2] Eccli. xxiv, 16.

[3] Luc. viii, 13.

reflexionar en las tres excelentes prerrogativas que entonces le adornaron: Su muerte fué la más dulce, se siguió á ella una resurrección más gloriosa y fué acompañada del más completo triunfo. Su muerte fué la más dulce, porque murió á impulsos del amor; su resurrección fué la más gloriosa, porque se invirtió en favor de María el orden común señalado en los eternos decretos, y su triunfo fué el más completo, porque fué colocada en un lugar inferior solamente, al que ocupa la Trinidad Santísima. Estos tres títulos dan testimonio de la singular predilección del Señor, y de la recompensa debida á las heroicas virtudes de la Santísima Señora.

La muerte de la Santísima Virgen, libre de inquietudes, nos representa la imagen de un plácido sueño, ó por mejor decir, de un verdadero triunfo. Obedece á la ley de la muerte, porque su Santísimo Hijo se sujetó á ella; morirá, pero de un modo y por un motivo que nada tiene de común con la muerte de los hijos del pecado; estos son condenados á morir aun antes de ver la luz primera y son precipitados al sepulcro por la violencia de las enfermedades, ó por el desfallecimiento de las fuerzas naturales, ó por cualquiera otro accidente funesto. No sucede así á María. Como no estuvo, ni un solo momento, manchada con la lepra del pecado, tampoco debía ser comprendida en sus consecuencias. Morirá, pero en su muerte, no verá mas que el cumplimiento de sus más vivos deseos; morirá, pero no como víctima herida de la Justicia Divina, sino como dice San Bernardo: *eual victima abrasada en el fuego del amor divino.* ¡Qué incendios serían los de este sagrado fuego, en el alma santísima de María! Si San Efrén exclamaba en el desierto que no podía sufrir el ardor con que le abrasaba el amor divino; si el extático Felipe Neri, absorbido en la oración, sentía un ardor que ni el mismo hielo era bastante para contener las impresiones que estas sagradas llamas hacían en su cuerpo fracturándole dos costillas; si los Mártires miraban con alegría los instrumentos con que debían ser sacrificados, porque estaban abrasados en el amor de Dios; ¿cual sería la actividad y vehemencia del fuego sagrado que consumía el corazón de María? María por su alta dignidad superó á todos los santos y aun á los ángeles mismos, en el amor á Dios. La vehemencia de este amor era de suyo bastante para haberle quitado la vida; pero Dios que quería, que



llenase la medida de los días que debía pasar sobre la tierra, para consuelo de la naciente Iglesia, la sostuvo con aquel brazo Omnipotente, que en otro tiempo sostuviera ilesos á los niños en medio de las llamas del horno de Babilonia. Pero debía llegar el momento en que cesase el prodigio que conservaba su vida. ¡Qué espectáculo tan admirable al ver á la Madre de Dios en presencia de los Apóstoles de lejanas regiones trasladados allí milagrosamente y de una multitud de fieles y piadosas mujeres que recogidos y devotos asistían á su triunfo, anunciándose en la serenidad de su rostro la paz que reinaba en su alma! ¡Qué espectáculo! vuelvo á decir, ver á María consagrando los últimos instantes de su preciosa existencia, á avivar los deseos más encendidos de irse á unir para siempre con su Hijo y su Dios, en la mansión donde reina la verdadera ventura.

El segundo privilegio que goza la Virgen Madre es el de una resurrección pronta y anticipada. Si en alas del espíritu penetramos en el sepulcro donde fué depositado el sagrado cuerpo de la Virgen Santísima, no nos asaltarán, á la verdad, tristes ideas que inspiren horror; veremos ciertas señales de su gloria y de su triunfo. Su bendito cuerpo libre del imperio de la muerte, brilla con tales resplandores, que no pueden ser ofuscados por las tinieblas del sepulcro; su cuerpo, no espera para volverse á unir con su alma, aquel último día de los siglos en que se junten todas las cenizas esparcidas por el orbe para recobrar su antigua forma. El sepulcro no es digno de conservar un depósito tan sagrado. María goza inmediatamente el singular privilegio de una resurrección gloriosa; y no penséis, H. m., que esta espresión es nacida de un celo indiscreto por las glorias de mi Madre querida, es una piadosa tradición, derivada hasta nosotros desde la primera edad del cristianismo. En efecto, todos los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, convienen unánimemente en este punto. San Juan Damasceno nos supone esta resurrección como cierta y admitida constantemente por todos los pueblos. San Epifanio compara la Asunción de la Virgen Santísima, á la elevación de Elías y de Enoc al cielo. La Iglesia griega celebra, como nosotros esta festividad, y todos los que inclinamos la frente ante la Santísima Virgen la aplaudimos y veneramos y ardientemente anhelamos porque tal creencia sea sublima-

da á la categoría de dogma católico Porque. H. m., si el Arca que contenía solamente un poco de maná y las tablas de la Ley, debió ser fabricada de Setin, que es una madera incorruptible, con mucha más razón debía estar exenta de corrupción y del sepulcro un cuerpo que había servido de morada al Verbo increado. -Si la religión de los fieles ha conservado los huesos de muchos santos que se presentan en nuestros templos entre el oro, la plata y la seda, con mucha más razón, si el cuerpo de María hubiera sido reducido á cenizas, estas preciosas reliquias se habrían conservado hasta nuestros tiempos, expuestas en los altares á la veneración pública. — Si en la muerte del Redentor del mundo, resucitaron muchos santos ¿se negaría este privilegio de una resurrección anticipada á la Madre del Altísimo? Supuestos estos antecedentes, todos debemos publicar las glorias de María en su resurrección, haciendo resonar aquel oráculo del profeta Rey que tan justamente se le puede aplicar en esta ocasión. *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem.* (1) ¡Perezcan sí, y perezcan siempre aquellos cuerpos que han sido abominables víctimas del pecado! aquellos ojos llenos de soberbia y orgullo, aquellas lenguas que han lacerado el honor del prójimo; que nos desfiguremos y nos destruyámos en el sepulcro los pecadores, nada más justo, pero ¿cómo sería posible, Santo Dios, que el virginal seno en que estuvistéis nueve meses, que aquellos purísimos pechos que os alimentaron, que aquellos brazos en que descansasteis y que aquel corazón que tanto os amó fuera pasto de gusanos? No, H. m., mil veces no. *Non dabis sanctum tuum videre corruptionem.* (2)

Finalmente, el triunfo que María alcanzó, fué el más glorioso. Luego que llegó al término de su destierro, al dejar la mansión del llanto, subió sobre un carro de luz á la morada de los santos. ¡Puertas eternas, abrid y disponéos á recibir á una heroína mucho más ilustre que Débora, Judit y Esther, una heroína que ha vengado á la naturaleza de los agravios que había recibido del Príncipe de las tinieblas! ¿Qué haría en esta ocasión tan sublime el Hijo más amante por la madre más digna de ser amada y reverenciada? lo mismo que Salomón con su madre Betsabé: *Surrexio rex in*

(1) Psl xv. 10.

(2) id. id.



*occursum ejus* (3) Sale á recibirla y entre las aclamaciones entusiastas de toda su corte, la coloca en lugar más eminente del paraiso celestial, sobre las inteligencias más sublimes, no permitiendo que falte cosa alguna á su gloria y la hace sentar á su derecha en un encubrado trono *Positusque est thronus matri.....quae sedit ad dexteram ejus* (4) mandando que todo cuanto allí se halle, se postre á sus pies. No os admireis, hermanos, de que al verla circundada de gloria y gracias tantas, las generaciones y descendencias de Adán, atónitas y sobrecogidas de admiración se pregunten mutuamente: ¿quién es esta á quien la naturaleza y la gracia se han empeñado en hacerla tan perfectamente hermosa? ¿Qué majestad en su frente! qué modestia en sus purísimos ojos! ¿qué pudor en sus sonrosadas mejillas! qué amable afabilidad en su rostro! ¿qué cumplida en su persona! qué nobleza manifiesta su alma grande! Sus perfecciones anuncian su inocencia, y su inocencia indica su alto origen; y dirigiéndose luego á María la requieren diciéndola: ¿dinos de quien eres hija? si lo eres de nuestro padre común y prevaricador, ¿cómo te has preservado de las fatalidades de nuestra universal desgracia? ¿porqué respeta á tu cabeza el anatema del cielo, y á tu cerviz la severa Ley que el Criador impusiera sobre el cuello de los hijos de una madre delincuente y seductora? ¿quién te ha comunicado esa luz tan pura y tan penetrante que ofusca la claridad de estas regiones? ¿quién te ha elevado á tanta altura que ni el infierno ha podido hacerte su presa, ni Satan su esclava, ni la justicia rigurosa su víctima? te elevas á los cielos y en tu exaltación gloriosísima se congratulan los espíritus celestiales; te aplauden los astros matutinos; el Sol, la Luna admiran tus perfecciones y las hijas de Sion ambicionan tus gracias; se agitan, se atropellan unas á otras por rendirte pleito homenaje y aclamarte por su Reina, Emperatriz y Soberana ¿dinos de quien eres hija? Lo soy, contesta María, del Altísimo, en su boca divina tuve mi origen, el Señor me poseyó antes de todos los siglos; todavía no estaba formada la tierra; aun no brotaban agna las fuentes, ni los montes asentaban sus pesadas moles; cuando ya era yo concebida

[1] Reg. iii. n. 19.

[2] Reg. iii. n. 19

primogénita ante todas las criaturas. Gozo la primacia sobre las gentes, habitó en Jacob, domino en Jerusalem, mi herencia es Israel y subo hoy á los cielos para recibir la corona que la Trinidad Beatísima me ha preparado, por que soy hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo. *Magnificentiatua in diademate capitis illius sculpta erat.* (1)

Salve, mil veces salve, dichosísima Criatura; estrella de Jacob; ensueño divino de los Profetas, anhelada esperanza de los Patriarcas; vástago sublime de reyes; nube fecunda que llovió el maná del cielo, fértil tierra que produjo la salud de los pueblos, luz purísima que, colocada entre el nuevo y antiguo Testamento, comunicó el hermoso día de la Ley de gracia; Arca preciosa destinada para llevar al mediador, yo bendigo una y mil veces el día de vuestra exaltación gloriosísima en cuerpo y alma á los cielos, y unido á las angélicas gerarquías pongo mi debil voz acorde con sus harpas de oro para entonar el himno eucarístico al Omnipotente porque os sublimó á gloria tanta, siendo para el mundo un astro favorable y para las potestades del averno un ejercito en orden de batalla. O María, es verdad que el cielo os arrebató de la tierra pero no por eso os hemos perdido. Vos Señora incapaz sois de olvido, y así fijad vuestros amorosos ojos sobre estos vuestros predilectos hijos de la fervorosa diócesi leonés; que entre todas las que vienen aquí, descuella por su gratitud á los singulares dones conque la habeis favorecido, han venido desde muy lejos á manifestaros sus necesidades, vuestro corazón se compadezca de ellas; haced que se conserven ilesas las doctrinas y los santos ejemplos de vuestro amante hijo el inolvidable Sollano; que siempre lo recuerden y trasmitan de generación en generación su santa memoria y que algún día nos recibais á todos en el cielo, donde os amaremos y enalzaremos sin fin.

[1] Sap xviii 24.



PANEGIRICO

*formada  
razón*

—DE LA—

# MADRE SMA. DE LA LUZ

PREDICADO

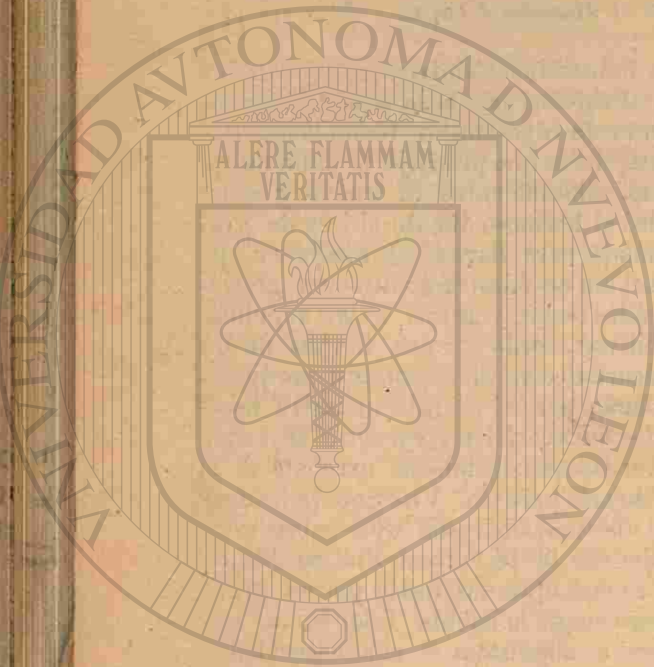
—EN LA—

STA. IGLESIA CATEDRAL DE LEON

Por el Sr. Cura

D. TIBURCIO MEDINA,

*En la solemnisima función  
que hizo el Ilmo. Sr. Obispo y V. Cabildo de esta  
Diócesis, el 2 de Julio del presente año.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS —LEÓN—

IMPRENTA DE J. VILLALPANDO.

1888.



## Censura y Aprobacion

ILMO Y RMO. SEÑOR:

El Panegirico de la Madre Sma. de la Luz que V. S. I. se ha dignado de poner bajo mi censura, no contiene ninguna cosa contraria al dogma ó á la moral católica.

Dios guarde á V. S. I. muchos años.

LEON, JULIO 12 DE 1888.

*Ponciano Perez.*

Julio 12 de 1888.

Vista la anterior censura: concedemos nuestra licencia para que se imprima el Panegirico á que se refiere; con calidad de que no vea la luz pública sin que previamente sea cotejado el impreso con el original, por el mismo Sr. Censor, y de que se inserte esta licencia.

Así el Ilmo. Sr. Obispo lo decretó y firmó.

M. F. EL OBISPO.

FRANCISCO DE S. GINORI,  
Pro-Srio.

Elegi et sanctificavi locum istum, ut  
sit tibi nomen meum in sempiternum,  
et permaneant oculi mei, et cor  
meum cunctis diebus.

2.º Paralipom. Cap. 7.º v. 16.

Yo escogí y santifiqué este lugar,  
para que en él esté mi nombre, y per-  
manezcan en él para siempre mis  
ojos y mi corazón.

CATOLICOS Leoneses, queridísimos hermanos: El  
dos de Julio ha sido para vuestro pueblo por mas de  
un siglo, un día santo de gratisimos recuerdos y de gran-  
des y vivas esperanzas. Día insigne que consagrais con  
solemnísimo culto á Nuestra Augusta Patrona la Madre  
Santísima de la Luz, presentándole al pié de sus aras el  
justo homenaje de gratitud y alabanza por el adveni-  
miento á esta ciudad de su Imágen bendita y prodigiosa,  
así como por los innumerables favores que se ha dignado  
dispensaros.

El Venerable Pontífice y el Senado Ilustre y dignísimo  
de esta santa Iglesia, fueron designados en suerte y por  
especial dignacion de la Excelsa Madre para hacer tan  
grande solemnidad, y yo fui llamado para anunciaros la  
divina palabra; y vedme aquí delante de vosotros en la cá-  
tedra del Espiritu Santo para desempeñar este sagrado  
ministerio, sin duda alguna en la situacion más difícil y  
angustiosa de mi vida, pues nunca como ahora habia senti-  
do sobre mí todo el peso de mi insuficiencia; pudiendo  
apenas en estos instantes darme cuenta de lo que siento  
y de lo que pienso, no sé lo que deba deciros.

Panegirista de la Madre Santísima de la Luz, quisiera  
cantar hoy sus grandes misericordias, quisiera magnificar  
hasta los cielos su amor inmenso á este su pueblo esco-  
gido; mas ¡oh dolor! mis ojos miran con lágrimas y con



PANEGÍRICO DE LA

asombro vuestra desolacion, vuestro quebranto y esos tristes escombros en que por justo juicio del Señor acaba de ser convertida la mitad de vuestra populosa y hermosísima ciudad. Leon ahora no es ya la ciudad de ayer y así no sé que pueda deciros ¿el Santuario deberá hoy resonar con los cantares y alabanzas de la Madre Divina, recordando dulcemente sus favores, ó mas bien con los gemidos del dolor y clamores de vuestro arrepentimiento? ¿esta ciudad será aún el lugar escogido y santo en que resplandezcan las misericordias del cielo como en días más felices é inolvidables, ó ha de ser para siempre cual se presenta, teatro espantoso de las divinas venganzas? ¿vosotros en la presencia del Altísimo y de su Santísima Madre sois todavía hijos de su amor y maternal ternura, ó por vuestros pecados objeto de su justísima y terrible indignacion.....?

Yo me hallo conmovido en lo mas profundo de mi alma, y trastornado mi corazon lo siento dividido entre el consuelo y el dolor, entre el temor y la esperanza.

Ministro del Señor, cubierto de confusion y sobrecogido de espanto, humillando mi frente hasta el polvo adoro en silencio las severísimas determinaciones de la inexorable y divina justicia sobre vuestra gran ciudad, yo debo temblar y temer, y vosotros conmigo, sus terribles y justísimos castigos. Mas en los días amargos del dolor y del infortunio ¿no debe el corazon esperar y buscar con ansia el alivio y el consuelo? en las noches negras y tempestuosas ¿no deberemos suspirar por la luz del nuevo día? y en el tiempo de la justicia cuando el cielo descarga sobre nosotros sus iras ¿qué debemos hacer sino pedir, llamar y esperar prontamente en nuestro favor su misericordia? Sí, hoy debemos implorar aquella misericordia inefable y grande del Señor cuyo solo recuerdo mitigó su furor en la noche de sus venganzas, aquella misericordia que defendió vuestra vida, para que no fuera arrastrada por las impetuosas corrientes á los abismos de la muerte, aquella grande y antigua misericordia en fin, que aplaudieron vuestros padres, que celebraron las generaciones que sobre esta tierra fueron antes que vosotros

MADRE SMA. DE LA LUZ.

y por la cual para consolarnos en estos días de amargura, en estos días de sufrimiento y de prueba, fué escogido y santificado este lugar para que en él esté y para siempre el nombre glorioso de la Madre Virgen, para que en él permanezcan fijos sus ojos compasivos y sutierno y maternal corazon.

Este es el pensamiento sagrado que en ocasion tan solemne pretendo desarrollar para disipar con la luz de la palabra divina los negros y horrorosos recuerdos de aquella noche tempestuosa; y para levantar sobre el quebranto y desolacion de vuestra alma, hasta más allá de los cielos, el edificio inmortal de vuestras esperanzas.

Mas no abriré mi boca, una sola palabra no se escapará de mis lábios si el Espíritu Divino no me protege con su gracia, que no me atrevo á pedir, pues soy indigno de levantar los ojos al cielo. Mas vosotros llevad hasta el trono de sus misericordias vuestra férvida plegaria y pedido para mí el debido auxilio del Dios que habita en la luz inaccesible, presentando la mediacion poderosa de María Madre del temor y de la esperanza, saludándola con el ángel llena de gracia.

Elegi et sanctificavi etc.

En aquella maravillosa vision en que la tiernísima Virgen vestida de hermosura y coronada de luz, declaró su voluntad soberana de ser invocada y bendecida en esa Imágen Sacratísima, prometiendo solemnemente su gracia y singular proteccion á los que con fé sincera y ardiente amor la venerasen, escogió tambien para sí un nombre, que pudiera decirse desconocido hasta aquella fecha, título misterioso y sublime, alta expresion de su excelsa dignidad y que nos descubre su incomparable grandeza. ¿Y cuál es éste nombre escogido? ¿cuál es éste nuevo y precioso título de su propia é incomprensible gloria? oídlo:



*Madre Santísima de la Luz:* y por tres veces manifiesta que quiere ser honrada con este nombre: y en el siglo pasado como en el presente, en la Europa como en la América, ha sido aclamada y bendecida con este nombre admirable; y en esta ciudad y en esta Diócesis pudiera decirnos que María Madre de Dios no es invocada, no es ensalzada sino con este título gloriosísimo de Madre Sma. de la Luz. ¿Y cuál otro pudiera ser para nosotros de mayor consuelo, y más amable, y más santo y más grande que éste? ¿Qué quereis decir de María? os preguntaré con el inmortal Obispo de Valencia, Santo Tomás de Villanueva ¿quereis decir de María Virgen, que desde el primer instante de su vida es pura, purísima, y más que los ángeles del cielo? ¿quereis decir que su alma santa es más hermosa que la aurora, y que la luna, y más blanca que las nieves immaculadas del Carmelo? ¿quereis aplaudirla como Virgen inocente, humilde, mansísima, enriquecida con todos los divinos carismas y con todas las virtudes? ¿quereis con la Iglesia santa saludarla Madre amable, y admirable, Madre purísima y castísima de Jesucristo nuestro Criador y Salvador? pues llamadla Madre Santísima de la Luz y con ese solo título todo lo decís; él solo vale por otros mil y mil con que la aclaman y beatifican las generaciones y los pueblos, vale por el altísimo y dignísimo nombre de Madre del Divino Verbo, Dios de Dios y Luz de la eterna Luz.

Los siglos y las generaciones, la historia y la poesía no han podido inventar un título más sublime que éste: *Madre de Dios*. Dios mismo, dice San Anselmo, no ha inspirado un nombre más excelso, á excepcion del suyo propio, que el de Madre de Dios; y yo puedo decirnos, que despues del santo y admirable nombre de Madre de Dios, solo María pudo inspirar el título misterioso y sublime de Madre Santísima de la Luz, con que este pueblo la reconoce y la invoca.

Nombre sacratísimo, con que la aclamaron nuestros padres en todas las adversidades y peligros, y ella los escuchaba y les era propicia; nombre santo con que diariamente llamamos en nuestro auxilio á la Reina de los

cielos para inclinar hácia nosotros su bondad maternal y su ternura, nombre admirable, en fin, que al desprenderse de nuestros lábios deja regocijada el alma y henchido el corazon de esperanzas.

Y con el título de Madre Santísima de la Luz, con este nombre sagrado propio de la incomprendible dignidad de María, tambien estan con nosotros sus ojos de misericordia.

En la noche tristísima de nuestra vida estos ojos bellísimos son para nosotros dos estrellas de magnitud incomparable, siempre brillantes en el firmamento de nuestras esperanzas, que nos ilustran y dirigen nuestros pasos en el erial de nuestra mísera existencia. Su luz prodigiosa nos inspira el candor y la virtud, y nos eleva y nos sublima á las altísimas regiones de lo infinito. No hay quien pueda resistir el encanto, el hechizo de sus miradas; el corazon desfallece y se liquida: el mismo inspirado Esposo de los cantares apostrofando á su dulcísima Esposa la decía: hermana mia, esposa mia, aleja de mí tus ojos porque una sola de sus miradas ha herido mi corazon.

Son tus ojos dulces y hermosos, dice el Espíritu Santo, como los ojos de la paloma y ¿por qué solo con estos son comparables? porque los ojos de la paloma; son inocentes y limpios, y los ofenden las sombras de la noche; ellos no se abren sino solo á la luz del dia. Así los ojos de la divina Madre no pueden abrirse, no pueden fijarse, no pueden permanecer sino solo en los pueblos y las naciones donde brilla la luz del Evangelio. Y como los ojos del águila que desde las inmensas alturas del cielo defienden con sus miradas el nido donde viven sus polluelos, así María desde la altura inaccesible del empero sobre cuya luminosa cumbre se levanta el trono inmortal de su grandeza, tiene fijas sus miradas sobre los pueblos que la reconocen y la invocan, que la honran y la bendicen, y con sus ojos los protege y los defiende.

Y en verdad ¿quién sino María ha defendido y sostenido inviolable y santa la fé de nuestros padres contra los fuertes ataques del error, replegando hasta el abismo sus impuras y pesadas sombras? ¿por quién sino por Ma-



PANEGÍRICO DE LA

ría en esta ciudad y en nuestra Diócesis se admira viva y ferventísima la piedad católica? ¿por quién sino por María, la semilla de la palabra divina se desarrolla entre nosotros prodigiosamente, ofreciendo todos los días los óptimos frutos de la virtud? ¿Y acaso el hombre enemigo ha podido sembrar la zizaña en nuestros campos, rompiendo el vínculo precioso del amor inmaculado que íntimamente estrecha nuestros corazones? No; y ni la cátedra pestilente de la mentira ha podido aún levantarse, ni los enemigos de nuestras creencias han podido alcanzar un solo triunfo, porque María solícita y cariñosa nos protege desde las alturas del cielo, valiéndonos más las dulces miradas de sus ojos que brillantes y disciplinados escuadrones: y si María está con nosotros ¿qué podemos temer? y si ella nos defiende ¿quién nos podrá atacar y combatir?

Ella tiene á la vista los males incontables que nos rodean por todas partes, las miserias que reportamos y las desgracias que arrancan lágrimas de nuestro corazón; desde que tocamos los dinteles de la vida hasta que llegamos á la orilla del sepulcro.

Miran sus ojos todo lo que sufrimos, todo lo que lloramos, para sostener nuestra debilidad en medio del abatimiento; para darnos su gracia y sus consuelos y levantar nuestro corazón hasta el empíreo en alas de la esperanza.

Con nosotros están pues, los ojos de María ¿no es verdad? y somos felices, felicísimos teniendo hasta hoy en nuestro favor sus maternales miradas. Mas decidme, por ventura podrán fijarse en la una parte el nombre y los ojos de una Madre, y en la otra distante y muy remota su amante y compasivo corazón? No; responderéis, y con justicia; de ninguna manera puede esto decirse y ni aun pensarse sin ofender en lo mas vivo la ternura y cariño de una Madre y mas de una Madre divina como es María. Y ¿dónde está el nombre de su dignidad inefable? ¿dónde el título propio de su inmensa gloria? Aquí; aquí en este lugar escogido, me respondeis aquí está el nombre de la Madre Santísima de la Luz aquí,

MADRE SMA. DE LA LUZ.

aquí están sus ojos de misericordia. Pues si está el nombre de la Madre Virgen y si aquí brillan sus ojos, luego aquí está también su corazón.

Mas ¿dónde, me decís, dónde está con nosotros ese mar inmenso de los divinos carismas? ¿dónde ese abismo insondable de indecibles misericordias? ¿dónde ese firmamento hermosísimo de nuestras inmortales esperanzas? ¿dónde? ¡ah, hermanos míos, aquí lo teneis á los ojos, llevad vuestras miradas á esa Imagen para esta ciudad tan querida y venerada! En esa imagen de la Madre de Dios, en esa Imagen auténtica y verdadera de la Madre Santísima de la Luz que ella misma bendijo y en la que ha querido, obrando portentos, manifestarse nuestra Madre; allí encontrareis su corazón, allí permanecerá para siempre con nosotros, en los rasgos y colores y en la inspirada expresión de esa sacratísima pintura. *Dedit nobis cor suum in similitudinem picturae.*

Y no solo allí, sino que verdaderamente está con nosotros, con nosotros permanece el corazón purísimo, el amantísimo corazón de la Madre divina; y creedme, no vacileis ni un solo instante, oid: mas bien que dentro del pecho donde palpita y respira el corazón, él vive y permanece allá donde se encuentra su objeto querido, aunque se halle á inmensa distancia, aunque medien los cielos y la tierra y aunque se interpusiera el abismo. ¿Y no somos nosotros, hijos infortunados del proscrito del Eden, no somos, aunque indignos, el objeto del grande amor y de las caricias de María? ¿quién despues de Dios y de Jesucristo su divino Hijo, ha podido amarnos más? nadie; ni en los cielos ni en la tierra, ni entre los hombres ni entre los ángeles: ella es nuestra Madre y nos ama con todo su amor y con toda su ternura: luego aquí está su corazón.

Por otra parte, el corazón de María así como es todo amor es todo bondad, todo misericordia, y ¿dónde debe palpitar, dónde vivir, dónde permanecer el corazón misericordioso y compasivo sino donde viven y permanecen los miserables, en esta esfera oscura, region de luto, de lágrimas y de infortunios? y hoy.....en estos momentos



PANEGÍRICO DE LA

¿quiénes delante de Dios y de su Madre Sma. pueden llorar más justamente, que vosotros presentando sus miserias y desgracias, despues de la noche tristemente memorable del dieziocho del pasado? vuestra horrorosa situacion arranca lágrimas, y ha excitado en todas partes la compasion de los pueblos; no han descansado de llorar vuestros ojos y ni la prensa de contar vuestras desgracias, ni el telégrafo de mandar en alas de la electricidad, de una nacion á la otra hasta los confines del mundo, la nueva del espantoso siniestro que dejó á millares de vosotros sin pan, sin vestido y sin hogar.

Os ha tocado la mano del Señor, como lo ha publicado la pluma autorizada del compasivo y dignísimo Obispo de Querétaro, interpretando vuestros sentimientos y colocando en vuestros labios aquella queja sentidísima del pacientísimo Job: *compadeceos de mí, compadeceos de mí siquiera vosotros que sois mis amigos, porque me ha tocado la mano del Señor.* Os ha tocado la mano del Señor, el ángel de su justicia os ha visitado y habeis recibido el más justo y severísimo castigo, no hay dolor que pueda compararse con vuestro dolor, y grande es como el mar vuestro quebranto. ¡Oh noche desastrosa! ¡noche horrible en que como el estallido del trueno, resonó por toda la Ciudad, la voz de alarma que derrepente dieron los guardas: "el río se desborda, la ciudad se inunda, perece la ciudad" ¿quién de vosotros en aquel momento no se sintió como herido del rayo y orillado á los abismos de la muerte? ¿quién no se reconoció culpable á los ojos de Dios y citado en aquel instante al severísimo Tribunal de su Justicia? ¡Plugiuese á Dios que aquella negra noche se hubiera borrado para siempre del número de los dias y de los meses; y que el Señor jamás se hubiera acordado de ella!

El pánico desde luego se apodera de la ciudad y todos los habitantes entran en movimiento y confusion, todos contaban aquella noche como el término de sus dias, y temblando, llenos de espanto, claman al cielo, encienden donde quiera las luces benditas, suenan sin cesar los sagrados metales, todos signan su frente con la cruz y es-

MADRE SMA. DE LA LUZ.

cludan su pecho con las imágenes de la Inmaculada, y da principio solemnemente la oracion de la noche, pública, magestuosa, sublime, conmovedora como la oracion del navegante en la noche de negra y récia tempestad: Madre Santísima de la Luz, clamaban todos con lágrimas, Madre Santísima de la Luz, defiéndenos; salva á tu pueblo, Madre Santísima.

Entre tanto el río crecido levanta su nivel á grande altura, rasga todos los diques y se precipita sobre la ciudad, convirtiendo en caudalosos rios la mayor parte de las calles del Norte y del Oriente y las plazas en revueltos lagos: todos entonces queriais salvaros ¡oh, qué confusion, qué angustia, qué dolor! nadie sabia como escapar, nadie sabia como ni en donde libertarse; los unos corren per las calles, huyendo hasta encontrar con las corrientes, los otros suben á los muros, estos sobre los techos, aquellos sobre los árboles; todos lloran, todos tiemblan, todos rezan y claman aterrorizados. Bien pronto las aguas precipitadas minan los cimientos é inundan las casas y los techos se hunden, con horrible estrépito se desploman las paredes, y las corrientes impetuosas tambien arrancan de raíz los árboles. Este mismo templo en aquellas horas se veía rodeado de una grande multitud bañada y semidesnuda que oraba con lágrimas y con clamores llamaba á sus puertas, pidiendo socorro y misericordia. ¿Dónde estabas oh Madre Santísima en aquellos instantes de suprema angustia y de terror, cuando tu pueblo invocaba tu nombre y clamaba á tí pidiéndote tu maternal proteccion? ¿Acaso por sus culpas apartaste tus ojos para no verlo y tus oidos para no escucharlo? ¿ó acaso porque el Arca Deifera de nuestra alianza con el cielo no estaba en su templo santo vino sobre el pueblo tan gran calamidad? ¿qué, porque la Señora no estaba en su casa, no se dignó atender á los que con tanto fervor la invocaban, ó porque no es este el lugar escogido y santificado para derramar sus gracias, nos esquivó sus misericordias? (1)

(1) Alude el orador á la circunstancia de que la Sagrada imagen no estaba en su propia Basílica, por estar ésta reconstruyéndose.



PANEGÍRICO DE LA

Pronto, muy pronto, Madre Santísima, volverás al lugar escogido y sacratísimo, donde por todos los días y para siempre estará tu nombre, y tus ojos estarán abiertos, y atentos tus oídos para escucharnos y favorecernos, pues desde la aurora hasta el ocaso con la diestra y la siniestra trabajaremos sin descanso, y terminaremos la recomposición y el decoro de tu templo.

Mas yo insisto, Madre mía, ¿dónde estuviste en aquella noche tan horrible? ¿qué, una Madre tan tierna y cariñosa como tú pudo abandonar a sus hijos en tan grande tribulación? no, tu amor no lo permitió ni lo permitirá jamás, y en esa noche que oscureció negramente la justicia divina, brilló con luz extraordinaria tu maternal y grande misericordia. Tú estabas en este templo y obrando portentos en esa bendita Imágen; tu nombre salía de todos los labios con los ayes, los clamores y los gemidos; estabas en medio de las aguas y acompañabas á los que corrían para libertarse de la muerte, tú dabas la mano á los que subían á los árboles ó sobre los muros; tú levantabas y salvabas á los otros sobre las ruinas, y por tí respiraron los que hasta despues de dos días vivieron debajo de los escombros; y tú en fin, en tus manos recibiste las almas de los infelices que perecieron, y por tu misericordia, y solo por tu misericordia, viven aún los que no sucumbieron en la catástrofe.

Este pueblo permaneció en la agonía más terrible y dolorosa en las altas horas de aquella lúgubre noche de destrucción, horas que pasaron lentamente hasta que los primeros tintes de la aurora aparecieron en el horizonte anunciando el nuevo día, y con el toque del *alba*, resonaron todos los campanarios de la ciudad; "somos salvos," dijeron todos saludando á la Madre Santísima con el *Angelus*. ¡Qué espectáculo tan triste y desolador presentó la ciudad en la mañana despues de la inundación! unas cuantas horas bastaron para convertir en ruinas una gran parte de ella, y un solo cuarto hubiera sido suficiente para destruir del todo la obra que levantaron tres siglos, si María, Madre de Dios, no hubiera defendido y protegido á su pueblo.

MADRE SMA. DE LA LUZ.

Y ¿qué haciais vosotros los que fuisteis víctimas de la inundación al contemplar á la luz del día tantos horrores, tanta destrucción, tanta desgracia? ¿qué hicisteis al veros sin vestido y sin hogar, reflexionando sobre las pérdidas irreparables que en un tiempo tan corto habiais sufrido? desesperados por ventura llorabais sobre los escombros? no; no, que para los cristianos verdaderos los bienes todos de esta vida son *escombros*, todos ellos en expresion del apóstol no son otra cosa que un monton de basura; nada valen para el cristiano que espera una vida inmortal más allá de la tumba, pues ¿qué haciais vosotros en la triste mañana del diezinueve de Junio? oh y cómo podré yo recordarlo sin conmovirme y derramar lágrimas de alegría! bendeciais al Señor y cantabais todos sus grandes misericordias; cada uno de los árboles, cada uno de los montones de ruinas ofrecia un nuevo coro de alabanzas inspiradas, sublimes, angelicales. La más santa alegría en aquella mañana vino á llenar en vuestro corazón los abismos de la tristeza de la noche.

Conformes con vuestra suerte y resignados con la voluntad soberana y sapientísima del cielo, deciais cada uno con el humildísimo Job, ejemplar de la paciencia cristiana: "Dios me lo dió, Dios me lo quitó, bendito sea Dios: desnudo salí del vientre de mi madre y he quedado ahora desnudo, bendito sea Dios;" si contentos y regocijados, deciais tambien con el anciano Tobias, "recibimos los bienes de la mano liberalísima de Dios sin merecerlos ¿por qué nos hemos de contristar cuando de su misma divina mano recibimos los castigos de que somos ignos?"

Y aun continuais tranquilos bendiciendo al Señor que ha sido vuestro refugio y vuestra virtud en las grandes tribulaciones que se precipitaron sobre vosotros; El os ha consolado, El ha enjugado ya vuestro llanto y en vuestro favor ha obrado portentos su infinita misericordia ¿podeis decirlos? ¿podreis contarlos? no, pues sería preciso que pudierais decir los peligros y angustias en que se vió cada uno de vosotros en aquella noche



#### PANEGÍRICO DE LA

amarguísima, sería preciso que pudierais contar todas las miserias que lamenta esta ciudad y las que pudo lamentar si la dignísima Madre de Dios no hubiera obrado en vuestro favor, para salvar á los que sobrevivís despues de la catástrofe.

Cuando yo os contemplo y recuerdo los horrores en que fué envuelta la ciudad aquella noche, cuando lleno de asombro advierto que la fuerza espantosa de las corrientes no solo pudo derribar vuestras casas, sino levantar y jugar con los cimientos más firmes y profundos, y arrancar los grandes árboles, cuando veo esto, cada uno de vosotros los que las aguas no arrastraron al sepulcro, los que no quedasteis aplastados debajo de los escombros, los que no sufristeis el castigo que exigen vuestros pecados, cada uno y todos me pareceis un milagro patente y palpable de la divina misericordia, entonces verificado por intercesion de la Madre Santísima. Reflexionad sobre los millares y millares de casas que fueron destruidas, y sobre el número de las víctimas que perecieron, y vereis que éste apenas tiene alguna significacion comparado con el primero, y ¿no es esto un prodigio de la misericordia de Dios, un portento de la Madre Santísima de la Luz?

Si, Maria se levantó en vuestro auxilio y así oportunamente por ella habeis sido consolados; la caridad cristiana tambien ha obrado en vosotros maravillas; en torrentes se ha derramado sobre vuestra ciudad; la deplorable situacion en que os encontráis ha excitado en los corazones esa virtud nobilísima y divina, todos os compadecen en la grande extension de nuestro país y aún más allá de sus límites, y de todas partes sin dilacion se han apresurado á favoreceros en vuestra desgracia, y ¿no es este otro favor singularísimo de la divina Madre? los tesoros se han abierto en donde quiera para socorremos y los graneros para daros pan: y de vuestras ciudades, de nuestros pueblos, y aún de las aldeas, se han mandado ropas para vestir á aquellos de vosotros que desnudaron las aguas. Jamás en México se habia visto tanta caridad, jamás se habia desarrollado como ahora en vuestro favor tan grande y sagrado sentimiento que os ha llenado de consuelo,

#### MADRE SMA. DE LA LUZ.

con sus frutos teneis ya en parte reparadas vuestras pérdidas.

Conservad en vuestros corazones el precioso depósito de la fé divina, y avivando cada día más y más vuestra esperanza, afirmadla en la Santísima Madre de Dios y no pasarán muchos años sin que veais regocijados resplandecer con nuevo y escogido brillo en esta ciudad sus misericordias. Comenzad desde luego en el nombre del Señor á reconstruir esa gran parte arruinada, trabajad todos como un solo hombre para reparar vuestras casas en el *nombre de Dios*, no lo olvideis: porque si el Señor no está con vosotros al reconstruir la parte arruinada, en vano trabajareis, invocad su nombre y él será con vosotros y para vosotros el custodio vigilantísimo de vuestros intereses, de vuestro hogar y de vuestra vida. Si él está con vosotros, las corrientes impetuosas del rio en vez de llenaros de pavor y ponerlos en fuga hasta la cima de los montes, alegrarán vuestro corazon.

Mas á vosotras, oh madres infortunadas, que como Raquel en Ramá con tristísimos clamores llorais á vuestros hijos, sin admitir algun consuelo porque ya no existen ¿qué podré deciros desde la cátedra del Espíritu Santo, para mitigar vuestro dolor y calmar las angustias de vuestra alma desolada? ¿qué pérdida podrá compararse con vuestra pérdida? ¿y cómo pudiera repararse! vuestros hijos valian más para vosotras que todas las casas destruidas, y que todas las riquezas sepultadas ¿qué podré hablar pues para vuestro consuelo? acaso nuestra adorable religion no tendrá reservado alguno para aliviar vuestro quebranto? sí, sí tiene, tiene para vosotras consuelos y esperanzas: un tesoro precioso para vuestro corazon eran vuestros hijos que perecieron, pues este tesoro lo trasportaron al cielo las manos purísimas de Maria, nuestra Santísima Madre, allá está en las sublimes alturas donde el ladron no puede adjudicárselo, donde el tiempo no puede consumirlo, donde ya no pueden las corrientes funestas arrastrarlo y perderlo. No lloreis pues como las hijas de Jerusalem sobre su suerte; ni tampoco lloreis so-



#### PANEGIRICO DE LA

bre la vuestra, María con su gracia y misericordia coronará vuestro sufrimiento.

En verdad, carísimos hermanos, nada más sensible para el corazón de una madre que la pérdida de sus hijos; por esto María tanto se interesa en la salvación de aquellos que felizmente la llamamos Madre: los hijos aunque ingratos, aunque miserables é indignos, son para el corazón de la madre el tierno objeto de su cariño; son sus delicias, son su tesoro; y nosotros por divina dignación somos hijos de María, somos hijos de la Madre Santísima de Dios que nos ama tanto cuanto más miserables somos é indignos; somos su tesoro escondido entre los escombros de esta vida, escondido en los abismos de la culpa; pero ya lo dijo el divino Maestro cuya palabra jamás puede faltar, ya enseñó Jesucristo para nuestro consuelo aquella máxima sublime: "*donde cada uno tiene su tesoro allí tiene su corazón.*" luego arrojad gritos y dad saltos de regocijo, en este valle de lágrimas y de miseria está y estará para siempre el corazón de María.

¡Oh Madre Santísima de la Luz Divina, excelsa Reina de los cielos, en esta tu Imágen bendita y prodigiosa, eres para este pueblo preciosísimo tesoro de gracias y misericordias; en tí están y estarán para siempre nuestros pobres corazones que en humilde cestillo te presenta el ángel que nos custodia, no los desprecies, míralos contritos é inflamados en tu amor; entraron las aguas hasta lo más profundo de nuestra alma, pero esas muchas aguas no pudieron extinguir tu amor, tu pueblo te ama y te amará, porque solo tu brazo maternal pudo sostenerlo á las puertas del abismo á donde sus grandes culpas lo precipitaban. Nosotros te amamos, te amamos con el alma porque toda has sido misericordia para nosotros, tus ojos han estado siempre fijos en nuestras miserias para socorrernos, tus oídos atentos para escuchar el llanto y los clamores de los miserables, tus pies ligeros y prontos para venir en nuestro auxilio, tus manos han derramado sobre nosotros los tesoros de la misericordia; bendita seas, Madre Santísima. ¡Ruega por nosotros y bendícenos para que el Señor tu Hijo y nuestro Dios, no

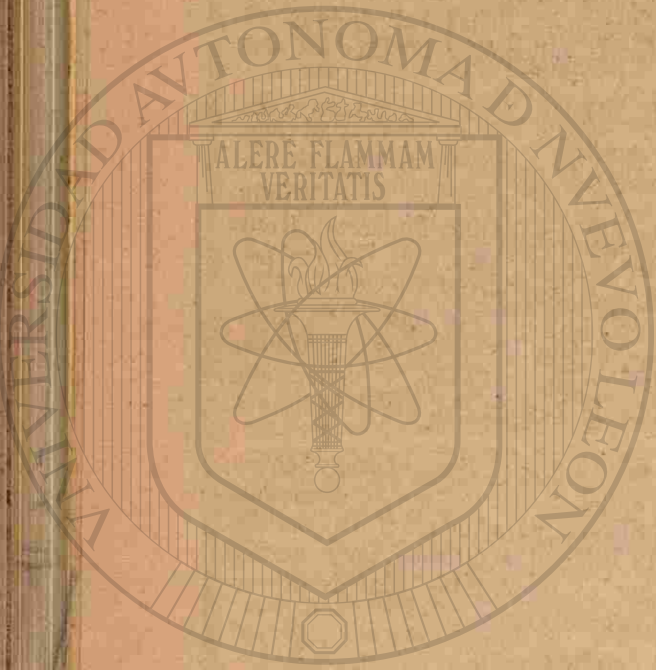
#### MADRE SMA. DE LA LUZ.

vuelva de nuevo á castigarnos con tan terrible castigo; muestra que eres nuestra Madre para calmar sus enojos y apagar el rayo de su indignación justamente encendido contra los culpables, defiéndenos de las iras divinas debajo de tu manto maternal, sálvanos y bendícenos, Virgen santa.

Dignese también tu bondad inmensa remunerar copiosamente á los que, *en nombre de Dios*, con tanta generosidad han favorecido á tu pueblo en su miseria: para gloria de tu Hijo y bien de la humanidad infortunada, bendice y aumenta sus tesoros, centuplica los frutos de la tierra para los que le dieron pan, viste con las preciosas ropas de la gracia y de la virtud á los que cubrieron su desnudez; y á todos los que nos han compadecido, da la paz de Dios á sus familias, conserva la fé divina, la fé de nuestros padres en sus corazones y defiéndelos siempre con tu nombre, del castigo que nosotros hemos merecido.

En fin, no olvides, inclita Madre, benignísima Señora, que esta ciudad es tuya, que es el lugar hoy nuevamente escogido y por Tí santificado, para que en él sea bendecida y aclamada esta tu Imágen sacratísima, para que en él esté tu nombre, y con tu nombre tus ojos de misericordia, y tu dulce y maternal corazón.





UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS







*F. Quiroga*  
*[Signature]*

ORACION PRONUNCIADA

*tomada  
razón*

POR EL SR. PRESBITERO

**D. Félix M. Martínez**

EN LAS HONRAS FUNEBRES

QUE EL PRIMER CONCILIO DE MICHOACAN

CELEBRO EN SUFRAGIO

del Illmo. Sr. D. Vasco de Quiroga

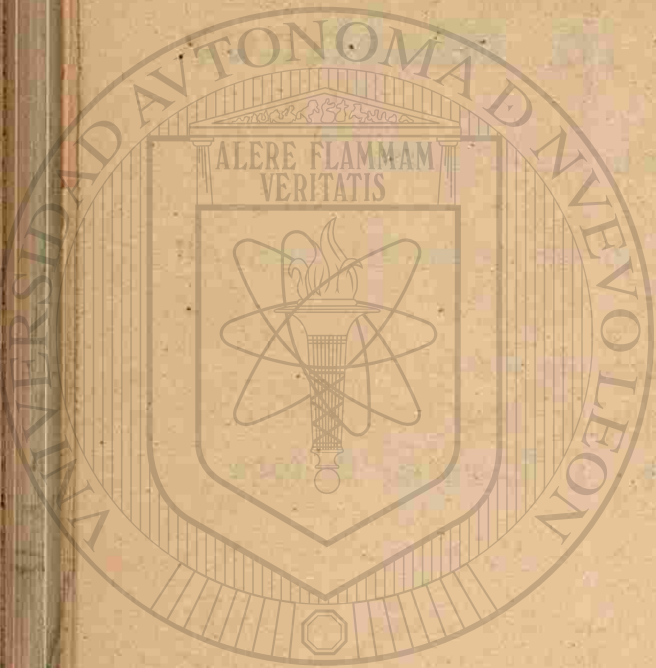


DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MORELIA

IMPRESA Y LIBRERIA DE SAN IGNACIO  
Guerrero, número 34  
1897.





## RESEÑA DE LA SOLEMNIDAD

**M**UCHO tiempo hace que el Illmo y Rmo. Sr. Arzobispo de esta Metrópoli, movido por la tierna veneración que desde sus primeros años profesa al Ilustrísimo Sr. D Vasco de Quiroga, deseaba promover alguna manifestación pública y solemne que interpretase, en honor de tan eximio prelado, los sentimientos de la gratitud profundísima que, á pesar de los siglos, palpita por él en todos los corazones generosos.

Las circunstancias políticas y otros obstáculos pocos dignos de mención, han impedido hasta el día tan laudable proyecto; pero mientras puede llevarse á cabo en toda su amplitud, el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo ordenó, desde la inauguración del primer Sínodo Provincial, que como un complemento de éste y después de la clausura, se trasladaran á Pátzcuaro todos los que en él hubiesen tomado participio, con objeto de celebrar



honras fúnebres en sufragio del eximio Varón á quien se deben la vida, las glorias y los actuales progresos de nuestra Arquidiócesis.

Con anterioridad había dispuesto el Illmo. y Rmo. Sr. Arciga que se hiciesen las reformas que exigía el deterioro del templo que conserva en Pátzcuaro las reliquias del Illmo. Sr. Quiroga; y se dirigió además por escrito al R. P. D. Antonio Plancarte y Labastida, abad de la insigne Colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe, enviándole el original de una inscripción latina, para que se sirviese ordenar que se grabase en marmol por alguno de los artistas más expertos de la Capital, á fin de colocarla oportunamente en el sepulcro del Illmo. Sr. Quiroga. El R. P. Plancarte, aplaudiendo de corazón la idea y con la actividad que caracteriza su celo, dirigió tan satisfactoriamente la obra, que ya desde los primeros días del pasado mes, se pudo instalar en Pátzcuaro la preciosa lápida, en la que todos han admirado así la maestría del cincel, como el buen gusto que presidió en la hermosa combinación de los mármoles. De ello resultó un monumento digno de ser contemplado detenidamente por los amantes de lo bello.

La inscripción, grabada en rojo sobre marmol blanco, está encerrada en un marco de pórfido, que tiene por remate, admirablemente cincelado, el escudo del Illmo. Sr. Quiroga.

Los Illmos. Sres. Obispos de Leon y Zamora, así como su clero y el del Illmo. Sr. Obispo de Querétaro, urgidos por las necesidades de sus respectivas diócesis, regresaron á ellas al terminar los trabajos del Concilio. Por esta causa, sólo acompañaron al Illmo. y Rmo. Sr. Arciga en su viaje á Pátzcuaro el día 30 del pasado, los Illmos. Sres. Obispos de Querétaro y Sonora, y algunos eclesiásticos de esta Capital. El resto de los concurrentes partió en el tren ordinario del día 31.

Digna de consignarse es la entusiasta recepción que se hizo á los Illmos. Prelados. Sabido es que entre los

indígenas de la Arquidiócesis, y sobre todo entre los que ocupan las cercanías de Pátzcuaro, está vivo el recuerdo del Illmo. Sr. Quiroga, á quien dan todos el cariñoso nombre de *tata D. Vasco*; y que, para arrancarles ardientes manifestaciones de ternura, basta pronunciar ante ellos ese nombre legendario. Por esta causa, poco necesitó el celoso Sr. Cura D. Ignacio Torres para conseguir que se prestasen no sólo de buena voluntad, sino también con verdadero júbilo á la celebración de la fiesta; y ya desde las primeras horas de la mañana de ese día, empezaron á reunirse en la estación de Ibarra, en espera de la respetable comitiva. A la llegada de esta, poco después del medio día, formaban ya una inmensa multitud, dirigida por el mismo Sr. Cura Torres. Los indígenas llevaban en son de triunfo ramos de laurel, de pino ú otros tallos de exhuberante aspecto, y venían acompañados con las respectivas orquestas de cada una de las poblaciones circunvecinas. De esta suerte acompañaron, alegres y contentos, á los muy ilustres visitantes, hasta que se instalaron en el Colegio del Sdo. Corazón de Jesús. Todas las calles del tránsito se habían engalanado con diversas colgaduras y postes revestidos de yerba, y entre el murmullo entusiasta de la multitud, se oía el constante repique de las campanas y las alegres detonaciones de los *cohetes*. Entre los vecinos prominentes de Pátzcuaro que concurrieron á la estación, podemos recordar al Sr. Cura D. Arsenio Robledo, Sr. Cura D. Ignacio Silva, Sr. Pbro. D. Rafael Nambo, Rector del Colegio del Sagrado Corazón de Jesús; Sres. Pbro. D. Eduardo Avalos y D. Camilo Argüello, profesores del mismo; Sres. Lic. D. Francisco Barroso y D. Octaviano Cortés; Sres. D. Abundio Barriga, D. Tomás Torres, D. Eduardo Alcázar, D. Genaro Barrera y D. Francisco Solórzano; Sres. Dres. D. Nicolás Luna, D. Jesús Díaz Barriga y D. José Laris; Sres. D. Agapito Solórzano, D. Juan Arriaga, D. Agustín Villanueva, D. Miguel Corona y D. Antonio Larragoiti.



Como los venerables despojos del Illmo. Sr. Quiroga se depositaron interinamente en el templo de Nuestra Señora de la Salud, mientras que se hacían las reparaciones en el de la Compañía, para trasladarlos de nuevo á éste, se organizó el día 31 un numeroso cortejo que los acompañase, aunque la distancia que se había de recorrer es demasiado corta. Condujeron la urna los Sres. Pbro. D. Ismael Huacuja y D. Camilo Argüello, y entre todos los de la comitiva llamaban la atención por el respeto y compostura que mostraban, los indígenas que concurrieron, convenientemente organizados y precedidos de un estandarte que conducía el más anciano de todos.

En el referido templo de la Compañía recibió los preciosos restos el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, y fueron colocados inmediatamente sobre el magnífico catafalco que se levantó á la mitad del templo.

En seguida nuestro Illmo. y Rmo. Prelado entonó las visperas solemnes de difuntos, á las que concurrieron también los Illmos. Sres. Obispos de Querétaro y Sonora, el Sr. Canónigo D. Lorenzo Olaciregui, todo el clero de Pátzcuaro y gran número de eclesiásticos que habían ido de esta capital.

El resto de la tarde hubo grande afluencia de fieles que sucesivamente llegaban al templo á orar por el Illmo. Sr. Quiroga y á dar gracias á Dios por los beneficios que ha derramado sobre nosotros, por medio de tan grande Obispo.

Durante la noche fueron veladas las reliquias por individuos de todas las clases, entre los que no escasearon los indígenas que, desde el principio de estas solemnidades, casi no se apartaban de aquel lugar, tan frecuentado en todo tiempo por ellos.

El día primero del actual, ya desde las primeras horas, era tanta la multitud, que muchos fieles tuvieron que permanecer en las dos calles á que dan salida las puertas del templo. Podemos asegurar que entre los

católicos de Pátzcuaro casi no hubo quien faltase de los que carecían de ocupación urgente.

A las 8 empezó la vigilia, que presidió el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo con asistencia de los Illmos. Sres. Obispos mencionados y de todo el clero. La orquesta se hizo notable por su magnífica ejecución, y pudo sentirse la magestad del canto eclesiástico, así por lo bien timbrado de las voces, como por el acertado empleo de los compases y las pausas.

La Misa fué celebrada por el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, asistiéndole, como diácono, el Sr. Cura D. Ignacio Silva y como subdiácono, el Sr. Pbro. D. Ismael Huacuja. Los Illmos. Sres. Obispos ocuparon los respectivos asientos al lado de la epístola, y acompañaban al Illmo. y Rmo. Metropolitano, revestidos de capa pluvial, el Sr. Canónigo Lic. D. Lorenzo Olaciregui y el Sr. Cura D. Arsenio Robledo, representantes del Venerable Cabildo.

Terminada la Misa, se pronunció el discurso que se leerá después de estas líneas; y acto continuo, el Illmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, los Illmos. Sres. Obispos, el Sr. Canónigo Lic. D. Lorenzo Olaciregui y el Sr. Cura D. Ignacio Torres, acercándose al catafalco, entonaron sucesivamente los responsos que prescribe la liturgia.

Concluida esta ceremonia, el Illmo. Sr. Arzobispo descubrió la bien esculpida lápida de que hicimos mención arriba.

El mismo día se verificó el exámen pericial á que se refiere el documento que en seguida copiamos:

«En la Ciudad de Pátzcuaro, á horas que son las cuatro de la tarde del día primero de Abril de mil ochocientos noventa y siete, presentes en la sacristía del templo de la Compañía de Jesús las personas siguientes: Illmo. y Rmo. Sr. D. José Ignacio Arciga, Arzobispo de Michoacán; Illmo. Sr. Dr. D. Rafael Camacho, Obispo de Querétaro; Illmo. Sr. Dr. D. Herulano López, Obispo de Sonora; Sr. Canónigo y Lic. D. Loreu-



zo Olaciregui, Sr. Cura D. Ignacio M. Torres, Sr. Cura D. Arsenio Robledo, Sr. Cura D. Ignacio Silva, Sr. Capellán D. Rafael Bustamante, Sr. Cura D. Estanislao Acha, Sr. Rector D. Rafael Nambo, Sr. Pbro. D. Ismael Huacuja, y los Doctores D. Nicolás Luna y D. José Laris; el Illmo. y Rmo. Sr. Arciga manifestó: que habiéndose celebrado hoy con la debida solemnidad las honras fúnebres en sufragio del Illmo. Sr. D. Vasco de Quiroga, primer Obispo de Michoacán, y estando acordado que los restos de tan ilustre como tan respetable persona, sean depositados en este Santo Templo de la Compañía, y cubiertos con la respectiva lápida conmemorativa, pareció conveniente hacer constar el número y clasificación de dichos restos, certificándose el acto por el Notario público D. Carlos Alcocer y Piña, que se halla presente. En consecuencia, los Sres. Dres. Luna y Laris procedieron desde luego al examen de los referidos restos, y fecho, manifestaron que los restos que tienen á la vista, se componen de las siguientes piezas: el cráneo completo y el maxilar inferior; dos fémures, dos tibias, dos peroneos, un húmero, un cúbito completo, dos radios incompletos, una clavícula completa y dos fragmentos de otra; dos huesos iliacos, dos fragmentos de húmeros; el hueso sacro, siete vértebras completas y dos fragmentos; dos fragmentos de homóplatos, un fragmento del esternón, dos calcaneos completos; un astrágalo también completo, catorce fragmentos de costillas y cuatro huesos sin clasificación posible. Terminado el examen de los restos en los términos que quedan expresados, se colocaron en una urna de madera de cedro y cristales, en la que igualmente se depositó el inventario antiguo de los expresados restos, escrito en papel del sello cuarto y autorizado por D. Andrés Banegas, Notario de este curato. El Notario que suscribe certifica: que los hechos á que se refiere la presente acta, han pasado de la manera que queda expresado; y en consecuencia, se da por termina-

da aquella, firmando todas las personas presentes, así como los testigos, que lo fueron los Sres. Tomás Torres, Eduardo Alcázar, Abundio Barriga, Miguél Corona, Agapito Solórzano y Espiridión Melgoza.—Doy fe: ✠ JOSÉ IGNACIO, *Arzobispo de Michoacán*.—✠ RAFAEL, *Obispo de Querétaro*.—✠ HERCULANO, *Obispo de Sonora*.—Lorenzo Olaciregui.—Ignacio M. Torres.—A. Robledo.—Ignacio Silva.—Rafael Bustamante.—Estanislao Acha.—Rafael Nambo.—Ismael de J. Huacuja.—Nicolás Luna.—José Laris.—Tomás Torres.—Eduardo Alcázar.—Abundio Barriga.—Miguel Corona.—Agapito Solórzano y Solchaga.—Espiridión Melgoza.—Ante mí: Carlos Alcocer y Piña, Notario Público.»

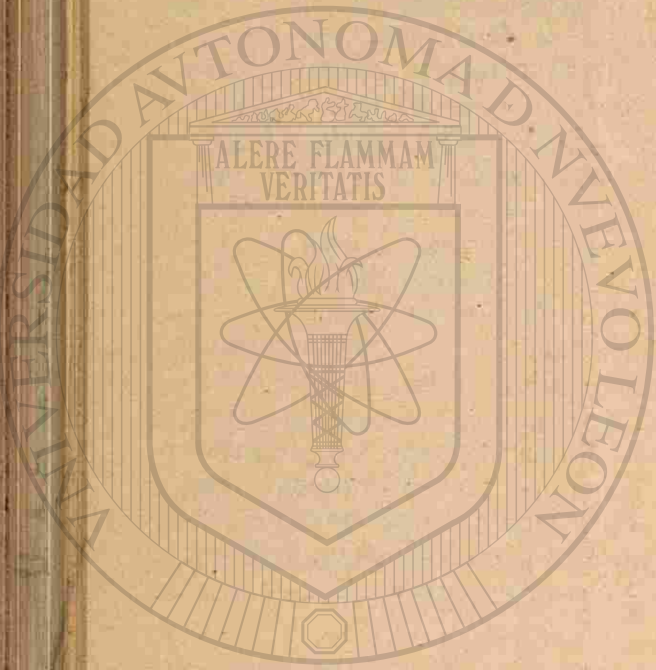
Cumplidas estas formalidades, de suma importancia para la historia, nuestro Illmo. Rmo. Prelado tuvo el consuelo de colocar los venerados restos en la cavidad que se abrió para este fin en la pared del presbiterio. El mármol que hoy los cubre no es ciertamente digno de guardarlos, pero recordará á las generaciones futuras la grandeza de nuestro primer Obispo y la desinteresada piedad de un Sucesor esclarecido.

Morelia, 3 de Abril de 1897.

UNIVERSIDAD  
NOMA DE NUEVO LEÓN

AL DE BIBLIOTECAS





D. O. M.

CONVENIENTIBVS. I<sup>mo</sup>. CONCILII. PROVINCIALIS. MECOACANENSIS. REVERENDISSIMIS. PATRIBVS

HOC. EXILE. MONUMENTVM

ANNO. SALVTIS. MDCCXCVII. PONENDVM. CVRAVIT

AVE. PASTOR. ET. PATER. OPTIME

VALE. ET. VIVE. IN. DEO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



D. O. M.

VASCO. DE. QUIROGA

APOSTOLICA. CHARITATE. OMNIQUE. EXCELENTIA

VIRO. SANCTISSIMO

PATRIAE. NOSTRAE. VERE. PARENTI

QVI. REGII. SENATORIS. MVNERIBVS

INTEGRE. ET. AD. EXEMPLVM. PERFVNCTVS

ET. POSTMODVM. DIVINO. AFLANTE. NVMINE

MECHOACANI. PROTOPRAESVL. FACTVS

IMPERVIAS. ISTAS. REGIONES. CHRISTI. VERITATI. RECEVSIT

QVIQUE. IMMANES. TERRIGENAS

HAVD. SOLVM. HUMANITATIS. LEGE. SOCIAVIT

SED. SINGVLARI. BENEVOLENTIA. COMPLECTENS

VEL. IN. IPSIS. MECHANICIS. OPIFICHS

MIRIFICA. DOCUMENTA. PRAEBVIT

QVAE. ADHVC

TANTI. MAGISTRI. MEMORIAM. RETINENTES

DISTRIBVTIONE. AB. IPSEO. SAPIENTISSIME. PERACTA

AB. OPPIDORVM. INCOLIS. FIDELITER. CVSTODIVNTVR

VITAE. DENIQUE. MERITORVM. COPIA. PERQVAM. DITISSIMAE

FINEM. ATTVLIT. ANNVS. MDLXV. PRIDIE. IDVS. MARTII

NONAGESIMVS. EX. QVO. LVCEM. HAVSERAT

HEIC. VBI. IN. PACE. CHRISTI. REQVIESCIT

IOSEPH. IGNATIVS. ARCIGA

XXXVII<sup>mo</sup>. QVI. EIVSDEM. ANTISTITIS. SVCCESIONEM. ACCEPERAT

CONVENIENTIBVS. I<sup>mo</sup>. CONCILII. PROVINCIALIS. MECHOACANENSIS. REVERENDISSIMIS. PATRIBVS

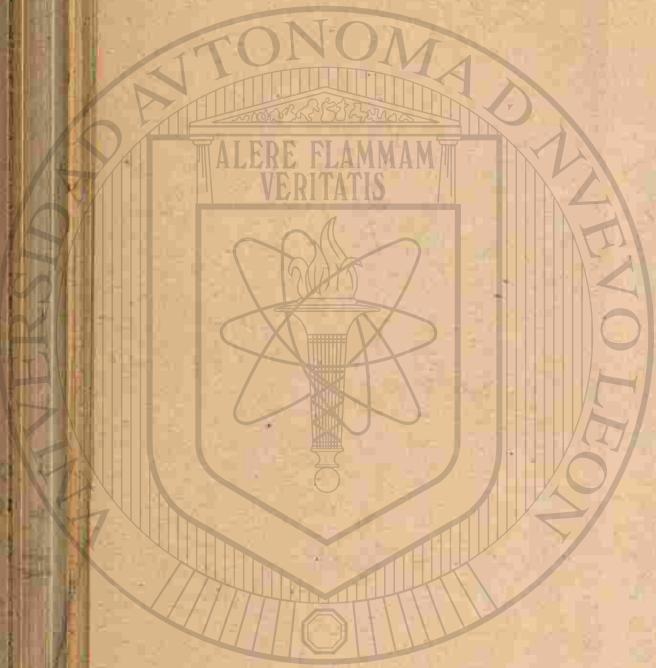
HOC. EXILE. MONVMENTVM

ANNO. SALVTIS. MDCCXCVII. PONENDVM. CVRAVIT

AVE. PASTOR. ET. PATER. OPTIME

VALE. ET. VIVE. IN. DEO.





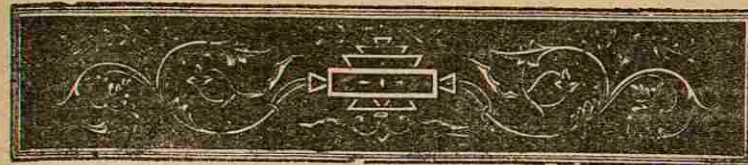
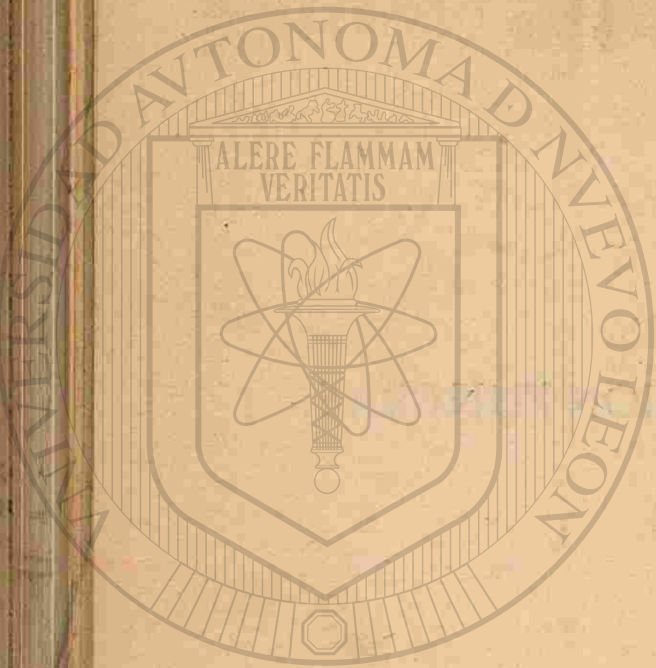
ORACION FUNEBRE

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





*Potens in terra erit semen eius,  
generatio rectorum benedicetur.*

Poderosa será su semilla sobre la  
tierra, porque la posteridad de los  
justos será bendita.

PSALM. CXI, 2.

ÍLLMO. Y RMO. SEÑOR:

ILUSTRÍSIMOS SEÑORES:

HERMANOS MÍOS:

**E**S la inmortalidad un ensueño que se escapa á todas las ambiciones: ni el poderío de las riquezas, ni las galas de la hermosura, ni los anhelos del amor, ni siquiera el ascendiente de la sabiduría, subsisten un momento más allá de la tumba. Harto sabido es que allí todo brillo



se apaga, toda energía se agota y toda ternura se desvanece.

Y sin embargo, la humanidad no cesa en su ahinco de vivir para siempre en recuerdos amados y gloriosos. Aunque diariamente palpa que *toda carne es heno, y toda su gloria como la flor del campo*, (1) busca con ansiosos afanes y laboriosa solicitud el dulce goce de la inmortalidad.

¿Qué significa ese deseo siempre insaciable? ¿Quedaría acaso en la naturaleza caída como una señal de corrupción y desorden? ¿Será uno de los rasgos que le imprimió la vengadora justicia de los cielos?

En el día mismo de la creación, cuando el dedo de Dios tocaba el espíritu del hombre para dilatarlo, haciéndolo capaz de la felicidad eterna, tocó también el centro misterioso de la vida, comunicándole su propia inmortalidad. Desde entonces, el corazón sintió la necesidad imperiosa de vivir para siempre; y ese anhelo, como muchas dádivas del amor divino, llegó á ser, después del pecado, un prin-

(1) Isa., XI, 6.

cipio del castigo eterno y una prenda también de felicidad completa.

Por tanto, si el hombre intenta perpetuarse donde la perpetuidad no existe; si quiere grabar su nombre en algo de esta tierra, que al fin es polvo que los vientos disipan; ó si va á poner su amor en algo tan frágil y deslesnable como lo que del mismo polvo fué formado, aquél anhelo será fuente cotidiana de dolorosas inquietudes y desdichas inconsolables. En vano amará hasta el sacrificio; en vano con palabra elocuente llevará en pos de sí las inteligencias y las voluntades; en vano dará cima á prodigiosas hazañas, en que el valor se admire y la magnanimidad reciba el aplauso de las generaciones.

Pero si su corazón se une á lo que eternamente dura, no sólo legará un nombre á las futuras edades, sino que también vivirá para siempre en el amor y en las bendiciones de los pueblos.

Sólo Jesucristo es inmortal; pero es tan generoso su corazón, que ha concedido ese privilegio á los que, como El, abandonan las grandezas caducas y abrazan la locura de la cruz.



Por eso solamente nosotros, redimidos por El, podemos apostrofar á la muerte en la presencia misma de los símbolos que la representan, exclamando como el Apóstol: *Ubi est mors victoria tua? Ubi est mors stimulus tuus?* (1)

Lo que no han conseguido los sabios, los legisladores, los poderosos de la tierra, que sólo imperan un día sobre las inteligencias y dirigen un momento las voluntades, es herencia exclusiva de los justos: su memoria, en verdad, domina las generaciones y subyuga los pueblos; cuando al parecer han descendido á las tinieblas, brilla sobre su frente el fulgor del medio día; y sólo de ellos puede decirse, como de Jesucristo, que su sepulcro está circundado de gloria: *et erit sepulchrum eius gloriosum* (2).

Tal fué, hermanos míos, el varón esclarecido que hemos venido á celebrar aquí, el Illmo. Señor D. Vasco de Quiroga, primer Obispo efectivo de nuestra Diócesis, apóstol verdadero de Jesucristo y civilizador de estas regiones.

(1) I Corint., XV, 55.

(2) Isa. XI., 10.

Confieso ingenuamente que nunca, como ahora, he lamentado la insuficiencia de mis palabras para desplegar ante vosotros el cuadro magnífico de sus virtudes públicas y privadas, presentando su figura portentosa ya en el tribunal del magistrado, ya en la sede del legislador, ya en el banco del catequista, ya en todas partes, difundiendo la fé y la generosidad de su corazón. Asistiríamos con él á la fundación de hospitales, de escuelas, de pueblos; descenderíamos con él al fondo de todas las miserias para consolarlas, de todas las debilidades para robustecerlas, de todas las tinieblas para disiparlas.

Sólo entonces comprenderíamos que, á semejanza del Apóstol, se hizo todo para todos, con el fin de ganarlos á todos; que, empequeñecido con los pequeños, no se desdenó de tomar con sus manos unguadas los instrumentos del agricultor y del artesano, para enseñar por sí mismo el cultivo de la tierra y las artes mecánicas á cuantos había arrebatado al salvajismo, para hacerlos partícipes de los beneficios sociales.

De esta suerte, aparecería destacándo-



se en toda su magnificencia la figura inmortal del más ilustre de nuestros obispos. Mas ya que es necesario mantenerme en los límites de mis facultades, tomaré otro rumbo, y no fijaré mis ojos sino en lo que más se impone en la admirable vida de este eximio Prelado.

Entre los timbres de gloria con los que Jesucristo había de aparecer en todas las generaciones, el gran profeta Isaías realza, sobre todos, el de la paternidad, apellidándolo el padre de un siglo futuro, *pater futuri saeculi* (1). De esta misma gloria hace partícipes á los que ha querido que tengan mayores rasgos de semejanza con El. Y sin duda esta es la más positiva de las inmortalidades, porque quien consigue la paternidad, reproducido en sus hijos y en los hijos de sus hijos, se perpetúa hasta la consumación de las edades. El tiempo y el espacio pueden opacar su memoria; pero al través de toda mutación, de todo cambio, aparece su obra imperecedera.

Este es el carácter que domina en el

[1] Isa. IX, 6.

Illmo. Señor D. Vasco de Quiroga, carácter de tal suerte grandioso, que compendia su gloria incomparable. Hablaré, pues, sumariamente, de su legítima paternidad sobre nosotros.

Sólo Dios, hermanos míos, era en la eternidad el dueño de la vida; y para manifestarse en el tiempo, la comunicó á otros por una maravilla de su omnipotencia. Pero el dar la vida es el mayor grado del vivir; por eso Dios tiene un Verbo igual á él, engendrado por él en el día perpetuo de la eternidad, *ego hodie genui te*. (1)

Cuando dió el ser al hombre, le comunicó también el don glorioso de la fecundidad, para que en esto se advirtiese más la semejanza entre el Creador y la creatura, *faciamus hominem ad imaginem et similitudinem nostram*. (2) Dios, en efecto, uniéndose á sí mismo en el eterno goce de su esencia, produce el Verbo consubstancial; el hombre también se unió á sí

(1) Psalm. II., 7.

(2) Gen., I, 16.



mismo, á la carne de su carne, *caro de carne mea, os de ossibus meis*, (1) y al verse reproducido en otro ser, pudo decir como Dios: *ego hodie genui te!*

Pero ¡oh triste condición de la miseria humana! El gran poder que Dios concediera al hombre para hacer duradera su felicidad, lo ha convertido éste en desventura y ruina. ¡Infeliz Adán! Cuando pronunciaste por vez primera esa palabra que te hacía semejante á Dios, no fué sobre el hijo de tus alegrías, sino de tus dolores; no la escuchó el trasunto del hombre recto y casto, que en tí había hecho Dios, sino la muerta semejanza del hombre de pecado, á que dió origen tu insensata desobediencia! ¡Desdichado padre de nuestra estirpe! Ni tú ni tus hijos comunicarán la vida, porque, hasta la consumación de los tiempos, se oirá, sobre la cuna de los que acaban de nacer, este canto terrible de maldición: *per unum hominem peccatum in hunc mundum intrabit, et per peccatum mors!* (2) Y en el oído de todas las madres resonarán siempre las primeras

(1) Gen. II., 23.

(2) Rom. V. 12.

palabras de ira que dirigió á la mujer la eterna justicia de los cielos: *in dolore paries filios!* (1) Es decir, en el dolor y para el dolor!

Y desde que el hombre despreció su origen y su destino, el acto que más lo habría de asemejar á Dios, fué lo que de El más lo apartaba, lo que vino á colocarlo al nivel de las bestias, lo que abrió las cataratas del cielo y acrescentó las llamas del abismo, lo que arrancó de los labios purísimos de Dios aquella exclamación terrible: *poenitet me fecisse eos!*.....(2)

Admiremos, sin embargo, hermanos míos, el poder que Dios tiene para producir el bien valiéndose del mal, sin tocar siquiera el libre arbitrio del hombre.

En Jesucristo, dice San Pablo, han sido restauradas todas las cosas; por El no sólo recuperaron su ser primitivo, sino que fueron elevadas también á mayor altura, *ubi abundabit delictum, superabundabit gratia* (3). ¿Cómo pudo verificarse esto en la obra de comunicar la vida? Acabo

(1) Gen., III, 16.

(2) Gen., VI, 7.

(3) Rom., V, 20.



de decir que todas las madres escuchan aún estas tristísimas palabras: *in dolore paries filios* (1). ¿Quién había de creer que en esta sentencia, está contenido el germen de la redención? Predice ciertamente el dolor; pero desde que Jesucristo tomó sobre sí todos los dolores, *dolores nostros ipse portabit* (2), estos tuvieron la fuerza divina de purificar. Desde ese día, los hijos de los hombres, al pasar por el crisol ya divino de las lágrimas, quedan purificados: y aunque el egoísmo les haya dado la primera vida, el verdadero amor les da la segunda, y la apacible mirada de la castidad puede descender y posarse sobre sus frentes, porque no son ya los engendros del placer, sino los hijos del dolor!

Esto sin duda es grandioso, hermanos míos, pero no es completo. Se necesita algo más para que esa primera vida pueda substraerse del dominio desenfrenado de las concupiscencias. ¿Qué hará Dios, señores, para extender hasta ello los beneficios de la redención.....? Tomar con sus propias manos un corazón y otro corazón,

(1) Gen., III, 16.

(2) Isa., LIII, 4.

un cuerpo y otro cuerpo, un alma y otra alma; unirlos en estrecho lazo, *Deus conjunxit* (1); derramar allí una gota de la sangre preciosísima de Cristo, é inspirar luego al Apostol de las gentes esta sublime frase de regeneración: *sacramentum hoc magnum est, in Christo et in Ecclesia* (2).

Creereis por ventura, hermanos míos, que después de tantas maravillas sobre la generación, esta quedó redimida por completo; y sin embargo no es así: para ello se necesitaría que el hombre, al comunicar la vida, comunicara al mismo tiempo la gracia; pero ¡ay! nunca dejarán de verificarse aquellas tremendas palabras: *per unum hominem peccatum in hunc mundum intravit, et per peccatum mors*. Es cierto que una vez sola, por un exceso de amor, no se llevó á cabo esa sentencia; pero aún entonces no fué el hombre conductor de la gracia, porque esta vino directa é inmediatamente de Dios. ¿Qué hará El para redimir la vida, sin violar la ley de la solidaridad perfecta, en la que descansa toda la economía del humano linaje?.... *Nihil*

(1) Matth., XIX, 6.

(2) Ephes., V, 23.



*est Deo clausum*, hermanos míos, Dios establece un modo inefable de comunicar la vida, cuya forma está encerrada en estas palabras de San Pablo: *in Christo Iesu per Evangelium ego vos genui* (1). Generación casta y singular, que resulta del contacto de un alma con otra, no ya en el amor natural que se eleva, sino en la persona de Cristo Jesús, cuya semilla inmortal es el Evangelio, y cuyos hijos son á la vez y por el mismo acto, hijos de Dios.

Esta es, ¡oh Varón insigne, oh verdadero Padre de nuestra Iglesia y de nuestra Patria tu gloria imperecedera! La semilla que arrojaste sobre este suelo fecundo dió ya ciento por uno; tu generación es poderosa porque ha recibido todas las bendiciones del cielo: *potens in terra erit semen eius, generatio rectorum benedicetur*. Levanta tus ojos y mira: todos los que están aquí congregados vinieron á rendirte homenaje: *leva oculos tuos et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi*. (2) Todos somos tus hijos, todos fuimos engendrados por tí, por tu palabra, por tu

(1) Ephes., III, 6.

(2) Isa., II, 8.

amor. *Filii tui de longe venient et filiae tuae de latere surgent!* (1)

El imperio desolador del paganismo, con todas sus miserias, y consolidado por hábitos de muchos siglos, se extendía sobre estas apartadas regiones. ¿Para qué describiros, hermanos míos, aquellas costumbres abominables que las tinieblas de la ignorancia cubrían con sus sombras de muerte.....? Una palabra lo explica todo: se desconocía entonces á Dios, fuente de todo bien, principio y consumación de toda felicidad. No es extraño, por lo mismo, que en las negras aras del que es padre de la desventura, se inmolasen los humanos corazones entre los cantos de la orgía, entre las expansiones más groseras del amor sensual; no admira que los principios eternos de la ciencia, fuesen substituidos por necesidades caprichosas, ni que corriesen ríos de sangre y de lágrimas, ante la tiranía despótica del más fuerte.

La felicidad, empero, había aparecido en nuestro país; fulgores misteriosos se

(1) Ibid.



derramaban desde la colina del Tepeyac: aquí, como en todas las comarcas de la tierra, la regeneración había venido con la Madre del Verbo increado: *invenerunt puerum cum Maria matre eius* (1).

Para nosotros, sin embargo, los hijos de la luz fueron también portadores de la muerte. Líbreme Dios de culpar á pueblo alguno, y menos á la hidalga nación, católica por excelencia, generosa por instinto, grande por sus hazañas y merecedora de eterna gratitud, porque es suya la sangre que corre por nuestras venas y suya también la energía que late en nuestros corazones; pero desde la cátedra de la verdad, yo digo la verdad; y la historia ha recogido ya el nombre de los culpables, marcándolos con el estigma de la maldición y del desprecio. ¿A qué repetir esos nombres? Harto se pronunciaron aquí mismo, entre las imprecaciones de la viuda y del huérfano; al son de las cadenas en las obscuridades del calabozo, y mezclados también con los ayes lastimeros del suplicio.

¡Epoca horrible aquella, en que la bar-

(1) Matth., II, 11.

barie de los salvajes se detuvo atónita ante el salvajismo de los civilizados! ¡Epoca desoladora, en la que cada indio era una víctima y cada gobernante el tigre que la devoraba!

Sobre manera lamentable es, hermanos míos, la situación de las naciones, si no gozan de consuelo alguno en la tierra ni en los cielos. Cuando algún pueblo cristiano sufre los horrores de la opresión, abraza la creencia de que Dios tiene contados los días de la iniquidad; los desvalidos esperan entonces que brille la aurora de la reparación, y hasta los que mueren en el cadalso pueden regocijarse en lo íntimo de su conciencia, bajo la mirada de Dios y con la esperanza del cielo. Mas, á estos desdichados ¿quién los consolará? Sus dioses no tienen ojos para ver sus miserias, ni oídos para escuchar sus clamores, ni manos para defenderlos, ni pies para acudir en su auxilio. *Oculos habent et non videbunt, aures habent et non audient, manus habent et non palpabunt, pedes habent, et non ambulabunt* (1).

(1) Psalm., CXIII, 5 et seq.



Apartemos ya, hermanos míos, la mirada de ese horrible espectáculo. Dios ha dado el decreto para que toda cadena se quebrante; ha hecho nacer en un corazón privilegiado el amor fecundo que dá la vida. Veloz, como el espíritu que lo anima, el enviado del cielo penetra en estas regiones, y á su poderoso influjo brotan la Iglesia y la sociedad michoacanas.

Se ha dicho que el Apostol es un hombre desnudo de todas las cosas, porque carece de familia, de amigos, de idioma, de fuerza física y hasta de su propia personalidad. Yo añadiría que es además un hombre que lucha contra esas mismas cosas, y que en nadie se verificó esto tan cumplidamente, como en el Ilustrísimo Señor D. Vasco de Quiroga.

Yo admiro, hermanos míos, el sacrificio sublime de los que inmolan su carne y su sangre en aras de Dios, desde sus primeros años; pero me parece más dolorosa y más grande esa inmolación en aquellos que ya se encuentran en edad madura. Los primeros sólo acarician, en porvenir más ó menos lejano, las ilusiones de la vida: los segundos se despojan de una rea-

lidad palpitante; aquellos sienten los ímpetus pasionales del amor: estos experimentan el noble y santo anhelo de la paternidad; aquellos deshojan flores entreabiertas: estos, como el Illmo. Señor Quiroga, contemplan el fruto sazonado, y, en vez de gustarlo, aplican la segur á las raíces del tronco.

Pero este insigne Prelado sofocó además en su corazón el sentimiento del patriotismo, profundamente arraigado entre los individuos de su raza; porque comprendiendo que algunos de estos, por sus ambiciosas miras, por su crueldad y señaladamente por su caracter mismo de extranjeros, constituían una rémora para la civilización de los indios, no vaciló en combatir abiertamente en favor de éstos, contra las exorbitantes pretensiones de sus mismos compatriotas.

Por otra parte, Dios, para consuelo de sus hijos, hace que nazcan de la generación espiritual esas afecciones tranquilas de la amistad cristiana, tanto más tiernas y duraderas, cuanto son más puras y santas; pero el Ilustrísimo Señor Quiroga tuvo que dejarlas, porque su celo lo movió



á emprender constantemente largas peregrinaciones, sin más compañía que su amor á los infelices.

Para hacer todavía más meritorio su apostolado, no le fué concedido el don de lenguas, y tenía que emprender árduos y fatigosos estudios para dominar las de este país, tan abstrusas y desconocidas. Pugnó también contra sí mismo, hasta desprenderse de su persona, porque si el hombre no es otra cosa que su propio amor, ya hemos visto que el Illmo. Señor Don Vasco sacrificó sus sentimientos de familia, de patriotismo y de amistad; y si el hombre es también su cuerpo, este modelo de Obispos, crucificó el suyo en la larga y dolorosa cruz de su fatigoso apostolado por abruptas montañas, bosques insalubres y áridos desiertos.

Fué en verdad, varón de dolores, porque son ellos una ley, así en la generación que se verifica en el orden físico, como en la que se lleva á cabo en el orden sobrenatural: *in dolore paries filios*. Y cuanto más torturan los dolores, más grande y vigoroso es el fruto que de ellos brota. Por eso, de aquellas penalidades sin cuen-

to que se agitaban como un mar de amargura en el ánimo afligido del Ilustrísimo Señor D. Vasco, surgió potente y fecunda esta Iglesia de Michoacán; y tan esclarecidos son los timbres de su grandeza, que necesito insistir sobre ellos, para que más resalte la gloria de su fundador.

Si es difícil legislar en las sociedades ya establecidas, empresa punto menos que insuperable es hacerlo en las que empiezan á constituirse; en las primeras se han formado ya las costumbres, y por ellas puédese descubrir el carácter y la índole de los pueblos; la exacta observación de lo pasado precave contra los escollos del porvenir, y de este modo cuenta el legislador con grandes elementos para prometerse un éxito feliz en sus labores. No así en las segundas, porque todo queda únicamente al arbitrio de la prudencia y del conocimiento adquirido sobre el corazón humano. Debe, por tanto, el legislador preverlo todo, exigencias y obstáculos, medios y dificultades para el logro de sus miras.

En las sociedades ya formadas, las cos-



tumbres deben hacer las leyes; en las rudimentarias las leyes hacen las costumbres.

Esta es sin duda la causa de que la legislación en los pueblos primitivos haya sido á tal extremo defectuosa, que su efímera existencia no pudo dejar huella alguna en el carácter político de aquellas razas.

Las mismas dificultades se encuentran en la creación de nuevas diócesis; pues aunque la unidad exige que en ello se observe la constitución general de la Iglesia, es preciso, sin embargo, que las nacionales tengan cierto carácter individual y propio. Necesario es que el fundador inquiera concienzudamente sobre lo que en cada una de ellas debe subsistir, de todo lo que á todas es común; y sobre lo que la Iglesia abandona al sano juicio, lo que se debe constituir y lo que hay que precaver.

Necesítase un ingenio nada vulgar, hermanos míos, y un espíritu eclesiástico sólido y vigoroso para resolver tan árduas cuestiones, siguiendo siempre el camino de la justicia y de la verdad. Esto es lo que yo admiro en el Illmo. Sr. Quiroga

cuando dicta las primeras leyes de nuestra Iglesia, y sobre todo, cuando considero la época en que hubo de promulgarlas.

¿Quién ignora lo terriblemente desastroso que fué para la disciplina el siglo XVI? ¿Quién ha olvidado que entonces se levantaron en toda Europa voces innumerables que, pidiendo reforma, reunieron la célebre asamblea que se verificó en Trento? Relajación en los beneficios, en el ministerio eclesiástico, en la creación de sacerdotes y obispos, fueron las llagas más dolorosas que aquejaron en aquellos días á la Iglesia de Cristo. Y por lo que ve á la Iglesia española, descubriánse ya, aunque en lontananza, los negros nubarrones del atroz regalismo, que tantos estragos había de producir á nuestra Religión y tantas lágrimas había de arrancar á sus pontífices.

¡Gloria inmortal al Illmo. Señor D. Vasco, que salvó á la iglesia michoacana de que sus cimientos mismos fuesen inficionados por el virus de esos desórdenes! Fuertemente ligado al centro de unidad, y llevando en sí el espíritu apostólico en toda su plenitud, concedió al rey so-



lamente lo que por derecho legítimo le pertenecía; estableció una disciplina benignamente severa, que conservara la virtud sin dejar que el espíritu se apocase, sujetándolo á ferreo yugo; protegió de modo especialísimo la adolescencia y la juventud de los que habían de ser ministros del Evangelio. Y con estas y otras sapientísimas instituciones, alcanzó que su Iglesia, sólidamente constituida, pudiese no sólo pasar sin mancha por los diversos trastornos de nuestro país, sino también que lograra ser la primera en aprestarse con denuedo á la lucha.

Esta vida, que en un todo le comunicó el Illmo. Sr. D. Vasco, se extendió á todas las iglesias de nuestra patria, y á todas las épocas de nuestra historia, porque no era posible que un espíritu tan grande se encerrara en tan cortos límites. Por esto, innumerables costumbres y gran parte de los estatutos de la Iglesia michoacana, se difundieron por las demás iglesias de nuestro país; y de estos mismos estatutos se encuentran marcadísimos rasgos en los tres primeros concilios de la provincia de México, los cuales rigieron durante una

época dilatada, en todas las diócesis de esta nación.

Después de trescientos años, las costumbres establecidas por el Illmo. Sr. Quiroga subsisten aún en gran parte, á pesar de los sucesivos trastornos que sufrió nuestra sociedad. ¡Vosotros, pueblos del lago y de la sierra, hijos predilectos del Illmo. Sr. D. Vasco, las habeis corrompido, pero conserváis sus gérmenes, que pueden todavía transformaros y haceros felices para siempre!

Al espíritu de D. Vasco debe atribuirse sin duda el que muchos hijos de nuestra Iglesia hayan sobresalido siempre entre todos los de nuestro país. Hijo de ella fué el primero que, habiendo nacido en estas regiones, se asentó en un trono episcopal americano; de aquí partieron obispos que han sido prez de su gerarquía; varones eximios que influyeron poderosamente en los destinos de la patria..... Sería inagotable este manantial si me propusiera seguirlo en todo su derrotero; por lo demás, ¿quién no conoce los nombres augustos de nuestras celebridades?

Hay un momento solemne para los in-



dividuos y para las sociedades: el de la tribulación. En ella se prueban y se purifican. ¡Cuántas veces, aunque deslumbren por su brillo y asombren por su poder, al ser tocadas por el dedo de Dios, aparecen enfermizas y endebles! La hora de la prueba fué ciertamente gloriosa para la Iglesia michoacana y será eternamente memorable.

Ninguna quizá entre todas las iglesias, ha pasado por tan espantosas vicisitudes como la mexicana, y es indudable que ninguna de ellas, con excepción de la romana, que es incontaminable, ha pasado tan pura como la nuestra, por ese crisol divino. Y por un privilegio glorioso, no obstante lo apartado de su posición, la Iglesia de Michoacán ha ido á la vanguardia en esos combates titánicos.

La tempestad que iba á desarrollarse en México, se preluñaba entre los horrores de la peste, los dolores de la miseria y las hecatombes de la guerra civil; se sienten los primeros huracanes antireligiosos en 1833; la Iglesia michoacana no vacila: su Obispo y su cabildo se apresuran á la defensa sacrificándolo todo, y pu-

blícanse la carta del Illmo. Sr. Portugal y la representación del cabildo, monumentos de singular prudencia y apostólica energía.

El huracán se convierte en racha furibunda; la bandera de la irreligión ondea victoriosa en todas partes; todos vacilan, todos temen; la tentación ha tocado hasta los elegidos; la seducción penetra hasta en los asilos seculares que la fe y la santidad habían erigido en nuestra patria... ¿Quién es empero ese hombre, que revestido con los ornamentos episcopales y llevando en su ungida mano la bula del pontífice supremo, se presenta en los claustros para restituir la prístina observancia y el fervor primitivo? Oh Iglesia de Michoacán! Es tu obispo, es el sucesor denodado del illmo. Sr. Quiroga, que fué considerado digno de recibir en México la misma elevada misión que la Providencia confiara en otros países á San Pedro de Alcántara, Santa Teresa de Jesús y Jiménez de Cisneros! Es el egregio Monseñor Munguía, el cual, cuando todas las cosas cayeron, fué el único que quedara en pié en medio de tantas ruinas, anatematizando lo presente



y salvando el porvenir; el ilustre prelado que, sin vacilación alguna, dijo la verdad á los grandes y á los pequeños, y cuando lanzó el último suspiro en la Ciudad Eterna, pudo decir como Gregorio VII: *veritatem dilexi, iniquitatem etiam odivi, ideoque exsulatus emerior.*

¿Se calmó la tempestad? No...! Sañudo noto acrescentaba las iras de la mar traidora; temblaba ya la quilla, se rompía el mástil y la vela destrozada discurría al capricho de los vientos.....

Nada temais! Un varón esforzado, digno de sus predecesores, empuña el remo... ¿Me preguntais su nombre, quereis por ventura que os describa su grandeza?..... No puedo contestaros más que con estas palabras de la sabiduría increada: *ante mortem ne laudes hominem quemquam!* (1).

Yo sólo sé decir que nuestra Iglesia ha pasado incólume por el Mar Rojo de la persecución; hemos entonado el himno de la gratitud y de la libertad; venimos del desierto, y parece que vislumbramos ya la tierra prometida; son tres los rebaños que

(1) Eccli., IX, 30.

antes eran uno solo; se ha multiplicado la generación del Illmo. Sr. Quiroga; se han cumplido estas palabras de eterna verdad: *potens in terra erit semen eius, generatio rectorum benedicetur.* Aquí está esta generación, fuerte y gloriosa como el primer día: acaba de descender del Sinaí, á donde fué conducida por el espíritu de Dios, para recibir las leyes que había de dictar á sus hijos. Al ascender allá, vióse patente su grandioso desarrollo; contemplóse la unidad que la sostiene, la caridad que la informa, el espíritu que la vivifica.

Los siglos pasarán, hermanos míos, y con ellos las generaciones y los pueblos; vendrán nuevas cosas y nuevos hombres; pero la obra de nuestro Padre no ha de morir jamás, porque no es la obra del hombre, sino la de Dios, de cuya eternidad participa. Queremos creer que tan insigne Varón habrá recibido en el cielo condigna recompensa por sus labores: así nos lo dice nuestro corazón de hijos; así nos lo indican sus virtudes, que nosotros juzgamos heroicas. ¿Qué falta para que su gloria sea completa? Yo no sé explicarlo; pero es tanta la bondad de nuestro Dios,



que reserva para sus elegidos doble gloria: una en el tiempo, la otra en la eternidad; ésta última es ciertamente la principal, y la otra sólo un reconocimiento y una manifestación de aquella; pero de tanto valor, que es lo más grande que podemos contemplar en este mundo; la luz más esplendorosa que puede rodear la frente de un hombre. Da derecho á los honores más altos; á que se erijan estátuas, no sobre pedestales ungidos por la gloria humana, sino sobre el altar que consagran los pontífices en nombre de Dios; no en los palacios de los grandes, defendidos por la fuerza, sino en el templo, que es el atrio del empíreo, bajo la salvaguardia de Dios.

¡Esa gloria, hermanos míos, es la que falta al Illmo. Sr. D. Vasco, para hacer todavía más insigne su memoria! ¡Cómo nos acercaríamos entonces, henchidos de gozo indecible, á los altares del Dios vivo, para ofrecer en acciones de gracias, la hostia de nuestra redención! Desaparecerían entonces estos tristísimos arreos de la muerte; en vez de los cantos fúnebres, resonarían en este recinto las litúrgicas aclamaciones de la gloria; podríamos en

alta voz proclamar desde esta cátedra el epíteto más sublime que poseen las lenguas de todos los hombres y que mil veces ha pugnado por salir de mis labios en honor del Illmo Sr. Quiroga. Nosotros, hermanos míos, le llamaríamos *santo!*

*Páztcuaro, 1.º de Abril de 1897.*



DISCURSO *Tomada razón*

pronunciado

Por el Señor Presbítero Don

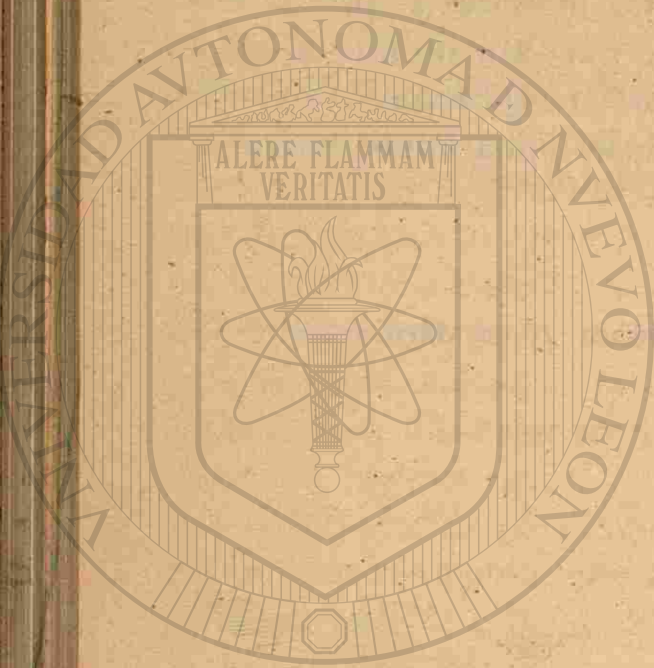
JOSE TRINIDAD DE ALBA,

En el Seminario de esta Ciudad

la noche del

27 DE AGOSTO

DE 1884.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEON. 1884.

TIP. DE J. VILLALPANDO.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL

LEÓN, 1981  
Tir. de J. Villalaz

## DISTRIBUCION DE PREMIOS

EN EL

## SEMINARIO DE LEÓN.

**CU**ANDO la educación en los colegios sin Dios lleva á la inmoralidad y al suicidio, es grato respirar la atmósfera de los colegios católicos, donde se forman los futuros atletas á quienes despues de nosotros, tocará pelear las "Batallas del Señor."

¡Quién sabe si esta generacion que se levanta será la de los vencedores!

Para luchar, para estar aptos á vencer se educa a los jóvenes Seminaristas; su alma es regada con la luz de la ciencia, su corazon es fortalecido para las tremendas pruebas.

Ellos deben ser fuertes y generosos, no solamente para luchar con los enemigos—lo cual ya es mucho y capaz de triturar el ánimo más robusto—si que tambien para sufrir aquella tribulacion *In falsis fratribus* de que habla San Pablo.

Pero la milicia católica, la milicia de la palabra, hablada ó escrita, ha de ser *cribada como el trigo*: el permiso está dado, y ya sabemos á quien se dió ese permiso; pero apoyada en la Cruz, debe adherirse más y más á ella, como el ave que es sujeta al árbol por la fuerza misma de los vientos y de los huracanes que luchan por arrancarla de allí.

A estas luchas, á estas terribles pruebas se verán sujetos los Seminaristas de León, cuando ya hombres ocupen el lugar en que Dios los pondrá; y para estas luchas y para estas pruebas se les



## II.

prepara y dispone con la familiaridad de la ciencia, con el amor á la fé, con la práctica de la caridad.

Tales reflexiones hacía el que esto escribe, cuando oía á lo léjos el alegre ruido de la fiesta con que se solemnizaba la "Distribucion de Premios" fiesta á la cual le impidió asistir el luto que lleva, más en el corazon que en las prácticas sociales. ¡Solo una causa así de poderosa pudo inpedirme asistir ese gran día bajo las bóvedas de mi querido Seminario, donde se deslizó mi niñez pura y tranquila, donde mis maestros, que hoy ocupan los primeros lugares en la gerarquía de la Iglesia Mexicana, se empeñaron en formar mi espíritu y mi corazon.

No, no asistí; pero despues de ambas fiestas, la de la mañana y la de la noche, cariñosos amigos que de ellas salian vinieron á rodearme, ansiosos de que yo participara de las emociones que todavia agitaban dulcemente sus almas procurando comunicármelas con la mágica elocuencia del sentimiento.

Y como eran almas inteligentes y corazones rectos, lograronlo de tal modo, que casi puedo decir que estuve presente á la Distribucion de premios del Seminario Tridentino de Leon.

En la mañana, la escuela de artes anexa al mismo plantel y frecuentada por sus mismos alumnos, hizo la exposicion de artefactos. El discurso oficial fué encomendado al jóven minorista D. Jesus M. Gonzalez, y al hablar de él, y al hablar despues de oradores y poetas, quizá se me tache de parcial por la amistad que con ellos me liga. Ya otra vez se me ha echado en cara que elogio á mis amigos; pero ya otra vez he manifestado que debe reflexionarse que precisamente los hice mis amigos por esas cualidades que ahora elogio en ellos. Quizá no faltará tampoco quien quiera encontrar parcial á mi pluma cuando se ocupe de Jesus M. Gonzalez, de Vicente F. Gómez y de Salomon Gutierrez, en virtud de que son mis discípulos en literatura, y ciertamente de los que más me honran, pero seria otro error, pues si he empleado mi tiempo, y seguiré empleándolo, que lo hago con gran placer, en formar su buen gusto y en dirigir su práctica, es porque de antemano habia encontrado en ellos las disposiciones necesarias para que aquel tiempo no fuera perdido.

El Creador lo habia hecho todo, y se sirvió elegirme á mí para que cumpliera sus designios.

## III.

A las diez de la mañana y bajo la presidencia del Ilmo. Sr. Obispo, dió principio la solemnidad, tocando la orquesta la obertura que lleva el poético nombre de La Corona de María.

En seguida se hizo la exhibicion de los artefactos; yo pude examinarlos el dia anterior, y no cabe duda que se notan grandes adelantos, notándose en ellos el empeño de maestros y alumnos.

Gran pensamiento fué sin duda establecer la escuela de artes en el Seminario de Leon, ya muy notable por la altura en que ha sabido colocar la enseñanza científica. Público es en esta poblacion y en los alrededores, que varios de sus alumnos, al separarse de él por no sentirse con vocacion para una carrera literaria, son hoy un ornamento de la sociedad; ya como apreciables artistas, ya como honrados é ilustrados artesanos.

Al terminar la exhibicion ocupó la tribuna el Sr. Minorista D. Jesus M. Gonzalez, ya ventajosamente conocido en los círculos literarios de esta ciudad; el orador se ocupó de las artes, haciendo ver que son aliadas de la verdad para llevar el alma á Dios: que del dador de toda luz descienden, y que, hijas de la Religion, contribuyen al verdadero progreso de la sociedad y de los pueblos.

Su palabra fácil, sus pensamientos elevados y presentados en admirable orden, y la alta filosofía que se desprende de esta notable pieza oratorica, contentaron á los oyentes, haciendo que les pareciera demasiado corta. Cuando un colegio puede presentar en su tribuna pública, hechuras suyas como los Sres. Segura y Alba, y como los actuales alumnos que tiene á honor presentar, ya debe estar seguro de que ocupa lugar muy alto entre los planteles de enseñanza superior de la República Mexicana.

Terminado el discurso, y con intermedio de un wals de Waldtenfel ocupó la tribuna el Sr. D. Vicente F. Gómez, pronunciando una hermosa composicion que arrebató al auditorio, y aun hizo derramar algunas lágrimas, que no trataron de ocultarse.

El Sr. Gómez se ha negado absolutamente á dar su oda al público; pero este, que ha leído otras obras salidas de la misma pluma, sabrá apreciarla, juzgándola por lo que vale el autor.

Me han encargado ser breve, y aunque no creo cumplir con la recomendacion, lo procuraré por lo ménos.

A las siete de la noche el patio del Seminario, adornado con no-



table buen gusto, estaba transformado en elegante salon y lleno por una selecta concurrencia.

La Obertura de Zampa (Herold) anunció que el acto comenzaba é inmediatamente despues el Sr. Vicerector, Presb. D. Andres Segura, dió lectura á su *informe* relativo al año escolar. De esta pieza ya se ha ocupado la prensa, y el *Pueblo Católico* dice hablando de ella "que por las bellezas literarias en que abunda es una obra de mucho mérito."

En efecto, el Sr. Segura supo dar á su informe una forma literaria, lo que por cierto era muy difícil, por la naturaleza misma del asunto.

El Sr. Presb. D. Trinidad Alba estaba encargado del discurso oficial para esa noche, é inútil sería hablar sobre él, puesto que él es el todo del presente cuaderno, al cual sirven de introduccion estos mal pergeñados renglones.

Sin embargo, no resisto la tentacion de transcribir la frase de un amigo mio:

El largo discurso del Presb. Alba, me dijo, no tuvo más que un defecto, y fué ser demasiado corto.

Creo sin dificultad que así pensarían muchos, porque un discurso como el que se va á leer, tan bien dicho como Alba sabe decir, irremisiblemente atrae y domina.

Despues de la Oracion Académica y con un intermedio de música, tuvo lugar la distribucion de premios.

Era la segunda vez que los distribuía el Ilmo. Sr. Baron en su Seminario Leonense, pero en esta, estaba viendo el fruto de sus trabajos, el brillante resultado de su direccion, y recibia él mismo el premio de sus afanes. ¡No reflexionaban aquellos niños, aquellos jóvenes, que al recibir el galardón de manos del Prelado, ellos mismos lo estaban premiando y dando una pública muestra no menos del amor y de la solicitud que de la prudencia y sabiduría del segundo Obispo de Leon.

Deseo no pasar adelante sin hacer mérito de un incidente que altamente me honra, y que callaría si nada más me importara á mí personalmente, pero que interesa á todos mis lectores: Entre las obras que el Ilmo. Sr. Obispo distribuía como premios á los alumnos,

figuraron algunos ejemplares de una mia, de "Los dos Campos" ¡Recompensa mayor de lo que yo me hubiera atrevido á desear!

¡Qué el supremo Pastor de la Diócesis, y que lo es por la gracia de Dios y del Supremo Pastor de los Pastores, pusiera mi libro en manos de la juventud católica, y lo pusiera como un premio que les asignaba.....! ¿Qué mejor aprobacion?

Sinceramente agradecido estoy á esta distincion honrosísima y me obliga á dedicarme con mayor empeño que hasta aquí á la defensa de los intereses católicos, por hacerme digno de ella.

Concluida la distribucion de premios, el alumno Salomon Gutierrez ocupó la tribuna y leyó una poesía que, como todas las suyas, revela desde luego que si no abandona el estudio y busca una buena direccion, podrá llegar á figurar altamente su autor entre los literatos mexicanos.

Me he extendido más de lo que hubiera querido, y tendré que ser breve, brevísimo, al hablar de la música, bastando decir que la ejecutada esa noche no merece más que elogios.

El Sr. Diac. D. Secundino Briseño ha recibido de Dios grandes dotes para la música y no los ha dejado inútiles, sino que con un constante y metódico estudio los ha hecho fructificar. El Sr. Profesor José M. Yañez (antiguo alumno de la Escuela de Artes del Seminario y formado en ella) es verdaderamente notable, especialmente por su asombrosa ejecucion. Sigue sus pasos el alumno Francisco Barajas, y es de esperarse que el Sr. Sanchez honre tambien al Seminario.

Fiestas como esta, elevan la inteligencia y moralizan el corazon. La ciencia unida con la religion, es decir, la verdad unida consigo misma, y esto como elemento de educacion, no podrá ménos que dar los más preciosos resultados para la generacion que se levanta.

Otro espectáculo conmovedor se unió á la solemnidad. Antiguos alumnos, atraídos por su fiesta de familia, acudieron esa noche, viniendo algunos de ellos de partes relativamente lejanas. Esto habla altamente en favor de su buen corazon que ha sabido conservar la gratitud, entre las virtudes, que aprenden en su Seminario.

Entre los antiguos alumnos de que me ocupó, se hizo notable el Sr. Presb. D. Tiburcio Medina, Cura propio de San Pedro Piedra-



gorda, en virtud de que, no habiendo ferrocarril de esta ciudad á su Parroquia, se aumentan las penalidades del camino.

Las reflexiones que nacen de todo lo que acabo de manifestar son de un gran consuelo y muy fundada esperanza, porque como el catolicismo es la religion del Salvador, el catolicismo en la actual revolucion porque atraviezan las naciones, será el salvador del mundo.

*Ramon Valle.*



ILMO. SEÑOR:



O sé, Señores, si solo un grande atrevimiento, hijo de mi ignorancia, ó, como lo creo, algun motivo noble y digno es lo que me ha hecho ver con gusto que se acercaban estos solemnes momentos; lo que me ha hecho desear venir hoy á este lugar, aunque en gran manera temible. Porque, usando con el respeto debido de unas expresiones del Santo Job, os diré, que vengo lleno de discursos y ansío por descargar me ya de las ideas que conmueven mi alma y por abrir un respiradero á los sentimientos que traen henchido mi pecho.

Me explicaré. Hace algunos años que he venido observando con atencion la gran lucha que el Catolicismo sostiene contra la Revolucion, así en Europa como en América. De una manera especial ha atraído mi atencion la Francia, foco de la Revolucion y país en que este monstruo ha cometido en los últimos años, muchas y enormes arbitrariedades contra la Iglesia, ya exclaustando y desterrando bárbaramente á sus religiosos; ya estableciendo la escuela laica obligatoria; ya, en fin, restableciendo la inicua ley del divorcio y tratando de obligar á los seminaristas al servicio militar. He contemplado las esforzadas luchas de los católicos alemanes y belgas; como propias he lamentado las adversidades que ellos han sufrido: me he regocijado con sus triunfos y principalmente con el gloriosísimo que los belgas acaban de obtener como si yo mismo los hubiera obtenido. He considerado tambien las turbulencias de la desequilibrada Italia; los incalificables atentados de que allí ha sido víctima el augusto Jefe de la Iglesia Católica; y me ha sumergido en dolor acerbo la consideracion de los peligros á que se ha orillado nuestra querida Méjico, que tiene íntimamente ligado á la conservacion de sus creencias, no solo su porvenir venturoso, sino aun su sér de nacion libre.



Tal observacion me ha convencido de que solo los países que poseyendo los principios del catolicismo luchan con ardor por conservarlos, podrán salvarse en el día de la gran crisis que ya se anuncia, que ya todos presentimos.

Viviendo pues, Señores, dentro de la atmósfera de estos pensamientos; penetrada mi alma de ellos; identificado mi sér en el presente y mis esperanzas en el futuro con la idea y con el amor de mi Religion y de mi Patria, nada podía serme tan grato como la presente magnífica oportunidad de trabajar por los intereses de ambas que me son tan queridas.

La gran lucha es á muerte: es cuestion de ser ó no ser. Aquel de los contendientes que en cada país asegure su existencia para el porvenir, sin duda será allí el vencedor. Mas contará con el porvenir el que sea dueño de la nueva generacion, el que la enseñe y la eduque, el que la forme. ¿Y en poder de quién, Señores, se hallan la niñez y la juventud? ¿Qué escuelas frecuentan, las del Catolicismo ó las de la Revolucion? Diráse tal vez, que una parte frecuenta unas, y otra las otras. Pero si se quiere decir la verdad, es necesario confesar que la mayoría de la juventud, principalmente de la que se dedica á las profesiones literarias, y que viene á ser con el tiempo como la forma que determina la masa social á un modo de ser; el ojo que la guía y la luz que la alumbraba, la mayoría de esa juventud frecuenta las escuelas ateas, de la Revolucion. Hé aquí el hecho mas desconsolador que podemos contemplar porque es la medida fiel de la mortal indiferencia en que vivimos y el pronóstico indefectible de lo que será la generacion venidera si no sacudimos el tédio que nos consume; si no nos esforzamos por estender la educacion religiosa á los que hoy son inocentes víctimas de la Revolucion, y que mañana, gracias á nuestra indolencia, serán nuestros verdugos cuando debieran ser nuestros soldados.

Para librar á nuestra juventud de la propaganda enemiga no es necesario apelar á la fuerza bruta.

Colocándonos dentro del terreno, aunque estrecho, que las leyes revolucionarias aún nos dejan, y exigiendo el cumplimiento de las promesas solemnes que se nos han hecho, podemos realizar esa grande obra de salvacion, ó convencer públicamente de falsedad y tiranía á la Revolucion que no cesa de predicar libertad en todo y por todo. Lo último será lo que de pronto suceda, porque el monstruo no se ha de hallar muy dispuesto á soltar su presa: mas lograremos desen-

mascarlo, que será lo mismo que vencerlo, puesto que para vencer el error es suficiente arrancarle el ropaje de la verdad con que se cubre y presentar á descubierto su horrible deformidad. Esto me propongo hacer ahora, en cuanto lo permitan mis débiles fuerzas, demostrando que los gobiernos de los países en que la Revolucion impera, no deben tener enseñanza pública para la juventud: que no debe haber escuelas oficiales en los países en que el pensamiento y la palabra, los cultos todos y todas las doctrinas gozan de amplia libertad: haciendo ver que las escuelas sin Dios son monstruosidades estériles para el bien y madres fecundas en males sin cuento.

Vuestra sola presencia, Señores, está manifestando el interés que tomáis por la enseñanza de la juventud, y me convence de que me escuchareis con atencion.

Mas sabiendo vosotros que soy Sacerdote católico, y que la Revolucion es el enemigo nato del catolicismo, tal vez habrá entre vosotros alguien que no me sea benévolo; que al oirme crea oír á un enemigo que juzga apasionadamente á su enemigo. Parece tambien que hay muchos entre vosotros, que con extrañeza me han oido decir que los gobiernos revolucionarios no deben tener escuelas; me creerán por esto enemigo de la civilizacion y dirán dentro de sí que es imposible que yo pruebe semejante absurdo. No lamento, Señores, que esteis mal prevenidos contra mí, si acaso lo estais. Y no porque intente valerme de algun artificio oratorio para cambiar el estado de vuestro ánimo; no, agrádame que esteis desfavorablemente preocupados para que viendoos mudados, no por los encantos del arte, sino por las pruebas de la asercion, sintais mejor la fuerza y el peso de aquellas, y os convenzais mas íntimamente de la verdad de ésta.

Examinad, pues, con todo rigor, las razones que voy á aducir; creedme: nada deseo tan ardientemente como eso. Perdonad si los defectos de la forma, de la que me he descuidado, quizas puniblemente. No atendais á la pobre corteza; dirigid vuestras miradas al interior, al fondo del asunto.

Mas antes de entrar en materia, quiero advertiros que mis reflexiones no tienen por blanco determinadas escuelas de nuestro Estado ó de la República. Hablo en sentido general. Protesto tambien solemnemente, Señores, que no me guía la mala intencion de zaherir á los profesores del gobierno entre los que conozco personas muy estimables. Mucho menos pretendo levantar los ánimos contra las au-



toridades establecidas, que reconozco como depositarias del poder que les ha venido de Dios. Todo poder viene de Dios, dice el Apóstol. Usando de la libertad á todos concedida, quiero sí manifestar con franqueza mi opinion acerca de una cuestion que no es local, sino que afecta á todos los países, así monárquicos como republicanos, en que hay libertad de cultos y doctrinas. Hecha esta advertencia permitidme continuar.

Aunque mi desaliñado discurso afecte las humildes formas de una sencilla disertacion, en vez de las magestuosas de una Oracion Académica, con cuyo nombre se ha querido anunciar, voy á entrar de lleno y desde luego en las pruebas de mi asercion; pruebas que en su mayor parte descansan en estas dos proposiciones. Primera: los gobiernos de que os he hablado no pueden tener enseñanza oficial sin contradecirse y minar la base de su existencia, traspasar la ley que es el fundamento de la democracia y sin violar la justicia distributiva. Segunda: sus escuelas no gozarán jamás de la unidad de enseñanza y producirán siempre, como fruto natural, el escepticismo en el entendimiento y la desmoralizacion en la voluntad de sus alumnos. Oidme, Señores, y pronto quedareis convencidos de la verdad de estas proposiciones.

Los gobiernos de la Revolucion han prometido solemnemente la más amplia libertad, el respeto mas inviolable y sagrado á todas las doctrinas y creencias. Han juzgado que deben ocupar únicamente el augusto puesto de moderadores en la liza de las inteligencias; y eso, solo para hacer que nadie pase de los límites de un debate razonado al terreno de las ofensas de hecho ó de palabra; solo para impedir que las conmociones de los espíritus y de las doctrinas trasciendan al orden público y lo perturben; mas de ninguna manera para ejercer presion ó coaccion alguna sobre las almas, para luchar contra la propaganda de las diferentes religiones y escuelas filosóficas que se vienen disputando el dominio del entendimiento humano.

Por un compromiso con los pueblos, por un pacto que les da el sér de tales, deben pues, semejantes gobiernos mantenerse en una altura serena á donde no alcancen los vientos de las opiniones, las agitaciones de los partidos. Descender de esa altura; dejarse llevar por el soplo de alguna opinion; colocarse en alguna agrupacion al lado de alguna bandera; constituirse fautor especial ó agente de alguna escuela filosófica, propagandista de alguna religion ó de la impiedad, todo esto los degrada; nada de esto pueden hacer sin romper al

mismo tiempo los títulos con que gobiernan; sin dejar de ser representativos del pueblo; porque en ese caso combaten en favor de un grupo, de una creencia, de una doctrina; contra la masa del pueblo, contra las demás religiones y escuelas; ya no son gobiernos, porque se han convertido en una de las fuerzas contendientes. Y para hablar con brevedad y claridad os diré que los gobiernos hijos de la Revolucion no pueden ser propagandistas en materia de religion, ni de doctrinas filosóficas, por tres razones. Primera: porque el propagandista trata de hacer que los demás piensen como él, pretende verdaderamente establecer la unidad de pensamiento, unidad que dichos gobiernos han rotpido porque la han creído, bien ó mal, como la rémora principal para el progreso y como un ataque á los derechos del hombre. Segunda: porque al declarar la tolerancia de todas las religiones y escuelas, han declarado tambien que á ninguna de ellas reconocen como poseedora de la verdad. Seria, en efecto, una grande injusticia que concedieran iguales derechos al error y á la verdad conocida; y faltarian en gran manera á su deber, que es encaminar la sociedad hácia su felicidad, no declarando donde está la verdad, bien supremo á que aspira el hombre con toda la energía de su naturaleza, necesidad imperiosa de la mas noble de sus facultades. Tercera razon: para ser propagandistas, tendrian que emplear tales gobiernos el poder, la autoridad y otros medios de accion en favor de una fraccion del pueblo y en contra probablemente de la mayoría, lo que importa una injusticia enorme, porque tales medios los han recibido de todo el pueblo, y nada será mas injusto que hacer de ellos armas para luchar contra los mismos que se los han proporcionado.

Luego tales gobiernos, Señores, no pueden establecer escuelas. ¿Qué os parece la intempestiva consecuencia? ¿La negais? La pruebo. La escuela es el mejor medio de propaganda, porque se hace dueña del hombre en el estado más apropósito para formarle las costumbres é imprimirle las ideas y la direccion que se quieran. Y toda escuela importa necesariamente propaganda de alguna religion ó de la irreligion, y de alguna doctrina filosófica. La disyuntiva que forma la primera parte de esta proposicion no admite medio; la naturaleza de la escuela lo rechaza, porque ella no es un acto aislado que pueda ser indiferente, sino que comprende muchos actos y algunos años, y precisamente los años y los actos en que el hombre adquiere las ideas y costumbres que regularmente lo acompañan por toda su vida. Los alumnos permanecen en la escuela la mayor parte



del tiempo útil de esos años, puesto que se acostumbra tenerlos en ellas de siete á ocho horas diarias, si nó más. Siendo pues la escuela, dueña de los niños en la mayor parte del tiempo de su formación, y ocupándose ella exactamente en formarlos, ó usa para esto del elemento religioso, ó prescinde de él; y en este caso formará á sus educandos en la indiferencia, que es la propaganda más temible contra toda religion. Además, toda educacion, como que forma las costumbres, es necesariamente religiosa ó irreligiosa: y toda escuela necesariamente educa porque debe instruir, y la instruccion no se puede separar de la educacion buena ó perversa, conforme á la instruccion; como no se puede aislar la voluntad del entendimiento, ó impedir que de este se derive una especie de movimiento hácia aquella.

En fin, contra hechos no hay argumentos. Que se diga en qué tiempo y en dónde ha existido una sola escuela que no haya influido poderosamente en la educacion, en las costumbres de sus alumnos; que no haya contribuido con un influjo casi siempre irresistible á formarlos religiosos ó irreligiosos. No ha existido, Señores, y la naturaleza de las cosas nos garantiza que jamás existirá.

Toda escuela, aun la más despreciable, tiene igualmente que colocarse al lado de alguna doctrina filosófica; necesita ordenar su enseñanza fundándose en algunos principios y siguiendo algun sistema, ya racionalista, materialista ó cualquiera otro. No puede dejar de seguir alguno, ni seguirlos todos. Apelo á vuestra ilustracion y al testimonio de la historia de las letras. Luego todo el que sostiene una escuela, es propagandista de alguna religion ó de la irreligion y de alguna doctrina filosófica. Luego los gobiernos que no deben ser propagandistas de ninguna de estas cosas, no pueden tener escuelas.

Para que quedeis plenamente convencidos de esto, yo os ruego, Señores, que dirijais una mirada á las escuelas del Estado, principalmente á las de instruccion secundaria, y que me digais luego si no es cierto que mi teoría está conforme con los hechos, y que tales planteles constituyen la propaganda más poderosa de la irreligion y del materialismo ateo, cuyas tendencias prevalecen en ellas. Esto se halla en la conciencia pública, esto lo ven nuestros ojos, lo palpan nuestras manos.

Veamos ahora la cuestion bajo otro aspecto. Los gobiernos sostienen sus escuelas con los fondos públicos: es decir, hacen que cada uno de los asociados contribuya, con una parte proporcional para el sostenimiento de la instruccion pública. Reunen el fondo, estable-

cen la escuela, y esta resulta favorable á un credo, á una opinion, y enemiga de todas las otras creencias y doctrinas. ¿Será eso equitativo? ¿No es esto hacer que el dinero de todos aproveche solo á una fraccion y á una fraccion enemiga? ¿Tendrá derecho el gobierno para obligar á la iglesia protestante á que pague las escuelas de la Iglesia Católica, ó á ésta las de aquella, ó á ambas y á todas las religiones á que paguen la enseñanza impía que toda religion detesta? ¿No queda así violada enormemente la justicia distributiva, que debe normar siempre los actos del gobernante y que prescribe que por todo cargo, por todo gravámen corresponda al que lo sufre una ventaja, un provecho proporcionado? ¿Qué ventaja resulta á los católicos de ayudar á la propaganda del protestantismo ó de la impiedad? Esta prueba es evidentemente inconcusa. Jamás allanarán este obstáculo los gobiernos de un país mixto, y mientras tengan escuelas, estarán cometiendo una injusticia, una especie de robo, puesto que retienen y gastan lo ageno contra la voluntad legítima de su dueño. ¡Y cuánto se agrava esta reflexion al considerar que los católicos componen la mayoría de casi todos los pueblos en que las escuelas oficiales son impías! Se nos está obligando á sostener á nuestros peores enemigos y se dice que no tenemos por qué quejarnos.

Diráse empero que el problema está ya resuelto, no solo plausiblemente sino en todo de acuerdo con el sistema de imparcialidad que los gobiernos se han obligado á seguir. Diráse que en sus escuelas se admiten indistintamente maestros y textos racionalistas y materialistas; ateos y panteistas; que ningun libro queda excluido de ellas por las doctrinas que enseña, ni se deja de admitir á una persona entre sus profesores porque siga las doctrinas del Syllabus ó porque diga con Proudhon que la propiedad es un robo y el despojar á los ricos un acto virtuoso y santo; diráse que esto es lógico, legal, porque en un país en donde cada uno es libre para profesar las ideas que guste, nadie debe quedar excluido por sus opiniones, nadie suplantado especialmente por ellas.

Yo pregunto, Señores,—y ya sabéis por qué,—¿serán esos planteles, indiferentes en materia de religion, es decir, impíos, ó vivirá en ellos el espíritu religioso, y en este caso, estarán bajo la influencia de una, ó de todas las religiones? ¿Quién designará los maestros y los textos de cada cátedra y principalmente de la de Filosofía, cátedra que así como determina generalmente el porvenir literario del escolar, informa para siempre su entendimiento con ideas fijas acerca de mu-



chos puntos de grandísima importancia, como son los que se relacionan con su origen, su naturaleza y su destino? ¿El gobierno deberá hacer la eleccion? No puede ser. Repugna á la posicion neutral en que se ha colocado, porque eso importaría un privilegio para la opinion favorecida y una violacion de promesas sagradas hechas á las otras. ¿Será el pueblo el elector en este asunto? Mas entónces se nos presenta un bello cuadro; los ignorantes juzgando á los sábios, ya para concederles el título de tales, ya para decidir quienes son los más aptos. Luego dichos gobiernos no pueden tener escuelas, porque ni ellos ni nadie puede determinar quienes han de ser los profesores y cuáles los textos.

Quando los gobiernos encuentren la manera de constituir una escuela que no siga ningun sistema filosófico; que no sea religiosa ni irreligiosa: ó que siga todos los sistemas y amalgame en sí la piedad con la impiedad, entónces tendrán derecho para fundar y sostener escuelas oficiales.

Como parece que han pretendido realizar la amalgama de todas las doctrinas, examinemos su obra; este exámen nos suministrará una prueba más de que no deben tener escuelas, nos enseñará lo que son las que tiene y qué frutos están dando y darán mientras existan.

En la adquisicion de toda arte y en general de todo hábito, el hombre debe proceder ó ser llevado con orden, de manera que avance de lo fácil á lo difícil, de lo imperfecto hácia lo perfecto, aunque jamás lo toque. Por lo que es condicion necesaria en toda buena enseñanza, que el maestro lleve al discípulo como de la mano y por una pendiente muy suave, desde las ideas mas accesibles y aun vulgares hasta las cumbres de la ciencia, hasta los pensamientos elevados que dominan los vastos campos del conocimiento humano. Debe proponerle las verdades encadenadas, de tal manera, que las posteriores sean consecuencia ó como consecuencia de las primeras; éstas luz de aquellas; y todas ligadas tan íntimamente que, en cuanto sea posible, no quede ningun espacio intermedio, ninguna laguna de sombras. En una palabra: el método, que es elemento de grande importancia en todas nuestras obras, es no solo útil, sino indispensable para la buena instruccion científica. Por el contrario, la falta de buen método, es decir, el desórden en la enseñanza, como seria colocar á un jóven inexperto en medio del laberinto de todas las opiniones, ó querer imbuir desde el principio su entendimiento vírgen en las doctrinas de todas las escuelas, daría necesariamente por resultado el no

formarlo en ninguna, abrumar á ese miserable jóven con una carga que no puede soportar, nutrir su inteligencia con una ingrata mezcla que no sabrá digerir, y que por lo mismo la desvirtuará, la estragará; es hacer de su alma un campo abierto batido por todos los vientos, trillado y removido constantemente, que no producirá jamás planta alguna; es cómo querer que un aprendiz de pintura se forme á la vez en varias escuelas, ó que la torpe mano que traza los primeros rasgos, se ejercite en imitar diferentes muestras de letras. Lo absurdo de un procedimiento semejante se presenta con proporciones inmensas á las miradas de todos; nadie hay que no vea que así se nulifica la enseñanza; y tratar de demostrarlo, seria ofender, no digo á vuestra ilustracion, sino aun al simple buen sentido.

Por tanto, toda enseñanza, y principalmente la científica, debe ser una con unidad de orden, de enlace y de perfecta armonía entre sus doctrinas, so pena de ser absurda, de ser contra la naturaleza humana y de nulificarse á sí misma. Mas la enseñanza oficial de un país de opiniones y creencias mixtas no puede gozar jamás de tal unidad, y será siempre absurda, contradictoria y adversa á la naturaleza. Luego un país semejante no debe tener escuelas ó enseñanza oficial porque no debe crear monstruosidades que solo producirán frutos amargos.

¿Me exigis la prueba de la menor? Aquí la teneis. Es inconcusa; es perentoria; llamo fuertemente vuestra atencion sobre ella. Las escuelas de los gobiernos hijos de la Revolucion, carecen y carecerán siempre de ese elemento esencial á la buena enseñanza, que es la unidad ó armonía entre sus doctrinas, por una causa de division tan manifiesta como inevitable y que es el necesario desacuerdo en que estarán siempre los maestros entre sí y los textos entre sí tambien y con los profesores. ¿Preguntais por qué? Porque en rigor de justicia, los profesores y los textos deben pertenecer á diferentes escuelas y religiones; ya sea que los designe el gobierno, quien no puede escogerlos de una sola religion ó escuela, ó mandarles que profesen las mismas doctrinas, sin cometer una grande injusticia, sin salir de la imparcialidad en que se ha colocado y ponerse en contradiccion consigo mismo y con sus súbditos; ya sea que los elija el pueblo, que como se supone de opiniones y creencias mixtas, lo mismo serán necesariamente sus elegidos siempre que el sufragio popular sea una verdad práctica. Imaginaos, Señores, visitando las aulas de un cole-



gio del Estado en el que verdaderamente se estudie y no se tenga empacho en emitir las opiniones que cada uno abriga. Ahí oireis á uno que niega la existencia de Dios; á otro que dice que Dios es el gran todo que se desarrolla en el tiempo y el espacio; á este, que juzga al hombre solo como la mejor máquina, niega que tenga alma inmortal, que goce de libertad y sea responsable de sus acciones, y sostiene que la medida de lo lícito é ilícito es su utilidad ó el alcance de sus fuerzas. Otro os dirá que nuestra alma es un pobre preso que, acabando de expiar sus crímenes, abandonará la cárcel del cuerpo y volará á los astros. Aquí proclamarán como criterio único de toda verdad el testimonio de los sentidos; allá defenderán como verdad evidente hasta lo que sueñan. Hallareis que los textos están en pugna unos con otros; los profesores con los textos; y aun un mismo profesor y un mismo texto consigo mismo, lo que no parecerá extraño á todo el que haya observado la marcha del entendimiento humano cuando camina sin brújula, sin señal alguna que le indique el rumbo que debe seguir por los mares del pensamiento. Hallareis que en los colegios del Estado no hay unidad de enseñanza, y os convencereis de que no la habrá jamás, porque nunca tendrán un cuerpo docente homogéneo; porque lógicamente y en justicia los profesores y los textos deben ser heterogéneos.

Tales escuelas se me representan como borrascosos golfos en que luchan desencadenados los vientos de todas las opiniones; y los infelices jóvenes, que con el ardor y la sencillez de su edad llegan á ellas, como incautos y noveles marinos que sin brújula, sin timon, ni práctico, lanzan á todas velas la frágil embarcacion de su vida hácia las agitadas olas que muy pronto la sepultan en el abismo.

Qué, ¿negais la segunda parte de la paridad? ¿Decis que el escolar es libre para aceptar ó rechazar las opiniones, y no lo es el navegante respecto del naufragio? Ah, sí: el escolar novicio, en las circunstancias que lo consideramos, goza de la misma libertad de que disfrutaría uno de nuestros aldeanos al escoger en un mercado de falsificadores el diamante verdadero que se oculta entre mil falsificados.

No, Señores, decir que el alumno es libre en la eleccion de las opiniones; que eso basta para obviar las dificultades, es desconocer por completo la naturaleza moral del hombre; es olvidarse de que la ignorancia disminuye y aun quita la voluntariedad de las acciones; de

que el maestro ejerce un influjo irresistible en el discípulo; es patrocinar, tal vez inconcientemente, el fraude y la astucia que explotan y sacrifican al ignorante y al crédulo de corazon sencillo.

Es falso, Señores, que el novel alumno de las escuelas de la revolucion sea libre para elejir entre el error y la verdad, porque esta es para él inaccesible, no puede ser término de su eleccion, por lo menos racional. Porque no estando aún capaz de distinguir una demostracion de una vana declamacion, ni de descubrir el error que se oculta tras del brillante velo del sofisma, oye discursos contradictorios que se llaman pruebas, ve que los contendientes son hombres muy estimados por su saber, y de aquí el que venga á quedar desprovisto de todo medio para discernir entre la verdad y el error. Como dos fuerzas iguales y contrarias se destruyen, así se nulifican para él la autoridad enfrente de la autoridad y la razon enfrente de la razon. Los dictámenes de la razon, emitidos como por órganos propios, por los maestros y los textos, serán para él casi siempre igualmente concluyentes. Porque es cosa difícil, aun para entendimiento bien ejercitado, descubrir el punto vulnerable de un sofisma bien tramado y romper los hilos de su exquisita urdimbre, y por tanto, asunto moralmente imposible para los educandos del Estado, jóvenes inexpertos, que ignoran casi del todo la estrategia de la Dialéctica, que no saben ni mal usar de las armas de la razon, las que tal vez ni conocen; porque si hay una cátedra ordinariamente descuidada en sus planteles es la de Lógica. Fuera de que ni la habilidad que en un buen curso de Dialéctica puede adquirir un talento sobresaliente basta para que salga airoso en el recio combate de las opiniones y se libre de los errores que por todas partes se esfuerzan en invadirlo.

Si además reflexionamos que en la misma cátedra de Lógica se presentan desde el principio controversias de grandísima importancia y de solucion tan difícil como trascendental; que aun ántes de frecuentar dicha cátedra, oyen los alumnos mil disputas relativas á la Religion, á la autoridad, á la libertad, y á otros asuntos tan importantes y tan árdulos como estos; que la Lógica solo da la infalibilidad de la consecuencia, y esto al que la posea con alguna perfección, pues que no ha librado de un consiguiente falso ni al mismo Aristóteles; que los alumnos permanecen todo un año bajo la irresistible influencia de un maestro y se constituyen sucesivamente en los demás de su carrera literaria bajo la no menos poderosa de los otros profesos-



res, en los que es imposible que reine el mismo espíritu, y por último, que los textos cuya influencia en los alumnos es también eficaz, están en pugna unos con otros, como pertenecientes á diferentes escuelas y que será no solo muy probable sino lo ordinario que el profesor y el texto de una misma cátedra no se hallen de acuerdo; si meditamos profundamente todo esto, nos veremos obligados á concluir que los colegios del Estado deben ser unas Babilonias donde nadie entiende la lengua de los demás; donde uno destruye lo que otro edifica; donde los alumnos quedan sin norte, sin guía, sin más criterio para distinguir lo verdadero de lo falso que sus sentidos, cuando no se les haga dudar de su veracidad. Las tres fuentes de todo conocimiento, la autoridad, la razón y aun la misma experiencia están casi secas para ellos. Por una vez que tengan la dicha de encontrar la verdad, habrá mil en que abrazarán el error; porque la verdad es una como es una la recta que une dos puntos: los errores son innumerables como las curvas que se pueden tirar entre dos puntos. Se formará en sus almas un fárrago de ideas en que brillarán algunas verdades incoherentes, aisladas por lagunas inmensas de nieblas. Esto será lo menos malo, y no lo que regularmente sucederá. Lo más natural y á la vez lo más grave, lo que casi necesariamente vendrá á suceder, será que vean con el mayor desprecio toda autoridad científica, y con desconfianza absoluta á la razón; que caigan en el escepticismo universal. Hé aquí el fruto tan amargo como necesario que producen esas encarnaciones monstruosas del absurdo, que se llaman colegios del Estado.

Si registráis, Señores, la historia de la Filosofía, hallareis allí escuelas materialistas, racionalistas, ateas, panteístas y de otras varias denominaciones que han tomado, ya del método, ya de las doctrinas que adoptaron; mas en vano buscareis fuera de nuestra época alguna escuela en que hayan estado colocados al acaso, racionalistas puros al lado de empíricos exagerados; ateos amalgamados con deístas. Reservado estaba á nuestra edad, el ofrecer fenómeno tan raro. Y, ¿qué deberá resultar de ese choque de todas las opiniones, en donde el materialista convence de falsedad al materialista, este hace lo mismo con aquel; y á su vez el ateo, el deísta, el panteísta, el metafísico y el positivista, se refutan mutuamente? ¿Qué resultará de esa guerra, de esa destrucción de la enseñanza por la enseñanza, sino que la razón vea sombras por todas partes, y que caiga necesariamente en la duda,

en ese estado de atormentador equilibrio, ó mas bien, de indiferencia, de inacción; es decir, de muerte intelectual?

En el orden moral se verifican fenómenos análogos á los del orden físico; y así como en éste las fuerzas iguales y contrarias se destruyen y no conmueven el cuerpo sobre que actúan, así en el orden racional se destruyen y dejan suspensa el alma los ratiocinios opuestos y de igual fuerza, como son para el educando del Estado casi todos los que oye acerca de las cuestiones fundamentales que generalmente son muy árduas.

En fin, Señores, la historia nos dice que la escuela escéptica ha nacido del choque de las demás, lo que es casi necesario, porque dos contradictorias no pueden ser á la vez verdaderas ó falsas: todo hombre está íntimamente convencido de ello, es decir, de que lo blanco no es negro; de donde se sigue que al verse acosado el entendimiento por razonamientos opuestos que prueban la verdad y la falsedad de una misma proposición, desconfía de las demostraciones y aun se ve como obligado á negar su existencia.

Ahora bien, Señores: ¿quién se atreverá á negar que en los colegios oficiales, en que se estudie un poco y se hable claro, reina ese desconcierto de doctrinas, esa guerra de las opiniones, como resultado inevitable de la necesaria heterogeneidad de los profesores y textos, de la libertad, ó mas bien, libertinaje del pensamiento, de la loca ambición de ciencia, y de cierto error funestísimo en que, según parece, se hallan no pocos profesores y muchísimos alumnos, y consiste en creerse capaces de disputar de todo porque saben algo? Se encuentran generalmente en un estado de crasa ignorancia, en un estado rudimentario acerca de los problemas religiosos, lógicos, psicológicos y morales que son los más importantes y grandiosos de todos los que han ocupado la atención del hombre; y sin embargo, con saber los nombres de los inventos que hoy causan más sensación y poder decir algo de sus teorías; con creer que conocen la relación del diámetro á la circunferencia, ó la distancia de la tierra al sol; con un ligero tinte de Historia ó de Física, se encuentran ya aptos para definir con aire de completa suficiencia, que la Lógica es una patraña, la Moral un mito, la Metafísica, un laberinto, cárcel del entendimiento; la virtud y el vicio, los premios y las penas de ultratumba, ficciones anticuadas y nada más.

Decid ahora vosotros si morará la ciencia en los hogares de las



contradicciones y de la presuntuosa ignorancia; si los planteles del Estado podrán hacer fuerte al entendimiento, siquiera en la peor de las escuelas; si lo informarán con el hábito de algun sistema completo de doctrinas aunque sean erróneas. Imposible, porque no poseen tal cuerpo de doctrina. Ningun edificio completo pueden levantar en el entendimiento. Pero no es esto todo; no solo son radicalmente impotentes para edificar, sino que necesariamente destruyen tambien todo lo que estaba construido. Al hacer despreciable toda autoridad y nulificar la razon, barren del alma todas las ideas salvadoras que la autoridad paterna habia depositado en ella. Y pluguiera á Dios que no causaran otro mal mucho mayor. ¡Ah! El daño incomparable que hacen á el alma es la esterilidad completa á que la reducen para siempre; es la insensibilidad desesperante en que la dejan, la muerte perpétua á que la condenan. ¿Qué voz habrá, Señores, tan autorizada que se imponga á uno de esos jóvenes, acostumbrados á reirse del mismo Dios? ¿Qué demostracion habrá tan concluyente que lo rinda, cuando en el centro de su alma se ha arraigado la desconfianza absoluta de la razon, cuando allí se ha encastillado la desoladora duda?

Si el entendimiento del discípulo es como un campo, y el maestro su cultivador, resumiré mi pensamiento diciendo: que los profesores del Estado sacan de raíz todo lo que estaba plantado en el campo del entendimiento de sus alumnos; revuelven en todos sentidos ese campo sin llegar á cubrirlo ni de malas plantas; y no hacen mas que saturarlo de la inmundada sal del escepticismo, de la que nadie sabrá jamás expurgarlo y que lo hace estéril por completo y para siempre.

¿Qué se podrá replicar á todo esto? ¿Acaso que en las escuelas oficiales no se agitan mucho las cuestiones árduas que dividen los ánimos; que no agradan allí mucho las ciencias de raciocinio y se cultivan casi exclusivamente las experimentales, menos expuestas á debates enojosos, principalmente cuando se admite como único criterio el de los hechos? Pero, Señores, ¿no es verdad que semejantes escuelas llevan á las generaciones por el camino más breve y llano hácia el materialismo y el escepticismo práctico? Así lo atestiguan la historia y nuestra propia experiencia.

Además, si es cierto que en colegios nacionales se ven con insultante desdén las cuestiones abstractas y las que se rozan con la Re-

ligion, tambien es verdad que las más importantes se agitan con tanta frecuencia como superficialidad; y es evidente que tanto la falta de estudio como el desprecio con que se tratan, contribuyen poderosamente á que se engendre el escepticismo en la mente de los alumnos. “El libar la ciencia hace á los hombres incrédulos; el beberla les da la fé,” dice Cantú. Muy sabidas son estas palabras de Bacon de Verulam: “*Leves gustus in Philosophia movent forte ad atheismum; sed pleniores haustus ad Religionem reducunt.*”

En fin, Señores, ¿se querrá prescindir de las cuestiones relativas á los órdenes moral, social y político que no se resuelven por el cálculo matemático, ni por los experimentos físicos ó químicos? No se querrán ventilar las cuestiones del origen de las ideas, de la libertad, la autoridad y demás vínculos que unen á los hombres en sociedad? Que se cierren entónces las cátedras de Filosofía, Derecho y Economía política. Tendremos en vez de abogados, tinterillos con su constitucion por único texto; y en lugar de médicos, empíricos curanderos.

No, Señores, jamás los colegios del Estado podrán lavarse de esa mancha: el terrible cargo de que engendran el escepticismo en sus alumnos, cae sobre ellos inevitablemente como efecto necesario de su enseñanza irremediamente contradictoria é incompleta, ya sea que los gobiernos elijan los profesores á quienes no pueden mandar que abriguen las mismas ideas; ya sea que los elija el pueblo que como se supone de opiniones mixtas, hará que lo mismo sean sus elegidos. Aduzco pruebas para que se vea en ellas el origen y la gravedad del mal. Resuelvo objeciones para que á nadie quede un solo efugio. En cuanto á la existencia del mismo mal, la conciencia pública está convencida de ella, y la experiencia nos la está manifestando. ¿Quién no se ha encontrado con alguno de esos jóvenes escolares decepcionados, llenos de dudas, que á las demostraciones mas concluyentes contestan con un frio “¿quién sabe?” con un mortal “puede ser,” ó “tal vez?” ¿Quién podrá arrojar un rayo de luz tan intensa que hiera esas inteligencias ciegas á la misma evidencia? ¿Quién podrá volver á la vida á esas almas muertas para la verdad y que yacen bajo la loza inamovible de la duda? Solo un milagro extraordinario de la gracia es capaz de tanto.

Cuando yo medito esto; cuando advierto que la mayor parte de la nueva generacion así de México como de toda América y Europa se educan en esos planteles, semilleros de escépticos, me lleno de te-



mor por la suerte de la humanidad, tiemblo por el porvenir de mi patria, lloro y siento mi pecho henchido de fuerte indignacion, que nadie negará sea justa, y tengo que hacerme violencia para no maldecir á tantos apóstoles de la impiedad, desdichados Caines que no temen inmolarse á su inocente hermano y que se verán confundidos delante del divino Juez que ha dicho: "Ay de aquel que escandalizare á uno de estos pequeñuelos que creen en mí, mejor le sería que le colgaran del cuello una de esas piedras de molino que mueve un asno y así fuese sumergido en el profundo del mar."

De lo expuesto me creo con derecho para concluir que las escuelas del Estado son radicalmente impotentes para formar sábios, porque necesariamente tienen que producir escépticos, los que como desconocen la fuerza de la demostracion, que es la causa de la ciencia, serán á lo sumo, grandes sofistas, plagas de la sociedad; pero nunca verdaderos sábios.

¿Y podrán formar hombres virtuosos? ¿Serán capaces de encaminar la voluntad hácia el bien? podrán educar, ya que son inhábiles para instruir? Lo podrán si tienen la virtud de hacer milagros; de producir el efecto sin su causa connatural. La voluntad es una facultad ciega, el entendimiento es su guía, y por esto dice el axioma, que nada se quiere si no se conoce. Natural es, pues, que el hombre arregle su conducta de acuerdo con las doctrinas que profesa; y aunque á veces ve lo mejor y lo aprueba, y hace lo peor, esto no sucede sin violentar la naturaleza, y lo violento no es duradero.

Esta consideracion hacia sin duda, exclamar en los siguientes términos, al grande Obispo de Michoacan, el inmortal Munguía; "hace algunos años, que tengo una idea profundamente radicada en mi alma, y es, que las doctrinas deciden en último resultado de la suerte de los pueblos... Los desconciertos filosóficos han precedido siempre á trastornos políticos; y el Santo Fundador de la Iglesia, al establecer la mision reformadora que habia de regenerar á la sociedad, resolvió en todo sentido la célebre cuestion; predicó antes de todo; mandó que sus discípulos comenzasen por enseñar. San Juan, inspirado por el Espíritu Santo, manifestó que todo subsiste por la fé, y el Apóstol de las gentes dijo que la fé entra por el oído con la palabra de Dios. Todo está pues, vuelvo á decir, en las doctrinas."

Mas las doctrinas no deciden de la suerte de los pueblos sino porque deciden de la de los individuos que los componen, pues que

de las ideas nacen las aspiraciones, y de estas, las acciones y todo el curso de la vida. Segun esto, ¿cuáles deberán ser las inclinaciones que las escuelas laicas del Estado imprimen en sus alumnos? es decir: ¿cuál será la vida de los que niegan ó ponen en duda la inmortalidad del alma, la existencia de la otra vida, los premios de la virtud y los castigos del vicio y aun la misma distincion esencial entre el vicio y la virtud? ¿Cuál será la moral de los escépticos, de los que no esperan, ni aman porque no creen? Seguir las inclinaciones de la naturaleza, obedecer sus instintos, guiarse solo por el deleite y el dolor, hundirse en los goces materiales, revolcarse en el fango mientras llega la muerte donde desaparece por completo y para siempre el hombre. Tal fué la moral de Pirron, del Baron d' Halbach, de los escépticos antiguos y modernos y tal será por ende la que profesen lógicamente los educandos del Estado. Ni ciencia ni virtud, hé aquí el lema que debia escribirse en las puertas de esas escuelas.

Consultad la experiencia y ella os dirá si esta teoría se halla de acuerdo con los hechos.

No puedo creer que los padres de familia conozcan todo el mal que hacen á sus hijos poniéndolos en tales colegios. Tal vez piensan que no corren ahí mas que un peligro remoto de manchar más ó menos su moral conducta, y al que se pueden exponer por alcanzar algun día el título y la gloria de sábios. Quizas suponen que repararán las pérdidas de la juventud cuando esta pase, cuando recobren su influjo los buenos principios que se les infundieron durante su niñez. ¡Qué engaño tan completo y tan funesto! Ni el peligro de perversion en las costumbres y en la fé á que exponen á sus hijos es remoto, sino próximo y casi necesario; ni llegarán estos á ser sábios, como lo habeis visto; ni los buenos principios infundidos en su niñez fructificarán jamás, porque el viento de la duda los arrancó de su alma, dejándola seca, árida, incurablemente sorda y ciega para toda buena enseñanza. En fin, los educados por el Estado, lógicamente y por regla se entregarán á la crápula y al libertinaje, no contra los dictámenes de su razon, sino obedeciendo á las doctrinas que profesan: serán disolutos por sistema, por conviccion. ¡Oh abismo de iniquidad! Cuando se hace el mal que se reprueba y se deja de practicar el bien que se aprueba y se ama, se puede esperar que llegue un mo-



mento en que se escuche la voz de la conciencia, en que los principios salvadores que aún viven en el alma, recobren su imperio; mas cuando se hace el mal por sistema, de acuerdo con las ideas que el entendimiento abriga y que siempre abrigará, entónces es menester abandonar toda esperanza: *lasciate ogni speranza.*

Ya no direis que exagero si afirmo, y esta es mi convicción, que es mayor mal frecuentar las escuelas del Estado que frecuentar los mismos lupanares: aquí muere la virtud, allí la virtud y los principios.

Con razon Víctor Hugo, el patriarca actual de la impiedad, en un momento de lucidez, al considerar atentamente este asunto, prorumpió en estas vehementes expresiones: "deberían ser llevados á los tribunales los padres que envían á sus hijos á las escuelas en cuyas puertas está escrito: "Nada de Religión se enseña aquí."

Ahora yo os suplico que me digais, señores, si los ateos gobiernos revolucionarios pueden declararse maestros de los pueblos; si es justo que nos estrechen á que depositemos en sus manos los fondos destinados á la enseñanza pública, para que doten á las sociedades con escuelas que, por un vicio que su íntima constitucion entraña, tienen que imbuir á sus alumnos en las máximas de la impiedad, del escepticismo y del libertinaje. ¿Será tolerable que violen sus promesas de imparcialidad, neutralidad y libertad en materia de creencias y doctrinas; que se arroguen el derecho sobre la enseñanza de la juventud, cuando han declarado que no siguen ninguna escuela filosófica ni profesan religion alguna porque representan á un pueblo que no tiene creencias y opiniones comunes; y por último, que usando de la fuerza bruta se proporcionen sumas respetables para venir por esta série de crímenes, á fundar y dotar prodigamente los planteles del error y del vicio? ¿Es liberal semejante conducta? ¿Es democrático ofrecer á una juventud católica en su inmensa mayoría escuelas tales? Pero hay algo más que ofrecimientos. Se la convida con instancia, se la estrecha á concurrir á ellas ya rodeándolas de brillante aparato, ya nulificando y poniendo trabas á la enseñanza católica; ya, por último, valiéndose de la fuerza física.

Ah! el ánimo se exalta, al considerar la triste condicion á que los católicos han quedado reducidos en muchos países. Si un padre católico no se deja engañar por bellas apariencias; si no quiere ver á sus hijos víctimas del error y del vicio, tiene que pagar un maestro privado despues de dar su fuerte contingente para que viva lujosa-

mente el maestro impío. —Si un jóven desea adquirir un título para ejercer una profesion literaria, tiene que hundirse necesariamente y por muchos años en esas cloacas, en esos colegios sin Dios. Tiene que pasar por ese crisol maldito que lo despoja inevitablemente de sus creencias y de todo elemento de virtud, lo impregna de un hábito deletéreo que envenena toda su existencia.

Si un padre quiere ver á su hijo médico, abogado, etc., se le sale al frente con esta tiránica disyuntiva: ó arrojas á tu hijo, se le dice, en brazos de la impiedad y de la prostitucion, ó prescindes de tu intento: ó sacrificas su alma sobre el negro altar de la duda y el vicio, ó te resuelves á sofocar sus nobles aspiraciones, á ahogar los deseos que el amor de padre te inspira. Cuán duro, cuán tiránico sea este proceder, lo conocerá tan solo el que haya sido víctima ó testigo de las angustias de conciencia que trae á los padres y á los jóvenes católicos esa terrible disyuntiva que les hace vacilar entre orillarse al abismo, ó mas bien, arrojarse á esa trampa, hecha para coger cristianos, ó quedarse en la masa comun y decir adios para siempre á una esperanza que les sonreía, á un porvenir brillante y justo con que habian soñado.

¿Qué importa, católicos, que no lleveis cadena al cuello ni hiera vuestras espaldas el cruel azote, si á la sombra de la libertad, está encadenando la mentirosa revolucion el alma de vuestros hijos al carro de la impiedad y del vicio: si bajo el pretexto de henchirlos de ciencia atrae á los jóvenes á esas máquinas infernales en que se modelan su alma, su entendimiento y su voluntad, sus hábitos y su vida toda, segun el ideal concebido por la impiedad? Los católicos tienen para sus hijos la libertad del burdel y del garito; pero solo con heroicos esfuerzos podrán librarlos de la propaganda diabólicamente astuta de la revolucion.

La naturaleza, ó mas bien, su Autor pone al hijo en las manos del padre para que cuide de su vida física y moral; para que lo sustente y lo eduque. Así lo dicta la razon, lo proclama la naturaleza, así lo han entendido los legisladores dignos de este nombre, así lo quiere Dios. Sustraer pues al hijo del influjo del padre para destruir su educacion é introducir una nueva que repugna á su conciencia, y á sus justos deseos, constituye un atentado contra el mas santo de los derechos. Y ¿no es esto lo que está haciendo la revolucion en mu-



chos países ya poniendo trabas en unos y nulificando en otros la enseñanza católica; ya tratando de establecer y sostener por la fuerza bruta sus escuelas laicas obligatorias y, según proclaman, gratuitas? ¿No veis como se apodera de los niños en estado de materia prima, cuando sus almas están blandas como la cera, aptas para recibir las impresiones que se quieran y que después conservan con más tenacidad que el bronce? En tal estado les infunde sus ideas, les comunica sus inclinaciones y les forma sus hábitos; los liga con cuerdas que nunca ó muy difícilmente romperán, los hunde en el fango y entonces les dice: "Sois libres, agitaos en el sentido que queráis!" ¡Qué amarga burla!

Para llevar á cabo su obra el liberalismo necesita violar promesas solemnes hechas á los pueblos, derechos tan sagrados como el de paternidad; tiene que hollar los fueros de la razón, de la naturaleza y de Dios mismo; pero ya está acostumbrado á no vacilar ante semejantes obstáculos. El dice en el lenguaje terrible de los hechos, á los padres de familia: "entrégame ese infante puro como un ángel, á quien has criado con tantos cuidados; dame esa alma virgen que esperabas hacer retrato de la tuya; en la que creías revivir y perpetuarte. No será así; ella ha de reproducir mis ideas, y no las tuyas: esa inocencia aún no manchada, gracias á tu incansable vigilancia, ha de ser víctima de un garito de díscolos: ese cuerpo tan floreciente ha de ser pasto de la corrupción. Qué ¡lloras al dármele? más llorarás cuando lo recibas; entonces te irritará su indocilidad, su insolencia te hará temblar, y desesperar su libertinaje. Sin embargo, esto es necesario; la ley es inexorable: ofrece tu hijo á Moloch y da la paga al Sacerdote sacrificador." Hé aquí, al Dios Estado exigiendo al padre el holocausto de todo lo que le es más caro: el cuerpo, el alma, la inocencia de sus hijos, la esperanza, el honor y la tranquilidad de su familia. Jamás se había visto sobre la tierra tiranía semejante á esta!

No puedo dejar de decir dos palabras acerca de una objeción que naturalmente ocurre, y sin duda os preocupa. Qué, direis, ¿el Estado no debe ocuparse para nada de la instrucción pública? No he dicho yo tal cosa, señores; ni podía decirlo porque creo que los gobiernos deben cuidar mucho de la instrucción del pueblo; pero dadas las circunstancias en que se han colocado los gobiernos demócratas, creo también que incurran éstos en contradicciones monstruosas al

declararse maestros de los pueblos, institutores y pedagogos de la juventud, como me lisongeo de haberlo ya demostrado.

Opino, pues, que tales gobiernos, si quieren proceder de acuerdo con sus principios, podrán fomentar la instrucción cumpliendo sus promesas, prestando libertad y seguridad á todas las religiones y escuelas, estimulando á las diferentes religiones y aún obligándolas á que desempeñen el ministerio de la enseñanza.—La Iglesia católica tiene la conciencia de su deber, de la misión que su divino Fundador le confió, de enseñar á todos los pueblos: *docete omnes gentes*; y siempre ha procurado desempeñarla.—Podrán también los gobiernos fomentar la instrucción, estableciendo academias superiores de hombres ya formados, decretar premios que los alienten, tener consideraciones y protección para el mérito, y valerse, en fin, de otros medios; pero jamás podrán lícitamente encargarse de la formación de las generaciones; mucho menos tendrán derecho para hacer que los particulares depositen en sus manos los fondos que se han de emplear en dicha formación; porque los gobiernos tantas veces mencionados, no teniendo Dios, ni religión, ni perteneciendo como gobiernos á alguna escuela doctrinal, porque los pueblos que representan no pertenecen á una sola escuela, no tienen nada en que formar á las generaciones; y así, declararse sus institutores y maestros es contradecirse á sí propios y constituirse ministros del absurdo y de la tiranía; es atar las conciencias, encadenar las almas á la vez que se está predicando la más amplia libertad.

Ni creais, señores, que la esclavitud del pensamiento, resultado forzoso del monopolio de la enseñanza, sea un mal que la revolución vea con dolor y trate de evitarlo; no; la intenta, la desea aunque no la intenten ni la deseen muchos liberales, instrumentos ciegos de su facción; es el anhelado objeto de sus más gratas esperanzas; porque en realidad, tal esclavitud no es otra cosa que el comunismo en las ideas, el comunismo espiritual preámbulo necesario y base indispensable del comunismo en el dinero y demás bienes materiales, que es el término necesario, el fruto último y más delicado de la Revolución.

Thiers, testigo nada sospechoso, dará fé de todo esto. En este nuevo comunismo, dice, que tiende á fundir á los individuos en el todo, el todo en los individuos, á quitar á cada uno el cuidado de su vida para encargarse de él, se llega, por esta confusión de existen-



cias individuales, que destruye la libertad del hombre, que suprime el empleo de sus facultades, que refunde su acción en el Estado solo, se llega, digo á una adición gigantesca, que contiene el haber de todos individuos; y así como se tiene que reunir su haber, sería necesario reunir también su espíritu, sus miras, sus facultades, para igualar sus solicitudes y dar cuenta segura de sus bienes.

Delaroyer, magistrado francés, es más explícito. La ley sobre la enseñanza, dice, no hace otra cosa que consagrar el principio del socialismo manteniendo la omnipotencia del Estado sobre la instrucción; tal vez no sobre la ciencia propiamente dicha, pero sí sobre la moral, sobre todo lo que es del resorte de la conciencia, sobre lo que debe dirigir los pensamientos y las acciones.

Debo terminar ya señores; he fatigado demasiado vuestra atención, perdonadme esta falta; no he podido dejar incompleto el cuadro de mi asunto y aunque fuera á grandes rasgos me propuse acabarlo. Os confieso que he pasado con dolor de un punto á otro, de una prueba á otra; ocurriárame nuevas reflexiones sobre el punto que dejaba; podía haber dado más luz y firmeza á cada prueba. Y en este momento, al verme obligado á contener dentro de mí mismo el torrente de ideas y sentimientos con que inunda mi alma ese asunto, objeto de muchas y largas meditaciones, que mil veces ha conmovido todo mi ser, que ha henchido mi pecho, ya de ira justísima, ya de noble valor y otros levantados y vehementes sentimientos; que veces sin cuento ha hecho brotar de mis ojos lágrimas ardientes; en este momento, señores, yo me siento irresistiblemente impulsado á hacer un llamamiento formal á mi ilustrado auditorio; á los hombres de buena voluntad y de corazón bien nacido; á todos los que tengan una alma impresionable siquiera por la mayor de las calamidades, para que por su amor á la Religión y á la Patria, se interesen en favor de la nueva generación, que debía ser la esperanza de ambas y que se ha convertido en su más formidable amenaza porque se halla en manos de la revolución que hará de ella el terrible instrumento para la realización de sus perversas miras.

Mirad, os ruego, señores, á la juventud arrastrada en su inmensa mayoría á los talleres de la impiedad, de la masonería, del comunismo, de la nefanda revolución. El fraude y la tiranía del liberalismo, de acuerdo con la cruel indolencia y la criminal complicidad de los padres de familia, la retienen en esos ta-

lles malditos durante la mejor época de la vida, que es en la que se adquieren las ideas y se forman las costumbres que duran hasta la muerte. Allí pasan la adolescencia, tiempo precioso y decisivo, pues como el Espíritu Santo enseña y la experiencia de todos los días proclama, por la senda que el hombre camina en la adolescencia por esa caminará en la juventud, y en la edad madura, y no la abandonará aunque llegue hasta la vejez. Compadeceos pues de esa multitud innumerable de inocentes víctimas. Abrid los ojos de los ilusos que creen llevar á sus hijos al santuario de la ciencia cuando los conducen á las ateas escuelas del Estado; hacedles ver claro su feroz crueldad, el enorme crimen de que se hacen reos ante Dios y ante la Patria. En fin, Señores á vosotros toca desenmascarar al infame liberalismo que predica libertad y practica la tiranía más bárbara. No permitais que abuse impunemente del sagrado nombre de libertad. Descubrid ante el mundo todo sus mentiras. Marcadle el alto cuando quiera traspasar los límites que él mismo se ha señalado. Conoced vuestros derechos y defendedlos con denuedo: sacudid el yugo que trata de imponeros. O qué, ¿os resignareis á sufrir la cruel burla de sus promesas no cumplidas, la violación sacrilega de los derechos más indiscutibles y santos que está llevando á cabo tranquilamente con sus escuelas monstruos, que son la encarnación del absurdo, templos malditos en que se inmola la inteligencia y el corazón de nuestra juventud? Os resolvereis á seguir sosteniendo con vuestro dinero esas escuelas sin protestar siquiera contra el abuso por el que se os hace tener asalariados á los que son vuestros enemigos por serlo de vuestra conciencia y de todo lo que os es más querido? ¿Permanecereis impassibles viendo que la Revolución después de violar sus promesas y de hacerlos pagar propagandistas enemigos, pone trabas á nuestras escuelas, las nulifica, monopoliza la enseñanza, establece la escuela laica obligatoria y, hollando el más santo de los derechos humanos, el de la patria potestad, ajusta el alma de vuestros hijos no al ejemplar que vosotros legítimamente deseais, sino al molde impío fabricado en los talleres de la masonería? Sucederá así? No lo creo; amais mucho á vuestra Religión y á vuestra Patria, y no llegareis á tal extremo de indolencia; os respetais á vosotros mismos lo suficiente para no hundiros en semejante degradación.

Noble juventud, objeto dignísimo de la presente solemnidad, foco



de la alegría que baña nuestros semblantes y llena de dulcísima emoción mil corazones, grata esperanza de la Religión y de la Patria, ¡oh nobles jóvenes! no, no digais que os he olvidado; vosotros habeis inspirado los conceptos que acabo de verter y sois tambien su objeto; á vosotros principalmente se dirijen, ya para descubriros las redes que se os tienden, ya para indicaros la mision, difícil sí, pero elevada y altamente benéfica, pero gloriosa y augusta que debeis desempeñar, y es la de salvar á aquellos de vuestros hermanos, no tan felices como vosotros, la de redimir á los esclavos de la libertad.

Dentro de breves momentos ceñirá vuestras frentes el envidiable laurel de la victoria adquirido en el mas glorioso de los triunfos. En esos instantes de felicísimo éxtasis, bullirán en vuestro agitado cerebro mil sueños de ventura. Dirigireis vuestras miradas al risueño porvenir.

Ah! yo os ruego, queridísimos jóvenes, que no limiteis vuestras ambiciones á una posicion brillante y placentera en esta vida falaz. Nó, hay una causa sagrada que defender, la causa de la Religión y de la Patria vinculada en la causa de la juventud. La Religión y la Patria necesitan urgentemente denodados campeones. Ellas tienen fijas sus miradas en vosotros, en vosotros cifran sus esperanzas; ¿saldrán fallidas? ¿quedarán defraudadas? ¡Imposible! no será así. Lo presiento, lo sé. Vosotros, caminando bajo la egida del Omnipotente, traereis á ambas dias de gloria, dias de verdadera ventura. Tales son los votos mas fervientes que hoy envia al Cielo el admirador entusiasta de vuestros nobles triunfos.

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. MTA.

D. José M. Márquez,

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

Verificada en el  
Seminario Conciliar de León,  
el día 15 de Agosto de 1910.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEON.—1910.

Imp. del Sgdo. Corazón de Jesús.



de la alegría que baña nuestros semblantes y llena de dulcísima emoción mil corazones, grata esperanza de la Religión y de la Patria, ¡oh nobles jóvenes! no, no digais que os he olvidado; vosotros habeis inspirado los conceptos que acabo de verter y sois tambien su objeto; á vosotros principalmente se dirijen, ya para descubriros las redes que se os tienden, ya para indicaros la mision, difícil sí, pero elevada y altamente benéfica, pero gloriosa y augusta que debeis desempeñar, y es la de salvar á aquellos de vuestros hermanos, no tan felices como vosotros, la de redimir á los esclavos de la libertad.

Dentro de breves momentos ceñirá vuestras frentes el envidiable laurel de la victoria adquirido en el mas glorioso de los triunfos. En esos instantes de felicísimo éxtasis, bullirán en vuestro agitado cerebro mil sueños de ventura. Dirigireis vuestras miradas al risueño porvenir.

Ah! yo os ruego, queridísimos jóvenes, que no limiteis vuestras ambiciones á una posicion brillante y placentera en esta vida falaz. Nó, hay una causa sagrada que defender, la causa de la Religión y de la Patria vinculada en la causa de la juventud. La Religión y la Patria necesitan urgentemente denodados campeones. Ellas tienen fijas sus miradas en vosotros, en vosotros cifran sus esperanzas; ¿saldrán fallidas? ¿quedarán defraudadas? ¡Imposible! no será así. Lo presiento, lo sé. Vosotros, caminando bajo la egida del Omnipotente, traereis á ambas dias de gloria, dias de verdadera ventura. Tales son los votos mas fervientes que hoy envia al Cielo el admirador entusiasta de vuestros nobles triunfos.

## DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL SR. MTA.

D. José M. Márquez,

EN LA SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

Verificada en el  
Seminario Conciliar de León,  
el día 15 de Agosto de 1910.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LEON.—1910.

Imp. del Sgdo. Corazón de Jesús.





DIRECCIÓN GENERAL DE



Ilmo. Señor: (1)

Señores:

Es admirable el que en este siglo, formidablemente empeñado en desterrar del mundo la religión, absorbiendo para los intereses materiales todas las energías de los hombres y toda la devoción de la humanidad, la religión sea, en grado que no lo fué jamás, la vida y substancia de este mismo siglo, el elemento que más domina su sistema y el estandarte en cuyo rededor se libran todas las batallas.

Y esto por qué? Porque el cristianismo, que en los días de las catacumbas fué exclusivamente una religión, y en tiempo de las irrupciones del Norte, un constructor de sociedades, y en los siglos de los Papas un organizador político de Estados, es hoy, en nuestro siglo, la garantía única de la civilización, la llave única que guarda sus conquistas; pues si, en los días de San Juan, todo lo que el mundo tenía de culto era pagano, hoy todo lo que el mundo tiene de pagano es lo que tiene de barbarie. Después que el Evangelio con sus fúlgidos destellos ha alumbrado por diez y nueve siglos al espíritu humano, el mundo no podrá apostatar de la verdad eterna, para entregarse á un paganismo viable y culto, un paganismo artístico como el de Cicerón, virtuoso como el de Sócrates, sabio como el de Aristóteles, celeste y casi divino como el de Platón; sino al paganismo que fué asesinato en Bruto, indecencia en Mesalina, gozo de tortura y deleite de parricidio en Nerón. Un paganismo que sería la irrupción de todo lo monstruoso,

[1] El Ilmo. Sr. Obispo, Dr. D. Emeterio Valverde y Téllez.



el desenfreno de todo lo feroz, el arrasamiento de todo cuanto existe: orden, arte, riqueza, familia, civilización, humanidad. De esta manera el siglo que aborrece la religión la lleva como vida de sus entrañas, los Estados que la repudian y persiguen viven merced á sus influencias. Ella es el único poder cuyos enemigos se combaten al combatirla.

He aquí porqué todas las cuestiones sociales de nuestro siglo, nacidas una á una de la revolución, están ligadas forzosamente con la cuestión religiosa. Pues bien, entre esas cuestiones, acaso la más transcendental es la que se refiere á la educación. Todo el porvenir del género humano depende por modo principalísimo del triunfo en ese formidable combate, que se libra entre la escuela atea y la escuela cristiana.

Asistimos á la más grande batalla que han visto las edades contra Jesucristo. No se asemeja á la que se libró en la época de las catacumbas, cuando el suplicio era el patrimonio del cristiano y los cuerpos de los justos embreados ardían, para alumbrar las lupercales de Nerón; no es comparable con los horrendos asesinatos de la revolución protestante, con las matanzas de campesinos católicos y los crímenes sin número del Calvinismo y del Luteranismo, cuando crecieron las ondas del Danubio y del Támesis con el llanto celeste de la Iglesia; deja atrás la revolución del 93 con todos sus monstruosos delitos y sus torrentes de sangre, pues el hierro, insaciable segando vidas, es impotente para matar ideas, y la metralla, arrasadora de ciudades y demoledora de santuarios, nada puede contra la fe.

Hoy la batalla es universal; no se libra contra los cuerpos, sino contra las almas; no tiene por fin derribar los templos de piedra, sino los templos vivos del Espíritu Santo; sus ejércitos no son de soldados, sino de maestros de escuela y de escritores impíos; su metralla, el el libro y el periódico; hoy, en vez de atormentar á los cristianos como en tiempo de Nerón y Diocleciano—en el circo ó en la hoguera, se les acaricia y adula en las

aulas. Verdadera revolución, que se desarrolla en el terreno de la fé y de la Iglesia, que es el espíritu y la doctrina, y por lo mismo, la más pujante y peligrosa batalla, que contra el Señor han presenciado los siglos.

Se ha repetido en todos los tonos que la escuela es una exigencia de la democracia pura, se ha dicho que la escuela debe ser laica, porque, debiendo ser obligatoria, debe ser neutral, para garantizar así á los padres de familia, pertenecientes á distintas religiones, el respeto á la de sus hijos. Esto se ha repetido como el poderoso argumento en que descansa la escuela sin Dios, y la sociedad católica lo ha creído con entera firmeza y, sin advertir el verdadero carácter de la escuela atea, envía serenamente á los niños á engrosar las filas de los ejércitos paganos.

Pues bien, en una fiesta como la presente y en presencia de padres cristianos, nada he juzgado tan digno de aquella y de vosotros como descender un poco el velo, para mostraros el verdadero, genuino y esencialísimo carácter de la escuela laica, ningún asunto me ha parecido tan digno de un discurso escolar, en nuestra época, como manifestaros con la evidencia de razones irrefutables y con la franqueza que reclaman del orador católico los inminentes peligros de nuestro medio: que el carácter de neutralidad con que se ha pretendido disfrazar la escuela laica no es más que una ficción, y que, aunque fuera posible, constituiría una ofensa grave á Dios, una violación del derecho de los padres y un serio peligro para el alma del niño.

Tal es el asunto que por breves momentos ocupará vuestra benévola atención, y que, impulsado por el noble fin de llevar un rayo de luz, de despertar un sentimiento generoso en pro de la educación cristiana de la niñez y de la juventud, espero le dispensaréis la acogida más favorable.

Y como el quicio de toda la cuestión está en la inteligencia del concepto de escuela neutra, no será superfluo comenzar por aclarar y fijar este concepto, ya que en to-



do género de discusión importa sobremanera precisar los términos de la cuestión.

Qué es, pues, la escuela neutra? A falta de autoridad decisiva que escojer entre las varias nociones que de ella se han dado, habremos de atenernos á la fuerza misma de la palabra. Neutro, del latín «neuter,» significa lo mismo que ni uno ni otro. «Uter» significa en latín cuál de los dos? Y á esta pregunta responde el idioma latino con una de estas tres respuestas: «uterque,» uno y otro, «alteruter,» el uno ó el otro; «neuter,» de donde proviene neutro, ni el uno ni el otro. Aplicada, pues, esta denominación á la educación religiosa en la escuela, sólo puede significar que dicha educación no se ajusta ni á la religión de unos discípulos, ni á la de los otros, sino que se queda en un medio común.

Supuesto esto, y en buena Gramática, ó Semasiología no cabe admitir otra cosa, la forma de educación religiosa en la escuela neutra, no puede determinarse en abstracto ó universalmente; pues en la escuela á que concurren alumnos de varias profesiones religiosas, á todas las cuales se quiere tener el mismo respeto, cuál será la religión que sirva de base á esta educación religiosa que se pretende? Claro está que no podrá ser otra, sino el fondo común de las creencias religiosa que profesan los varios alumnos ó sus familias. Fácilmente se ve que no es posible determinar «a priori» cuál sea esta base religiosa; como no puede hallarse un común denominador de varias expresiones aritméticas fraccionarias, independientemente de los denominadores particulares de cada una de ellas.

Sin embargo, hay dos clases de neutralidad que es preciso distinguir por ser confundibles. Es posible imaginar, no digo practicar, una neutralidad entre dos doctrinas y religiones, cuando estas tienen ideas comunes á ambas creencias. Así, por ejemplo, cuando en una escuela concurren luteranos, calvinistas y zuinglianos, la escuela neutra habrá de establecer su educación religiosa en la lectura de la Biblia y en la protesta contra

la Iglesia Romana, por ser estas las cosas comunes á dichas sectas protestantes. Si á la misma escuela concurren también niños católicos, cuyas creencias se quiere respetar habrá de omitirse la enseñanza específicamente protestante; pero se podrá dar la idea de Dios, de Jesucristo su único Hijo, de la redención por su pasión y muerte, etc. No obstante, esa escuela que sólo prescinde de las diferencias confesionales, esto es, de las que separan las varias confesiones cristianas no se llama generalmente sino confesional ó simultánea, como puede verse ojeando las discusiones que años pasados hubo en Alemania acerca de esta materia. Mas, si esto pasa en los países protestantes, no sucede lo mismo en los pueblos católicos, en ellos la lucha se plantea en otros términos, pues la diferencia no está entonces en pertenecer á una confesión distinta, sino en que unos son católicos y otros no profesan religión alguna. Y como la escuela neutra, según sus partidarios, es la que, para hacer obra de paz entre los ciudadanos que á ella han de enviar á sus hijos, prescinde de toda manifestación religiosa que pueda molestar á cualquiera parte, se sigue que en los países católicos como Francia, España, Portugal, Italia y por lo mismo entre nosotros, en que los católicos viven mezclados con los incrédulos, la escuela neutra no habrá de ser no solo no confesional, sino absolutamente falta de religión, pues toda religión molesta al que no profesa alguna religión, más aún de lo que el Calvinismo, pongo el caso, molesta al luterano. Tal es, en efecto, el carácter que reviste entre nosotros, y por lo mismo el sentido que le doy en mi humilde discurso.

Sentado esto, pasemos á probar que el carácter de neutralidad dado á la escuela laica es una mera razón «a priori,» una hipótesis no solo no demostrada sino indemostrable, y para ello conviene esclarecer este punto: ¿puede la escuela laica ser realmente neutral? No por cierto, y pruébanlo con claridad meridiana la condición del maestro mismo que enseña y de la materia de la enseñanza. Cuando se trata de asuntos que afectan pro-



fundamente al espíritu y á la sociedad en que se vive, la neutralidad en punto á opiniones es contraria á la naturaleza humana. La neutralidad de opinión en el centro de una disyuntiva que no tiene término medio es contrario á las leyes eternas de la lógica, es un absurdo histórico y psicológico. El maestro no es un autó-mata, no es un aparato de enseñanza, tiene una alma, una percepción, es un yo consciente, una personalidad científica. ¿Ahora bien, qué hará ese yo consciente ante disyuntivas sin medio como estas: existe Dios ó no existe? Jesucristo es un ser divino ó no lo es? la religión católica es íntegramente verdadera ó no lo es? Sin duda que ese yo consciente del maestro tiene por fuerza que aceptar uno de esos extremos de la disyuntiva. He aquí la opinión y desde el momento en que aparece ella, desaparece el maestro neutro. No se diga que ante esa disyuntiva el espíritu contesta simplemente como Mirabeau: no lo sé, sofisma banal, porque en esa materia la ignorancia ya es una opinión. El que no sabe si Dios existe, no cree en El, y el que no cree en El es ya un ateo; el que no sabe si Jesucristo es Dios no cree en la divinidad de Jesucristo, y el que no la cree es ya un heterodoxo. Queda pues, que el profesor no puede ser neutro.

Mas, podrá ser neutral? No, y la experiencia y la psicología demuestran esa profunda verdad con voces elocuentísimas. Por una parte, el dominio absoluto para la no manifestación de las convicciones, durante una tarea diaria, íntima é indefinida, exigiría, á ser posible, una escuela especial, un tratamiento prolijo y esmeradísimo del espíritu, para evitar toda manifestación exterior del propio sentir, del dictamen personal. Un gesto, un movimiento, una sonrisa, una expresión de la mirada, una entonación de la frase, pueden manifestar clarísimamente una opinión. El niño, cuya atención está siempre despierta á las primeras impresiones de la vida, no dejará pasar nada desapercibido, y al recoger tal impresión en el seno de su alma, que tiene toda la delicadeza de la flor recién abierta, recibirá gérmenes de

corrupción no tardarán en desarrollarse. Para ser neutro, absolutamente neutro, preciso sería no ser hombre. Sería preciso dominarse con más rigor que el antiguo estoico, con más constancia que los más firmes héroes. Y si alguno entre los maestros de la juventud, pudiera pretenderlo, teóricamente hablando, sería el profesor cristiano, puesto que sólo él tiene el secreto de ese dominio sobre sí mismo, de esa lucha incesante contra los movimientos de las pasiones. Pero sucede que el maestro laico es educado precisamente con un sistema contrario, es formado dentro de vehemente propaganda anticristiana. Ese maestro es ante todo, un partidario; ese partidario está profundamente identificado con la escuela que es su domicilio intelectual, y no hay, ni ha habido, ni puede haber en toda la redondez del globo, un partidario que pase todas las horas activas de su vida moral en ocultación íntegra y perpetua de sus opiniones. Para demostrarlo en el terreno de los hechos, no es preciso internarse en las aulas de las escuelas laicas, basta recordar algunos actos públicos, como fiestas escolares, especialmente reparticiones de premios, en que se oyen discursos que agravian profundamente á la religión, en que se insulta al clero y á las instituciones católicas. ¿Es ésta la neutralidad de los que informan el espíritu de la niñez que se educa en las escuelas laicas? Y si esto se hace en público, en presencia misma de los padres, á quienes se ha prometido la neutralidad, hay garantías de que no sea otro tanto en lo privado, cuando los padres están ausentes?

Pero si esa neutralidad no es posible ni existe por lo que hace al maestro, tampoco es posible ni existe por lo que hace á la enseñanza. Hay puntos absolutamente encadenados con la noción religiosa. ¿Qué hace el maestro cuando el niño le pregunta sobre el origen del hombre, del mundo, etc.? El contesta de acuerdo con la Biblia, ó en desacuerdo de ella, ó responde que no sabe. En los dos primeros casos, la contestación es en su fondo religiosa ó antirreligiosa, puesto



que la Biblia es un libro de fundamento absolutamente religioso; en el tercero, la negación es terminante; porque decir no sé, cuando la Biblia enseña, es negarle la autoridad por completo, y ya sabéis que la negación de esa autoridad es una herejía.

La religión se impone, amada ó aborrecida, ocupa su lugar necesario en la vida humana, y no hay un solo ramo de los conocimientos humanos de donde pueda ser desterrada. Toda ciencia, aunque superficialmente sea estudiada, se encontrará en precencia de la Religión y deberá escucharla ó combatirla. Puédese concebir un curso de filosofía extraño á toda idea religiosa? Se enseñará la medicina, sin pronunciarse en pro ó en contra de la existencia del alma? Se tratará del del derecho sin invocar los principios de la conciencia? Se estudiará la geología, la astronomía, la cosmogonía, sin tener en cuenta, aunque sea para contradecirlos, los datos científicos del Génesis? Podrá recorrerse la historia, abordar las cuestiones religiosas, sin alabanza ó censura á la Iglesia católica que ha llenado los siglos de su nombre y de sus obras? Se podrá, sobre todo, seguir el hilo de la historia de nuestra patria ó nacionalidad, sin conocer ó desconocer la acción bienhechora y siempre incesante de la religión católica en nuestros destinos? No, Señores, y basta recorrer, aunque someramente, algunos de los manuales que sirven de textos en los establecimientos laicos, para ver cuan lejos está de ser observada la pretendida neutralidad.

Ni se crea que esta incomprendibilidad de la neutralidad en la escuela es propia y exclusiva de los que profesamos la religión católica, lo más estupendo es que no la comprenden ni aun los mismos apóstoles y acérrimos defensores de dicha neutralidad. Basta, para convencerse de la exactitud de esta afirmación, la confesión que hace uno de los miembros del personal docente de Francia y nada sospechoso de clericalismo. Aulard, profesor en la Sorbona y persona grata al Bloque judío-masónico dominante, autor, además, de uno

de los manuales condenados por el Episcopado francés, se expresaba hace dos años en los términos siguientes: «Me piden que diga lo que pienso de la neutralidad escolar? Creo que es una palabra equívoca y peligrosa, y reto al más ingenioso de nuestros filósofos á formular una definición, aunque mediana de una palabra, la cual, por poco que se reflexione, es un absurdo. Cuando se dice que la enseñanza debe ser neutra, creo que esta neutralidad debiera ser entendida con respecto á dos doctrinas y que no se debe enseñar nada que pueda ir en contra de ambas creencias. Es como si dijera que la enseñanza pública no debe inclinarse ni al error, ni á la verdad, lo que sería el medio más eficaz para hacer traición á la misma verdad. De hecho, no hay mas remedio que saltar á la neutralidad; aunque el institutor sea una persona honrada no puede menos de faltar á ella, so pena de no enseñar nada, tanto en el dominio de la moral como en el de historia, so pena de renunciar á su profesión de enseñante. Me parece que no se debe encomendar á los institutores que pongan en práctica una cosa impracticable é imposible de definir, y que al contrario se les debe recomendar que trabajen constantemente en favor de la verdad y de la ciencia, y que nunca sean neutros en favor del error, preferible es, en una palabra, no hablar más de neutralidad.»

Queda, pues, suficientemente probado que es imposible la neutralidad del laicismo escolar, aun por confesión propia de sus mismos propagandistas, y que no es sino una vana quimera con que al principio se quiso encubrir el designio perverso que con ella se persigue, y que no es otro que la ruina de la religión, eliminar á Dios y á su Iglesia del espíritu público y privado. Uno de los órganos del sectarismo francés se expresaba hace poco en estas palabras: “La escuela laica no puede ignorar á Dios, lo que debe es destruirle; este punto está ya fuera de discusión entre los institutores. La base de la enseñanza de las escuelas laicas debe ser la extirpación de la superstición divina. El maestro debe tener



un fin único: borrar la idea de Dios del espíritu de sus jóvenes discípulos. Sean cuales fueren las ideas de los padres de los niños, es necesario que éstos al salir de las escuelas, sean ya ateos” Y otro añadía por su parte: «Tenemos el deber de destruir la religión, la escuela racionalista faltaría á sus obligaciones, si no trabajara en nombre de la razón, para arrancar de las creencias el error funesto creado por la hipótesis de la divinidad.»

Mas pasemos ya á la segunda parte del asunto: La neutralidad rigurosa, aunque fuera posible, sería una ofensa á Dios, una violación del derecho de los padres y un grave peligro para el alma del niño.

Dios, Creador y Redentor del hombre, tiene derechos imprescriptibles sobre la conciencia humana. De todas las relaciones que ligan al hombre con los seres morales, ninguna es ni lógica, ni moralmente antes que la relación que tiene con la inteligencia infinita, con Dios. La noción del hombre encierra esencialmente, como anterior á otra idea, la de ser contingente, y la idea de lo contingente implica, como lógicamente anterior, la idea de causa que es Dios; la relación con Dios es, pues, lógicamente anterior á toda otra en el orden de las relaciones humanas. Otro tanto podemos decir del orden moral; pues, naciendo éste enteramente de la idea de fin, de bien ilimitado, y no estando este bien sino en Dios, ó mejor dicho, siendo Dios este bien, no es posible hallar para el hombre relación alguna moral anterior ó independiente de ésta. Podremos imaginarnos un hombre aislado de cualquier otra relación; pero jamás, mientras conserve su ser contingente, se podrá aislarlo de su causa que es la razón de él. Todo el ser del hombre por necesidad imprescindible de su naturaleza, depende, del Creador, como cualquier otro ser creado.

Mas, en tanto que las demás creaturas del mundo visible, incapaces de conocer la razón de causa y de fin, no pueden reconocer y confesar con actos de libre voluntad su propia dependencia, el hombre, capaz de co-

nocer el orden teórico y con libertad para guardarlo, tiene el deber moral práctico de reconocerse dependiente, en todo su ser, del Creador de quien constantemente lo recibe y además de regular sus actos libres de conformidad con este conocimiento; en cuanto al ser, depende de Dios como de su causa, y en cuanto al obrar depende de Dios como de su fin hacia el cual tiende.

Esa tendencia moral comprende al entendimiento y á la voluntad, y por lo mismo de nuevo hay doble dependencia de Dios, como ser moral; de Dios, sumo bien, depende la voluntad; de aquí tres relaciones esenciales que el hombre debe expresar con actos libres de su voluntad. La expresión voluntaria de dependencia, en cuanto al ser, que es la adoración; en cuanto al entendimiento, que es la fé, y en cuanto á la voluntad, que es el amor ó la caridad.

Ahora bien, ¿sería legítimo que un hombre, que hace los oficios de tutor y que, en calidad de tal, se ocupa en educar á un niño, se obstinase en no hablarle de su padre, que fué justo, honrado y abnegado? Ese silencio afectado sería una horrible lección de ingratitud y de desprecio, que la conciencia pública no podría menos que censurar y reprimir. Y Dios, nuestro Padre común, que está en los cielos, es acaso menor que el padre que tenemos en la tierra? tiene menos títulos á nuestra fidelidad, á nuestra sumisión, á nuestro amor? y sin embargo, evitando cuidadosamente hablar su nombre, decir de sus derechos y de nuestros deberes, se hace como si no existiese ó como si no mereciese nuestros homenajes. Es pues, un verdadero ateísmo bajo una máscara engañosa, y la escuela en que se comete ese atentado, y que se quiere llamar neutra, debe llamarse con toda razón escuela sin Dios, escuela atea. Y el niño verá ese crimen sin escandalizarse? Sabrá que su maestro no ora, ó que se oculta para hacerlo, que la ley del país le prohíbe hacer profesión de su creencia, si es que tiene alguna, que la religión es á lo más tolerada, y concluirá con lógica implacable contra la religión que sus pa-



dres querían que él amase.

Con toda justicia, pues, y con autoridad indiscutible ha escrito un eminente prelado: "El silencio es una enseñanza; no hablarle de Dios á un niño durante siete años, cuando se le instruye seis horas al día, no es hacer que conozca positivamente que Dios no existe, ó que no tiene necesidad de Dios? Explicar al niño los deberes del hombre para consigo mismo y para con sus semejantes, y guardar silencio sobre los deberes del hombre para con Dios, no es insinuarle por lo menos, que esos deberes no existen, ó que no tienen ninguna importancia? Callar el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, su doctrina, su vida, sus obras, en una escuela de niños cristianos, ¿no es obrar poderosamente sobre su espíritu y hacerles creer que Cristo no es Dios, puesto que el maestro no se digna hablar de El? No es la religión, para que esté relegada á un rincón del espíritu. Es, como decía el gran Bossuet, el todo del hombre."

Ni menos manifiesta es la violación que, de uno de los derechos más sagrados de la paternidad, presenta la escuela laica. Todos los seres vivientes, luego que han llegado á la plenitud de su desenvolvimiento físico, aspiran, por instinto ó por razón, á perpetuar su ser en la propagación de su especie. Esta ley se observa en la planta, que da sucesivamente tallos, hojas, flores y frutos; en los animales, que al llegar á su completo desarrollo, se reproducen por generación, y finalmente en el hombre, que no sólo siente esta inclinación física é instintiva, sino además la inclinación moral á crearse una familia donde se vea perpetuar y reproducir; pero hay una diferencia esencialísima y es que en los animales la generación es puramente física y termina con la crianza de la prole, al paso que en el hombre, al lado de la generación y de la crianza física, se desenvuelve la generación moral, ó sea la educación, que se propone como fin la producción de un ser moral á imagen y semejanza del ser moral de los padres; por eso la educación es una función natural de los padres y un natural comple-

mento de la paternidad. Y de ahí viene á los padres el derecho de educar á sus hijos como un complemento del derecho ó facultad de engendrarlos. De suerte que los padres gozan, por derecho natural anterior á toda ley civil, de la libertad de educar.

Mas á esta relación y facultad natural se agrega otra superior en carácter; por cuanto los hijos no nacen, ni son engendrados sólo por un fin terreno y para una vida mortal, mas para un fin último que no han de lograr perfectamente, sino después de esta vida; han sido creados y engendrados para conocer y servir á Dios, y mediante esto, poseerlo luego, y gozar en El su felicidad suprema. Por este nuevo título, los padres tienen obligación estrechísima á Dios, primera fuente de toda paternidad, de educar á sus hijos en la verdad y en la virtud, y consiguientemente tienen el correlativo derecho de poner en práctica los medios conducentes para esta educación; es decir, tienen una libertad de educar á sus hijos anterior á todo derecho humano, como que procede del derecho divino, natural ó sobrenatural. Si pues la escuela laica, tal como se haya constituida, lejos de ser un medio conducente en la tarea bien difícil que tienen los padres de educar moralmente á sus hijos, contraría abiertamente ese fin, síguese con palmaria evidencia ser ella un atentado violento contra uno de los más augustos derechos de la paternidad.

Por último viola el derecho que tiene el niño á la verdad suprema, poniendo en grave peligro su fé. El hombre está provisto de sentidos por medio de los cuales se pone en comunicación con el mundo exterior, tiene, pues, la facultad de aprender por medio de ellos las nociones de las cosas que lo rodean, siempre que del ejercicio de estas facultades no resulta un perjuicio ó una injusta limitación de la libertad de otros hombres. Pero además posee el hombre otras facultades superiores: la inteligencia con que conoce los primeros principios, abstrae las nociones generales y penetra en la esencia de los objetos, y la razón con la cual discurre, elevándose



de los efectos á las causas, de los fenómenos á las leyes de ellos, de lo finito á lo infinito, de lo contingente á lo necesario, de lo corpóreo á lo espiritual, de las creaturas al Creador, primera causa y razón última de todas ellas. Por lo mismo, el niño tiene, por derecho natural, libertad de aprender, ó lo que es igual, facultad de ejercitar sin estorbo estas potencias que le ha dado la misma Naturaleza ó el autor de ella, Dios, con el fin de que, mediante el ejercicio de esas potencias, se perfeccione y alcance el fin supremo para que fué creado. Y la escuela laica viola ese derecho del niño, á la verdad más necesaria, aquella que esclarece su ser, su origen, su destino. Si levantaría oleadas de legítima indignación y sería altamente execrable la conducta del tirano que lanzara una multitud de jóvenes desbordantes de vida en calabozos sin aire y sin luz, no lo es menos una institución al prescindir de Dios, que con sus fulgores de Verdad suprema y sus atractivos de sumo Bien, es la dicha completa del corazón humano. ¿De qué le sirve al hijo de un hombre nacido ayer y que pronto ha de morir, y en cuyo corazón hay una aspiración invencible á la felicidad, de qué le sirve conocer las moléculas químicas de la planta que huella al pasar, ó el camino del astro suspendido á millones de leguas de su cabeza, si se le oculta el Bien supremo que le llama y el horizonte de ultratumba su eterna patria? Mas ese Bien supremo es lo infinito, ese infinito es Dios, el niño tiene derecho á Dios, y cuando se le oculta á Dios, se le hace un hurto y de todos los hurtos el más bárbaro, el más odioso.

No hay que extrañar, en vista de lo dicho, si los Romanos Pontífices, en cumplimiento de su elevada misión de preservar á la grey que les ha sido confiada, de los pastos venenosos del error y del vicio, han condenado con graves palabras tal institución. El Señor Pío IX, en nota dirigida al Arzobispo de Friburgo en 1864, declara que el régimen de la escuela laica es dañoso por su naturaleza. Y en el Sillabus, cuyo carác-

ter doctrinario, obligatorio é irreformable no puede ser puesto en tela de juicio, condenó estas dos proposiciones: “-prop. 47. La constitución perfecta de la sociedad civil exige que las escuelas populares abiertas á todos los niños de cualquier clase del pueblo, y en general los institutos públicos destinados á enseñar las letras y las ciencias superiores y á dirigir la educación de la juventud, sean emancipados de toda autoridad de la Iglesia, de toda influencia moderadora y de toda intervención de la misma, y que se hallen sometidos plenamente al arbitrio de la sociedad civil y política, según el deseo de los gobernantes y la corriente de las opiniones comunes de la época.”—prop. 48. Los católicos pueden aprobar un sistema de educación de la juventud separado de la fe católica y la potestad de la Iglesia, y que tenga por objeto único, ó á lo menos principal, la ciencia de las cosas naturales y los fines de la vida social sobre la tierra.” Más tarde el Señor León XIII condenó tales escuelas como una medida de reprobación, como un atentado contra la religión y la piedad. Y después, con motivo de la ley que creó en Bélgica las escuelas laicas, el mismo Pontífice se expresó así: «Una ley de tal naturaleza que ataca hasta ese punto la enseñanza y los derechos de la Iglesia, que expone á tan graves peligros la salvación eterna de la juventud, no puede, sin prevaricación, ser aprobada por los Prelados.» Y el actual Pontífice, en frase de su última Encíclica, califica á la escuela laica de tiranía prepotente de una secta tenebrosa.

Concluiré, como epílogo y coronamiento de todo lo dicho, con las graves enseñanzas, que se contienen en la citada nota al Arzobispo de Friburgo, llenas de profundas verdades plenamente confirmadas por la experiencia. Después de deplorar la tristísima condición en que la sociedad se precipita, debido á los grandes esfuerzos que, para pervertirla, hacen los enemigos del nombre cristiano, así se expresaba el inmortal Pontífice: «No es de maravillar, si estos funestísimos esfuer-



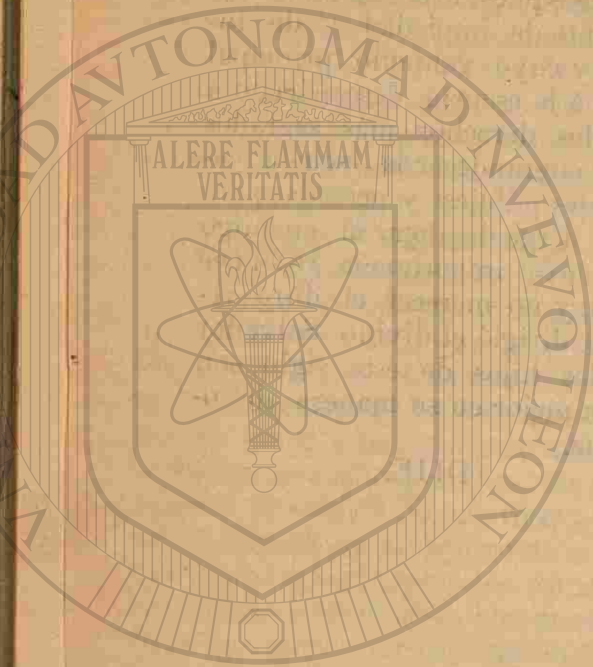
zos se dirigen ante todo contra la instrucción y educación pública de la juventud, y es indudable que la sociedad humana se vea afligida de gravísimos daños, cuando la instrucción pública de la juventud, de la cual nace en alto grado la felicidad de la sociedad civil y religiosa, carece de toda autoridad moderadora de la Iglesia y de su saludable acción. De este modo se priva poco á poco á la sociedad de aquel espíritu cristiano, único que puede conservar sólidamente los fundamentos de la tranquilidad y del orden público, procurar y arreglar el verdadero y útil progreso de la civilización, y suministrar á los hombres los auxilios que le son necesarios para lograr su último fin, después de su estancia en esta vida mortal, esto es, para conseguir su eterna salvación. Una enseñanza que no solo se limita á las ciencias de las cosas naturales y á los fines de la vida social y terrena; pero también se aparta de las verdades reveladas por Dios, cae inevitablemente en el espíritu de error y de mentira; y la educación que pretende formar, sin el socorro de la doctrina y de la ley cristiana, los espíritus y los corazones de los jóvenes, tan tiernos y tan susceptibles de ser encaminados al mal, tiene que engendrar necesariamente una raza entregada sin freno á las malas pasiones y al orgullo de su razón, y unas generaciones así educadas no pueden menos que acarrear grandes calamidades á la familia y al Estado.

Efectivamente, Señores; funestos y amargos en demasía han sido los frutos que la generación actual ha recogido de la escuela laica. A qué, si nó, ese ambiente de incredulidad y de indiferentismo que produce la asfixia moral en los espíritus; ese descuido cada vez más marcado de las prácticas de nuestra sacrosanta Religión y de las prescripciones de la Iglesia; esa sed insaciable de goces y de placeres mundanos; ese horror al sacrificio y á la abnegación que constituyen el carácter del verdadero cristiano; en una palabra, ese catolicismo falsificado, acomodaticio, que se contenta con cier-

tas exterioridades; pero que está lejos de ser informado por aquello que forma su alma, y su vida, es á saber: por el conocimiento, estima y amor profundo á Dios, á Cristo y á su Iglesia? Urge, pues, urge sobremanera oponer un valladar al torrente de impiedad y de inmoralidad que se desborda, y cuyo vehículo principal es la escuela laica. Frente á la escuela desconocedora de Dios y conculcadora de los derechos más sagrados urge establecer, fomentar y engrandecer la escuela católica, rico venero de virtudes públicas y privadas para una excelente vida moral. Urge desalojar al enemigo de esa magnífica posesión, cuya importancia reconoce la estrategia más elemental, y no merecer el duro reproche que, en otro tiempo, dirigió el divino Salvador á los que le seguían: que los hijos de este siglo son más prudentes, y discurren mejor en su manera de obrar, que los hijos de la luz.

DIJE.





Ntra Sra de Guadalupe - México  
" " " " " León Calatayud  
" " " " " México Ponciano Pérez  
M. Sra de la Cruz = León - Ponciano Pérez  
" " " " " " J. de la M. Sierra  
" " " " " " " Gavino Chávez  
" " " " " " " Ponciano Pérez  
" " " " " " " Marcos Gardoza  
Sra Nombre de Jesús Sem Tiburcio Medina  
ascensión de la Sra V. M. Sra T. Sr Solla  
Transfiguración del Señor - México Sr. Juan Ruiz  
Ntra Sra de Guadalupe - México. Vicente de Paula  
M. Sra de la Cruz - León. Tiburcio Medina  
Oración fúnebre - Jhu de Vasco de Quiroga  
predicada - Marcelino Felix M. Martínez  
Discurso Sr. Trinidad Alba  
Discurso. Sr. María Soledad M. Márquez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



